

Always

lo mejor de mi

BEATRIZ SAIZ



Always
Lo mejor de mi

Beatriz Saiz



Índice

[Always lo mejor de mi](#)

[Sinopsis](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Notas](#)

Sinopsis

Rebeca Donovan es una excelente doctora que va a casarse con el hombre de sus sueños y que tiene una vida absolutamente perfecta... ¿o no?

Ethan Hawks es uno de los mejores DJ del mundo, al que le gusta su vida tal y como está y que, no sólo no cree en el amor, sino que tampoco quiere ningún tipo de compromiso.

Las vidas de Ethan y Rebeca se cruzan por culpa del destino, aunque ellos no crean en esas cosas, y entonces todo cambia... ¿para bien?

Si crees tanto en el destino como en el amor, no debes de perderte esta preciosa historia que te removerá por dentro. Y es que:

“A veces hace falta un ramalazo de locura para construir un destino.”

Marguerite Yourcenar.

Los personajes y situaciones que se narran en esta historia son ficticios, cualquier hecho parecido a la realidad es mera coincidencia.

Always lo mejor de mi

©Beatriz Saiz

©De esta edición: Red Apple Ediciones

www.redappleediciones.com

info@redappleediciones.com

Diseño de la cubierta y maquetación: Isla Books

Imagen de la cubierta: ©Catwoman

Bajo las sanciones establecidas por las leyes queda rigurosamente prohibidas, si la autorización expresa de su titular, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro — incluyendo la impresión para su posterior copia o la difusión a través de “amigos” en internet—y la distribución de ejemplares de esta edición o posteriores y futuras mediante alquileres o prestamos públicos.

*Para Samuel, por confiar en mis sueños y enseñarme a volar.
Y para mis abuelos.*

Capítulo 1

Rebeca no dejaba de mirar su anillo de compromiso. Era precioso, de oro blanco y con un increíble diamante en el centro que, según su mejor amiga, tenía uno cuantos quilates, aunque a ella le daba igual. Iba a casarse, no podía creer la suerte que tenía, y el afortunado era ni más ni menos que su novio desde hacía cuatro años y uno de los mejores neurocirujanos de Holanda. Se conocieron en el hospital en el que ambos trabajaban hará unos cinco años, ella también era médica. Un día él le pidió una cita y tras cuatro años se iban a casar.

—¿Vamos a celebrarlo esta noche? —sugirió su mejor amiga, Candela, sacándola de sus pensamientos. Las dos estaban en el *office* del hospital, la zona que tenían reservada tanto los médicos como las enfermeras para descansar y tomarse un café.

—Hoy no tengo muchas ganas de fiesta, estoy rendida después de haber estado de guardia la noche entera. ¿Algo tranquilo?

—Te estás haciendo mayor Beca, mi intención era llevarte a Escape, pincha uno de mis DJ favoritos y tenía muchas ganas de verlo

—¿La celebración es para ti o para mí?. —Rebeca le miraba de manera irónica.

—No hay mejor que emborracharnos, volvernos locas y soltarnos la melena mientras cantamos a pleno grito que vas a casarte.

—¿Melkweg? Así podemos hablar, tengo que contarte cómo fue la proposición y las ideas que he pensado para la boda.

—Está bien, sosa. —se rindió Candela.

John, un enfermero del hospital, llegó corriendo al *office*, ambas chicas lo miraron y supieron que había pasado algo. Una urgencia grave.

—Beca, te necesitan en la sala tres de cirugía, un chico ha llegado con una bala en el costado. No sabemos todavía la gravedad de la herida, pero hay que sacar la bala antes de que sea más grave.

Sin mediar ninguna palabra, Rebeca salió corriendo hacia ahí. Antes de entrar se lavó las manos, se colocó los guantes esterilizados, respiró hondo y miró al cielo. Era un gesto que comenzó a hacer desde que falleció su abuelo, quien le hizo amar la medicina con locura. Después, empujó la puerta que la llevaba a quirófano con la cadera y entró dispuesta a salvarle la vida al paciente.

Beca miró la herida y comprobó que era más profunda de lo que se imaginó en un primer momento. La estudiaba de manera minuciosa, intentado no perderse ningún detalle importante. En su profesión, cualquier cosa, por mínima que fuera, la podía llevar al fracaso o al éxito.

Pudo ver la bala cerca de las costillas y en ese momento respiró profundo. No había atravesado ningún órgano vital, que era algo que la preocupaba. Cogió las pinzas que le alcanzó John y, con mucho pulso y cuidado, las introdujo en la herida para sacar la bala. Miraba la pantalla para no fallar en nada y, a medida que estaba más cerca de cogerla, Rebeca tenía más temple.

Le encantaba su profesión, en especial este tipo de situaciones en las que el resto de la sala de cirugía parecía mantener la respiración, a la espera de lo que pudiera pasar.

Al cogerla con las pinzas y sacarla del interior del chico, se escuchó cómo el personal al completo soltó el aire al mismo tiempo y, sin que nadie pudiera verla tras su mascarilla, Beca sonrió, significaba que su trabajo había salido a la perfección. Colocó la bala en el bote de metal que le alcanzó la enfermera que estaba a su derecha y cosió la herida. Una vez que terminó, se fijó con más calma en el paciente. Iba a casarse, pero no estaba ciega, y el hombre que yacía en la cama de operaciones era muy sexy y atractivo, podría ser peligroso mirarle tanto. Tenía las facciones marcadas y, aunque no

podía ver sus ojos, se los imaginaba. Tenía su brazo izquierdo tatuado hasta la muñeca, un espartano con la espada en alto y dando el grito de guerra ocupaba su hombro.

—¿Te vas a quedar en esta sala toda la vida? —le interrumpió Sarah, la anestésista.

—No, vamos —le echó una última ojeada al atractivo desconocido y salió de la sala de operaciones con ganas de marcharse a casa a descansar.

Su jornada había terminado con esa última operación y no podía negar que la guardia la había dejado agotada, en concreto la última intervención. De lo único que tenía ganas era de llegar a casa y estar con su prometido, que la mimase hasta que se quedase dormida, que la amase, quería despertarse y encontrarse acurrucada en sus brazos para que le volviera a recordar lo que sentía por ella.

—¿Qué te pasa?. —le preguntó Candela.

Ambas solían coincidir en horarios y en el caso de que no fuera así, lo cambiaban con algún compañero para después salir a tomar algo y despejarse de los problemas que pudieran tener tanto en el trabajo, como en sus vidas cotidianas.

—Nada —murmuró Beca —estoy distraída. Ahora que sé que voy a casarme en mi cabeza rondan mil vestidos de novias, tartas nupciales, invitados...y me agobia una poco.

—Es normal Beca, pero aún tienes tiempo y puedes tomártelo con calma. Lo que sucede es que estás con la excitación de la pedida y con ganas de celebrar la boda que no sabes por dónde empezar.

—Sí, lo sé —soltó un suspiro. Colocó su mochila en la cesta de la parte delantera de su bicicleta y montó en ella. —Estoy agotada, hablamos después para cuadrar la hora a la que vamos a quedar.

—Está bien, y a lo mejor si te tomas una copita de más consigo que te desmelenes y que por una noche no te tomes la vida tan a pecho.

—No creo —Beca se rio y empezó a pedalear hacia su

apartamento.

Abrió la puerta de su piso y el aroma a vainilla la inundó. A Beca no le gustaba nada ese olor, prefería el de moras o el de manzana, pero esas velas aromáticas eran las únicas que toleraba Christian y acabó por asociar ese olor con su hogar. Respiró, al fin en casa, después de una dura jornada no deseaba estar en otro lugar que no fuera ahí. Oyó los acordes de una guitarra y se paró en la entrada a escuchar. Venía de la cocina, que estaba en el lado derecho a la puerta de la entrada. Tracy Chapman empezó a cantar Fast Car y Beca no pudo controlar la sonrisa, colgó su mochila en el perchero que estaba a su izquierda y entró en busca del chef.

Christian estaba cantando mientras preparaba la comida. Ella se apoyó en el umbral de la puerta y se quedó observándolo. Tenían la misma manía, siempre que entraban en la cocina encendían la radio y tarareaban la canción que sonase en ese momento. Eran perfectos el uno para el otro.

La cocina no era muy grande. Los muebles eran de color aguamarina, la nevera y el horno eran de color gris metálico y las paredes eran blancas, igual que el marco de la ventana que estaba justo enfrente de ella. Encima de la encimera, que era de granito negro y gris, y al lado de la ventana, había unas estanterías del mismo color que los muebles, donde tenía colocado los libros de cocina, los tés, el café...Encima de la placa para cocinar, tenía otra baldosa con la sal, orégano y cualquier otra especia que pudiera necesitar. Y ahí era donde se encontraba el amor de su vida, su futuro esposo y padre de sus hijos.

—Ya estoy en casa —se acercó a él. Al llegar a su altura, metió sus manos por debajo de su blusa, acarició su espalda y le dio el beso que llevaba desando darle desde que salió de trabajar.

—Bienvenida —Christian tenía una sonrisa al separarse —
¿Quieres un té?

—Lo hago yo, no te preocupes —respondió Beca. —¿Qué huele

tan bien? —le dio otro beso, esta vez más tierno.

—Pollo al curry, con arroz y verduras.

—¿Te he dicho cuánto te quiero?

—Hoy no, así que no pares de decírmelo.

Beca, tras tomarse el té, se levantó de la silla de madera que estaba en la pared contraria a los muebles y a Christian, y le abrazó por la espalda.

—¿Cuánto le queda a la comida? —no paraba de depositarle besos por su espalda.

—Ya está lista —apagó el fuego. Se giró para mirar a Rebeca a los ojos, apoyó su frente encima de la de ella y le volvió a besar. —Tengo que irme a la universidad.—Además de ser un buen neurocirujano, enseñaba en la universidad a los futuros médicos.

—¿Qué? ¿Tan pronto? Acabo de llegar, ¿no tienes tiempo para dejar a tu novia lo bastante cansada como para que se pase toda la mañana durmiendo?

—Lo siento, pero llego tarde —no dejaba de besarla. —Rebeca para, o me quedaré sin trabajo.

—Está bien—se rindió. —Por cierto, llevamos cuatro años y en poco tiempo me convertiré en tu esposa, ¿cuándo vas a llamarme Beca? Rebeca suena muy formal.

—Es tu nombre —cogió sus cosas del perchero de la entrada y se giró para volver a mirarla. —Te quiero.

—Y yo a ti. Buen día.

—Descansa —dijo desde el rellano, antes de cerrar la puerta de la casa.

Rebeca no quitó su mirada de la puerta cerrada, se había quedado algo desilusionada, no iba a negarlo, cuando salió del hospital se imaginó otro tipo de recibimiento, uno más caluroso y no tan soso. La canción Far Away de Nickelback la sacó de sus pensamientos, apagó la radio y salió de la cocina. Se fue desvistiendo de camino al baño, cansada, sin ganas de darse una ducha si quiera. Se recogió el

pelo con un lápiz, tenía esa manía desde que estuvo en la universidad, y se metió en la ducha para que no le diera tiempo de arrepentirse.

Al final agradeció habérsela dado, le sentó de maravilla pese a lo poco que le apetecía. Se puso uno de sus pijamas favoritos, con el dibujo de *Mi Pequeño Pony*, y se metió en la cama con la idea de hacer una buena cura de sueño. Es decir, hasta las seis de la tarde no tenía intención de moverse de la cama, y menos se iba a mover si Christian no estaba ahí para hacerle compañía. No llevaba ni dos segundos con los ojos cerrados cuando el móvil empezó a vibrar en la mesilla de noche. Se colocó la almohada encima de la cabeza, quien quiera que fuera el que estuviera llamando podría esperar hasta la tarde. Tras varias insistencias, el maldito aparato dejó de vibrar y Beca se colocó bien en la cama, buscando una postura cómoda. La tranquilidad le duró poco porque el teléfono de casa comenzó a sonar. Cansada y con ganas de dormir, cogió el fijo con intención de mandar a la mierda a quien se encontrase al otro lado de la línea.

—¿Quién es? —preguntó enfadada.

—¿Operaste a Ethan Hawks y has sido incapaz de decirme nada?
—era Candela que no paraba de gritar.

—¿A quién? —Beca estaba colocada de lado en la cama, con el teléfono sujeto entre su oreja y la almohada porque no tenía fuerzas ni para sujetarlo ella misma.

—Al Dj Ethan Hawks, a mi amor platónico y el futuro padre de mis hijos, a ese mismo —seguía chillando.

—Cande, no quiero ofenderte —replicó Rebeca con voz adormecida —pero todos son los padres de tus futuros hijos.

—Era a él a quien quería ver hoy en Escape. ¿Es tan guapo cómo parece?

—Ajá —fue lo que le salió, sin saber cuál era la pregunta.

—¿Me estás escuchando Beca?

—Vamos a quedar después, ¿por qué no hablamos cuando nos

veamos y me dejas descansar?. —suplicó cansada. —¿Se puede saber cómo estás tan animada? Acabamos de salir de una guardia de un millón de horas.

—Porque es Ethan Hawks, Beca, ¡Ethan Hawks! —volvió a gritar.

—Adiós —Rebeca colgó el teléfono, lo desconectó de la línea, y apagó cualquier aparato que pudieran interrumpir su sueño.

A las seis y media de la tarde y por culpa de un dolor de barriga enorme, Rebeca se desperezó. Se había pasado mitad del sueño viéndose comer el pollo al curry que le había preparado Christian, así que se levantó y fue directa a la cocina para servirse un buen plato.

En la nevera había una nota de su prometido que al ver lo dormida que estaba se marchó para el gimnasio y después salía con los amigos. No quiso despertarla para que descansara más tiempo y se lo agradecía, aunque Rebeca se sintió algo insatisfecha.

A las nueve quedó con Candela en la puerta de Melkweg, una antigua fábrica de leche que se había convertido en el lugar ideal para pasar el rato. Allí se daban conciertos, hacían obras de teatro, se podían ver películas y también hacían exposiciones de fotografía. Era increíble y a ellas les encantaba ir cuando querían una noche de chicas tranquila.

Candela y Beca, fueron directas al café-restaurant para que esta última pudiese responder a todas las preguntas que su amiga le tenía preparadas.

—Por favor Beca, acaba con mi tortura, ¿es igual de guapo? ¿No te tembló el pulso al verlo ahí tan indefenso, tan herido, tan sexy? ¿No quisiste tirarte encima de él?

—Candela, tenía una bala en el costado, ¿cómo narices voy a ponerme encima de él?

—Está como un queso, eso te permite hacer con él cualquier cosa y en cualquier estado.

—¡Qué burra eres cuando quieres! En lo único que pienso es en cómo acabó con una bala dentro de su cuerpo. No quiero juzgarte

Candela, pero te gusta cada chico... ¿Todavía no has superado la etapa de fijarte en los malotes?

—Por mucho que digas lo contrario y que prefieres a tu encantador y perfecto prometido, a ti también te siguen poniendo esa clase de chicos. Tienen algo, un imán, puede que no estén preparados para sentar cabeza, pero hace que desees ser la persona que consiga que la sienta. Ser la definitiva, que solo existas tú y él, nadie más.

—No es verdad, yo solo tengo ojos para una persona y es con la única que quiero sentar cabeza y deseo que él también quiera lo mismo conmigo. Lo que tú dices lo quería en una época tonta de mi vida. ¿Cómo voy a cambiar a un hombre que me cuida, piensa en lo mejor para mí y me da todo a cambio de nada, por alguien que me la puede jugar a la mínima de cambio?

—Porque es excitante Beca —hizo una pausa para beber un sorbo de la cerveza que les habían servido. —¿No estás cansada de que tu vida sea tan monótona? Sabes lo que va a ocurrir en cada momento, a veces un poco de riesgo no está mal. Tener los nervios a flor de piel por saber si tus sentimientos son correspondidos, tener una discusión de narices, pasarte el día sin hablarle y solucionarlo por la noche con un buen meneo. Las mariposas que se instalan en el estómago cuando, sin previo aviso, te manda un WhatsApp diciendo que sin ti no puede vivir. Un poco de cal y otra de arena.

—Yo tengo eso —se defendió Beca

—Tú solo tienes cal, lo acabas de decir. Se desvive por ti, lo hace todo para contentarte, pero... ¿y la emoción? En tu relación no hay ninguna clase de riesgos, Beca.

—Le quiero —a Beca no le salía ninguna palabra más, ¿sin chicha ni limonada? —se repetía a sí misma una y otra vez.

—Él a ti también y me alegro que te vayas a casar con él, pero yo no deseo lo mismo. No quiero decir que tu relación sea mala, solo que no es para mí.

De camino a casa, Beca no dejó de pensar en lo que le había dicho Candela y en la herida que provocaron sus palabras, aunque no fuera esa su intención. Abrió la puerta de su casa y estaba oscuro, en silencio, Christian o estaba dormido o no había llegado aún. Se metió en la cama y notó el cuerpo de su prometido, se pegó más a él para que notara que estaba a su lado, en casa.

—Buenas noches, Rebeca. —dijo girándose hacia el otro lado, alejándose de ella.

—Buenas noches —respondió decepcionada, otra vez más.

Al día siguiente en el trabajo, las enfermeras cotillas, entre las que se incluía la mejor amiga de Beca, le contaron que la Policía fue para hablar con Ethan. Según la versión de las chicas, que se dedicaron a averiguar qué sucedía en vez de trabajar, el pobre se encontraba en el lugar equivocado y en el momento equivocado. Dos locos, porque no tenían otro nombre, discutieron, uno sacó una pistola y la bala dio en Ethan que pasaba por ahí. Rebeca se alejó de todas las chácharas que tenían sus compañeras, cogió la carpeta con los datos de los pacientes que tenía que ver hoy y se acercó a la habitación 310, en la que se encontraba el causante de tanto revuelo.

Capítulo 2

Ethan despertó aturdido por culpa de una fuerte quemazón en el costado. No reconocía la habitación en la que se encontraba, pero por el suero que colgaba a su izquierda podía intuir que estaba en un hospital y que tenía que ver con ese dolor que sentía.

Unos policías aparecieron a primera hora de la mañana, haciéndole múltiples preguntas relacionadas con unos disparos de los que Ethan no se acordaba. No sabía cómo había llegado hasta allí, que fue lo que le pasó en el costado, o quién narices le disparó. Ni si quiera podía acordarse de dónde se encontraba cuando sucedió.

«¿Pudo ver a los atacantes? ¿Por qué se encontraba en el lugar de los hechos? ¿Tiene licencia de armas? ¿Está relacionado con alguna banda.—le preguntaban una y otra vez.»

A los pocos minutos de irse los policías, apareció una médica que alegró un poco la mañana de Ethan, mejor dicho, alegró la vista de Ethan. Era del tipo de chica con la que sabía que no podía tener nada porque ella querría casarse y él no estaba preparado, pero saberlo no le impidió estudiar a la doctora. No era muy alta, estatura media por así decirlo, de piel blanca, con el pelo rojo, muy rojo, casi anaranjado, lo tenía recogido en una trenza como la de Lara Croft, y sus ojos eran grandes y verdes.

Apenas le había mirado, estaba concentrada en lo que suponía era su expediente, vislumbrando una hoja tras otras, mientras Ethan la observaba hacer. Al ver el anillo de compromiso que llevaba, se felicitó a sí mismo por haber acertado en cómo era ella sin ni siquiera conocerla. Esa muchacha no había cometido ningún tipo de locura, vivía según las reglas. Estudios, novio, boda, hijos...seguro no había hecho nada excitante en su vida.

Él era lo opuesto, nunca había tenido una relación porque no quería complicaciones, le gustaba su vida tal y como estaba. Salía de fiesta, viajaba y disfrutaba de los placeres que le daba la vida. Se podía acostar con la mujer que deseara, hasta ahora no había sido ningún problema, y una vez acabado el placer se vestía y se marchaba sin ningún tipo de contemplación. Lo hacía con chicas que querían lo mismo que él, disfrutar de buen sexo y nada más.

—¿Cómo se encuentra esta mañana, Señor Hawks? —tenía una dulce y melódica voz.

—Llámame Ethan por favor, señor Hawks es mi padre, y me encuentro bien —mintió como si ella no se fuera a dar cuenta. La verdad que el costado le dolía horrores, pero quería irse a su casa y descansar en su propia cama.

—¿Seguro? —inquirió con la ceja levantada. —Porque le han disparado, lo normal es que le duela y mucho, en el caso de que no fuese así estaría en problemas y tendría que intervenirle de nuevo.

—Me duele —reconoció Ethan al instante, temeroso de que le tuvieran que volver abrir el costado. —Siento como si me quemara.

—Es normal —indicó acercándose a él con una amplia sonrisa, había caído en su trampa. —Necesito que se levante la camisa.

—Doctora no sea tan ansiosa, vaya un poco más despacio, ¿qué te parece si nos conocemos primero? —le preguntó malicioso.

—Siento romperle el corazón, probablemente no pueda soportar el sufrimiento que le van a provocar mis palabras, pero no es mi tipo.

—No esté tan segura Doctora, torres más altas han caído —señaló sin apartar los ojos de ella. Ethan no quería nada con ella, pero que respondiera a sus mofas hacía que él quisiera seguir con ese juego.

—Estoy prometida —alegó concentrada en la herida, preocupada por si se había infectado.

—Las bodas pueden cancelarse —la doctora tenía las manos heladas e hizo que el cuerpo de Ethan diera un brinco al sentir las en su piel.

—¿Le duele si le toco aquí? —interrogó preocupada, tocando de nuevo la zona.

—No —respondió Ethan—es solo que tienes las manos congeladas.

—Rebeca te necesitan en la 205 —interrumpió una enfermera que entró como un torbellino en la habitación.

Un mechón de pelo anaranjado salió de su prisión y se colocó delante de los ojos de Rebeca. Ella soplaba en un intento por apartarlo, pero el mechón volvía al lugar en el que quería estar. La mano de Ethan actuó sola, sin que él le mandara ningún tipo de señal, y le colocó el mechón detrás de la oreja. Los ojos de ella le miraron por encima de sus rojizas pestañas, asombrada, aunque no tanto como él que no sabía por qué narices lo había hecho.

—Estoy preocupado por mi herida, no quiero que nada le distraiga —se defendió.

—Gracias, pero puedo hacer mi trabajo incluso con los ojos vendados —dijo con una sonrisa ladeada.

—Prefiero que nada le interrumpa cuando es a mí a quien trata.
—Ethan le devolvió la sonrisa.

—Está en buenas manos señor Hawks —volvió a interrumpir la enfermera. —La Doctora Donovan es una de las mejores cirujanos que tenemos.

—Estoy seguro —las mejillas de Rebeca se tiñeron de un color rosado ante los piropos que recibía.

—Candela, ¿no deberías estar trabajando?. —le preguntó Rebeca a la enfermera.

—Lo estoy haciendo. —estaba de pie, en el lado izquierdo de Ethan, sin dejar de mirar su torso semidesnudo, y sin trabajar.

—Candela —Rebeca dejó de tocar a Ethan. —ahora. —la enfermera debió de entender el mensaje encriptado, porque sonrió a Ethan y empezó a recoger las cosas para marcharse.

—Necesito saber solo una cosa más —le dijo Rebeca.

—Estoy soltero —interrumpió sacándole una carcajada a la enfermera, que salía por la puerta de su habitación.

—Enhorabuena, pero era otra cosa —respondió con la risa en su voz. —¿Le duelen las costillas?. —preguntó apretándole las mismas.

—No

—Buena señal. Volveré más tarde para comprobar como está.

—Te estaré esperando, Beca —guiñó un ojo, lo que provocó que la doctora bufara y consiguió que él riera a carcajadas.

En cuanto Rebeca salió por la puerta, la habitación quedó vacía de nuevo. Ethan odiaba estar sin hacer nada. Era una persona que no paraba quieta, le gusta hacer deporte o trabajar, salir de casa, lo que sea menos estar encerrado y tumbado en una cama por obligación. Ni siquiera tenía su portátil, o su iPad para escuchar música y entretenerse, nada le evadía más que la música, podía estar horas y horas escuchándola y sin cansarse.

El teléfono de la habitación sonó y con alguna que otra dificultad Ethan consiguió alcanzarlo, pero sintió un profundo dolor al hacerlo.

—¿Sí? —su voz era aguda a causa del dolor.

—Levantaste la mano derecha, ¿verdad?

—¿Estás buscando una excusa para venir a verme, Beca? —preguntó con esa socarronería tan característica de él.

—¿Dejarás de ser tan pretencioso? —parecía que estaba molesta, aunque Ethan sabía que estaba sonriendo. Lo sabía porque en su voz estaba la misma risa aterciopelada que había escuchado hacía unos minutos.

—Doctora acabas de irte y ya me estás llamando, ¿no es una señal?

—Sí, es cierto, lo confieso —hubo un largo silencio y escuchó a Beca hablar con otra persona, la otra voz era de un hombre. Ethan no llegó a oír la conversación, de lo único que estaba seguro era que llegó a escuchar un «Te quiero» junto con el sonido de un beso.

—¿Sigues ahí? —volvió a hablar Beca después de despedirse con

otro Te quiero.

—Sí, aquí estoy —respondió.

—¿Conoces a Matilda Afonso?

—Es mi madre, ¿por qué? —se puso nervioso —¿Le ha ocurrido algo a ella también?, Doctora responda —gritó —por favor. ¿Le han disparado a ella también? —hacía una pregunta tras otra, sin dejar que Rebeca hablara.

—No es la salud de su madre la que me preocupa, sino la del personal del Hospital. Ha amenazado con matarlos, incluida a la cirujana que le salvó la vida —terminó la frase y empezó a reírse, Ethan se rio a su vez, había recuperado la calma que perdió hacía unos segundos. —¿La dejo pasar?

—Sí, no quiero seguir poniendo tu vida en peligro, al fin y al cabo, me salvaste la mía.

—Prepárate Ethan, no la conozco muy bien, pero creo que se acercan turbulencias —no se equivocaba. Cuando alguno de sus hijos estaba en juego, Matilda Afonso se convertía en una auténtica mamá osa. —Si sientes que estas en peligro —aún se estaba riendo —¿ves el botón que hay a la izquierda de tu cama?

—Ajá —soltó Ethan entre risas.

—Tócalo y estaré ahí lo antes posible.

—¿Siempre?

—Bueno, solo hasta que acabe el turno.

—¿Beca?

—Dime

—Gracias por haberme operado y salvarme la vida.

—De nada —reconoció —¿Ethan?

—Sigo aquí.

—Gracias por salvarme de tu madre —y colgó.

A los pocos segundos de terminar de hablar con la doctora, su madre entró como un vendaval en la habitación, sin parar de criticar a los pobres trabajadores del hospital por no haberla dejado pasar

antes, y nerviosa por la seguridad de su hijo.

Le acariciaba la frente y el pelo cada dos por tres, le tapaba con las mantas, le preguntaba una y otra vez si quería algo o si necesitaba algo. Le obligó a enseñarle la herida para saber si habían hecho bien su trabajo, cuando Matilda no tenía ni pajolera idea de cómo debería de estar la herida, pero era una madre preocupada y Ethan se lo consentía casi todo.

—¿Cómo ocurrió Ethan? —le preguntó Matilda, una vez que comprobó que su hijo estaba bien cuidado y se sentó en su lado derecho, para asegurarse que no sangraba.

La madre de Ethan era de Fuerteventura, en un viaje que hizo a Irlanda para aprender inglés conoció a su padre y no regresó más a su isla, salvo de vacaciones y para ver a la familia. Ethan, cada vez que el trabajo se lo permitía, se escapaba allí para desconectar del mundo, le encantaba sus playas, sus llanuras, la isla entera. Como decía su madre estaba hecho de salitre, no podía estar lejos del mar por mucho tiempo y era el mejor lugar para alejarse de su caótica, aunque perfecta vida.

Ethan le contó a su madre lo que recordaba y a las conclusiones a la que llegaron los policías. La enfermera de antes entró con una bandeja de comida y les interrumpió la conversación a ambos.

—La doctora Donovan dijo que comiera lo que te fuera posible y que te tomes los medicamentos para evitar que suba la fiebre y que no se llegue a infectar la herida.

—Disculpe señorita, quería pedirle perdón por haberla amenazado antes.

—¿A cuántas personas amenazaste mamá?

—Sólo unas pocas, en realidad las que se cruzaban en mi camino, nadie me decía nada sobre ti —se intentó excusar su madre.

—Al hospital entero más bien, incluso a los pacientes que llegaban a urgencias. Todos temen a tu madre, por eso estoy aquí —respondió la enfermera entre risas. —No tuve suerte jugando a

piedra, papel o tijeras —Su madre se ríó con ella y juró que, en cuanto saliera de la habitación, pediría disculpas.

—No se preocupe, señora —dijo la enfermera —Es su hijo y le dispararon, lo normal es que quiera saber cómo se encuentra.

—¿Y cuándo vendrá la Doctora para agradecerle lo que ha hecho?

—La Doctora Donovan está en sala de operaciones, no creo que sea posible verla hoy —Matilda se sintió decepcionada y Candela le mandó una sonrisa cómplice. —Quizás pueda hacerlo mañana, cuando las aguas vuelvan a estar en calma —y le guiñó un ojo a Matilda.

—Es una pena, tenía ganas de conocerla y agradecerle lo bien que ha tratado a Ethan. Mañana se lo diré sin falta —estaba menos alterada que cuando entró en la habitación.

—Muy bien, veamos cómo va la herida, Ethan. Necesito que se aparte unos segundos para poder observarle mejor, Matilda.

Tras revisarle la herida, la enfermera volvió a dejarle a solas con su madre y su atosigante interrogatorio sobre qué narices hacía en un lugar tan peligroso, o cómo leches se le ocurrió pasar justo cuando acababan de disparar.

—No sabía que había un tiroteo —explicó Ethan con una inmensa paciencia —De saberlo, te aseguro que no me había puesto ante una bala ni loco mamá.

—Tú hermana está muy preocupada, quiere que la llames urgente —otra que tal baila. Ambas mujeres eran iguales y solo ellas podía conseguir derribar a cualquiera, no paraban hasta conseguir lo que codiciaban y cuando querían a alguien se preocupaban demasiado.

—No tengo mi móvil, díselo tú.

—¿Quieres que pase por tú casa y te traiga algunas cosas? —se ofreció su madre.

—Ahora que lo dices... —Ethan hizo una pausa para pensar — Necesito calzoncillos, un pijama ropa de diario y, te puedes olvidar cualquier cosa, pero no te olvides de lo más importante...

—El cacharro ese con el que escuchas música. —interrumpió su madre.

—Gracias por comprenderme —Ethan se rio por la descripción de su madre.

Al cabo de una hora, después de que su madre comprobara que no era tan grave como en un primer momento pensó, se marchó a su casa para descansar un poco y recoger lo que él le había pedido. Volvió a quedarse solo y estudió la habitación en la que estaba. No era muy grande y no tenía un compañero en esa pequeña estancia, así que necesitaba con urgencia ese dichoso cachivache para escuchar música o acabaría por ser él quien amenazase al personal del hospital.

Capítulo 3

Había acertado, tenía los ojos de color azul oscuro tal y como se los imaginó en la sala de operaciones. Al mirarle a la cara, cuando se atrevió a colocarle un mechón de pelo tras la oreja, se fijó en ellos más de la cuenta.

Justo en el momento en el que hablaba con Ethan para decirle que su madre estaba alterando al hospital apareció su prometido y no pudo controlar sus impulsos de comparar a esos dos hombres tan opuestos. No supo por qué lo hizo y en este momento, yendo con su bicicleta de camino a ninguna parte, tampoco quiso analizar la razón.

Eran diferente, tanto en el físico como en el interior. Ethan era un canalla excitante, que tal y como le dijo su acertada amiga, le atraía por el peligro y riesgo que podría suponer estar con él. Hoy pudo comprobar que, además era muy simpático, alegre, y parecía estar siempre de buen humor. Con un torso marcado, pero sin llegar a la exageración.

Además, Beca supo por su transparente mirada, o en la manera que hablaba de su madre y en cómo se preocupó cuando la nombró, que, si Ethan quería a alguien, lo hacía sin condiciones. Sin embargo, también sabía, y esto era por la cotilla de Candela, que nunca había tenido pareja. Le encantaba tontear, lo pudo comprobar hoy mientras le hacía las curas, y era muy difícil atrapar a Ethan Hawks.

Christian era diferente. Para empezar, en cuanto al físico se refiere, Christian era moreno, Ethan tenía el pelo de un rubio oscuro. Christian tenía los ojos marrones, los de Ethan eran de un color azul intenso. Ethan parecía ser más alto que Christian, pero Christian tenía la espalda más ancha que Ethan. Lo que más los diferenciaba era que Christian no sonreía tanto, no gastaba bromas, pero era

cariñoso y dulce, aunque nunca le había llamado Beca por mucho que ella se lo suplicara, y Ethan la llamó así sin que se lo tuviera que pedir.

Rebeca acabó en el portal de Candela, no quería regresar a casa porque sabía que iba a estar sola, Christian se había despedido de ella antes de que acabara su ronda justo cuando él comenzaba la suya. Prefería estar en casa con su amiga, hablar, reír, distraerse y dejar de comparar a su prometido con un desconocido.

Tocó el timbre del apartamento de Candela y no apartó el dedo del telefonillo, era tanto el jaleo que tenía en su cabeza que se olvidaba de las cosas más simples.

—¿Rebeca? —preguntó Candela con voz asustada.

—Baja, necesito hablar contigo —le exigí más que pedí.

—Está bien, pero podrías apartar el dedo ya, me vas a quemar el telefonillo.

—Perdón —reaccioné, sonrojándome un poco.

Fuimos con nuestras bicicletas a Vondelpark que no quedaba muy lejos del apartamento de Candela y, aunque así fuera, a las dos nos encantaba pasear por el parque. Aprovechamos que el día estaba bastante bueno y los rayos de sol calentaban nuestros cuerpos para tumbarnos en el césped, con la vista fija al precioso lago que había en el parque.

—¿Qué es lo que te preocupa? —sondeó mi amiga pasados algunos minutos.

—¿Es normal que me fije en lo guapo que es otro hombre estando prometida? —me sentía algo insegura. Tenía los ojos cerrados, con la cara en dirección al sol. Me avergonzaba tener dudas y no quería que viera mi cara roja como un tomate.

—Beca no estás ciega, claro que es normal, y estando casada y con hijos también es normal que mires a alguien y te parezca guapo. ¿Por qué tanto drama?

—Nunca me había pasado, siempre que he estado con un chico él

ha sido el único que me parece guapo.

—Por mi Santa Madre —su amiga habló en español, era lo único que le había enseñado y lo entendía perfectamente porque lo repetía mucho. —¿Tienes que ser tan correcta siempre?

—¿Por qué iba a estar con alguien si me fijo en otros?

—Porque no estás hecha de piedra, para empezar. ¿Vas a decirme que cuando ves a Brad Pitt quitarse la camisa en Troya, por ejemplo, no te dan ganas de ser esa virgen de la que él se apodera?

—Bueno... —desvié mi mirada.

—Vamos Beca, soy tu amiga, no te puede dar vergüenza hablar de esas cosas conmigo. —me espetó —Mírate, te estás poniendo colorada.

—Sabes que soy un poco pudorosa para hablar de eso.

—Pero no lo fuiste para recrearte en el torso desnudo de Ethan Hawks. —dijo entre risas. —Vamos Beca, no pasa nada, también yo miré.

—Tú no vas a casarte —espeté molesta.

—Beca, lo más seguro es que él vea a mujeres guapas y las mire, lo importante es que os respetáis, os queréis, seguís juntos y os vais a casar —Candela tenía esa dulce mirada que conseguía calmar mis neuronas.

—Tienes razón, no debo de darle vueltas a algo tan inocente.

—Pues claro que no. Deja de ser tan correcta, no es nada bueno.

—Las normas están para cumplirlas —su amiga era incapaz de respetar ni una sola.

—A veces están para saltártelas, hace que disfrutes más de la vida y de algunos riesgos que pueden convertirse en dulces recompensas —movía sus cejas de arriba abajo.

—Nunca vas a cambiar, ¿eh?

—¿De qué me serviría? Para acabar siendo una persona obsesionada con todo que, en cuanto ve que algo se le escapa de las manos, se vuelve paranoica. Como... —fingió pensar —no sé... como

tú —señaló sin parar de reír—. Eres tan correcta que por fijarte en otro chico crees que eres la peor prometida del mundo.

—Para de burlarte de mí.

—Está bien...pero es que a veces te emparanoias con cada cosa....

Estuvimos un rato más hablando, hasta que se hizo la hora de volver a casa, aunque no fui directa, di un rodeo por las hermosas calles de Ámsterdam antes de llegar, quería hacer un poco más de tiempo.

Regresé al piso desganada, porque tenía ganas de ver a Christian y no iba a estar. Hacía tiempo que no teníamos una noche sólo para nosotros, que no sacábamos hueco en nuestras agendas para estar juntos y de ahí a que mis ojos se desvíen un poquito. Seguro que en cuanto vuelva a estar en los brazos de mi prometido, no volvería a fijarme en el cuerpo de nadie. Y no debía olvidar lo que me dijo Candela, me estaba volviendo loca por nada porque en ningún momento le he faltado el respeto ni quise faltárselo. No podría estar con nadie que no sea Christian, por mucho que mirase a otro, es a él a quien quiero.

Entré en la habitación, me puse ropa cómoda, unos pantalones color caqui estilo Harén con la cruz baja, una blusa básica blanca y un cárdigan extra grande morada. Aunque el sol empezaba asomar, seguía haciendo frío, y me gustaba andar así por casa. Me quité las zapatillas blancas y caminé descalza por el piso, únicamente con los calcetines.

En la cocina, coloqué la tetera al fuego para hervir el agua, preparé una taza con la bolsita de té rojo y regresé al salón en busca de algo que leer. Casi toda la estantería estaba llena de libros médicos, pero a mí me gustaba leer para despejarme y evadirme del trabajo, no para enfrascarme más en él. Rebusqué en el único rinconcito que tenía para mí, el resto de la estantería pertenecía a Christian, pero ningún título me llamaba la atención, los había leído todos. Al final, me decanté por «Llámame Irresistible» de Susan

Elizabeth Phillips, mi autora de cabecera, casi nunca fallaba con ella y, a pesar de haber leído este libro, estaba necesitada de una buena historia romántica.

Escuché el agua hervir, la vertí en la taza y me senté en una de las sillas que había en la cocina, dispuesta a perderme en la lectura.

Llevaba unas cincuenta páginas leídas y dos tazas de té, cuando sonó el móvil del trabajo. Me levanté lo más rápido que pude y fui corriendo a cogerlo, preocupada, por si se trataba de alguna urgencia de última hora. El hospital no solía llamar fuera de los horarios de trabajo salvo que fuera de vital importancia.

—Doctora Donovan, el paciente de la habitación 310 la necesita, está teniendo alucinaciones por culpa de una fuerte fiebre.

—Cinco minutos —colgué y cogí mi bolso para ir lo más rápido posible.

Sabía que era algo grave, si habían llamado era porque no podían ocuparse ellos y era síntoma de que algo no iba como debía. Llegué casi sin respiración, en mi profesión el tiempo era muy importante, por milésimas de segundos se puede perder una vida. Inhalé y exhalé profundo, otra de los puntos básicos era no perder la calma, debía estar lo más concentrada posible, y tenía que estar segura. Mi abuelo me lo enseñó cuando apenas contaba con diez años de edad y nunca lo he olvidado. A lo largo de mi carrera profesional, no he entrado en una sala de operaciones sin cumplir con los puntos clave.

—Doctora Donovan, la fiebre no le baja y parece que la herida se ha infectado, siente mucho dolor —uno de los enfermeros la puso al día en cuanto cruzó la puerta de la entrada. Apenas le presté atención y recorrí el pasillo hasta llegar a los ascensores que solo podían usar los empleados. Pasé la tarjeta nerviosa, gritando en silencio que se abrieran ya las puertas. El recorrido hasta la tercera planta me pareció eterno.

No había llegado aún a la habitación del paciente cuando su madre, Matilda Afonso, me interceptó a mitad de camino y se

enganchó a mi cuello, sin dejar de llorar. Intenté consolarla, pero no sabía que decirle porque desconocía la gravedad del asunto. Le pasé una mano por su espalda para calmarla y me aparté de ella para poder realizar mi trabajo lo antes posible.

—Sálvele de nuevo, por favor —pidió con ojos suplicantes.

Por mi trabajo, estaba acostumbrada a que los familiares se acercaran a mí y me pidieran todo tipo de cosas, o simplemente me abrazaban para llorar en mi hombro. Pero algo en mi interior se movió al mirar a los ojos color miel y llorosos de esa señora, no iba a dejar que perdiera a su hijo, no había visto nada, pero me juré que haría lo que fuera para que esa mujer no sufriera más.

—Doctora Donovan, al fin llega —dijo el cirujano de turno, mirando el reloj. Era un estúpido pedante, y le jodía horrores cuando alguien le demostraba que era mejor que él y, no lo voy a negar, me encantaba ser ese alguien.

—¿Por qué me han llamado si usted puede hacerse cargo? —le pregunté con desdén. No lo soportaba, tenía mucha arrogancia y me podía.

—Exige verle, se niega a que nadie que no sea usted lo toque y mucho menos que lo opere. No va a dar su consentimiento a no ser qué esté con él —el cirujano bufó molesto. En este trabajo había mucha competitividad y Harry tenía demasiada. Odiaba que los pacientes me prefiriesen, o preguntasen por mí. Y más odiaba que fuera una mujer quien le superase en su propio terreno. Lo que no sabía era que poder darle una patada en los huevos a ese repelente egocéntrico, aunque fuera de manera simbólica, hacía que me esmerase más. Me daban coraje los tipos como él, me topé con más de uno en la Universidad y no he dejado de toparme con ellos en mi día a día.

—¿Y no has podido hacer nada para evitarlo y limpiarle la dichosa herida? No sé Harry, parece que las mujeres siempre tenemos que ir arreglando la mierda que hacen los hombres.

Me aparté de él sin dejar que me contestase y me acerqué a la cama, donde Ethan estaba doblado sin dejar de agarrarse el costado, y soltaba algún que otro aullido de dolor. Su cuerpo estaba sudoroso y, por primera vez mis manos comenzaron a temblar. Me reprendí en silencio, estaba incumpliendo una de las reglas, adiós a la calma. Al mirar a Matilda a sus ojos le prometí en silencio que no iba a dejar que le pasase nada y tenía que cumplirlo, por muy difícil que fuera.

—Ethan —intentaba recuperar el control de mi cuerpo.

—¿Beca? —se estiró en la cama.

—Necesito que me dejes ver la herida —le pedí mientras le subía la blusa.

—Me duele, Beca —me agarró las manos para que no siguiera.

—Tienes que dejarme verla, por favor —supliqué acariciando sus manos en un intento por tranquilizarnos a ambos. —¿Confías en mí?

—Siempre, Beca —y dejó caer sus manos a ambos lados de la cama.

Me quedé paralizada un momento, le miré a los ojos y me ahogó en la profundidad que había en ellos. No era consciente de lo que había dicho, ni siquiera sabía que esa simple palabra era importante para mí, pero que él lo hubiera dicho en este momento había removido algo en mi interior y, otra vez más, pasaba de analizarlo. Tenía cosas más importantes que hacer que ponerme a estudiar frases, ideas o sentimientos.

Tras unos largos segundos, en los que volví a coger aire, comprobé que la herida se había infectado. Debía abrirla de nuevo para limpiarla bien desde el interior y volver a suturar. Se lo expliqué a Matilda, le prometí que no se debía preocupar por nada, algo que no debería hacer en mi trabajo, y me fui a la habitación de los médicos para cambiarme.

En la antesala de la zona de operaciones, observé el cuerpo dormido de Ethan tras el enorme cristal y mis manos volvieron a temblar bajo el chorro del agua del lavamanos. Me coloqué los

guantes, empujé la puerta con la cadera y miré al cielo, pero esta vez no le di las gracias a mi abuelo, sino que le pedí ayuda para que no le pasara nada a ese maldito chico que me esperaba al otro lado.

La operación fue un éxito y así se lo comuniqué a Matilda, que seguía nerviosa y alterada. Le dije que se fuera a descansar a casa, pero se negó en redondo, no iba a dejar a su hijo solo. Entonces hice otra estupidez, esas que solo hago desde que irrumpió en mi vida, y le prometí que no me iba a mover de su lado hasta que ella regresara y que si pasaba cualquier cosa me encargaría de llamarla. En respuesta, ella me dio un fuerte abrazo y, antes de marcharse a casa a comer algo y ducharse, me agradeció lo que estaba haciendo por su hijo.

Entré en la dichosa habitación 310 que volvía a estar ocupada de nuevo por Ethan, y me senté en la silla de la que no se había movido Matilda, a su lado. Lo miré a la cara y comprobé que parecía estar en paz, ni rastro de dolor. Le agarré la mano derecha para que sintiera que estaba a su lado y que no estaba solo. Un cosquilleo sacudió su cuerpo al hacerlo y el dedo índice de Ethan se movió y me hizo sonreír. No había sido la única en notarlo, por la reacción de su cuerpo dormido, él también tuvo que sentirlo.

Capítulo 4

Me desperté en medio de la noche con la boca seca y la lengua pesada. Miré a ambos lados de la habitación, en busca de algo que me hiciera recordar dónde me encontraba y la solución apareció en el lado derecho de la cama. La Doctora se sujetaba mi mano con fuerza y, a pesar de que estaba dormida, no dejaba que la apartara de su amarre. Su cabeza estaba apoyada en mi antebrazo, con su rostro volteado hacia mí. La observé con más tranquilidad de la que lo hacía cada vez que entraba en mi habitación y aproveché cada minuto, recreándome en su preciosa imagen. Era una pena que estuviera prometida y que no quisiera disfrutar de alguna noche de diversión, porque algo me decía que nos lo pasaríamos bien juntos.

Aprecié unas tenues ojeras, no debió pasar buena noche, y me pregunté qué hacía aquí, no creía que fuese normal que se quedara a dormir en la habitación de un paciente. El costado me seguía doliendo, aunque no sentía esa quemazón horrible, supuse que estaba relacionado con ello, porque los puntos tiraban más de mi piel y escocían un poquito. Seguí observándola en la oscura habitación de hospital, su pelo anaranjado, su piel blanca, sus pestañas rojizas que acariciaban sus mejillas y formaban un bello contraste. Sí, sin ninguna duda, era una pena que no quisiera pasarlo bien.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó mi madre desde la puerta de la habitación. Volví la vista hacia ella y la vi con dos humeantes cafés en sus manos. —Se quedó contigo para que yo pudiera descansar, y la verdad que lo prefería, si se infectaba de nuevo era la única que podía solucionarlo, yo no habría sabido que hacer.

—¿Y qué es lo que ocurrió para que ella tuviera que quedarse? —me encontraba confuso.

—Ayer te subió la fiebre y no parabas de quejarte por culpa de tu costado, vino el médico de turno, pero a pesar de estar dolorido y delirando, tenías fuerzas suficientes para no dejar que te tocara y exigir que viniera la que te salvó la vida una vez.

—¿De verdad? —estaba más confuso que antes.

—¿No lo recuerdas? —negué con la cabeza —Bueno, es normal, estabas ardiendo y no atendías a nadie, a mí tampoco me escuchabas

—No me acuerdo de nada, pero me alegro de que tú hayas podido ir a casa y descansar.

—No mucho, pero sí que estaba más tranquila por saber que alguien te cuidaba —me tranquilizó con una sonrisa. —Le traje café, pero está tan dormida que no quiero despertarla, seguro que ella no ha pasado su mejor noche tampoco —le sonreí y fui a contestarle, pero un movimiento en mi brazo me lo impidió.

Noté cómo Rebeca se movía, un suspiro se escapó de sus labios y acarició mi brazo. No dejaba de moverse, buscando una postura cómoda y cada vez que hacía ademán de sacar mi mano, ella apretaba más fuerte. Su anillo de compromiso se clavaba en mi palma y me hacía daño, pero si me movía, era peor, porque me lo hundía más en la piel.

—Es muy guapa —susurró mi madre en mi oído.

—¿Y qué? —no apartaba la vista de mi madre. Ella no paraba de sonreír, como si encontrase mi pregunta graciosa.

—Por nada, solo digo lo evidente

—Te conozco, y tú nunca dices algo porque sí, siempre hay un motivo.

—Esta vez no, te lo prometo —dejó uno de los cafés en la mesilla y le dio un soplo al suyo antes de beber. —Mmm, cafeína, al fin —murmuró tras tragar el líquido.

Beca levantó su cabeza, cansada de no saber cómo colocarse, me soltó la mano y se la pasó por su cara. Miró de un lado a otro extrañada, todavía estaba adormecida, parecía no saber dónde se

encontraba. Su mirada empezó aclararse, se fijó en mí, y abrió los ojos de par en par. Se levantó rápido de la silla en la que se había quedado dormida y encendió la luz de la habitación. Tanto mi madre como yo nos tapamos los ojos con las manos, nos habíamos adaptado a la oscuridad, tanta luz de repente nos molestaba.

—¿Te encuentras mejor? —puso su mano en mi frente. — Levántate la camisa, voy a revisarte la herida y a curártela. —Tocó el timbre y un enfermero apareció enseguida. Le pidió lo que necesitaba para hacer la cura mientras me iba quitando los vendajes que tapaban la herida. Su cabeza estaba demasiado cerca de mi costado, su aliento me volvió a rozar, y envió una fuerte sacudida por mi cuerpo. Me moví incómodo en la cama, no entendía las extrañas reacciones de mi cuerpo, aunque supuse que era por culpa de los sedantes, la fiebre y que me habían abierto dos veces el costado. — ¿Te duele? —sonaba preocupada.

—No

—¿Sigues sintiendo quemazón, alguna molestia?

—No —al comprobar que no tenía intención de decirle nada más me miró extrañada, con el entrecejo fruncido.

El enfermero regresó con los materiales que le pidió Beca que, tras limpiarme la herida con mucho cuidado, me la volvió a tapar. Me alcanzó un vaso de agua con dos pastillas y me las tomé sin rechistar. Comprobó el suero que estaba al lado de mi madre y se despidió del enfermero

—Parece que va bien, y que ya ni siquiera te queme es una buena señal—me dijo con su adorable sonrisa.

—Gracias Doctora Donovan, no hace falta que se quede, supongo que el hospital no lo tiene por norma. Además, me imagino que quiere volver a casa a descansar después de una dura noche de trabajo, no quiero ser un incordio —no supe cómo salieron esas palabras de mi boca, debería darle las gracias y no comportarme como un auténtico canalla. Al escucharme se echó hacia atrás, como

si le hubieran dado una patada en la barriga. Su cara reflejaba dolor y no dejaba de mover la boca sin decir nada.

—Ethan —mi madre tenía ese tono de advertencia. —No seas grosero, se ha quedado para cuidar de ti porque se lo pedí, haz el favor de comportarte como un hombre y pedirle perdón. —Iba hacerlo, me iba a disculpar por ser un gilipollas, pero su voz me interrumpió.

—Lo siento, no pensé incomodarle Señor Hawks —apartó los ojos de mí para mirar a mi madre —Cualquier cosa póngase en contacto con el médico de guardia. Adiós —recogió sus cosas y salió de la habitación lo más rápido que pudo.

—Eres lo peor Ethan, me has hecho pasar la mayor vergüenza de mi vida. ¿Cómo se te ocurre tratar así a alguien que se ha preocupado tanto por ti?

—Déjame —tenía un berrinche infantil. ¿Cómo iba a responder si no tenía ni idea? Sólo me salieron las palabras, sin pensarlas.

—Voy a llevarle el café y a disculparme por haber educado a un hijo tan malcriado, espero que te arrepientas y sepas pedirle perdón.

—Adiós —cerré los ojos. El dolor de cabeza me estaba matando y el sermón de mi madre no hacía más que agravarlo.

—Eres tonto, hijo. Te quiero, pero eres tonto.

—Gracias mamá, yo también te quiero —le vi machar y me quedé pensando en lo que hice. Mi madre tenía razón, debía disculparme, pero lo que más me preocupaba era saber por qué tomé esa actitud, por qué quise marcar distancia entre nosotros. Era algo incomprensible.

A la mañana siguiente, un enfermero que nada tenía que ver con ella me trajo el desayuno junto con los medicamentos y comprobó la herida. Me encantaría negarme a que nadie me tocara, nadie excepto Beca, quería volver a verla para disculparme, pero ella no dejaba de esquivarme. Era lógico, tras haberse pasado la noche a mi lado, le recriminé que no debía ser lo normal.

Después, recibí la visita de mi mejor amigo y compañero de profesión que, tras darme un buen sermón por no haberle avisado y tener que enterarse por las noticias, me prometió volver esa misma tarde. Acababa de aterrizar de un vuelo que había durado unas doce horas, tras haberse pasado toda la noche trabajando. Necesitaba una ducha urgente y algunas que otras horas de sueño.

A las cuatro de la tarde Enzo volvió a visitarme, escondidas en su maleta me trajo dos hamburguesas CBO del McDonald's, mis favoritas. Estaba abriendo la segunda caja de hamburguesa cuando un torbellino de mujer con el pelo rojo y su cara del mismo tono que su melena, irrumpió en la habitación.

—¿Quién narices te ha dado la hamburguesa? —Sus ojos echaban chispas.

—He sido yo —respondió Enzo —la comida de aquí no es muy buena y estaba hambriento.

—¿Eres médico? —le miraba con los labios fruncidos. No conocía el carácter de Beca, pero con esa dulce cara, jamás pensé que fuera de las que se cabreaban y lo demostraba sin reparo.

—No —Enzo me miraba, en busca de auxilio.

—Beca...

—Doctora Donovan para ti —me interrumpió. Agaché la mirada avergonzado y la dejé fija en mi hamburguesa. Estaba demasiado enfadada y el culpable de su mal humor era yo.

—¿Sabes cómo le puede afectar?

—No, Doctora —volvió a responder Enzo, azorado.

—Cada paciente, dependiendo de lo que tenga, tiene su propia dieta y debe respetarse, esté hambriento o no. La próxima vez haría bien en preguntar a un profesional si puedes darle una hamburguesa.

—¿Puede pasarle algo Doctora? —Enzo sonaba preocupado.

—No, pero harías bien en respetar las normas —dicho esto se marchó, dejando a Enzo con la boca abierta.

Agradecí muchísimo la visita de mi amigo, no habíamos parado de reír y de contar batallas, lo que sirvió para despejarme y no subirme por las paredes de la habitación. En poco menos de una semana había sufrido un disparo, me habían cosido la herida dos veces y había enfadado a la persona que se había encargado y preocupado de que todo saliera bien. Por lo menos con Enzo podía olvidarme un poco de mi negra semana, aunque cuando me reía el costado me palpitaba tanto que me recordaba la razón por la que estaba en esa habitación y sin moverme.

A mitad de la tarde, Candela se acercó para mandarnos a bajar la voz. Por lo visto, el paciente de la habitación de al lado no podía dormir con nuestras risas y gritos. Enzo le preguntó si podíamos caminar por el hospital para que pudiese estirar las piernas, pero ella no aceptó hasta que le prometimos mil veces no molestar a ningún paciente más.

En el pasillo no dejaba de mirar por cada rincón, buscándola, pero no había rastro de ella por ningún sitio. Encontramos una sala de ocio al final de la planta y, al ver que no había nadie, decidimos entrar para poder hablar sin enturbiar la tranquilidad de los demás. La sala tenía unas cristalerías que daban hacia la calle, con unas vistas estupendas de Ámsterdam, me senté en uno de los sillones colocados cerca de los ventanales para poder ver el bullicio de la ciudad.

—Tenéis que volver a la habitación —Candela nos dio un susto de muerte, no esperábamos que apareciera nadie.

—¿Tan pronto? —preguntó Enzo.

—Lleváis aquí dos horas —nos miramos sin terminar de creérnoslo y después miramos el reloj para comprobarlo. Era cierto.

—Hay que hacerte las curas.

De regreso a la habitación volví a inspeccionar la planta, pero seguía sin tener señales de ella. Había desistido a encontrarla, hasta que la vi salir de otra habitación. Beca no me había visto, estaba

concentrada observando el expediente de alguien. Me paré a su lado para hablar con ella y pedirle perdón, pero las palabras se negaban a salir de mi boca. La escuché tararear la canción Ride de Twenty One Pilots y me relajé.

—Bonita voz —dijo un pequeño brinco y me miró. Seguía cabreada, sus ojos me lo dejaron claro.

—Vuelve a tu habitación y no me hables —replicó.

—Beca...

—No, Señor Hawks, no es norma de este hospital tener confianza con los pacientes. Así que, si no le importa, regrese a su habitación. Es hora de hacerle las curas.

—¿Me las harás tú? —puse la mejor de mis caras, intentando con ello derribar sus barreras, consciente de que las había levantado por mi culpa.

—No.

Iba a volver hablar para pedirle perdón por mi estupidez y por haberla tratado mal. Quería volver a tener la sintonía de antes y que me hiciera visitas solo para hacerme reír. Era de las pocas personas capaz de meterse conmigo, el resto parecía tener miedo por el nombre que tenía en la industria de la música, pero a ella le daba igual y cuando yo la molestaba ella me la devolvía.

—Rebeca —dijo un hombre acercándose hacia nosotros. Llevaba el mismo pijama que Beca, por lo que debía de ser cirujano. Al verme al lado de su compañera me pidió disculpas por la interrupción. — No sabía que seguías trabajando.

—No te preocupes Christian, el Señor Hawks ya se marchaba.

—Acuérdate de los planes de esta noche —me quedé paralizado, sin dejar de mirar la escena. Sin duda, ese tenía que ser su prometido. La sonrisa de Beca ocupaba toda su cara, haciéndole brillar los ojos.

—No me he olvidado. —Él se acercó a Beca, se agachó y le susurró al oído un «te quiero». Se suponía que debía de ser algo íntimo entre

ellos, pero no podía dejar de mirarlos. Incluso cuando él se acercó a ella, yo también lo hice para saber que le decía.

—Así que ese es tu famoso prometido —dije cuando se marchó.

—Ajá

—¿Alguna vez has pensado estar con alguien que no fuera tan perfecto? Al menos en cuanto apariencia se refiere.

—¿Qué? —ella parecía no entender nada.

—La perfección no existe Beca, aunque creas que la tienes no es verdad, es producto de tu imaginación.

—¡Oh! Así que ahora vamos hablar de lo que considero perfecto. No me conoces Ethan, no tienes ni idea de cómo soy o lo que quiero y menos conoces a mi prometido. No me juzgues si tanto odias que lo hagan contigo.

—Espero que te haga feliz —dije para terminar con esta absurda conversación.

—Gracias —y se fue hacia otra habitación.

Capítulo 5

Sentía una fuerte atracción física por él, era indudable. Cada vez que lo tenía cerca, mi mente actuaba por sí sola y me hacía imaginar más de una escena de alto voltaje con él. Era muy atractivo, no podía negarlo, pero estaba enamorada de otro hombre, y por mucho que mi imaginación se quisiera ver con ese tiarrón, era con Christian con quien iba a pasar el resto de mi vida. La verdad es que me daba un poco de apuro que esto sucediera tras llevar una semana prometida, y me lo recriminaba a mí misma. Era como si tuviera miedo a dar ese gran paso, cuando en realidad lo estaba deseando.

Para más inri, intentaba no coincidir con él, parecía una niña de quince años que no sabía cómo enfrentarse a los problemas y prefería huir a hacerles frente. Aunque tampoco es que fuera un problema, había atracción y poco más, no debía de montar tanto jaleo, Candela me lo había recalcado unas mil quinientas veces.

Encima hoy me tocaba guardia, no podía ser mañana que era cuando le daban el alta, me tocaba justo en su última noche. Iba a ser la única cirujana de la planta por lo que estaba obligada a hablar con él, tocarle el costado, y aguantar las ganas de reírle las gracias. Iba a ser un infierno de noche.

En fin, resumen de mi vida actual: Cacao mental.

Seguí paseando con mi bicicleta, era lo que mejor me iba para distraerme, hasta que llegué a una coqueta cafetería del centro y, en un intento por calmar mi inquietud, me senté en la terraza a tomarme un té. Era primavera y por extraño que pareciera, el sol no paraba de honrarnos con su presencia y había que aprovecharlo al máximo. Estaba embobada observando los canales, la gente pasear, los perros correr tras las ardillas y viendo como las parejas se

paraban en medio de la calle porque no aguantaban estar un segundo más sin besarse.

Una señora se sentó en mí misma mesa, pero estaba tan absorta mirando el cariño que se demostraban las parejas, que ni le presté atención. Dudaba que Christian y yo hubiésemos sido tan espontáneos alguna vez. Sentía un poco de envidia al ver que tenían una fuerte atracción y una necesidad animal de tirarse encima de la persona amada, aunque estuvieran en medio de la calle, porque no aguantaban ni un segundo más sin besarse.

Mi vida era lo contrario, llegaba a mi casa y mi novio no estaba y cuando él aparecía no quería despertarme porque se imaginaba que estaba muy cansada. Supongo que esa clase de demostraciones se tienen solo al principio, después se crea una especie de comodidad por la que ya no esperas ansiosa a que llegue tu pareja a casa, ya no tienes tantas ganas de pasar las veinticuatro horas del día sin salir de la cama, la pasión es sustituida por un amor más maduro y estable. Pero no me importaría que me sorprendiera con un buen despertar, ni que me llevara de nuevo a cenar, y que no aguantara las ganas de besarme en medio de las calles y entre tanta gente.

—Es bonito, ¿verdad? —preguntó la señora que se había sentado al lado mío, devolviéndome a la realidad.

—Matilda, ¿de dónde ha salido? —pregunté mirando a los lados, como si hubiera alguna puerta secreta.

—Te saludé y te pregunté si podía sentarme contigo, pero has estado tan absorta mirando el paisaje que no me has hecho caso.

—Perdona, tengo la cabeza en otra parte. ¿Qué tal?

—Bien, deseando que mi hijo salga ya de ese maldito hospital. Sin ofender —respondió con una sonrisa de pilla, que me hacía recordar a Ethan.

—No se preocupe, no me ofende. Después de amenazar a mis compañeros con matarlos, lo que ha dicho suena hasta bonito.

—*Touché* —se reía a carcajadas —Un té *thai* —le dijo al camarero

cuando se nos acercó—¿Quieres algo más? —me preguntó.

—No, gracias.

—¿Cómo van los preparativos de la boda? —curioseó —Disculpa que sea tan entrometida, pero mi hijo me dijo que ibas a casarte y a mí las bodas me vuelven loca. Ya podría casarse Ethan, hubiera estado genial que tú fueras la novia —su comentario casi consigue que sacase mi bebida por la nariz. Tosí intentando tragar el té, entre azorada y nerviosa.

—¿Siempre es tan directa?

—No me gusta la gente que oculta cosas. Estaría encantada de tenerte como nuera y lo digo, ¿hay algo malo en que te lo diga? —levantó una de sus finas y castañas cejas.

—Se lo agradezco señora...—respondí tímida. Mi cara debía de estar ya del mismo color que una berenjena.

—Llámame Mati, le has salvado la vida a mi hijo, estamos en confianza —ella no dejaba de sonreír. Ethan se parecía mucho a su madre, eran personas transparentes, a los que amabas u odiabas, no había término medio. No todas las personas eran capaces de aguantar las verdades y era algo que no me importaba, en realidad me gustaba.

—Está bien Mati, me alegro que le guste para su hijo, pero voy a casarme y, aunque no fuera así, su hijo no está dispuesto a tener nada serio con nadie —la mirada brillante de Matilda y su amplia sonrisa me hicieron sentir como un animal herido que caía en una trampa mortal.

Matilda era una señora joven que no superaba los cincuenta y ocho años de edad, alta, delgada, pelo castaño y siempre iba de punta en blanco. De primeras no parecía una mujer con mucho carácter, pero cuando se trataba de su hijo podría hacer temblar hasta al mismísimo Hulk. Y así era como me sentía yo al mirarla a sus ojos, temblando por lo que pudiera suceder a continuación.

—Es una decepción Rebeca, eres como todas, lo tachas de algo

que no es solo por lo que escuchas, por su imagen, sin molestarte en lo hay detrás. —¿Qué diablos hago hablando de esto con ella? ¿Cómo hemos llegado a esto?

—No juzgo a Ethan por las habladurías, sé que tiene por enseñar más de lo él mismo cree.

—¿Ah, sí? —dijo apoyando sus manos unidas en el regazo. Me pareció ver cómo se las frotaba, como si cada vez estuviera más cerca de atrapar a su presa.—Por tus palabras cualquiera lo diría.

—Matilda seamos claras, a mí también me gusta la sinceridad. Agradezco que creas que soy lo mejor para tu hijo, es un halago, pero no me interesa y no solo por las habladurías sino porque estoy enamorada de otro hombre.

—Está bien, siento haber molestado.

—No lo has hecho, cuando no estás alterada puedes ser una buena compañía. —ahora era yo quien sonreía

—Tú también lo eres y espero que tengas buen día —se levantó, fue a la barra a pagar la cuenta y volvió para darme un cariñoso beso en la mejilla —Si no volvemos a vernos cuídate y que te salga todo como deseas y mereces—y se marchó de allí sin dejar que dijera nada más.

Al regresar a mi apartamento y abrir la puerta, supe que estaba sola. Hoy lo notaba más que ningún otro día. Estaba agotada de darle vueltas al tema, pero con cada cosa que hacía, la vida me restregaba en la cara las carencias que había en mi pareja. Después de cuatro años y de haber aceptado su proposición, después de haber gritado a los cuatro vientos que nos íbamos a casar, tenía una horrorosa incertidumbre. Porque ya no es que sintiera atracción por otro hombre, el problema es que tenía millones de dudas. Dudaba porque hasta ahora no me importaba no coincidir con Christian, dudaba porque prefería coincidir con mi mejor amiga, dudaba porque por primera vez me encantaría saltarme las reglas y dudaba porque parecía que la única que pensaba en eso era yo.

Puse la canción Return to Innocence de Enigma y me acosté en el sofá a leer un rato. Conseguí relajarme tanto que me quedé dormida. Una hora más tarde, abrí los ojos al sentir un gran vacío en mi estómago. Estuve un rato haciéndome la remolona, hasta que tuve fuerzas suficientes para levantarme e ir a la cocina a picar algo. En la nevera había una nota de Christian, algo que no me extrañaba lo más mínimo. Últimamente ese había sido nuestro medio de comunicación, a través de notas que dejaba por la casa.

«No quise despertarte, sé que tienes guardia. Fui a la biblioteca a buscar información sobre una operación importante.

Te quiero. »

Al leerla me quedé igual que si no hubiera leído nada, fría. No sentí que fuera un te quiero sincero, ni ningún tipo de sensación escalofriante recorrió mi cuerpo. Dios mío estaba peor de lo que creía, esto no iba acabar bien, con tantas dudas era casi imposible que algo así acabase bien. Necesitaba alejarme del mundo, pensar en mí y en lo que realmente quería.

La hora de entrar a currar se iba acercando a pasos agigantados y me puse un poco más nerviosa. Me metí en el baño, con la música aún puesta, y comencé a prepararme. No sabía por qué, pero me sentía irritable y era extraño, como la mayoría de las cosas que me habían pasado hoy y como lo que había estado pensando. La definición era esa, extraño.

Hoy iba a hacer lo que estuviera en mi mano para evitar coincidir con él, si después de mis dudas lo veía y seguía atrayéndome, tendría más titubeos. Lo mejor sería decirle a Candela, o cualquier otro enfermero, que se encargara de lo que necesitara y así evitarlo toda la noche. Mañana le daban el alta y no tendría que verlo más, no iba a pensar en esa química que había surgido entre un desconocido y yo.

A las diez de la noche, Candela fue en mi busca para decirme que

debía de atender una llamada urgente. Suspiré agotada, sabía que no era urgente y también sabía quién llamaba, y la cara burlona de mi amiga me lo confirmó. Desde que le grité a Enzo por la estúpida hamburguesa, cuando lo que quería era matar a Ethan por el daño y la vergüenza que me había hecho pasar, me llamaba día sí y otro también para preguntarme cualquier chorrada. ¿Es peligroso ir a dar un paseo? ¿Si va al baño le puede pasar algo? Y qué me dices si le traigo dulces, ¿se puede morir? No iba a negar que me meaba con sus preguntas, pero hoy no era mi día y si viera mi cara lo comprobaría por sí solo.

—Doctora Donovan al habla —dije al descolgar el teléfono.

—Hola Beca —me habló Enzo con total confianza.

—¿Qué vas a pedirme ahora? —solté un suspiro.

—Solo quería saber si podía comer comida basura, mañana le dan el alta y queremos celebrarlo —se notaba la risa en su voz.

—¿Estás aguantando las ganas de reír? —pregunté haciendo lo mismo. Después de todo, sus bromas me servían para tranquilizarme.

—¿Cómo puede decir eso, Doctora? —replicó haciéndose el ofendido, con un ataque de tos repentino.

—Suéltala antes de que te quedes a pasar la noche en urgencia por asfixia —al terminar de hablar, lo escuché reírse a carcajadas. Una voz susurró cerca del auricular, pero no pude escuchar lo que le decía el paciente de la habitación 310 a su amigo.

—¿Me dejas traerle comida? —ésta vez no ocultaba la risa.

—Con una condición

—¿Cuál? —quiso saber.

—Cande, ¿qué quieres cenar? —mi amiga estaba al lado mío para enterarse de lo que sucedía.

—Si me trae un menú McPollo, me hará la mujer más feliz del mundo —respondió mi amiga, con la boca haciéndosele agua.

—Un menú Mcpollo y otro menú Big Mac, por favor.

—Marchando. —y colgó

En lo que Enzo compraba la cena, hice las visitas rutinarias a los pacientes que se encontraban en un estado más crítico. Les vigilé el suero, les llevé los medicamentos a quienes los necesitaban e inspeccioné las curas pertinentes, hasta que acabé en la puerta de su maldita habitación. Hice ademán de abrir, pero dejé la mano suspendida en el aire, pensando si sería buena idea verlo. Quería hablar con él, a mi parecer teníamos una conversación pendiente. Sé que ha intentado disculparse conmigo por lo que me dijo, pero no estaba preparada.

—¿Cuánto tiempo vas a seguir así? —indagó Candela, que había debido de presenciar la lucha que tenía conmigo misma.

—No sé —evitaba mirarle a la cara.

—Beca, tienes que atenderle, es tú trabajo, piensa en él como un paciente más y olvídate del quebradero de cabeza que tienes. Hay atracción física, pero nada más, a lo mejor después de una noche pierde la magia, o lo conoces y te das cuenta de que es imbécil perdido. Así que no te fustigues más por haberte sentido cautivada, seguro que no es nada, mírame a mí.

—¿Qué pasa contigo? —pregunté extrañada.

—Me siento encantada con el sexo opuesto, tú misma lo dijiste —sabía que quería hacerme reír.

—Pero tú estás soletera.

—Beca, ¿has hecho algo? No, pues deja de sentirte culpable.

—No es solo... —quería contarle mis dudas, lo que pasaba con Christian y que apenas lo veía, pero primero quería aclarar mi mente antes de explicarle a nadie lo que ocurría dentro de ella. ¿Cómo explicar que desde que apareció un extraño he empezado abrir los ojos y darme cuenta de que mi relación no es tan perfecta como yo creía? ¿Y si soy yo que me estoy engañando porque tengo miedo de casarme y estoy boicoteando mi propia relación? ¿Y si al final me ha venido bien conocerlo para darme cuenta que no quería casarme,

aunque me obligara a creer que sí? Eran muchas preguntas a las cuáles no tenía respuesta y era imposible explicarle a nadie que demonios ocurría conmigo.

—Beca, no puedes depender del personal para que te hagan el trabajo sucio —se cruzó de brazos, dejándome claro que no se iba a mover hasta que le hiciera caso.

—Debería dejar de comportarme como una niña chica, ¿verdad?

—Por Dios Beca, entra —Enzo acababa de llegar, tenía con las bolsas de comida en la mano. —Te doy diez minutos.

—¿Y tú por donde has llegado? ¿Siempre eres tan sigiloso? —preguntó Candela con su mano en el pecho, como si así pudiese calmar su corazón.

—No siempre —le guiñó un ojo y se metió un trozo de patata en la boca —Venga no pierdas el tiempo, no tienes mucho, o sí, según me entretenga tu amiga —dijo, haciéndome reír.

Capítulo 6

Por fin me daban el alta mañana. Necesitaba volver a la calle, a mi vida, retomarla donde la dejé antes de que me dispararan. Regresar a los escenarios, a las discotecas y al subidón de estar en contacto con las personas que acuden a los festivales a darlo todo. Tenía ganas de crear nuevas mezclas, de correr, estar con mi familia, o simplemente ir a cenar después de una buena película en el cine. No era una persona de estar en casa, quieta y ver como la vida pasaba ante los ojos de uno sin hacer nada con ella.

Tenía mucho que agradecer a mi madre y a Enzo. Mis dos hermanos y mi padre por culpa del trabajo no habían podido venir, pero me llamaban a diario para saber cómo estaba y se los agradecía. Pero mi amigo y mi madre no se habían separado de mí ni un solo segundo, si no estaba uno en la habitación, estaba la otra, y era agradable sentirse querido.

Otro cantar era Beca, desde que la traté de manera grosera, ha evitado verme a toda costa. Mandaba a cualquier otro compañero para hacerme las curas y me hacía sentir peor de lo que estaba. Quería pedirle perdón y no me dejaba, quería volver hablar con ella sin más y me ignoraba, quería que fuéramos amigos y era absurdo. Me encontraba dentro de un laberinto lleno de trampas y no conseguía dar con la salida.

Envidiaba la conexión que habían adquirido Enzo y Beca tras el sermón. No dejaban de gastarse bromas y yo quería formar parte de ellas, como al principio. Desde que le conté la historia a mi amigo, no había parado de repetirme que debía de buscar la manera de pedirle perdón, que me había comportado como un estúpido y que ella no se merecía que la tratase así. Como si no me hubiese dado cuenta solito,

el problema era que después del incidente, por llamarlo de alguna manera, ella parecía haberse evaporado.

Escuché abrirse la puerta, pero mantuve mis ojos cerrados. Capté los pasos de una persona acercarse a mí y me decepcioné al instante. Creí que Beca y su amiga iban a cenar con nosotros, pero solo era Enzo.

—¿Cómo te encuentras? —abrí los ojos para comprobar que no estaba soñando, que no era fruto de mi imaginación.

—Yo... —estaba en lado derecho de la cama. Mirándome con sus grandes ojos verdes cubiertos por unas pestañas color fuego.

—¿No me digas que el disparo te afectó al habla? —tenía una sonrisa pícara.

—Verte a ti es lo que me afecta —respondí más sincero de lo que estaba dispuesto admitir.

—Guau —dijo con los ojos más abiertos. —Ahora entiendo por qué no pueden resistirse a tus encantos, por un momento pensé en tirarme encima tuya.

—Hazlo —mi voz se tornó ronca, con ganas de que sucediera.

—Levántate la blusa, he venido a revisarte esa herida antes de darte el alta, no a otra cosa.

—Es una pena —me encontraba aturdido por el deseo que se había apoderado de mi cuerpo —¿Buscando alguna excusa para dejarme otro día más? —me reí de ella. Rebeca dio un fuerte suspiro y negó con la cabeza.

—No tienes remedio —pero, a pesar de que hacía grandes esfuerzos por ocultar su sonrisa, pude verla.

Sus manos rozaron mi piel desnuda y mi cuerpo fue atravesado por una fuerte corriente eléctrica que me dejó aturdido. Un inconsciente siseo se escapó de mis labios y ella me miró con un brillo especial en sus ojos y una sonrisa ladeada increíblemente sexy. Entre nosotros había *feeling*, cualquiera que nos hubiera visto juntos podría haberlo comprobado, pero lo de estos momentos era puro

deseo. No cualquier tipo de deseo, sino ese que se mete por tu cuerpo y se apodera de él, ese que hace que no quieras pensar en dónde estás ni si pueden verte, ese que simplemente quiere ser saciado, necesita ser saciado.

—Beca —empecé a decir, acariciando su cara. Ella apoyó la mejilla en mi mano, mimosa, dejándose hacer y mis ojos vaguaron por su rostro, hasta que llegaron a su boca. Pasó su lengua por sus labios y me quedé absorto. Me moría por entrelazarla con la mía, recorrer el mismo camino.

Me senté en la cama, con los pies colgando fuera de ella y coloqué a Beca entre mis muslos. Nuestras caras quedaron a escasos milímetros, mi frente sobre la suya, nuestras respiraciones acompasadas y rozando, con el aire que salía de nuestras bocas, los labios del otro. Pasé la lengua por mis labios, queriendo atrapar su respiración y retenerla dentro de mí. Ahora era Beca quien no dejaba de mirar el recorrido que hacía.

Nos volvimos a mirar a los ojos y me perdí en ellos, en su profundidad. Tenía ganas de besarla. Agarré su cara con mis manos para retenerla e impedir que se echase atrás, había tenido tiempo suficiente para hacerlo. No me podía quitar lo que quería, necesitaba besarla antes de irme de allí y antes de que se casara con otro. La comencé acercar a mí, lentamente, disfrutando del momento, de lo que sentía.

Nuestros labios se juntaron y lo que inundó mi cuerpo en ese instante fue indescriptible. Mi piel se erizó por completo, mi boca se movía desesperada sobre la de ella, y mis manos no dejaban de acariciar su cuerpo. Por una fracción de segundos, mi corazón se paró en seco y cuando nuestras lenguas se juntaron estalló en mil pedazos. Estaba muy excitado y solo era un simple beso. Era absurdo que esto que sentía fuera saciado con una sola noche de pasión, iba a necesitar más, los dos necesitábamos más, el cuerpo de Beca lo gritaba, al igual que el mío.

Lo que me estaba dando era más de lo que cualquiera alcanzaría a tener, y decidí disfrutarlo al máximo porque era consciente de que este podía ser nuestro primer y último beso.

Mis manos, cansadas de contenerse por más tiempo, decidieron ir por libre. Una se enredó en su preciosa cabellera rojiza y la otra se metió bajo su pijama de trabajo azul. No dejaba de acariciar su abdomen, su increíble y liso abdomen. Ella hizo lo mismo y metió sus manos bajo mi blusa, en cuanto sus frías manos volvieron a entrar en contacto con mi caluroso cuerpo, perdí el poco control y la poca voluntad que me quedaba.

Mi mano ascendió por su cuerpo hasta que llegó a sus pequeños, pero perfectos pechos. Mi pulgar rozó uno de sus pezones, por encima de su sujetador, y noté como se erizaba bajo mi tacto. Ella gimió en mi boca y lo retuve en mi interior.

—Beca...—susurré sin apartarme de sus besos —No puedo —comencé a decir —esto...nosotros...necesito más —la volví a besar con ganas, como si un segundo separado hubiera sido más que suficiente.

—Y yo —habíamos perdido la noción del tiempo, no sabíamos dónde nos encontrábamos, lo único que importaba en estos momentos era lo que estaba sucediendo en esa habitación, sea lo que fuere. Mi erección quedó entre sus piernas y la acerqué un poco más a mis caderas para que notara el efecto que provocaba en mí.

Hubo un momento en esta guerra de besos, de caricias y de ese apetito sexual que brotaba en el ambiente en el que acabé tumbado en la cama y ella se colocó encima de mí. Nuestros labios se separaron y nos miramos a los ojos, quietos. La imagen de ella encima mía era lo más excitante y sexy que había visto hasta ahora. Beca tenía el pelo suelto y le caía por los lados como una cascada de fuego. Sus ojos brillaban de deseo y su boca estaba hinchada por los besos. Como si ella tampoco pudiera estar alejada de mí, volvió a besarme. Fue un beso desenfrenado, atrevido y excitante. No podía

controlar más las ganas de tenerla desnuda en mis brazos y comencé a subirle la blusa de su pijama. Alguien tosió a las espaldas de Beca y me quedé con las manos paralizadas, por encima de su ombligo.

Rebeca se irguió enseguida y saltó de la cama con las mejillas teñidas de rosa. No levantaba la mirada del suelo, avergonzada, y yo no podía apartarla de su cara. Se había dejado llevar, como yo, pero temía que se arrepintiera de lo sucedido entre nosotros. Empecé a moverme entre incómodo y nervioso por lo que pudiera decirme. Levantó la mirada del suelo y respiré aliviado. En su cara había una sonrisa que le iluminaba su rostro. La cogí del brazo, tiré de ella y la acerqué a mis labios para volver a besarla.

—Chicos, en serio, deberíais separaros —era Enzo. No paraba de reírse por la situación en las que nos había pillado.

—No quieres ir a darte otra vuelta —dije guiñándole un ojo a Beca. Ella me volvió a sonreír, y me quedé prendado en la belleza de su mirada, su boca, su cara, de ella.

—Me muero de hambre colega. Así que venga, a comer antes de que se quede frío el papeo —colocó las bolsas de Mc Donald's en la mesita auxiliar.

—¿Dónde está Candela? —preguntó Beca, en un intento por recuperar la compostura.

—Ha sido más precavida que yo y decidió esperar un poco más — en ese momento, escuchamos a alguien tocar la puerta. Candela asomó su cabeza, con los ojos tapados con una de sus manos.

—¿Se puede? —una amplia sonrisa invadía su cara.

—Pasa anda, y quítate las manos de los ojos —Beca se sentó en una de las sillas que había en la habitación.

—No te vas a creer como estaban cuando entré —comenzó a decir Enzo, con cara burlona. —Beca estaba...

—Enzo —puse la voz seria —Para —le advertí.

—No te preocupes, después ella me lo contará —dijo Candela, lo que hizo que Beca se ruborizara más.

—Espero que me dejes bien —le susurré cuando me alcanzaba la hamburguesa.

—Imposible dejarte mal —respondió guiñándome uno ojo.

A mitad de la cena, Beca tuvo que salir corriendo para atender a un paciente que había entrado en parada y no había regresado. Enzo me hizo compañía hasta bien entrada la noche, pero se tuvo que marchar porque a la mañana siguiente cogía un vuelo hacia Gran Canaria para una fiesta en la que él era uno de los DJ invitados.

Cansado de dar vueltas en la incómoda cama, cogí mi iPod para escuchar música. El reloj marcaba las dos de la mañana y algo me decía que iba a ser una noche larga. Solo podía pensar en Beca y en el momento que compartimos a solas hasta que mi amigo nos interrumpió. Una pregunta no dejaba de rondar en mi cabeza después de nuestro encuentro, ¿querría terminar lo que empezamos? O por el contrario, ¿preferiría dejarlo en una noche de locura antes de dar el gran paso de su vida?

A las tres y media de la mañana sonó el teléfono y lo cogí lo más rápido que pude. Sabía quién era y estaba ansioso por hablar con ella. Me alegré que Beca también estuviera pensando en mí, porque yo no paré de hacerlo.

—¿Cómo estás? —pregunté nada más descolgar.

—¿Conoces a Cassidy? —su voz demasiado era seria.

—¿A qué viene esa pregunta, Beca? —estaba de mal humor. Después de lo que había ocurrido, ¿me llamaba para preguntarme por otra? —¿Quién demonios es Cassidy?

—Alguien que dice esperar un hijo tuyo —ella estaba más seria aún.

—¿Qué? —me coloqué más erguido en la cama.

—¿La dejo pasar?

—No —respondí —no tengo ni idea de quién es.

—Pues seguramente alguien con quien pasaste una noche loca, no tomaste precaución porque la vida solo es diversión para ti y ahora

está esperando un hijo —estaba enfadada. No podía reprochárselo, aunque no impedía que me sintiera igual.

—Y me lo dice alguien que está prometida con un hombre y disfruta en brazos de otro —le increpé y me arrepentí al instante.

—Soy consciente de lo que he hecho en cada momento y de las consecuencias de mis actos. Sin embargo, no se puede decir lo mismo de ti, eres incapaz de asumir las repercusiones de los tuyos. Vas a ser padre y no quieres saber nada de ello, no sé, pero no te deja en muy buen lugar.

—Nunca me has tenido en un buen lugar Beca, y vuelves a juzgarme sin saber, sin ni siquiera preguntar. Te he dicho que no conozco a ninguna Cassidy, ¿por qué no me crees? —me sentía impotente.

—Porque no es lo que dice ella.

—Lo que diga una desconocida me la bufa, es tu opinión la que me importa y me molesta como estás pensando de mí, sobre todo que seas tú quien lo haga.

—Me baso en los hechos Ethan. Cambias de pareja como de calzoncillos y has sido libre de hacerlo, pero no puedes vivir así eternamente. En la vida hay responsabilidades y a ti te acaba de aparecer una muy gorda. ¿Cómo puedes darle la espalda? De todas formas no es contigo con quien estoy mal o a quien juzgo, es a mí misma —habló más para sí que para mí.

—¿Por qué? —farfullé con un hilo de voz, temeroso de su respuesta.

—Arriesgué mi futuro por un calentón, y ahora me quedo sin nada, debería haberlo pensado mejor.

—Beca, cuando termines tu turno vas a ir a tu casa con tu estupendo marido. ¿Qué se supone que has arriesgado? —estaba molesto por sus palabras, no debería porque era la verdad, pero me molestaba igualmente.

—Ahora eres tú quien me juzgas si crees que después de lo que

sucedió entre nosotros voy a poder casarme, he sido desleal y debo aceptarlo.

—¿Me deja pasar? —era esa tal Cassidy que hablaba con Beca, ella emitió un suspiro de frustración. —Necesito saber cómo se encuentra, hace tiempo que no lo veo y estoy de los nervios, si sigo así acabaré perdiendo al niño.

—¿Ethan?

—Que pase —me rendí al fin.

Esa tal Cassidy era una auténtica embustera, como ya le había dicho a Beca. Solo quería pasar para hacerse fotos conmigo y decir que éramos pareja. Yo solo podía pensar en Beca y en por qué mierda no confió en mí.

En cuanto Cassidy se marchó, intenté hablar con Rebeca por teléfono, pero había vuelto a esconderse de mí. No podía culparla, no cuando también le recriminé que se fuera a ir con otro.

A primera hora de la mañana y, antes de darme el alta, la busqué por el Hospital para hablar con ella. Quería pedirle perdón por todas las palabras desafortunadas que dije, que no fueron pocas, darle las gracias por lo que había hecho por mí y como se había preocupado, y a lo mejor, solo a lo mejor, si ella quisiera podríamos ser amigos, conocernos, y quien sabe si podríamos terminar lo que empezamos en la habitación 310 del Hospital de Ámsterdam.

Capítulo 7

Jamás me había estado peor a como me sentía en esos instantes. Estuve a punto de dejarme llevar por completo, y lo peor fue que deseé hacerlo. Si antes del beso estaba loca ahora mismo estaba para que me internasen. Mi madre, ¡cómo besaba! Fue fantástico, desde el momento que nuestros labios se rozaron supe que había perdido la batalla que había comenzado conmigo misma y que él me había facilitado el arma para rendirme: sus labios. La cosa fue a peor cuando nuestras manos comenzaron un recorrido ansioso por el cuerpo del otro, ahí dejé de pensar, lo único que quería era sentir, y él me hizo sentir una mujer sexy y deseada.

Después del beso, me pasé las rondas de trabajo pensando en qué iba a ocurrir, ¿lo íbamos a dejar en esa habitación? ¿Querría Ethan saciarme esas ansias por él que me creó con sus labios? La respuesta vino sola, y era no. No porque estaba con otra, no porque estaba esperando un hijo, y no porque lo nuestro solo fue por culpa del momento.

Salí de trabajar más tarde de lo habitual, la noche se había complicado y no daba abasto, Candela se había marchado antes, así que fui directa a su casa. Toqué el timbre y esperé a que abriera, me daba igual si se había quedado dormida, necesitaba una charla con mi mejor amiga urgentemente. Tenía que escuchar a alguien que me dijera las cosas tal y como eran, aunque me hiciera más daño. Me serviría para aclarar mis dudas, que no eran pocas. Iba a cancelar el compromiso, estaba claro, lo que no sabía era lo que hacer después. Esa era la razón por la que nunca me saltaba las normas, por la que seguía los planes establecidos, para evitar meterme en berenjenales innecesarios que terminaban por poner mi vida patas arribas y sin

ninguna solución.

—Creí que ya no venías —dijo Candela —estaba metiéndome en la cama. ¿Un té?

—Negro con leche, por favor.

—¿Vas a contarme que sucedió? —Llevaba unos quince minutos en su casa y apenas había soltado prenda. Estaba sentada en su cocina, con la mirada perdida en ninguna parte y daba pequeños sorbos al té.

—Va a ser padre —miraba mi taza y revolvía el líquido con la cucharilla.

—Y tú te vas a casar —señaló como si nada —¿Y qué importa?

—¿Cómo? —mi boca se abrió de golpe —Lo cambia todo.

—Beca, si te lo hubiera dicho ¿qué habría cambiado? Quiero decir, que vaya a ser padre no significa que no pueda conocerte. A ti no te impidió besarle el anillo de compromiso que llevas en tu dedo.

—Es un golpe bajo, sabes que voy a cancelar la boda —le reproché.

—¿Por qué tú puedes cancelar la boda y conocerle, pero él no puede estar contigo si tiene un bebé? —volvió a preguntar elevando una de sus cejas, de manera inquisidora.

—Desde el minuto uno fui totalmente clara, él no. Gracias a la llegada de Cassidy apenas pude disfrutar de nuestro íntimo momento, lo echó a perder. Además, ella me dijo que eran pareja, no un rollo de una noche.

—¿Y él qué dijo? —insistió mi amiga.

—Ethan me dijo que no conocía a ninguna Cassidy, ¿cómo es posible?

—¿Por qué no puede ser verdad? —indagó. —¿Por qué no confías en nadie? —insistió, colocando sus manos entrelazadas sobre la mesa. —Si no es el hombre perfecto, ese que cumple los requisitos de tu lista imaginaria, buscas cualquier excusa posible para alejarte de él. Con esa actitud has perdido mucho y seguirás perdiendo.

—¿Excusas? Que vaya a ser padre no es una excusa —alcé un poco la voz.

—Entonces, ¿no puedes estar con un hombre que sea padre? —siguió con sus preguntas.

—No sé —respondí, calmándome un poco —Tengo mucho en lo que pensar —dije tras una pequeña pausa y soltar un suspiro de puro cansancio.

—¿Para qué Beca?, no lo vas a volver a ver —su razonamiento me dolió más de lo que estaba dispuesta a admitir. Darme cuenta de que no iba a volver a verlo me sentó como una ducha de agua helada en pleno invierno —No lo habías pensado, ¿no?. —me miraba a los ojos, sin descanso.

—No —admití —Creí que tras unos días de calma podríamos hablar y aclarar las cosas.

—Pues no vas a poder —repitió, sin necesidad.

—No hace falta que insistas, por no meter el dedo en la llaga ¿sabes? —empezaba a molestarme sus razonamientos.

—Bueno cambiando de tema, ¿cuándo vas a resolver tu otro frente abierto? —quiso saber mi amiga.

—Espero encontrármelo en casa, aunque últimamente esto ocurre poco. No me gustaría mantener una conversación tan difícil en el *office* del hospital —respondí.

—Suerte —soltó Candela apurando su té.

—En el fondo él es consciente de que tarde o temprano lo nuestro se va a terminar. Quizás le moleste cancelar la boda, pero por el qué dirán no porque se quede destrozado ni nada por el estilo. Además, en cuanto sepa que me he besado con otro lo entenderá.

—Es probable —dijo Candela. —Si observas tú relación desde fuera, hay que admitir que no sois una pareja de esas que despiertan envidia y dan las ganas de matar por tener una relación como la de ustedes. Sin embargo, sí que te envidio por besarte con un desconocido en el trabajo, que consiguió que perdieras tu cordura y

que te descolocó por completo.

—Y tienes que sumar que Christian apenas me toca —confesé en un arrebatado de sinceridad.

—¡No me jodas! Así te volviste loca con Ethan, a pesar de estar en tu horario de trabajo —se burlaba de mí.

Regresé a mi apartamento y Christian estaba dentro. No podía retrasarlo más, no iba a olvidar que le fui desleal y aunque me perdonase, yo no iba hacerlo, y él seguiría sin anteponerme a su trabajo. Estaba molesta conmigo misma porque siempre había creído que nuestra relación era perfecta y que para él siempre estaba yo antes que nadie. Tuvo que aparecer Ethan en mi vida para darme cuenta de lo que pasaba en realidad. Aquello que antes me daba igual, ahora crispaba mis nervios.

Dejé mi mochila y el jersey en el colgador de la entrada y busqué a Christian. Lo encontré sentado en el sofá del salón, estaba tan sumergido en sus libros de medicina que ni se había dado cuenta que estaba a su lado.

Me quedé un rato observándolo, quería saber desde cuando sólo éramos compañeros de piso. Hacía tiempo que no hacíamos cosas de pareja, nada de sexo, ni paseos juntos, ni irnos de viaje. Yo le dejaba quedarse en mi apartamento y él a cambio me hacía la comida, la compra, o cualquier otro detalle que se le ocurriera. Y por mi traicionera cabeza pasó la idea de que si llega a ser Ethan no sólo se habría dado cuenta que estaba a su lado, sino que yo no podría apartar mis manos de encima.

—Hola —dije, tras encontrar mi voz.

—Ey, no te escuché llegar, ¿qué tal la guardia? —no levantó la vista de sus libros. Sonreí triste ante la ironía de la vida, lo que antes no me importaba, ahora no lo soportaba.

—Tenemos que hablar —me coloqué delante de él.

—Dime —seguía sin mirarme. —¿Necesitas que te explique alguna operación?. —¿Siempre había sido tan engreído? —pensé sin

decirlo en voz alta, mordiéndome la lengua para no hacerlo.

—No quiero casarme —fui directa al grano, sin dar muchos rodeos.

—¿Qué? —parecía haber captado su atención. Elevó la vista y me miró con los ojos abiertos de par en par.

—Quiero cancelar la boda —repetí. —En realidad, no quiero seguir con la relación —aclaré —No tendría que haber aceptado, pero no lo supe hasta hace unas semanas.

—¿Qué ha cambiado?—preguntó —Si estamos hechos el uno para el otro. A los dos nos apasiona la medicina más que nada, solo nos interesa ser los mejores en nuestra profesión y nos acoplamos. ¿Quién más va a entender que estés tantas horas trabajando? —le miré asombrada. ¿Iba casarme con alguien que no me conocía?

—Me besé con otro —No tenía ganas de explicarle lo equivocado que estaba con su opinión, sería como hablarle a una pared.

—Un beso no es motivo para cancelar la boda —y volvió la vista a los libros.

—¿Cómo? —estaba perpleja. Mi mente iba a dos mil por hora, intentando asimilar lo que me decía y en cómo no le podía importar que me besara con otro.

—Me da igual que quieras tener otras relaciones Rebeca, es algo normal. Podemos ser una pareja abierta, si quieres —flipaba en colores. ¿Quién era ese hombre y dónde estaba el Christian que conocía?

—¿Cómo puedes aceptar que la persona de la que estás enamorado tenga otras relaciones?—pregunté. —Es lo que tú haces, ¿verdad? —era más una afirmación, que una pregunta. Lo peor era que a mí también me daba igual que se fuera con otra, pero no podría vivir con una relación así. Buscaba otra cosa, la clase de amor que te torturaba por dentro, pero te daba la mayor felicidad del mundo.

«La perfección no existe Beca, aunque creas que lo tienes, es producto de tu imaginación. —las palabras de Ethan aparecieron en mi cabeza y no

podía negar que tenía razón.»

—Alguna vez —confirmó sin más —Pero no significa que no te ame, sí que lo hago.

—Yo a ti no te amo —cada vez me asqueaba más por lo que estaba averiguando de él.

—Vamos Rebeca, no seas así. No pasa nada por compartirme con las demás.

—No quiero que la persona que se case conmigo quiera estar con otras y tampoco te quiero a ti. Hoy me besé con un desconocido y no solo ni me acordé de ti, sino que quise más. Quise todo con un hombre del que solo conocía su nombre y no me arrepiento por lo que hice. Para mí es motivo más que suficiente para cancelar la boda y dejar nuestra relación. Además, cuando esté con alguien quiero ser la única para él.

—¿Desde cuándo quieres eso?

—Siempre lo he querido. Con esta conversación me doy cuenta que no nos conocemos, cada uno piensa cosas del otro que no son verdad. Mira —puse una mano en el puente de la nariz y suspirando —me voy a casa de Candela, te doy hasta las seis de la tarde para coger las cosas e irte, es tiempo más que suficiente.

—Pero...

—No hay más que hablar, no quiero casarme y por primera vez es mi opinión la que prevalece por encima de la tuya.

—Estás teniendo una pataleta —parece que conseguí captar su atención porque cerró el libro y miró como si fuera una niña chica.

—Se acabó —cogí las cosas y saliendo de ahí antes de montar un buen pollo y acabar por lanzarle toda la vajilla.

Desperté agitada por culpa de una pesadilla, el corazón me latía desenfrenado, y me quedé un rato aturdida, sin saber dónde estaba. Escuché la respiración de alguien a mi lado y me giré lentamente, más asustada que antes. No solo no sabía dónde estaba, sino que tampoco sabía con quién. Era Candela. Respiré más aliviada e intenté

calmarme un poco. Imágenes de lo que ocurrió la pasada noche, junto con el desencuentro con Christian, se amontonaban en mi mente. Siempre había soñado con una boda perfecta y con un novio que hiciera suspirar de envidia, lo deseé tanto que me obligué a creer que Christian era ese hombre.

Me levanté y fui al baño para echarme un poco de agua fría en la cara y terminar de despertarme. Por el camino, me paré a mirar un cuadro que tenía Candela colgado en mitad del pasillo. Hasta ahora apenas le había prestado atención, pero la frase que había en él me desconcertó, parecía que me la estaba dedicando. Era un símil de lo que me había ocurrido en estas últimas semanas. El cuadro era simple, no se trataba de un Picasso ni nada similar. Era una fotografía de una playa, con un faro blanco y rojo de fondo y una preciosa puesta de sol. En el cielo, pintado con letras blancas, estaba escrita la siguiente frase:

«A veces hace falta un ramalazo de locura para construir un destino.»

Marguerite Yourcenar.

Quizás fuera lo que me había pasado. Tuve que cometer la locura de querer tirarme a un paciente, para saber que mi destino no era casarme con «el mejor prometido del mundo.» Ni tampoco debía hacerme ilusiones con Ethan, porque él tenía una vida en la que no me incluía para nada.

En la cocina, me preparé un café con leche de las cápsulas de Nescafé, fui al salón con la taza y encendí la televisión para entretenerme con algo. El reloj que tenía mi amiga en la mesa del salón, al lado del sofá, marcaba las cinco menos cuarto. A Christian le dije que no iba a volver hasta las seis, por lo que Candela me iba a tener que aguantar aquí hasta las siete como mínimo. No quería regresar estando él en casa, no podría soportar otra absurda conversación. Con lo que escuché antes tuve suficiente, no teníamos

que decirnos más nada. No sabía cómo era en realidad y ahora me daba cuenta de que como pareja era un desastre, que solo pensaba en su trabajo. Nunca había soportado a las personas así y estuve cerca de casarme con uno.

Volví a la cocina para hacer el almuerzo con varias horas de retraso, desde esa mañana no habíamos comido y era lo menos que podía hacer para agradecerle a Candela que me hubiera acogido en su casa. La despensa estaba vacía, no tenía nada en absoluto, ni para hacer pasta. Me duché, me vestí con un chándal de mi amiga y me acerqué al supermercado que había en la parte trasera de su calle. Compré los ingredientes necesarios para hacer pollo con verduras, unas cuantas cervezas y una tarta de queso con crema de arándanos de una pastelería que estaba cerca del supermercado.

A las siete de la tarde, después de haber almorzado y cenado, y de una buena charla con mi amiga, volví a mi casa. Por muy cómoda que estuviera en la de Candela, no había nada como la de una. Abrí la puerta nerviosa por si seguía en casa esperando y al notar que no, solté el aire que había estado reteniendo en mis pulmones. Christian se había marchado, y con ello se daba comienzo a mi nueva vida.

Me puse el pijama para estar lo más cómoda posible y me tumbé en el sofá. Cogí el teléfono fijo, marqué el número de casa de mi abuela y me preparé para decirle que no había boda. Iba a llevarse una decepción terrible, con las ganas que tenía de comprarse un vestido monísimo y reservar hora en la peluquería para asistir divina de la muerte a la boda de su única nieta.

—Hola Beca, ¿cómo estás? —su alegre voz consiguió calmarme.

—Abuela —dije tomando aire —no voy a casarme.

—¿Por qué? —se encontraba confusa y no podía culparla —
¿Aplazas la boda o ya no estáis juntos?

—Hemos roto, bueno más bien he roto yo con él, no era lo que me esperaba.

—¡Uf! —soltó mi abuela con un fuerte suspiro. —Menos mal que

te has dado cuenta, no sabía cuánto más podía aguantar sin decirte que era un poco peñazo.

—¿Cómo? —tenía la boca tan abierta que creí tocar el suelo con la barbilla.

—Hija quiero lo mejor para ti y no creo que Christian sea lo mejor. No digo que sea mal niño, solo que tú te mereces alguien que te quiera por cómo eres, no porque seas una médica joven. Además, algo me decía que ese chico aparte de ti, tenía a más mujeres —Helen había acertado de pleno —¿Cómo te diste cuenta?

—Porque me besé con otro —confesé poniéndome roja como un tomate. Helen era mi mejor amiga, le contaba cualquier cosa que me pasaba, pero como seguía siendo mi abuela, había ciertas cosas que me daba corte decirle, por mucho que ella quisiera saberlas.

—¿Qué? —preguntó asombrada de nuevo —Cuéntame que pasó —exigió.

Capítulo 8

Había pasado tiempo suficiente para no recordar los labios de la maldita doctora, pero parecía como si los míos conservasen su sabor. Lo había intentado de mil maneras y con otras mujeres, pero persistía el roce de los suyos y la sensación que sentí al besarlos. Me lo recriminaba a mí mismo, era absurdo que siguiera pensando en ella o en lo que sentí bajo su tacto, pero no dejaba de hacerlo a pesar de ello.

Me encontraba pinchando en un festival en Alemania y me dio un subidón de adrenalina en el escenario gracias a los gritos y saltos que daban los asistentes, y disfruté del espectáculo al completo. Era lo que más me gustaba, no me veía en otro sitio que no fuera con esas personas cantando a pleno pulmón las canciones que ponían y sin dejar de brincar como locos. En los peores momentos, era lo único que conseguía levantarme.

Salí del escenario y me topé con Enzo en el *backstage*, me miraba con una ceja en alto y parecía querer preguntarme algo, pero se mantenía callado. Se cruzó de brazos y seguía sin apartar su mirada de la mía.

—¿Quieres decirme algo? —indagué harto de ver que no dejaba de observarme y se mantenía callado.

—No —levantó sus hombros —A no ser que quieras hablarme tú.

—Yo tampoco tengo nada que decir.

—Está bien, no hablemos entonces —no apartaba su mirada retadora de mí.

Me senté en las típicas e incómodas sillas de plástico y apoyé los codos en mis mulos, con la frente descansando en las palmas de mis manos. Enzo estaba delante mía, a la espera de que el organizador le

dijera cuándo le tocaba salir, y me estaba poniendo de los nervios. Se mantenía callado y, aunque yo mirase el suelo, sabía que sus ojos seguían sobre mí, lo notaba y me hacía sentir incomodo, demasiado para mi gusto.

—Deja de mirarme así —le supliqué.

—No puedo mirarte, no puedo hablarte... ¿Qué pudo hacer? —preguntó mi amigo de manera irónica.

—Decirme que narices te pasa —estaba cansado, no levanté la cabeza de mis manos.

—¿A mí? Nada, no soy yo quién tiene el mal sabor de boca por no saber que habría pasado con una preciosa y pelirroja mujer.

—No sé de qué hablas —mentí.

—Ya, claro, y yo soy virgen —replicó con su conocido sarcasmo.

—Está bien —solté un suspiro cansado —Tienes razón, me quedé con el mal sabor de boca por no poder conocerla un poco. Lo más seguro es que después de habernos conocido se fuera la magia, fuésemos incompatibles, o simplemente nos diéramos cuenta que somos de esas personas que una vez que salen de la cama no se soportan.

—Lo peor es quedarte con la intriga y que nada calme tu tortura.

—Exacto, pero todo estaba en nuestra contra. Por un lado, ella se iba a casar y después creyó que iba a ser padre.

—Bueno si es así como piensas lo mejor será olvidarlo y pasar a otra cosa. Aunque, a veces es peor, porque no es que sepas el motivo por el que ha salido mal, o que hayas comprobado que no valéis un euro como pareja, no ha ocurrido por causas ajenas a vosotros y por culpa de ese pensamiento acabas con la espinita clavada.

—Y tú ¿qué tal? —quería cambiar de tema.

—Sin ningún cambio a la vista.

—¡Enzo! —gritó el encargado —. Vete preparándote.

—Estoy listo —respondió mi amigo.

—Cinco minutos y sales.

Nos quedamos en silencio, era una costumbre que teníamos cuando alguno iba a salir, necesitábamos la mayor concentración posible y no pensar en cosas absurdas, solo en el espectáculo. Nunca olvidamos esas grandes palabras de *Queen: Show must go on*, y es que pase lo que pase fuera del escenario, una vez que lo pisamos nuestra vida queda fuera de el, y solo importa hacer un buen espectáculo y que el público no se olvide de nosotros.

—Te toca —le gritaron a Enzo.

—Espérame para ir juntos al hotel —Nos chocamos la mano, como siempre hacíamos, nos dimos un abrazo, le desee suerte y me quedé solo en el *backstage*. Desde allí tenía una vista privilegiada del festival y, aunque no tenía muchas ganas de verlo, quizás calmara el mal humor que me invadió por culpa de la conversación con mi amigo.

Me acerqué hasta uno de los laterales del escenario y vi lo que Enzo le regalaba al público. Mi colega era muy bueno y debía admitir que, gracias a su ayuda, había llegado a donde estaba, porque además era el mejor compañero con el que me había cruzado y se partía el culo por enseñarme. Me contagió su alegría y energía, y acabé disfrutando de su sesión como cualquier otro asistente al festival.

Cuando terminó de pichar, llamamos a un taxi y nos fuimos al hotel que nos reservaron los organizadores del evento. La gente tiene la errónea idea de que, como nos dedicamos a ir de festival en festival, somos unos fiesteros empedernidos y, aunque en los inicios fue así, llega un punto en la vida de uno que termina por agotarte y no continua la fiesta. Hicimos una parada en el bar que estaba al lado de recepción para poder tomar algo tranquilos y sin barullos.

Mi amigo se pidió un vodka seco, yo me regañé al escucharlo, pero acabé uniéndome a él y me tomé otro. Estábamos pasado un buen rato riéndonos, hablando, tomando una copa tras otra, y Enzo empezó a coquetear con unas chicas. Una de ellas se sentó a mi lado

y le seguí el juego, tonteamos un rato, pero la verdad que esa noche no tenía muchas ganas de fiesta. Hice el amago de levantarme, pero mi amigo puso su mano en mi hombro para retenerme en el asiento.

—¿Adónde vas? —susurró en mi oído.

—A mi habitación —respondí en el mismo tono —Estoy agotado y no tengo ganas de seguir fingiendo que me interesa lo que me está contando esta chica.

—Si te vas, tu acompañante también lo hará y su amiga se irá con ella. Espérate a que nos vayamos nosotros y ya después haz lo que quieras.

—Está bien, no tardes por favor, no sé cuánto más podré aguantar las tonterías de las uñas, las extensiones y la silicona.—mi amigo se rio con mi comentario y me guiñó el ojo.

—Te lo compensaré.

La chica, que después de mucho hablar de tonterías, dijo que se llamaba Keira, no dejó de rozar cualquier parte de su cuerpo contra el mío. Tras la quinta copa, estaba harto de seguir como un pelele, aguantando que ella en vez de retirarse consciente de que no quería nada con ella, parecía más dada a seducirme sin conseguirlo. Nunca he sido una persona que me atrajera lo fácil, me gustaba el juego, el coqueteo, el toma y dame, y a esta chica solo le faltaba desnudarse y subirse encima de mi pelvis. Era muy libre de hacerlo, por supuesto, solo que me atraía lo complicado y lo que parecía imposible de conseguir. A medida que pasaba el tiempo, su escote bajaba más y más, dejando a la vista lo generoso que era. Una pena que no me interesara lo más mínimo. Una de las veces, incluso, hizo que se le caía algo y al recogerlo me mostró su trasero.

Keira intentó llamar mi atención con mil y unas artimañas, pero nada conseguía activar mi cuerpo dormido. Por mucho que me rozara la polla, o me enseñara sus pechos, o fingiera querer darme un beso en la cara para acabar dándomelo cerca de las comisuras de los labios, conseguía revolucionarme ni hacía que perdiera el control.

—No puedo más —me acerqué a Enzo —Los dos sabemos que no te va a decir que no, dile que vaya contigo a tu habitación para poder salir de aquí. O se lo dices, o me marcho ya —dije tajante.

—Es hora de irnos —señaló él como si hubiera sido idea suya —¿Me acompañas? —le preguntó a su acompañante.

—Claro —respondió ella entre risitas.

Keira no dejaba de mirarme, como si esperase algo de mí, que decepción se iba a llevar. Aguantaré sentado los cinco minutos de rigor, para que no pudiera fastidiarle la noche a Enzo, y después me marcharía a mi habitación, solo.

Me fijé un poco más en ella, moviendo mi vaso en la mano y apurando el último trago. Era guapa, más bien llamativa, tenía los ojos marrones, su pelo era castaño y llevaba un traje verde oscuro corto, con un escote en forma de V que en cualquier otro momento habría estado encantado de lamer.

—Bueno Keira, ha sido un placer conocerte, pero es hora de irme, mañana trabajo —me levanté del taburete.

—¿Qué? —se tocaba el pelo de manera seductora, sin dejar de pestañear. —¿No quieres que vaya contigo? —puso una radiante y falsa sonrisa.

—No —y me alejé de ella.

Entré en mi habitación demasiado cansado, me metí en la ducha para quitarme el aroma del perfume de Keira, el sudor del festival y el olor a tabaco de los que fumaban a nuestro alrededor. Me miré en el espejo del baño, con la toalla alrededor de mi cadera, y mis ojos se centraron en mi costado. Sonreí al ver la cicatriz, aunque no quisiera, siempre tendría algo que me recordase a ella. Cansado de no poder quitármela de la cabeza de ninguna de las maneras, me puse el pantalón del pijama, nunca dormía con camisa, era demasiado incómodo para mi gusto y salí a la habitación.

Me metí en la cama con un fuerte dolor de cabeza, los vodkas no me habían sentado tan bien como creía porque la habitación daba

vueltas a mi alrededor. Eché el ancla, que consistía en dejar una pierna colgada por fuera de la cama, y rezaba por no vomitar.

Amanecí con una resaca terrible, me levanté y sentí que el alcohol de anoche subía por mi garganta. Corrí como pude hacia el baño, no me gustaría dejar la habitación echa un asco, a pesar de la fama que tenía, no era de los que montaban fiestones y lo dejaban patas arriba. Al final solo eran arcadas, me puse una camisa y con el mismo pantalón del pijama bajé a desayunar. Necesitaba un buen bocadillo que absorbiera el líquido de anoche.

Coloqué en mi plato lo que iba pillando, dos panes, una napolitana, mantequilla, mermelada, fruta, y seguí mirando por si había algo más que me apeteciera. Después de arrasar con el bufé del hotel, me senté en la mesa más apartada, tras una columna, donde nadie pudiera molestarme. Quería comer solo, nada de charlas banales sobre el tiempo que hacía, o cuando iba a lanzar el próximo disco, o lo bien que estuvo el festival de ayer.

—¿Sigues con la manía de esconderte en los desayunos? —Enzo tenía la voz ronca por el sueño.

—Lo hago para que nadie me moleste, pero ya veo que no funciona —me reí al verle la cara de muerto viviente que llevaba. Estaba mucho peor que yo —Vaya, anoche tuviste mucho movimiento, ¿eh?

—¿Por qué siempre quieren quedarse? —tomó asiento en la silla que estaba frente a mí.

—¿Has probado a irte tú?

—No puedo hacerlo, ¿cómo voy acostarme con ellas y después marcharme de mi habitación? —preguntó como si fuera un sacrilegio.

—Diciéndole que tienes trabajo, que necesitas descansar y que, cuando puedas, la llamarás. Fácil y sencillo, yo lo he hecho en más de una ocasión —le confesé —Tampoco me gusta dormir con nadie y, si le sumas que en las camas que no son las mías descanso menos, pues

el tiempo que tengo para dormir lo pienso aprovechar.

—Salvo que una atractiva Doctora estuviera contigo.

—Si ese fuera ese el caso ni si quiera bajaría a desayunar — confesé con una malvada sonrisa. Me la imaginé tumbada en la cama, con toda su melena esparcida por la almohada, desnuda y esperándome —Si, en definitiva, no estaría aquí.

—A lo mejor no tienes que esperar tanto para verla —dijo, tras darle un mordisco a su bocadillo.

—¿Cómo lo sabes?

—Nos han llamado de Holanda y quieren que pinchemos allí. Tienes la excusa perfecta para toparte con ella y decir que estás por trabajo.

Mi garganta se cerró por completo ante la idea de volver a verla y no dejaba pasar el trozo de napolitana que estaba masticando. Los nervios se apoderaron de mí, no tenía ni idea de lo que iba a decirle, ni de si podíamos repetir el beso o disfrutar de algo más. Pero de lo que más ganas tenía era comprobar si seguía con su compromiso porque, de no ser así, iba a intentar hacer lo posible por sacar de mi cabeza las posibilidades de lo que pudo ser.

Estaba seguro de que una vez que terminásemos con lo que iniciamos sin querer, se iba a quedar en nada. Éramos opuestos, ella creía que las reglas estaban para cumplirlas y guiarnos por el buen camino, yo creía que eran un auténtico coñazo y lo que molaba era romperlas, ella era de las que soñaban con el hombre perfecto, yo creía que no existía la perfección, ella buscaba el amor, yo pasaba de esas boberías, ella soñaba con casarse y yo pensaba que una relación complicaría mi vida. Odiaba tener que dar explicaciones de lo que hacía, donde estaba o a donde iba. Me molestaban esas peleas absurdas que se tenían cuando uno estaba en pareja. Era pensar en estar con alguien y un dolor de cabeza intenso aparece en mi cabeza.

Beca, por el contrario, quería eso, y lo que sucedió conmigo fue un lapsus provocado por la tensión de amarrarse a alguien para siempre,

no era a la única persona a la que le sucedía, y era probable que no le volvería a suceder más, porque habría visto a su perfecto novio y se habría dado cuenta de la estupidez tan grande que estuvo a punto de cometer, aunque a mí me dejase más tocado de lo que admitiría nunca.

Regresé a mi habitación y me tumbé en la cama, en poco menos de dos horas debía abandonarla y quería echar una cabezadita antes. Había tenido una noche movidita y el descanso se había convertido en una necesidad importante.

Capítulo 9

Rhythm Is a Dancer de Snap!, sonaba en mi aparato de música a todo volumen. Andaba sola por la casa, bailaba y cantaba como una loca, con el trapo de limpiar el polvo en la mano, pero sin llegarlo a usar. Pensé que tras la marcha de Christian me iba a costar estar sola, pero me equivocaba, estaba mejor que nunca. No tardé en asimilar su marcha, era más, al día siguiente estaba más que asumida. Debía ser porque en el fondo, estar con él y sin él era lo mismo.

Me inventé unos pasos de Street Dance nada envidiables, me reí sola y disfruté de la vida, como siempre debió ser. Yo misma me la complicaba más de lo necesario con tantas expectativas, ansiosa por no salirme del plan establecido, en vez de disfrutar de lo que pasaba ante mis ojos, la vida. La ruptura me había venido bien para pensar en mí, en lo que quería, y lo que esperaba hacer con esta nueva etapa antes de que me volviera a pasar lo mismo y me olvidase de vivir. Una de las cosas era no desear tanto al hombre perfecto, no existía, y dejarme llevar por lo que sintiera en cada momento. Debía olvidarme de los pros y los contras, dejar de pensar antes de actuar, solo debía disfrutar.

Terminé de hacer que limpiaba, cuando no lo había hecho, solo había que mirar de soslayo hacia el salón para saberlo porque ni siquiera me había molestado en recoger. Me di una ducha rápida, me vestí con mis pantalones negros favoritos estilo turco, para mí los más cómodos que había, una blusa básica celeste y unas chanclas. Cuando no estaba trabajando me gustaba ir lo más cómoda posible y llevar los pies al aire libre. Cogí el monedero para ir al supermercado, no tenía nada para comer en casa, y salí de mi piso silbando la canción Whole Lotta Love de Led Zeppelin.

Me paré en todos los pasillos del supermercado y cogí lo que había apuntado en mi lista mental. Aunque, cuando regresase a casa tendría lo que había cogido y lo más importante no lo habría comprado, era algo que me pasaba mucho.

Nada más llegar coloqué la compra en la despensa, puse las pechugas de pollo a marinar en la salsa y me coloqué el delantal antes de mancharme la ropa. También me gustaba ponérmelo porque me lo había hecho mi abuela y me recordaba a ella, a cuando cocinábamos juntas. Encendí la radio, para no sentirme sola, y empecé a cocinar. La canción de Seal, *Kiss from a Rose*, me cautivó por completo, haciendo que cocinase, bailase y cantase a la misma vez.

Entre la música mi horrible voz y el extractor de la cocina, no sé cómo pude conseguir escuchar el timbre de la puerta de mi casa. Miré por la mirilla y me extrañó ver a mi vecino, que vivía justo encima de mi apartamento. Bajé la radio, apagué el extractor para poder escucharlo, aparté la comida del fuego y abrí la puerta.

—¿Te he molestado con tanto ruido? —pregunté, a modo de disculpas.

—No te preocupes, hasta ahora la música que pones me gusta. Cambiaría un poco la voz de gato atropellado que suena a veces, pero por lo demás bien —dijo con una amable sonrisa. Me reí ante el comentario de mi voz y le pedí perdón.

Le hice una disimulada inspección, observándole de arriba abajo, al estar con Christian apenas me había fijado en él, pero la verdad que no tenía desperdicio. Era de mi altura, con el pelo de un rubio oscuro, los ojos pequeños y claros, y piel blanca, aunque no tanto como la mía. Llevaba un polo azul, que dejaba a la vista sus trabajados brazos, unos vaqueros, y unas converses del mismo color que el polo.

Apoyó su cadera en el umbral de la puerta y su mirada penetrante no se apartaba de mi rostro, con su impresionante sonrisa blanca, que nada tenía que envidiar al del anuncio profidén, y se cruzó de

brazos, marcándolos más aún.

—Hace tiempo que quería decirte algo —comenzó a decir —y como estabas con otro no me atrevía, pero me he dado cuenta que ya no estás con él, y...

—¿Me estás espiando? —indagué con mis cejas levantadas y una mirada demasiado seria.

—No, no, para nada. Siento que creas eso, simplemente lo vi el día que se llevó sus cosas. Coincidimos en el rellano y me confesó que ya no erais pareja —se mordió el cuero de la uña, haciéndole parecer nervioso.

—Entonces me quedo tranquila —sonreí.

—¿Te gustaría salir el viernes conmigo? Bueno, no solo voy a estar yo, también van a ir algunos amigos —seguía nervioso, a veces incluso titubeaba —¿Te apetece? —lo miré con dudas, no sabía si aceptar la cita. Recordé lo que no había dejado de decirme estos días, que debía disfrutar de lo que me ofrecía la vida y acepté sin dudarlo.

—Vale, ¿a qué hora quedamos?

—Nuestra idea es ir a cenar primero, después iremos a un pub a tomar algunas birras y después al Escape que hay una fiesta que promete. ¿Te apuntas?

—Claro, ya que salgo lo hago como Dios manda —reconocí con una sonrisa —¿Puedo invitar a una amiga?

—Sin problemas, entre más mejor, aunque yo que ella llevaría acompañante porque no pienso dejarte sola en toda la noche —señaló con un intensa mirada.

—Bueno —empecé a decir, sin saber cómo escaparme de esta situación incómoda —entro que tengo la comida al fuego. Nos vemos el viernes.

—¿A las siete en el portal?

—Hecho —cuando estaba a punto de cerrar la puerta él la abrió y me dio un beso en el cachete. Me quedé quieta, sin poder moverme mientras él se iba. No tenía ni idea de que mierda había pasado, solo

que el beso sobraba.

Cerré la puerta de mi casa y volví a la cocina algo molesta, a lo mejor se creía que por decirle que sí, tenía posibilidades de algo. Podíamos salir, ir a cenar, a una discoteca, pero no por ello íbamos acabar juntos en la cama. Me asqueaba ese pensamiento retrogrado que aún se mantenía en la sociedad y, si mi vecino se creía que por invitarme a cenar le debía algo, iba listo. Tenía derecho a decidir con quién, cuándo y dónde, nadie tenía la libertad de imponerme su decisión.

Terminé de cocinar y dejé la ventana abierta para poder apagar el extractor, el ruido que hacía se metía en mi cabeza y no salía de ella. Me senté en la mesa a comer, con la compañía de la música que salía de la radio y con una paz increíble.

Estaba absorta en mis pensamientos, comiéndome un delicioso postre, mousse de chocolate, hasta que el ruido del móvil me sacó de mi propio ensimismamiento. Me levanté con pereza para ir a buscarlo y lo cogí sin mirar quien era.

—¿Cómo estás? —preguntó Candela.

—Contigo quería hablar —no respondí a su pregunta —Mi vecino nos ha invitado a salir el viernes, ¿te animas? Dejo claro que si tú no vas yo tampoco, me amenazó con no apartarse de mí en toda la noche. Se suponía que tenía que sonar como una seductora promesa, pero al pobre le ha salido el tiro por la culata, fracaso total.

—Nunca digo no a una fiesta y ahora, explícate mejor —Le conté el encuentro con mi vecino, que incluso vino a mi casa para invitarme a salir y que se despidió con un beso al que no le había dado pie. — Está bien, te acompaño.

—Pensé que al contártelo me ibas hacer el favor de rechazar la oferta, pero ya veo que te he dado carnaza suficiente para aceptar sí o sí.

—No, es que tengo ganas de salir, si prefieres que vayamos nosotras solas también me va bien.

—Vale, que te parece si salimos de compras esta tarde y lo vamos hablando.

—Descanso un poco y te llamo de nuevo para quedar.

—Genial, yo también quiero echar una cabezadita.

Me hice un té digestivo, me lo serví en una taza, y fui con ella al salón. Me lo tomé tranquilamente en el sofá, mientras leía un libro y me creía la protagonista de tan magnífica historia de amor. Nada más lejos de la realidad. Ella había conseguido al ansiado príncipe azul, que le salvaba de los males del mundo y la felicidad de su amada estaba por encima de la suya propia.

Yo lo tuve, le importaba un comino mi vida, y quería pasar el resto de su vida conmigo porque quedábamos bien en la foto. Los dos médicos, jóvenes, y con aparentemente las mismas aspiraciones. Debía de parar de leer estas historias, estaba claro que trastocaban mi juicio y mi razón.

A las tres de la tarde, me vestí con unos cómodos jeans, me dejé la camisa que tenía puesta, cogí una rebeca azul marino y unas bailarinas del mismo color y salí a casa de Candela en mi apreciada bicicleta.

Juntas fuimos al Magna Plaza, un edificio enorme que parecía una catedral, pero en realidad era un enorme centro comercial. Un día de compras para Candela y para mí, significaba visita obligatoria a este centro comercial, era precioso. Estaba en el casco antiguo de Ámsterdam y tenía cualquier cosa que uno pudiera necesitar.

Candela me arrastró por todas las tiendas que encontraba a su paso, cuando digo todas, eran todas. Y después de tanto mirar y de armarme de paciencia porque ganas me daban de matarla, al fin encontró el conjunto perfecto para este viernes. Un *Little Black Dress*, con la espalda descubierta, y unos botines color plata.

Llegué a casa con los pies doloridos de tanto caminar, debería ser más precavida y saber que con Candela era mejor llevar unas zapatillas sencillas a unas bailarinas. Entré en el baño y puse el tapón

en la bañera, enrollé una toalla y la coloqué en lo alto, simulando a una almohada. Eché un poco de sales marinas con olor a frutas del bosque, encendí algunas velas con intención de relajarme y conecté mi iPod a la radio. En cuanto vi la canción Caruso que interpretaba Lucio Dalla le di al play, subí el volumen y fui al salón en busca del libro «El highlander oscuro», uno de mis favoritos. Me desnudé con tranquilidad, recogí mi pelo en un alborotado moño sujeto por un lápiz, y me metí en la ducha.

El agua estaba a la temperatura adecuada y nada más zambullirme en ella un suave suspiro salió de mis labios. Me acomodé despacio, cogí el libro y con la preciosa música de fondo, me relajé todo lo posible. Mañana me esperaba una dura jornada de trabajo, tenía que exprimir mi día libre al máximo.

De nuevo en el salón, con los pies menos entumecidos que antes, busqué en la televisión algo que ver antes de ir a la cama. No paraba de hacer *zapping* en busca de algo interesante, hasta que di con la película Need for speed. No era de mis favoritas, ni tampoco podía decir que fuera un peliculón, pero para este momento en concreto servía. Tenía lo que necesitaba, acción y entretenimiento.

Me desperté por culpa de un fuerte dolor de cuello y miré adormecida el reloj, eran cerca de las cuatro de la mañana. Apagué la tele que aún estaba encendida y fui directa a la cama. Las horas que me quedaban por descansar más me valía hacerlo bien y no despertarme de nuevo como si me hubieran molido a palos.

Entre el trabajo, los paseos con Candela y las horas que pasaba sumergida en la lectura, el viernes llegó sin apenas darme cuenta.

A las cinco de la tarde, Candela ya estaba en casa y comenzamos nuestra rutina de belleza para salir de marcha. Nos arreglamos las cejas, nos pusimos unas mascarillas, reímos y bebimos alguna cerveza que otra, nos limpiamos la cara, nos duchamos y comenzamos a prepararnos.

Me vestí con un mono corto color coral de mangas huecas y unas

sandalias de tacón azul eléctrico, con el bolso a juego. Le di un poco del volumen al pelo gracias al secador y a la espuma, me puse una base de maquillaje del tono de mi piel, me pinté los párpados con un color nude y la raya del ojo del mismo color que los zapatos. La línea del agua del ojo la pinté de blanco, para resaltar el color de mis propios ojos, me puse brillo de labios color melocotón y salimos de mi casa dispuestas a darlo todo.

Al llegar al portal nos topamos de frente con mi vecino que, tras presentarse a Candela, me enteré que se llamaba Jimmy. La verdad era que no tenía ni idea de su nombre y tampoco me interesaba mucho saberlo.

Fuimos a comer a un restaurante que estaba en el casco antiguo. Uno de mis temores era que los amigos de Jimmy fueran un poco pedantes, o se tomaran ciertas libertades que nadie le había dado, pero la cena transcurrió con total normalidad. Durante los postres, acordamos ir a Brouwerij't IJ, el mejor lugar que había para beber cerveza. Eran los únicos de Ámsterdam que elaboraban su propia cerveza y eran orgánicas. El edificio era una antigua casa de baños que estaba al lado del Molino de Gooyer, uno de los pocos que quedaban en la ciudad de Ámsterdam.

Había perdido la cuenta de las cervezas que había bebido, y otras tantas que había probado, pero daba igual, me lo estaba pasando genial.

—¿Dónde es la fiesta que me dijiste? —le pregunté a Jimmy. Él se acercó a mí y me agarró por las caderas, intenté apartarme, pero me tenía agarrada muy fuerte. No me gustaba nada su contacto.

—¿Otra vez? —bufó —debes dejar de beber, me lo has preguntado doscientas veces.

—¿Sí? —Pues no recuerdo el lugar al que vamos, refréscame la memoria —insistí. Candela estaba a mi lado, sin dejar de reír.

—Al Escape.

—¡Yeah! —gritó mi amiga.

—Es tu discoteca favorita —le interrumpió Jimmy, algo cansado de nosotras. —También lo has dicho muchas veces.

—A lo mejor nosotras debemos dejar de beber, pero tú podrías hacerlo un poco más. ¡Fuerte tío más soso! —le dije molesta con su actitud.

—Se suponía que hoy íbamos a estar juntos y no has dejado de bailar y reír con mis amigos, menos conmigo

—¿Eso no te dice nada? —refunfuñó Candela maliciosa.—
Lámame loca, pero yo diría que no está interesada en ti.

—Chicos, es hora de irnos —interrumpió un amigo de Jimmy. —
¿Las mejores chicas que hay en este lugar están listas? —Nosotras nos reímos siguiéndole el juego, nos enganchamos cada una a uno de sus brazos, y salimos de allí dejando a Jimmy a nuestras espaldas.

Capítulo 10

Había llegado a Holanda hacía dos días, pero apenas tuve un respiro para mí. Tanto Enzo como yo, no dejamos de preparar la fiesta que íbamos a montar esta noche. Ambos nos implicábamos al completo, cuando nos contrataban para cualquier evento, comprobábamos que estuviera todo bien, hablábamos con los técnicos de sonido, con los encargados de la discoteca..., porque tenía que salir perfecto, odiábamos fracasar, suponía fallar al público y no lo podíamos permitir. Y con tanto jaleo, había sido imposible provocar un encuentro nada casual con ella para volver a pedirle perdón por mi comportamiento y mis feas palabras, y para que fuésemos amigos o lo que ella quisiera.

Tras pasar la mañana en la discoteca, ultimando los detalles, Enzo me animó a salir por ahí para tomarnos unas birras. A pesar de tener casa en Holanda, no conocía cuales eran los mejores sitios para salir, más bien la compré por capricho, porque no pasaba mucho tiempo allí. Entre mucho preguntar a la gente para saber cuál era el mejor lugar, nos acercamos hasta la famosa cervecería Brouwerij't IJ.

A medida que nos íbamos acercando, pude apreciar el encanto de esa zona, estaba abarrotada de gente, apenas había hueco en las mesas de las terrazas y se notaba que querían pasárselo bien, que era lo que molaba. Al entrar fue mucho mejor, estaba decorado con mesas largas que compartías con el resto de los presentes y el bullicio que había era ensordecedor y me daba la vida. Era un lugar de lo más sencillo, sin pijeríos ni parafernalias, como a mí me gustaba.

Buscamos donde sentarnos y saborear las cervezas, y entre tanto mirar, di con una cascada de pelo color fuego que captó mi atención

en seguida. Me quedé paralizado, mi cuerpo se negaba atender mis ordenes, por mucho que le dijera que fuera tras Enzo, se quedó plantado en medio de la gente, observando como daba saltos de alegría, bailaba sin parar y no dejaba de reírse por cualquier cosa.

Me fui acercando poco a poco hacia ella, sin quitarle los ojos de encima, y vi cómo uno de los chicos con los que estaba le miraba de una forma extraña, parecía creer que le pertenecía, había demasiada posesión en sus miradas y gestos.

Un aluvión de ideas se amontonó en mi cabeza y no sabía con cuál de ellas quedarme. Estaba claro que no era su prometido y por la forma que ella se ponía rígida ante su contacto tampoco era su pareja, no era capaz de soportar que la tocara. Entonces, ¿por qué demonios la miraba así? Daba la sensación de ser el típico hombre posesivo que, si no podía tener lo que él quería, nadie lo haría y aquello conseguía ponerme nervioso.

—¿Qué ocurre? —preguntó Enzo. Había estado tan concentrado en Beca, que ni había advertido su presencia.

—Es ella —dije señalándola, ella se iba junto con su amiga y otro chico más.

—¿Por qué no vas con ella? —insistió.

—¿Ves a ese chico que está empezando a caminar justo ahora, tras ellos?

—Ajá, ¿qué pasa con él?

—Hay algo en su mirada que no me gusta nada, hasta su manera de caminar me molesta.

—Lo dices porque se va con Rebeca, si no te daría igual.

—Puede ser. —moví la cabeza para quitarme esos pensamientos de mi cabeza. —Bueno, vámonos a tomar esas cervezas, ya quedaré con Beca otro día.

Pasamos un buen rato en la cervecería, pero no pude dejar de pensar en Beca y ese tío. Aunque le diera la razón a Enzo, no me mosqueaba que estuviera con ella, había algo que me chirriaba en él.

Siempre había sido una persona que pecaba por dejarse llevar por las primeras sensaciones, alguien me caía bien o mal a simple vista. Podía ser un error, pero hasta ahora no había fallado. No juzgo, no se trataba de eso, me daba igual como vistiera, el color de pelo, los piercings y los tatuajes, esas cosas no me importaban, iba más allá. Era algo dentro de mí que me decía si o no. Y en este caso, había una alarma en mi cabeza que me gritaba que ese tío no era trigo limpio.

Quedaba media hora para mi sesión, Enzo y yo estábamos en el backstage, él pinchaba después de mí, era una de las tantas manías que habíamos cogido. La primera vez que pinchamos juntos en una fiesta nos ordenaron así y hemos preferido no alterar los turnos, no sea que se gafe nuestra buena suerte.

—Ethan, deja de pensar en ella. Lo que deberías hacer mañana a primera hora es ir a buscarla, ¿de qué te sirve pensar en ella si no le hablas?

No le contesté, seguía con la mirada fija en las puntas de mis zapatillas y movía el cuello en círculos y de un lado a otro. Cogí aire, lo expulsé, moví mis manos de arriba abajo sin dejar de mirar mis converses, otra de mis múltiples manías. Alguien se acercó a nosotros y me llamó, era mi turno. Cogí una botella de agua y bebí de ella, la removí en mi boca para escupirla antes de salir. Era hora de entregarme al completo y hacer que la discoteca recordase esta noche como la mejor de sus vidas. Dirigí la mirada hacia Enzo, que me sonreía y esperaba a que hiciera mi último gesto antes de entrar, chocarle la mano.

Al pisar el escenario cambié por completo, no pensé en nada, solo disfruté y me dejé llevar, como me gustaba hacer cada vez que pinchaba, y no dejé de animar a los que estaban en la discoteca. Les gritaba que saltasen cuando había una subida en la canción y les pedía que cantasen conmigo, la verdad que estuve sembrado.

Entre la multitud, pude percibir como una conocida chica se estaba abriendo paso entre la gente e intentaba acercarse al

escenario, estaba cada vez más y más cerca. Con cada paso suyo, mis nervios aumentaban. Estaba sola, no había rastro ni de su inseparable amiga, ni de ese chico que tanto me mosqueó hacía unas horas. Quería dejar de mirarla para no perder la concentración de lo que estaba haciendo, pero era como pedirle a Paris que se alejara de Helena, un imposible.

Era más preciosa de lo que recordaba, vestida con un mono coral que le sentaba demasiado bien y que me daban ganas de arrancárselo ahí mismo y ver lo que escondía. Sus ojos estaban abiertos de par en par, igual que su boca, y no los apartaba de mí. Se pasó su mano derecha por el pelo y, al ser tan blanca de piel, pude percibir un tatuaje en el interior de su brazo. Volví a mirarla a los ojos y le sonreí, sin dejar de moverme al ritmo de la música y dando palmas para motivar al resto.

Me devolvió la sonrisa y el corazón se me paró unos segundos, solo unos pocos, hasta que comenzó a latir más y más rápido. Me hizo gestos con la mano, como si me quisiera decir algo y traté de hacerle ver que no la estaba entendiendo. Me fijé en como movía sus labios, los cuales deseaba besar con más ganas ahora que la tenía delante, y me dijo que cuando terminara de pinchar me esperaba a la salida. Mi sonrisa se amplió más y le guiñé un ojo, sabía, por mucho que tratara de negarlo, que le encantaba cuando lo hacía.

Un movimiento extraño a su lado me puso en alerta. El tío de la cervecería le agarró de su brazo izquierdo y la acercó a él, dejándola pegada a su pecho, ella se retorció de dolor. Mi sangre burbujeaba en mis venas de las ganas que tenía de partirle la cara. Busqué ayuda con la mirada y, para mi desesperación, nadie hacía nada. Sin poder aguantarlo más paré de pichar y salté del escenario, le toqué el hombro y cuando se giró le di un fuerte puñetazo en la nariz. Beca se soltó de su agarre y, para mi sorpresa, le soltó otro puñetazo, aunque pareció dolerle más a ella, que agitó su mano como si de esa manera pudiera aliviar el dolor. Pero me sentí orgulloso de que tuviera el

coraje suficiente de defenderse de ese mal nacido. La discoteca se quedó en silencio, mirando la escena y sin hacer nada, últimamente parecía como si el mundo no quisiera dar la cara por nadie, permitían cosas incomprensibles y ni se molestaban en ayudar. Enzo enseguida llegó a mi lado y le acarició el pelo a Beca, preguntándole si se encontraba bien.

—¿Quién demonios eres tú? —preguntó el tipo sin dejar de agarrarse la nariz.

—Lárgate de mi vista si no quieres que te rompa la cara —estaba ronco de rabia.

—Esto no te incumbe.

—Si quieres pegar a alguien, ten huevos y pégame a mí, no a ella —dije, me puse a su altura, nuestras narices a solo un palmo —Vamos —le insistí de nuevo —pégame

Él miró a los lados, en busca de alguna salida cercana. En el fondo de la discoteca se empezaron a escuchar gritos y abucheos que se propagaron por el local y que pedían que echaran al tipo. Los porteros se abrieron paso hasta llegar a nosotros y se lo llevaron de allí.

—Beca —susurré cuando me acerqué a ella de nuevo.

—Estoy bien —respondió leyéndome la mente —puedes terminar Ethan, te espero aquí con Enzo.

—¿Me lo prometes? —volví a insistir y le cogí por el mentón para que me mirase a los ojos.

—Te lo prometo —balbuceó con su increíble sonrisa.

—¿Qué demonios ha pasado? —quiso saber Candela, que apareció de la nada. —Escuché que Jimmy te zarandeó y te quiso pegar, ¿he oído bien? —siguió preguntando indignada.

—Termina de trabajar mientras yo se lo cuento a mi amiga, de aquí no me moveré.

—¿Me esperarás? —pegué mi frente a la de ella.

—Siempre —su mirada brilló con algo que no pude descifrar. La

observé unos segundo más, con ganas de comprender lo que apareció en sus ojos, pero me hicieron señas desde el escenario para que volviera a terminar mi trabajo.

A pesar del incidente, en cuanto puse la música la discoteca se vino arriba de nuevo. Se escuchaban gritos, pero esta vez de alegría, seguían el ritmo, cantaba y enseguida entré en ambiente. Sabía que Beca estaba bien con mi amigo, pero no podía dejar de mirarla, preocupado por si ese tío aparecía de nuevo.

Terminé mi sesión y fui lo más rápido que pude a su lado para estrecharla entre mis brazos y asegurarme que estaba bien. Al sentir su aliento en mi cuello, mi piel se erizó casi al instante, tenerla así era una auténtica tortura y a la vez me gustaba que me dejara con la miel en los labios.

—¿Te encuentras mejor? —no quería apartarla de mis brazos.

—Ahora sí —noté cómo sonreía en mi pecho.

—Chicos tengo que irme —indicó Enzo —¿Qué vais hacer? —preguntó.

—Te esperamos —mis labios estaban pegados en la cabeza de Beca, no tenía ninguna intención de soltarla.

—Beca —habló su amiga —no puedes quedarte en tu casa. Sabe dónde vives, es tu vecino —Mi cuerpo se tensó al instante. Ella lo notó y empezó acariciarme la espalda, calmándome un poco. —Hoy te quedas conmigo.

—¿Y luego qué? —temía que tarde o temprano ese tipo se acercase a Rebeca. —Ethan, no puedo cambiar de casa de la noche al día.

—Mientras encuentras otra, puedes quedarte en mi casa.

—No puedo hacerlo, es un abuso —levantó la cabeza para mirarme. —me quedaré con Candela y si no, siempre puedo regresar a Leiden con mi abuela.

—Beca en mi casa no hay nadie, puedes hacer lo que te dé la gana, colocar las cosas como quieras y quedarte uno, dos, tres meses o uno

año, con Candela no.

—No sé Ethan, no nos conocemos de nada, quedarme en tu casa es una auténtica locura, prefiero volver a Leiden.

—Hacemos una cosa —le dije —Esta noche te acompaño a coger lo que necesites, te quedas en mi casa y ya mañana lo miramos con más calma. ¿Entendido? —ella me miró dubitativa, parecía querer aceptar, pero algo se lo impedía. —Por favor —le pedí —si sigues viviendo cerca de él, me tendrás todos los días haciendo guardia en tu casa.

—Está bien —terminó por ceder —pero solo por esta noche.

—Beca, mi piso está siempre cerrado, no me molesta que te quedes, y si crees que es una locura porque no nos conocemos, tómatelo como si me lo alquilases.

—Está bien, en ese caso tenemos que arreglar lo que tengo que darte por quedarme en tu casa.

—Ni de coña —la miré como si estuviera loca. —Tómatelo como un intercambio —me corregí a mí mismo e interrumpí lo que iba a decir —tú me cuidas la casa y a cambio te puedes quedar en ella.

—Beca si no te quedas tú me quedo yo, y págame a mí el alquiler —interrumpió su amiga entre risas. —Es una oferta irrechazable.

—Ethan, cualquier gasto de la casa corro yo con ello, ¿de acuerdo? —me preguntó —No quiero ser una gorrón, no me parece bien.

—Está bien —dije con alegría contenida.

Enzo terminó de pinchar y fuimos los cuatro a casa de Beca para coger sus cosas. Él también creía que lo mejor era largarse de ese edificio antes de que ese tiparraco la cogiera sola y le diera por algo peor.

Al llegar a su edificio, las manos de Beca comenzaron a temblar y se las agarré fuertemente para que supiera que estaba a su lado y no iba a dejarla sola. Ella me sonrió, sacó las llaves de su bolso y abrió el portal, estaba nerviosa. Subimos los cuatro hasta el piso de Beca, callados, y no dejaba de pensar en que si me topaba con él me lo iba

a cargar. Al comprobar que estaba en calma, respiré aliviado.

—Tengo muchas cosas Ethan —comenzó a decir Beca, cuando nos quedamos a solas en su dormitorio —¿Cómo voy a llevar la bicicleta, mis libros, todo lo que tengo?

—Mañana Enzo y yo alquilamos un camión y lo organizamos, no te preocupes —la agarré de las manos y la senté en la cama para calmarla.

—¿Pero cómo va a entrar lo que tengo en tu casa? —siguió indagando.

—Cuando la veas lo entenderás —le dije con una sonrisa y me acerqué a ella para ponerle mi brazo por encima de sus hombros.

—¿Seguro que no soy una molestia? —apoyó su cabeza en mi hombro.

—De verdad, todos estamos más tranquilos si te quedas allí, incluso tú lo estarás.

—Si algún día quieres que me vaya, me lo dices.

—Por mí, puedes quedarte para siempre —levantó la cabeza y me miró. Estábamos cerca, muy cerca, la última vez que estuvimos así casi lo hacemos en un hospital, y pensar en eso no me estaba ayudando. Paseé mi mano por su cara, ella sonrió acercándose más a mí, y yo a ella. Mis labios temblaron añorando los suyos, sabían lo que venía a continuación y extrañaban el sabor de sus besos, quería sentirlos otra vez.

—¿Listos? —gritó Candela desde el salón. Perdimos el contacto por unos minutos y al volver a mirarnos, ya no quedaba rastro de la pasión compartida.

—Es hora de irnos —asentí y ella se levantó de la cama, dejándome con ganas de tumbarla y no dejarla salir hasta que saciáramos nuestros deseos.

Capítulo 11

La casa de Ethan estaba cerca de la de Candela y justo al lado del parque Vondelpark, mi favorito. La fachada del edificio era blanca y roja y su impresionante ático estaba en la quinta planta. Al ver la puerta de la casa, la única que había en esa planta y de color azul, supe que lo que había dentro me iba a encantar, y así fue.

El suelo era de parqué, en el lado izquierdo de la puerta había un pequeño mueble de madera, donde Ethan colocó las llaves de su casa, y un espejo que se ocupaba casi toda la pared. En el lado derecho, había una puerta corredera de color verde lima y aguamarina, miré a Ethan y él me animó a seguir inspeccionando. La abrí y descubrí la cocina de mis sueños, era preciosa, perfecta, y no me importaría pasar el día cocinando después de un estresante día de trabajo. Era amplia, espaciosa, con unos muebles naranjas que daban luminosidad a la estancia y que combinaban con las paredes blancas. En el centro, había una isla del mismo color que los muebles, con el pollo de un color gris casi metálico, y el extractor estaba colocado justo encima de ella. A mi izquierda, había una enorme ventana con vistas hacia mi parque favorito. Desde ahí podía contemplar casi toda la ciudad y debía reconocer que estaría encantada de desayunar con estas vistas el resto de mi vida. Seguí fisgoneando la habitación y me quedé prendada con la nevera. Era de doble puerta, grande, y decorada con la pintura de pizarra. En ella Ethan había escrito muchas frases sin sentido y varias notas de música desperdigadas por la nevera.

—No sabes dónde te puede llegar la inspiración —dijo Ethan en mi oído, leyéndome la mente —hay que estar preparado —Lo miré a los ojos y le sonreí. Salí de la cocina para seguir investigando la que

sería mi casa por un tiempo.

Me quedé parada en la entrada del salón, me enamoraba de la casa a medida que descubría más de ella. La pared de la izquierda era de ladrillos marrón claro, y en esa parte del salón estaba colocado un enorme sofá con cheslón gris. El resto de las paredes eran de un color gris muy claro. Justo enfrente del sofá había un mueble de madera clara, donde estaba el televisor, la radio, el reproductor *blu-ray...*, y encima una estantería blanca con una amplia colección de películas. En frente mía había una puerta corredera de cristal que daba a una preciosa terraza.

—Chicos yo me meto ya en el sobre, estoy agotado —Enzo abrió una puerta de madera clara—. Que descanséis.

—Y tú también —dijimos Ethan y yo al unísono.

—Beca tú duerme en mi habitación, yo puedo descansar en el sofá.

—No —exclamé —En el sofá me quedo yo, bastante hago con invadir tu casa.

—Insisto —se cruzó de brazos, dándome a entender que no iba a ceder lo más mínimo —te quedas en mi cuarto. Vamos, te lo enseño.

—Ethan —supliqué y le cogí de la mano para que no siguiera caminado —¿Crees que es necesario tanto jaleo? Es decir, a lo mejor me ve y no me dice nada, debe de estar avergonzado de su comportamiento.

—O a lo mejor no. Beca él sabe que vives sola, eres demasiado buena, te puede ir con cualquier excusa para pedirte perdón y te la creerás, bajarás la guardia y después ¿qué? —estaba muy serio.

—Pero es mi casa, mi vida la he hecho allí.

—¿Es de alquiler? —siguió como si no me escuchara.

—Sí, pero...

—Rescinde el contrato Beca, te pago la fianza si es necesario, pero no me puedo quedar tranquilo sabiendo que arriba tuya vive alguien que te trató fatal. Te ayudaré a buscar casa si esta no te gusta, te

ayudaré a mudarte con tu abuela, si así lo prefieres, pero no te quedes más en el piso.

A medida que íbamos hablando, nos íbamos acercando, nuestros cuerpos se llamaban a gritos y no podíamos hacer otra cosa que atender la llamada. Él descansó su frente sobre la mía, y me miró con añoranza, desarmándome con sus intensos ojos azules. Nuestras respiraciones estaban acompasadas y sus manos recorrían mi espalda, lo que me ponía la piel de gallina de puro placer.

Sus ojos brillaban como si hubiera una llama en su interior y daban calor a mi cuerpo, en especial a una parte en concreto de mi cuerpo. Una mujer descarada, muy descarada que habitaba en mí y de la cual yo no tenía ni idea de su existencia, se apoderó de mí y me acerqué más a él, pasándole mi lengua por sus labios, saboreándolos. Él aguantó la respiración para acabar soltándola de golpe, y rozó mi lengua con ello. Estaba excitada, mucho, coloqué mis manos en su cuello y junté mis labios con los de Ethan, con toda la pasión que llevaba acumulada desde que lo conocí.

Él me pegó a sus caderas, enseguida noté lo excitado que estaba, tanto como yo. Me besó hambriento, con ganas de más, con ganas de terminar lo que empezamos hacía mucho. Sus manos empezaron a bajar la cremallera que tenía en el lateral de mi mono, despacio, y acariciando mi costado desnudo por el camino. Un pequeño suspiro salió de mi boca y acabó en la suya.

—Deberíamos dejar de vernos así —interrumpió Enzo de nuevo — ¿Qué os parece si nos inventamos un código? —continuó diciendo, a la vez que se reía de nosotros.

—Te mataré —Ethan seguía pegado a mi boca.

—Solo quiero ir al baño —levantó la manos en señal de rendición — estoy reventando.

—¿Y por qué sigues aquí todavía? —Ethan parecía molesto.

—Está bien, ya me voy —Enzo se dirigió al baño, que era la puerta justo al lado de donde se quedaba él.

—¿Te enseño la habitación? —preguntó Ethan, consciente de que volvió a esfumarse el momento.

Asentí con la cabeza y le seguí a su habitación. Tenía el techo abuhardillado con madera clara y el resto del cuarto era de color blanco. La cama era de madera del mismo color que el techo y encima de ella había dos pequeñas ventanas que te permitían ver las estrellas. Enfrente de la cama había una puerta corredera estilo granero, grande y de color negro. Ethan la abrió y dejó al descubierto su baño privado. Los suelos eran de azulejos negros, el techo era blanco con vigas de madera. Era alargado y, al igual que el dormitorio, dos grandes ventanas dejaban ver el cielo estrellado. Enfrente de las ventanas, había dos lavamanos, encima de ellos colgaba un alargado y amplio espejo. La ducha estaba al final del cuarto, era sencilla, con un sumidero en el mismo suelo y una mampara moderna de cristal. Me encantaba la decoración de la casa, podría hacerla mía y me iba a costar mucho cuando me tuviera que marchar.

—Es hora de acostarse —Ethan se volvió al cuarto y cogió de su armario la ropa para dormir.

—¿Seguro que no quieres quedarte aquí? —me mordía el labio inferior, nerviosa.

—¿Me dejas quedarme contigo? —preguntó levantando una ceja.

—Si prometes que no te mueves durante la noche —respondí.

—Lo prometo —se hizo una cruz en el pecho, con una sonrisa arrebatadora, sexy y cálida.

—Está bien —suspiré —no me parece bien que te quedes en el sofá —aunque en el fondo sabía que era porque tenía ganas de dormir con él —Voy a desmaquillarme y darme una ducha.

—Aquí te espero.

Me dirigí con pies temblorosos hacia el baño, cerré la enorme puerta y una vez dentro me apoyé de espaldas a ella con un fuerte suspiro. Estar cerca de Ethan me impedía pensar, estaba a punto de

dejar mi apartamento para vivir en su casa y no lo conocía de nada. ¿Cómo diablos llegué hasta ese punto? Aunque pude apreciar que estaba preocupado por mí.

Tras la ducha caliente, en la que esperaba aclarar mis ideas y seguía peor que antes, me puse mi sencillo pijama corto de la Rana Gustavo y salí del baño. Él estaba acostado, sin camisa, con la espalda apoyada en la pared y leía una revista. Levantó la mirada en cuanto escuchó la puerta, y me sonrió.

—Bonito pijama —me picó el ojo y miles de cosquillas recorrieron mi cuerpo.

—¿Vas a dormir así? —me encontraba un poco incómoda. ¿Cómo iba a coger el sueño teniéndolo a mi lado con su increíble torso al descubierto?

—No me gusta dormir con camisa —soltó como si fuera lo más natural del mundo. Me acosté en la cama, me tapé con el nórdico hasta las orejas y giré mi cabeza para poder mirarle.

—¿Qué lees? —quería hablar de algo y quitar este nudo de mi garganta.

—Una revista de música, estoy mirando una nueva mesa de mezclas. Necesito una y quiero saber que opinan los demás —me miró por encima de sus gafas de pasta negra. Hasta ahora no me había percatado que las tenía puestas y le quedaban bien.

—¿Por qué te hiciste Dj? —pregunté con curiosidad. Los nervios se habían apaciguado poco a poco, él hacía que estuviera tranquila. Tenía ganas de conocerle, de saber más sobre su vida y contarle muchas cosas de la mía.

—Me apasiona más que nada, para mí no es un trabajo porque estoy haciendo lo que quiero. Es difícil decir por qué decidí este camino, desde chico siempre he escuchado todo tipo de música y me imaginaba haciendo mis propias mezclas. Cuando iba a los festivales soñaba con ser yo quien estuviera encima del escenario, y lo hice —comentó, dejando la revista en la mesilla de noche y se sentó con las

piernas cruzadas, mirándome —¿Tú por qué eres médica?

—Fácil —dije con una sonrisa —mi abuelo hizo que me enamorara de esta profesión desde que nací.

—¿Ninguno de tus padres se dedicaba a lo mismo?

—Yo... —empecé a decir, pero dejé la respuesta en el aire.

—¿Fallecieron? Oh, Beca lo siento —dijo interrumpiéndome.

—No, no es eso. Bueno, realmente no sé si han fallecido, es solo que no los conocí. Al nacer me dejaron en casa de mis abuelos porque decían que era demasiada responsabilidad y ellos no estaban preparados para lo que suponía cuidar de su propia hija.

—¿Qué persona puede abandonar a su hijo? —estaba indignado.

—Mis padres —dije con una triste sonrisa.

—Ellos se lo pierden Beca, eres una increíble persona que se merece lo mejor. Si ellos no querían formar parte de tu vida, en su consciencia queda.

—Lo sé, además estoy segura de que soy la persona que ves gracias a mis abuelos. A lo mejor si me hubieran criado ellos sería totalmente distinta, en el fondo me hicieron un favor. Por lo menos se preocuparon en dejarme con las personas adecuadas y que me quisieron como su propia hija.

—¿Cómo se llamaba tu abuelo? —pasó su mano por encima de mi brazo, tranquilizándome con ese simple gesto.

—Aleksandar, era croata —me salió una sonrisa al recordarlo —Vino aquí por trabajo y así poder pagarse sus estudios de medicina, al final se quedó hasta el último día. Se enamoró de este país y de una preciosa holandesa llamada Helen, mi abuela. Tuvieron a mi padre del que no supieron nada una vez que cumplió los dieciocho años, salvo cuando me dejó en la puerta de su casa. Y tú ¿qué? —quería desviar un poco el tema, que se había centrado en mi abandono —¿Dónde naciste?

—Soy irlandés por parte de padre y canario por parte de madre —dijo con una sonrisa —Nací en Irlanda, pero se puede decir que me

he criado en los dos sitios. Todos los veranos, fiestas, vacaciones o cualquier día libre nos escapábamos a Fuerteventura, y a día de hoy lo sigo haciendo. Me enamoré tanto de la isla que acabé comprando una casa a la que escapo cada vez que puedo. Tengo dos hermanos más pequeños que yo, un chico llamado Tristán y una chica que me trae por el camino de la amargura, llamada María. Mi madre, que ya la conociste —dijo con una sonrisa, y yo al recordar ese día acabé riéndome. ¡Qué mujer!, aunque era un encanto —y mi padre se conocieron cuando ella fue a Irlanda para aprender inglés y no se han vuelto a separar más.

—¿Y a qué se dedican? ¿Algo relacionado con la música? ¿Y por qué tu hermana te lleva por el camino de la amargura?. Perdón —me di cuenta que no paraba de preguntar cosas —me estoy metiendo donde no me llaman.

—No pasa nada, me gusta que quieras saber sobre mí. Mi padre es veterinario y mi madre solía pintar, pero cuando nos tuvo a nosotros lo dejó para dedicarse al cuidado de su familia, ahora parece retomarlo de nuevo. Mi hermana María es la más pequeña, tiene veintisiete años y es una auténtica belleza, atrae la mirada de los chicos inadecuados.

—¿Quién juzga ahora por la portada?

—No es eso Beca, yo tuve veinte años, se en que están pensando los chicos de esa edad con las hormonas alteradas.

—Seguramente tu hermana sea más inteligente de lo que crees y no se deje llevar por las malas influencias ni por los chicos revolucionados —me reí al ver su faceta de protector —Yo pasé por eso y no salí tan mal.

—Bueno... —dijo serio —bien, bien, tampoco saliste.

—Oye —respondí, y le di con mi almohada en su cara.

Acabamos sumidos en una guerra de almohadas sin dejar de reír. Una cosa llevó a la otra y acabé tumbada de espaldas al colchón, con él encima de mí y me devolvió el golpe de almohada en la cara. En

uno de sus movimientos noté su erección y mis caderas se movieron solas, en busca del contacto. Él tiró la almohada a un lado de la cama y me agarró las manos por encima de mi cabeza, impidiendo que me moviera.

—Ethan —susurré, asustada y con ganas de que sucediera.

—No pienses —Bajó su cabeza hasta que nos quedamos a escasos milímetros. Acercó más sus labios y me miró a los ojos, como si me pidiera permiso a continuar.

Quería que le confirmase que yo también deseaba que pasara, que tenía las mismas ganas que él. Dudé unos segundos, esto podía ser un error, acababa de salir de una relación y meterme en algo desconocido podría ser como montar en una montaña rusa.

Las palabras de Candela resonaron en mi mente, debía correr riesgos, sin ellos la vida no tenía sentido, se convertía en algo aburrido y era demasiado corta como para desaprovecharla. Me acerqué a él, a sus deliciosos y jugosos labios, y lo besé.

Capítulo 12

No podía dejar de besarla y tampoco quería alejarme de ella. Sin soportarlo más le quité la blusa y me di cuenta que no llevaba sujetador al sentir sus desnudos pechos contra mi torso. Le bajé los pantalones con la misma desesperación y la dejé con sus braguitas de encaje violeta. Me separé de ella y un gruñido salió desde lo más profundo de mí. Era una auténtica diosa y yo estaba en el puto paraíso.

Beca pasó sus manos por mi cuerpo y al llegar a la cintura comenzó a bajar el pantalón del pijama. Acabó colocándose encima de mí y me desnudó al completo. Inició un recorrido de besos por mi cuerpo que empezó por el cuello y acabó en mi abdomen, como si fuera así iba a morir. No quería que la primera vez con ella fuese demasiado rápido y terminar como dos animales salvajes, quería ser distinto. Quería ser tierno y cariñoso, quería que los dos disfrutásemos como nunca lo hubiésemos hecho, quería que no se olvidara de mí ni de lo que le podía hacer sentir.

La tumbé en la cama de nuevo, era mi turno de disfrutar de lo que ella me estaba ofreciendo. Cogí uno de sus pechos en mi mano, contemplando cómo su pezón se erizaba bajo mi tacto, lo besé, lo saboreé, disfrutando de su pequeño y perfecto pecho. Hice lo mismo con el otro y ella no dejaba de revolverse debajo de mí, excitándome más con cada uno de sus suspiros. Le recorrí el cuello con mi lengua, volví a besarla y continué el camino por el abdomen, hasta llegar al lugar que más deseaba. Antes de que se recuperara del orgasmo que acababa de tener me adentré en ella y le di a mi cuerpo aquello que tanto anhelaba.

Estar dentro de ella era la sensación más maravillosa que existía,

era perfecto. Beca tenía los ojos nublados por el deseo, se movía al ritmo de mis embestidas, gritando mi nombre y arañando mi espalda, consiguiendo que saliese disparado hacia las estrellas.

Estar con ella en la cama, entregándonos el uno al otro por completo y ella pidiéndome en un sexy susurro que nos fuéramos juntos, era más de lo que podía soportar. Cumplí sus deseos, y los míos, hasta que al fin me dejé ir. Me quedé unos instantes encima de Beca, intentado recuperar el control de mi cuerpo y mi aliento. Cuando creí que ya me podía tener en pie, fui al baño a limpiarme. Regresé a la cama, abracé a Rebeca con fuerza, ella rio entre mis brazos y depositó un tierno beso en mi pecho, justo en el lugar donde mi corazón no conseguía recuperar el control de los latidos. La agarré por sus caderas, la pegué más a mí, le di un beso en su coronilla y me sumí en un profundo sueño.

Empecé a desperezarme por culpa de los rayos del sol que se colaban por las ventanas que tenía encima de la cama. Sin abrir los ojos, pude notar que estaba solo. Moví la mano por su lado de la cama, en su busca, pero no estaba. Me senté de golpe, con el corazón latiendo a mil por horas, ¿y si se arrepentía de lo que sucedió anoche?

Me metí en el baño para darme una rápida ducha y despertarme. Me puse unos bermudas militares que compré en una tienda surfera de Fuerteventura, una blusa Quicksilver naranja y unas chanclas cómodas para estar por casa. Abrí la puerta de mi habitación y vi que la de Enzo seguía cerrada. Unos ruidos que venían de la cocina captaron mi atención, respiré aliviado al saber que seguía en casa, aunque estaba nervioso por lo que me pudiera decir.

A medida que me iba acercando escuchaba con más claridad la música que tenía puesta. En concreto estaba escuchando la canción *Absurdo silencio* de La Nada, uno de mis grupos favoritos. Deslicé la puerta de la cocina y ella se giró para mirarme. Estaba sentada en uno de los taburetes que tenía en la isla de la cocina, frente a las

ventas que daban al parque Volderpark. Al verme imaginé que su cara se iluminaba y sus ojos brillaban de alegría, me sonrió tímida y se pasó una mano por su alborotada melena roja, intentando colocar sus rebeldes pelos.

El aroma a café me embriagó y me llenó de placer, junto con el característico olor a tostadas recién hechas, también inspiré el olor de algo más especial aún, el de ella. No sabía la razón, ni tampoco me iba a poner a indagar mucho sobre el asunto, pero sí que pude notar como se removió algo en mi interior, y pensé, no sé por qué narices lo hice, pero pensé que no me importaría despertarme con ese olor cada mañana. No el de café, ni el de tostadas, sino el de manzanas, su aroma, ese aroma que inundaba la sala donde ella se encontraba y se intensificaba cada vez que atusaba su pelo. Era adictivo.

—Buenos días —me acerqué a ella y le di un fuerte beso en su mejilla que se tiñeron de rojo. Bajó la cabeza para que no la viera y su gesto me provocó una tierna sonrisa—. ¿Dormiste bien? Te levantaste muy pronto, ¿no?

—Mucho, lo que pasa es que con el horario que tengo del trabajo hay veces que me cuesta dormir más de cinco horas seguidas —dio otro sorbo de café a su taza —Me encanta las vistas que tienes, son increíbles ¿Por qué nunca te has venido a vivir aquí? El piso que tienes es espectacular.

—Porque no te he conocido hasta ahora —dije de manera espontánea. Me miró sin darme tregua, con su sonrisa más amplia. Me acerqué a ella de nuevo y la besé como quise hacer desde que abrí los ojos.

—Podría acostumbrarme a esto todas las mañanas —se rio con nuestros labios aún pegados.

—Yo ya no puedo estar sin esto —la besé de nuevo —¿Queda café para mí? —pregunté cuando nos separamos.

—Sí, hice bastante, también hay tostadas y compré mantequilla y mermelada de fresas —reconoció con la mirada de nuevo en el

parque.

Coloqué en un plato cuatro tostadas y lo llevé, junto con mi deseado café mañanero, al lado de Beca. Estábamos en un cómodo silencio, la mirada de Beca estaba perdida en las vistas que teníamos ante nosotros, y aproveché ese despiste suyo para recrearme en la imagen de ella en mi casa.

—¿Quieres hacer algo hoy? —le di un buen mordisco a la tostada.

—¿Me acompañas al mercado Albert Cuyp?

—¿Necesitas algo?

—No, me gusta caminar por los mercados y disfrutar del ambiente.

—Vale, podríamos pillar algo para hacer de comer, al no vivir aquí apenas hay nada.

—Perfecto —Pasó una de sus manos por mi brazo tatuado y lo miró fijamente. No dejaba de acariciar cada uno de mis tatuajes.

—¿Tienen algún significado? —curioseó sin dejar de inspeccionarlos —¿Por qué el espartano? —volvió a preguntar.

—En la vida hay que luchar duro para conseguir lo que quieres, aunque después la recompensa sea mayor. Por eso me la tatué, es algo que aprendí muy pronto. Me sentí identificado y decidí que debía ocupar mi hombro.

—¿Tienes a *Desdentao* el dragón de la película de dibujos *Cómo entrenar a tu dragón* en tu antebrazo, entre la batalla de los espartanos? —comencé a reírme por su asombro.

—Exacto, me lo hice por mi hermana, es su película favorita y cada vez que puede nos la hace ver. Decía que la relación de los protagonistas se asemejaba a la que teníamos los tres con nuestro perro Taker, nuestro precioso y fiel rottweiler. Al fallecer el perro, llegó a casa con el dragón tatuado en su cadera y mi hermano y yo decidimos hacer lo mismo.

—Me gusta que tus tatuajes tengan una razón —dijo con una sonrisa —¿Y el brazalete de tu tobillo? —preguntó de nuevo.

—Es surfero, me lo hice en Fuerteventura donde cojo olas, otra de mis pasiones —confesé —¿Me devuelves el brazo? —pregunté con una sonrisa —me gustaría echarle mantequilla a mi última tostada.

—Perdón —se sonrojó y me miró por debajo de sus pestañas.

—¿Qué significan los tuyos? —no tenía intención dejar de hablar con ella y quería aprender más de su vida.

—El de mi costado izquierdo son seis mariposas y en sus patas sujetan las letras que forman «*Always*»^[1], me lo hice cuando mi abuelo falleció. El que tengo bajo mi nuca son tres triángulos unidos, por mi abuelo, mi abuela y yo —continuó diciendo con la mirada perdida. Añoraba a su abuelo y era normal, aunque Helen siguiera con vida, ellos eran su única familia —. Y por último, el que tengo dentro de mi brazo es la palabra Love escrita por mí, este no tiene un significado muy especial solo que creo en el amor y espero que alguien se enamore tan perdidamente de mí que sea capaz de dejarlo todo para estar conmigo. Al igual que hizo tu madre por tu padre, o mi abuelo que en un principio quería regresar a Croacia, pero no pudo hacerlo porque aquí estaba su gran amor.

Nos quedamos callados de nuevo, no sabía en qué punto nos encontrábamos, suponía que en ese en que dos personas disfrutaban juntos y empezaban a conocerse para saber si podían ser algo más. La noche con Beca fue increíble, más de lo que me había pensado, y me la imaginé muchas veces después de lo que sucedió en el hospital y, debía reconocer, que no me importaría seguir así con ella. No era de esa clase de chicos, pero ella había despertado algo en mí y me gustaría descubrir de qué se trataba.

—¿Nos preparamos?

—Me ducho yo primero —salió de la cocina como una loca para meterse en el cuarto de baño, sin saber que yo ya me había duchado. Me reí por su reacción y me quedé un rato más sentado, mirando los paisajes de los que podía disfrutar desde mi cocina.

Terminé lo que me quedaba de café y comencé a fregar toda la

loza. Estaba con el estropajo limpiando una de las tazas, cuando escuché abrirse la puerta de la cocina y me giré para encontrarme con un Enzo dormido y con los ojos pegados por culpa del sueño.

—¿Qué hora es? —abrió la nevera y dio un gran trago a la botella de agua fría.

—Las doce menos diez —respondí, después de ver el reloj que había encima de la puerta.

—Es muy pronto todavía, me vuelvo a la cama —dijo tras un fuerte bostezo, y salió hacia su dormitorio.

Coloqué la última taza en el escurridor y volví a mi habitación, con ganas de tener de nuevo a Beca desnuda en mi cama y con su cascada de fuego desparramado por los lados, haciendo un bello contraste con las blancas sábanas. La boca se me secó solo con pensar en volver repetir lo de anoche, tenía unas ganas tremendas.

Entré en el cuarto con la boca seca, jamás me había sentido así con ninguna chica, siempre había estado seguro de mí mismo y sabía qué hacer en cada momento, pero con Beca tenía miedo de cagarla. Era una sensación rara e incómoda, pero a la vez era excitante y cuando era recompensado con uno de sus dulces besos, era más que reconfortante.

La escuché en el baño tarareando la canción Shape of you de Ed Sheeran y se me ocurrió una deliciosa idea. Esperaba que no se hubiera duchado para hacerlo los dos juntos. Busqué la canción en mi móvil y la conecté al altavoz, subí el volumen, y esperé tener una reacción por su parte que no tardó en llegar. Beca deslizó la puerta del cuarto de baño y me miró con su contagiosa sonrisa. Seguía con el pijama puesto, se había hecho un moño en lo alto de su cabeza con un lápiz y se pasaba una toalla por la cara, como si se la hubiera lavado. Le agarré de la mano, la saqué del cuarto de baño pegándola a mi cuerpo, y comencé a bailar al ritmo de la música. Ella reía más fuerte y se movía conmigo, mientras cantaba la canción y levantaba la cabeza para que nuestras miradas se enlazaran. Nuestras caderas

estaban unidas, encajando a la perfección, tal y como ocurrió anoche. El baile que teníamos incendiaba mi cuerpo, me estaba subiendo el calor, y otras cosas, por segundos.

Beca seguía riendo, cantando y bailando, hasta que la pegué más a mí y se dio cuenta de lo que estaba provocando con este inocente baile y su increíble movimiento de caderas. Apoyé mi frente en la de ella y le sonreí descarado, dejándole claro lo que tenía en mente por si no quería repetirlo.

No necesitó pensar nada porque enganchó sus manos a mi cuello y me abrazó las caderas con sus piernas, y pegó sus labios a los míos. La coloqué mejor, aprovechando esa postura para agarrarle bien por su hermoso y generoso culo, y la llevé a la cama.

Me separé de ella, deleitándome con la imagen que no me había dejado de torturar desde que abrí los ojos, no podía creer la suerte que tenía. Se mordió el labio inferior, gesto que hacía cada vez que estaba nerviosa y que a mí me ponía como una moto. Acerqué mis labios a los suyos y la besé en lo que acabó siendo un beso hambriento, lleno de deseo, de ganas, de pasión, y de dos cuerpos que dejaron algo en el aire hacía mucho y que al fin podían estar juntos. Me aparté un poco de ella y la miré con mi ceño arrugado, estaba confundido por los pensamientos que bullían en mi cabeza cada vez que la besaba.

Le quité el pijama desesperado por volver a sentirla desnuda, por tenerla al completo, y ella hizo lo mismo conmigo. Pasó su lengua por el lóbulo de mi oreja, bajó por mi cuello, y colocó sus pequeñas manos en mi pecho. Me tumbó de espaldas en la cama para colocarse a horcajadas encima de mis caderas.

—Te necesito —murmuró con su mirada ardiente —ahora.

—Me matas —farfullé entre siseos —eres increíble Beca —
Conseguí decir cuando empezó a moverse a un ritmo lento, que me torturaba y me hacía sentir placer.

Ella suspiró igual de excitada que yo y la miré a la cara, su

adorable cara. Tenía los ojos entrecerrados, la boca media abierta y sus mejillas teñidas de un tono rosado que le hacía completamente perfecta. Le agarré por las caderas y empecé a moverme con ella, aumentando un poco más el ritmo.

Se quedó acostada encima de mi pecho, no se movía, su respiración acariciaba mi pecho y yo le pasaba mis manos por su espalda. Podía decir sin temor a equivocarme que jamás me cansaría de sentir lo que ella me provocaba, era bueno, muy bueno, y no me importaría repetirlo más veces. Al terminar no quería levantarme y huir para que no se imaginara yendo hacia el altar de mi mano, ni me cerraba en banda cuando quería conocerme. Era distinto, ella era distinta, pero debía ser precavido, no debía olvidar que ella salía de una relación y que por mucho que nos lo pasásemos bien juntos y quisiera que nos conociéramos, podía estar la opción de que no fuera más que diversión fruto de la ruptura.

Daba igual lo que ocurriese mañana, lo importante era lo que estaba pasando en esos momentos y pensaba disfrutar de ella.

Capítulo 13

Hacer el amor con Ethan era maravilloso y perfecto. Daba igual que fuera rápido, lento, o que lo hiciéramos como dos animales en celo, daba igual siempre que fuera con él. Estaba acostada en su pecho, escuchando el ritmo de su corazón que latía frenético y sentía como intentaba recuperar el control. Me tumbé a su lado, apoyé mi cabeza en su hombro y le acaricié su increíble y esculpido abdomen. Su piel se erizaba bajo mi tacto y no pude evitar la sonrisa de bobalicona que apareció en mi cara, agradecí en silencio que no pudiera verme.

—Voy a ducharme —levanté mi cabeza para mirarlo. En un ataque de seguridad y confianza, con una pizca de atrevimiento, le pregunté —¿Te vienes? —Ethan acarició mi mejilla cariñoso y me sonrió. Sus ojos brillaban y no sabía si era por lo que ocurrió hacía unos minutos, o por la propuesta que le acababa de hacer.

—Jamás podré decirte que no a una oferta tan deliciosa—se acercó a mí y me besó de nuevo —¿Nos metemos ya? Así podremos ver el mercado con calma, comprar lo que quieras y hacer de comer —Asentí con mi aturdida cabeza por culpa de los pensamientos que tenía. En ellos, Ethan había venido a recatarme y cuidar de mí para siempre. Estúpidas novelas románticas, me obligaban a soñar con cosas que no existían.

Nos metimos en la ducha y me sorprendió darme cuenta que nunca había hecho esto con nadie. Nunca me había sentido tan cómoda como me ocurría con él, me hacía sentir confiada, relajada, sin miedo a nada y quería experimentar con su cuerpo y que él lo hiciera con el mío. Me enjabonó la espalda con mucho mimo y me masajeaba de vez en cuando, excitándome de nuevo. Él salió primero

de la ducha y me tomé unos minutos a solas para conseguir controlar los sentimientos que él me provocaba con algo tan sencillo como su guiño de ojo. Dejé caer el agua caliente por mi cuerpo unos minutos más y salí un poco más serena.

Me puse unos jeans negros rotos por mi muslo y mis rodillas, una blusa suelta con dibujos de flores rojas y unas zapatillas rojas. Si íbamos a caminar lo mejor era estar preparada, no quería acabar con los pies llenos de bolsas.

Me hice una diadema de trenza con el pelo, algo sencillo, que no llevaba mucho tiempo y quedaba genial. Me eché crema hidratante en la cara y después, tras esperar a que se absorbiera, me maquillé. Tenía las ojeras muy marcadas debido a la falta de sueño, y quería ponerme mona tanto para mí como para él. Me hice la raya del ojo con el eyeliner, estirando bien el rabillo para que los rasgase un poco, añadí colorete color coral a mis mejillas y le di color al *look* pintando mis labios de rojo.

Salí del baño nerviosa, con ganas de que Ethan me viera como si fuera un ángel de Victoria's Secrets. Estaba acostado en la cama con los ojos cerrados y sus manos colocadas bajo su cabeza.

—¿Estás despierto? —musité en voz baja, me acerqué a él y, en cuanto me notó cerca, abrió uno de sus ojos y me miró.

—Vaya, al fin sales —dijo —creí que te había pasado algo. ¿Siempre tardas tanto en prepararte? —sus palabras consiguieron hervir mi sangre. Iba a mandarlo a la mierda, pero me interrumpió para decir —La espera ha merecido la pena, estás preciosa —tenía una sonrisa que me dejaba claro que lo de antes era para meterse conmigo. Se levantó de la cama y me dio un dulce beso en los labios, mis rodillas temblaron con ese simple gesto.

—Gracias, y siento la tardanza —de manera chulesca, como si lo estuviera evaluando, di una vuelta alrededor de él mirándolo de arriba abajo —Tú tampoco estás mal —terminé por decir, lo que le provocó una fuerte risa.

—Me lo merecía —las manos estaban en alto en señal de rendición.

Salimos del ático sin hacer mucho ruido para no molestar más a Enzo, y fuimos a la estación central. Subimos al tranvía que primero salía y que nos dejaba lo más cerca posible del mercado. Buscamos asiento y nos sentamos en un vagón donde apenas había gente, para poder estar el uno al lado del otro. Me acomodé lo máximo posible y apoyé mi cabeza en su hombro, como si fuera una de esas parejas que tanto envidiaba el día que Matilda habló conmigo en la cafetería. Él acarició la mano que, sin darme cuenta, había dejado apoyada en su muslo y levanté la vista para verlo.

—¿Te importa si escucho música? —me preguntó con su radiante sonrisa.

—Para nada —Rebusqué en mi bolso y saqué el último libro que había comprado y que aumentaba mi colección de novelas románticas.

Ahora que ya no tenía a nadie que me limitara, ni que me dijera que lo que leía era basura, pensaba aprovechar cualquier momento para hacer una de las cosas que más me gustaban. Abrí el último libro que había publicado Susan Elizabeth Phillips y continuaba la serie de los Chicago Stars, una de las novelas que más enganchadas me tenían y continué por donde lo había dejado.

—Veo que tú también has venido preparada —Le miré tímida y acerqué mis labios a los suyos para darle un beso. No podía evitarlo, sus labios eran mi droga y tenía que reconocer que era adicta.

Ethan no dejaba de reírse de mí cada vez que ponía mi mano en la boca sorprendida por lo que leía, o me reía sola por algún comentario gracioso. En más de una ocasión, lo miraba con disimulado, por encima del libro, y me quedaba embobada sin apartar la vista. Era atractivo y tenía un poder sobre mí no conocido hasta ahora, porque me podría pasar el día entero observándolo.

Él estaba con los ojos cerrados, escuchando música y movía las

manos en sus muslos como si estuviera tocando la batería. Movía la cabeza de un lado para otro y en alguna ocasión incluso cantaba sin darse cuenta. Más de una vez me pillaba mirándole y, en respuesta, él me guiñaba el ojo picarón.

Nos bajamos del tranvía y caminamos juntos, con las manos entrelazadas. Al salir de la estación me embriagó el olor a flores, a pescado frito y a dulces. Estábamos a pocas calles del mercado y se iba notando en el ambiente. Me encantaba venir aquí, aunque no comprara nada, y caminar por las calles. Éste mercado era mágico, me paraba en la mayoría los puestos que encontraba y hablaba con cualquier persona que se cruzase en mi camino. Antes de volver a casa, solía pedir varios dulces en alguno de los puestos y regresaba con energía renovada.

—Ethan, mira —elevé una *light-box* en el aire para enseñárselo — me encanta. ¿Puedo comprarla y ponerla en tu salón? —puse morros de niña chica.

—Beca, ahora también es tuyo y puedes poner lo que quieras.

—Gracias —me acerqué a él y le volví a besar. Pagué la caja y regresé al lado de Ethan, entrelazando mis manos con las suyas.

Pasamos por un puesto de bombones y me puse roja como un tomate cuando Ethan compró unos que cualquiera podría relacionar con el barrio rojo.

—¿Por qué los compraste? —dije con una risa nerviosa, muerta de la vergüenza.

—Son para Enzo —anunció —le van a encantar —Debía reconocer que estaba tentada de comerme uno —¿Quieres? —puso su sonrisa ladeada y cara de niño travieso. Era hora de reconocer que haría lo que fuera con tal de ver esa sonrisa, era mi kryptonita.

—Hum, soy adicta al chocolate, así que venga, probemos uno.

Sacó un bombón con forma de chica algo ligera de ropa y me lo dio a probar. Su interior era de crema de chocolate blanco con avellanas y suspiré de placer cuando lo saboreé. Estaba

increíblemente bueno, con independencia de la forma que tuviera.

—Beca, estoy empezando a ponerme celoso —estaba de guasa — Has cerrado hasta los ojos, como si no pudieras contenerte —terminó diciendo entre carcajadas.

—Prueba y me entenderás —relamí mis labios —Aparta esa bolsa de mí o Enzo no llegará a probarlo.

—Muy bueno, sí —masticó el trozo que quedaba de bombón — Pero no tanto como para poner los ojos en blanco, Beca —continuó entre burlas.

—Bueno ya sabes de que es sustitutivo, ¿no? —intentaba picarlo.

Ethan se paró en medio de la calle y tiró de uno de mis brazos para que le mirara. Pasó sus manos por mi cara, mi nuca, mi espalda, hasta que llegó a mis caderas y me pegó a él. Con sus caricias me devolvió de nuevo a la cama. Era una auténtica tortura, no sé por qué mierda lo tuve que provocar.

—¿No te has quedado satisfecha? —pasó su lengua por mi cuello —Porque cuando gritabas mi nombre y me suplicabas más hasta que tu cuerpo dio fuertes y pequeñas sacudidas pensé que era porque habías terminado —dijo dándome un beso arrebatador. Sino fuera porque me estaba sujetando de las caderas, me habría caído ahí mismo —¿He cometido algún error? —no apartaba sus ojos fieros de los míos —Beca, si no te gustó dímelo para ponerle remedio cuanto antes —Me dio otro beso, de los que cuando se juntaban nuestras lenguas conseguían que me olvidara del mundo menos de él. Me pegué más y enganché mis brazos en su cuello, un suspiro traicionero se escapó de mi boca y él rio malicioso —¿Eso qué significa?

—Me has dejado satisfecha —le pasé mi lengua por sus labios, para que sufriera lo mismo que yo. —La putada es que ahora tengo ganas de más.

—¿Buscamos algún lugar íntimo? —levantó una de sus cejas y la comisura de sus labios.

Estaba tentada a decir que sí, demasiado tentada, hasta que alguien nos empujó y recordé donde estábamos. Debíamos comportarnos y, antes de ponerme a hacer locuras en sitios públicos, quería mantener una conversación con él para saber qué significaba esto. No me importaría nada meterme en un baño público y disfrutar de lo que me ofrecía, solo que no quería hacerlo con alguien del que mañana no supiera nada. Tampoco quería obligarle hablar de sus sentimientos, era muy repentino, pero necesitaba estar segura de que para él no era otra aventura.

Eran casi las tres de la tarde, estábamos hambrientos, y el olor a pescado frito nos llevó hasta el puesto donde se vendía. Pedimos dos de los famosos *kibbeling*, que eran trozos de pescado frito rebosado en hierbas, y seguimos caminando.

—¿No te apetece nada de postre? —le pregunté a Ethan —Me he quedado con ganas de dulce —Él miró por los alrededores, como si buscara un lugar en concreto, hasta que me miró con su gran sonrisa, la que hacía que me derritiera y dijese que sí a cualquier cosa que me pidiese.

—¿Un *stopopwafel*? Acabo de ver el puesto donde los hacen.

—Sí, por favor. Recién hechos y con el caramelo caliente están de vicio —Cerré los ojos de nuevo, como me ocurrió al probar el bombón, y me relamí los labios como si me hubiera comido un trozo del típico postre holandés.

—Voy a terminar cogiendo celos de los dichosos dulces y lo que te hacen sentir —dijo Ethan sin dejar de reírse por las caras que ponía.

—No tienes de qué preocuparte, tú estás mucho mejor —le pasé mi mano por su torso y él volvió a reír —Ethan, deberíamos aprovechar que hay tantos puestos de frutas y verduras, para comprar lo que necesitemos —intentaba cambiar de tema para no torturarme con la imagen de Ethan y lo que hicimos anoche, y antes de venir al mercado.

—Elige lo que quieras Beca, yo me voy mañana a primera hora

—¿Tan pronto? —sonaba decepcionada y era así como me sentía.

—Voy a Suecia a otro festival, pero en cuanto pueda vuelvo aquí, si no es molestia para ti claro, ahora es tu piso.

—Me encantaría —en realidad me moría por decir cuanto lo iba a echar de menos.

—¿Qué te apetece cenar?

—No tengo antojo de nada en especial, lo que podamos hacer rápido y que no sea demasiado complicado ¿no?

—Bueno, vamos a seguir mirando y a ver si se nos ocurre alguna idea.

Nos comimos el stopopwafel y al terminar, Ethan se paró en un puesto para mirar alguna ganga tecnológica de la que no me enteré ni del nombre. Detrás del puesto había una carnicería y supe lo que quería cenar. Aunque antes tendría que saber si a Ethan le gustaba, no fuera a cagarla.

—Ethan —me acerqué y le susurré a su oído —¿te gustan las albóndigas?

—Me encantan —levantó la vista del aparato que tenía entre las manos para mirarme.

—Voy a comprar unas cosas, nos vemos aquí. ¿Te parece?.

—Ajá —respondió, dejó de mirarme, su atención la acaparaba otro cacharro del puesto.

Le dejé entretenido con sus cosas y aproveché para comprar lo que iba a necesitar, tanto para la cena como para la semana. Me paré en la carnicería para pedir la carne picada, me acerqué al puesto de verdura y seleccioné las que mejor vi. En el puesto de fruta, casi pido un poco de cada, pero me contuve porque iba a estar sola. Había un puesto precioso de flores y me arriesgué a comprar unos hermosos tulipanes, quedarían geniales en el salón.

Que Ethan me haya dejado sola por el mercado era una locura, tenía que luchar contra mis instintos y no comprar en cada uno de los puestos que me encontraba. En uno fue irrefrenable decir que no y

acabé pillando una colcha de flores, para que la habitación entera no fuese blanca y tuviese un pizco de color. Compré también velas con distintos aromas, una manta celeste para el salón, un despertador digital, y fui en busca de Ethan antes de llevarme el mercado entero.

Nada más verme cargada de bolsas, abrió los ojos como platos y empezó a reírse a carcajada limpia. Las personas que paseaban a su alrededor le miraban como si estuviera loco, pero a él le importaba un bledo. Se acercó a mí y me ayudó con las bolsas, depositando un tierno beso en mis labios cuando terminó de cogerlas.

—¿Has aprovechado bien el tiempo? —no dejaba de sonreír.

—No me dejes más sola—le acompañé con la risa —ya has visto de lo que soy capaz.

Caminamos sin dejar de sonreír y le dije a Ethan de pararnos en una de las famosas cafeterías que había en los laterales de las calles que daba al mercado. Estaba agotada, apenas había dormido, y él estaba prácticamente igual. Enzo lo llamó para decirle que había alquilado el camión para la mudanza y que cuando quisiera iban a por mis cosas. Lo bueno era que no tenían que coger muebles, lo único voluminoso era la bicicleta con algunas chorradas más de la cocina.

Pagamos el café y fuimos a la estación para coger el tranvía de vuelta a casa. Apenas podía con mi alma y aún me quedaba por hacer la cena. Quería hacerla a modo de agradecimiento, tanto a Ethan como a Enzo, por lo que habían hecho y sin conocerme de mucho.

Había una pequeña parte de mí que creía que la medida era desmesurada, pero otra agradecía enormemente el gesto. No quería encontrarme con Jimmy y temía que, si lo hiciese, me encontrase sola y pudiera hacer algo peor que sujetarme fuertemente de mis brazos y gritarme como si no hubiera un mañana. Además, quedarme en su casa era la excusa perfecta para mantener el contacto con Ethan.

Nos sentamos los dos juntos como al venir hasta aquí y el café no me había hecho efecto alguno porque los ojos se me cerraban solos.

Acabé por apoyar la cabeza en el hombro de Ethan y dejé de luchar contra el sueño, me dije que solo iba a descansar unos segundos, hasta que se convirtió en el trayecto entero. Me desperté por el zarandeo de unos brazos.

—Ya hemos llegado, Cenicienta —se coló una voz risueña entre mis sueños. Abrí los ojos y me pasé la mano por la boca para secarme la baba que se me había caído. Qué vergüenza, el chico que me tenía loca acababa de verme con la saliva colgando.

—Perdón —tenía la boca seca —seguro que hasta ronqué —notaba como mis mejillas enrojecían.

—Beca, ya he dormido contigo y no solo roncas, también hablas en sueños. Así que ni te preocupes y ni te molestes en esconderlo —le sonreí. Tenía razón, así era yo y él tarde o temprano lo iba a descubrir.

Entramos en casa de Ethan y fui directamente al baño para desmaquillarme, ducharme y ponerme algo más cómodo para estar por casa. Al salir de la habitación, me encontré con un Ethan demasiado serio.

—Nos vamos al que era tu apartamento para coger tus cosas. ¿Dónde están las llaves?

—Ethan, si no quieres no hace falta que lo hagas —me acerqué al bolso que había dejado en la cama y saqué las llaves.

—Beca es pensar en encontrarme con ese capullo y me pongo ciego de la rabia —No había rastro de sus tranquilizadoras sonrisas, ni ningún guiño de ojos, y menos aún había rastro de sus besos.

—Puedo contratar a otra persona para que lo haga.

—Quiero ir, solo espero que huya si se tropieza con nosotros —contestó, me quitó las llaves de mis manos y salió de la habitación sin decir nada más.

Capítulo 14

Rebeca era mejor de lo que pensaba, pasar el día con ella me sirvió para darme cuenta. Me encantaba como se sonrojaba cuando hablábamos de temas íntimos, o como se le iluminaba la cara con las cosas más simples como comprar detalles para la casa. Como sonreía cuando creía que no la veía y como agachaba la cabeza cuando le demostraba que si lo hacía. Me gustaba como se mordía el labio inferior al acercarme a ella para besarle, o como suspiraba cuando la besaba. Me encantaba cómo disfrutaba por comer chocolate y me fascinaba lo que me hacía sentir. A su lado era distinto, no paraba de reír por cualquier chorrada, quería pasarme el día abrazándola, o dándole besos, y nunca había sentido lo que siento cuando estoy con ella. Es difícil de explicar, apenas puedo comprenderlo yo mismo, solo que a su lado era donde mejor me encontraba.

Iba con Enzo hacia el apartamento de Beca, él conducía y yo estaba de los nervios. No quería encontrarme con el tipo que la agarró tan fuerte que le dejó las marcas de sus dedos. No quise decirle nada a Beca para no incomodarla, pero ahí estaban, y verlo me enfurecía muchísimo.

—¿Qué tal el día con tu adorada doctora?

—Mejor de lo que pensaba, es maravillosa y me gusta pasar tiempo con ella —quería olvidarme de aquel tipo, pero a medida que nos acercábamos a su casa peor era.

—Me alegro por ti —me echó una mirada de soslayo y una sonrisa —te vi muy contento hoy cuando volviste a casa.

Nos quedamos en silencio hasta que pocos minutos después conseguimos aparcar el camión justo en el portal de Rebeca. Subí hasta su piso con la sangre burbujeando en mis venas de la ira. Enzo

puso su mano en mi hombro, intentaba relajarme, aunque él estaba igual que yo. Ese tío era un auténtico hijo de puta que no tenía cojones de enfrentarse a uno de su tamaño y que pudiera plantarle cara.

Suspiré con más calma cuando, al llegar a su rellano, no había señales de él. Abrí la puerta de la casa y noté moverse algo bajo ella. Miré detrás y vi una hoja doblada.

— ¿Debería abrirlo? — examiné la nota en la mano.

— Llámale y pregúntale, puede que sea personal.

— O puede que sea una amenaza — Esperaba que al estúpido de su vecino no se le hubiera ocurrido la genial idea de decirle nada.

Busqué en el móvil el nombre de Beca, apreté a llamar y me moví de un lado hacia otro en el rellano, a la espera de que contentase la llamada. Parecía un tigre enjaulado que deseaba llegar a su hábitat natural para relajar los músculos y estar por fin en libertad.

— ¿No has dejado de verme ni diez minutos y ya me echas de menos? — su melodiosa voz lograba tranquilizar mi ira.

— Mucho, aunque no te llamo por eso — estaba más tranquilo, era escucharla y los problemas se esfumaban, igual que cuando me subía a un escenario. Ella era mi antídoto.

— ¿Qué ocurre? — sonaba algo preocupada.

— Bajo tu puerta había una nota doblada, ¿puedo leerla? — esperé ansioso la respuesta. No quería entrometerme en su vida, ni saber dónde estaba o qué hacía, pero si me decía que sí, significaba que confiaba en mí.

— Claro — respondió enseguida — no tengo nada que ocultar. Ethan ten cuidado, solo se me ocurre una persona que pudo dejar esa nota.

— A mí también, por eso quiero saber lo que pone.

— Te espero en casa. Por cierto, ¿puedo invitar a Candela?

— Beca es la última vez que te repito que no tienes que pedirme permiso para nada, ¿entendido? Es tu casa, te lo he dicho mil veces,

puedes hacer y deshacer lo que te venga en gana. — a lo mejor mi tono sonaba un poco violento, pero no quería serlo. Era la maldita incertidumbre que tenía por saber qué diablos decía la nota — Perdón si soné brusco — solté con un suspiro.

—No te preocupes, te entiendo, para mí tampoco es fácil esta situación. Y me alegro que no te importe que venga mi amiga porque ya está aquí dando la lata mientras se bebe todas las cervezas que pilla — escuché a su amiga reírse y decir que iba a comprar más. Sonreí.

—Hasta después —nos despedimos y comencé leer la nota. Desde el primer momento el tío me dio mala espina, y no me equivoqué.

—Espero que no sea un tarado —le dije a Enzo.

«Rebeca, siento mucho lo de anoche, no fue mi intención hacerte ningún daño. Pensé que tras las miradas cómplices que compartíamos en el rellano, o cuando te invité a salir que se notó mucho que te encantó, era porque querías algo más conmigo. Ya veo que solo eras una calentona más que se acuesta con cualquiera que tenga una cara bonita, como ese chico que te defendió. Seguro que anoche se lo agradeciste como tú sabes.»

Arrugué la nota en mi mano y subí corriendo en busca de ese tal Jimmy, si no le entendí mal a su amiga ese tiparraco vivía justo encima de Beca. Toqué la puerta con mi puño y con demasiado ímpetu, los golpes se escuchaban en el rellano, aunque me daba igual que el resto de vecinos se enteraran que era un gilipollas perdido. Enzo iba detrás mía, sin dejar de preguntar una y otra vez que demonios pasaba. Yo no podía hablar, solo quería que el Jimmy de los cojones abriera la puerta. Al verlo reaccioné casi al instante y lo presioné contra la pared de su casa. Coloqué mi antebrazo derecho en su cuello y mi mano izquierda en su hombro.

—Como vuelvas a molestar a Beca con una nota, una llamada, o con lo que sea —dije rojo de rabia. La cabeza estaba a punto de estallarme y sentía mis venas palpitando en mis sienes. Él me miraba

asustado, tal y como pensaba solo se hacía el gallito con las mujeres
—Juro por mi vida que acabaré contigo, ¿te ha quedado claro?

—S...S.. —intentaba hablar, pero mi brazo se lo impedía. No me daba ninguna lástima.

—No te escucho —insistí. Él asintió con la cabeza y me largué antes de que hiciera algo peor. No soportaba la gente así, que se creía superior a las personas que consideraban más débiles y que después metían el rabo entre las piernas.

Cogimos lo que Rebeca nos indicó, sus adorados libros, la radio de la cocina, lo que quedaba de ropa, la bicicleta... Y lo que ella dijo eran tres cosas, acabó por llenar gran parte del camión.

En el rellano de mi piso, escuchamos la canción Pump Up the Jam de Technotronic a todo volumen. Nos miramos asombrados y no reímos por lo que podrían estar haciendo esas dos locas dentro. Abrí la puerta lo más sigiloso posible e intentamos no hacer ruido, aunque con el volumen de la música era muy difícil que nos escucharan.

Candela y Beca estaban en el salón, intentaban cantar, pero no entonaban ni una sola nota, y bailaban como locas desquiciadas. Nos quedamos tras la puerta del salón, escondidos para que no nos vieran y poder disfrutar del espectáculo. Beca empezó a mover las caderas de arriba abajo y me contuve para no arrastrarla a la habitación y que me lo hiciera a mí.

La música dejó de sonar y nuestras estruendosas risas se escucharon de repente. Ellas empezaron a gritar asustadas, hasta que nos vieron salir de nuestro escondite.

—¿Cuánto hace que estáis aquí? —preguntó Beca roja como un tomate.

—Hace mucho —Enzo se secaba las lágrimas provocadas por la risa —Gracias chicas, de verdad, ha sido un espectáculo genial y cantáis, mi madre como cantáis. Perfecto, sublime, quiero volver a verlo —decía sin parar de reír.

—Escupe en la comida de este simpático —Candela miraba a

Enzo con ojos de querer clavarle un cuchillo.

—Tampoco os pongáis así, sabíais que íbamos a llegar de un momento a otro. Si no queríais que os viéramos, haberos estado tranquilas escuchando música.

—Es imposible —Beca al fin habló, por un momento pensé que estaba molesta —la música llama a nuestros cuerpos, nos obliga a bailar —Enzo se rio más fuerte aún.

—Eres genial Beca —dijo cuando pudo controlar las carcajadas — Una cosa te voy a decir, si no la valoras tú, pienso hacerlo yo. Ahora que la conozco voy a llevar muy mal llegar a casa y no encontrarme con ninguna sorpresa —Candela no pudo aguantarlo más y también acabó riéndose junto a nosotros.

Fui a la cocina a por un vaso de agua, para calmar la garganta que me picaba de tanto reír, y el olor de las albóndigas me hipnotizó. Cogí un tenedor, abrí el caldero, pinché una y, tras soplar unas cuantas veces, me la comí.

—¿Te gustan? —Beca estaba apoyada en el vano de la puerta.

—Están de muerte —me tapé la boca, aún llena de comida — Gracias por hacer la cena.

—Me alegro —su sonrisa era tímida —También aproveché e hice un queque de chocolate, espero que te guste.

—Muchas gracias Beca, no tenías que haberte molestado.

—No es molestia —respondió —me gusta mucho cocinar.

—Eres la primera persona que la utiliza.

—Me di cuenta, demasiado impoluta —reconoció —Por cierto, coloque algunas cosas a mi gusto para estar más cómoda.

—La cocina es tuya Beca, haz lo que quieras. Los fogones y yo nos llevamos como el culo —volvió a reír y me alegró ser el causante de ello.

—¿Qué ponía la nota?—quiso saber un poco más seria. Me tensé al recordarlo e intenté esquivar la pregunta, pero insistió —Iba dirigida a mí, merezco saber que decía.

—Era de tu vecino Jimmy —ella pareció revolverse al escuchar su nombre —Te culpaba de hacerle creer que podíais tener algo por las miradas furtivas que le enviabas y que le demostraste que eras otra calentona más —me encontraba más tenso que antes.

—¿Hiciste algo? —parecía como si no le importara lo más mínimo la nota, solo que yo estuviera bien.

—Le avisé que te dejara en paz.

—Gracias por defenderme —se acercó a mí y paseó una de sus manos por mi mejilla —Me importa un comino lo que ese capullo piense y me alegro que me hayas convencido para quedarme en tu casa —y me dio un beso como solo ella es capaz de dar.

—Y yo Beca, no sabes cuánto —la besé, no podía dejar de hacerlo. Una vez que empezaba era incapaz de parar.

Bajamos juntos para subir las cosas de Beca y ponerlas en el salón, porque ella prefería pasar mi última noche divirtiéndonos y no colocando trastos, dijo que se instalaría mañana con calma.

Enzo y yo en agradecimiento a Beca por hacer la comida, pusimos la mesa del salón y acordamos que la vajilla sucia la lavábamos nosotros, ella había hecho bastante. Aunque su respuesta fue que más nos tenía que agradecer ella por traer sus cosas y defenderla de su asqueroso vecino.

—¿Podemos ducharnos antes de cenar? —pregunté antes de sentarnos a la mesa —Necesito cambiarme de ropa y ponerme un poco más cómodo.

—Sí claro, la comida está preparada así que no hay prisas —respondió Beca, que estaba encendiendo las velas de manzana que compró en el mercado.

—Tú casa empieza a tener vida —dijo Enzo en lo que íbamos por el pasillo.

—Me gusta. —confesé.

La habitación rebozaba más vida aún. Había cambiado la colcha, colocó un despertador digital lila, un libro y una botella de agua en

su mesilla de noche. En una esquina de la habitación había un silla de mimbre donde ella colocó ropa doblada en el asiento y unos zapatos bajo el asiento.

El baño estaba lleno de cremas, maquillaje y toallas de colores que tampoco sabía de donde las había cogido. Cerca de la ducha había una mesa de madera, también con velas, y unas pantuflas para estar por casa debajo. Mi amigo había acertado de pleno, iba a ser imposible no acostumbrarme a la presencia de Beca y mucho más dejar de vivir con ello.

Salí de la habitación vestido igual que ésta mañana, unos bermudas, una camiseta y las chanclas que solía usar para estar por casa. En el salón, ya estaban sentados a la mesa y tomaban cervezas mientras charlaban.

—Menos mal que vienes —señaló Enzo —estaba a punto de comérmelo todo y no esperarte.

Le enseñé el dedo corazón y me senté con unas ansías terribles por saborear la comida que olía de lujo. No tenía mucha hambre cuando llegué, pero el olor me estaba abriendo el apetito por segundos. Las albóndigas iban acompañadas de patatas al horno y unas buenas cervezas. Cada vez que nos metíamos un trozo de comida en la boca le decíamos a Beca lo rico que estaba y ella no dejaba de sonreír agradecida, con sus mejillas teñidas de un rojo claro. El postre tampoco se quedaba atrás, un delicioso queque de chocolate con nueces. Nos pusimos las botas durante la cena.

—¿A qué hora os vais mañana?

—Creo que a las nueve de la mañana debemos de estar en el aeropuerto, pero no estoy seguro —no tenía malditas ganas de irme

—A mí no me mires —señaló Enzo con una sonrisa —. Cuando viajo con Ethan me despreocupo porque sé que él se va a encargar.

—Vaya dos.

—¿Os da tiempo de jugar al Party and Go para bajar la comida? —Candela sacó el juego de una bolsa que trajo —Venga, chicos contra

chicas —dijo seguidamente, sin dejar que respondiéramos.

A la una de la mañana después de varias horas jugando, de tomar cervezas sin tino, de estar picándonos los chicos contra las chicas y pasar una noche de lo más divertida, me metí en la cama. Mañana, tanto Enzo como yo madrugábamos, y apenas había dormido un par de horas seguidas. Me pasaré el vuelo durmiendo, si es que conseguía levantarme para ir al aeropuerto. A los pocos segundos Beca se metió en la cama, me acurruqué cerca de ella para poder sentirla y enseguida caí en un profundo sueño.

Capítulo 15

Me desperté a mitad de la noche con un nudo en el estómago que no me dejaba respirar, sentía que me asfixiaba y no podía hacer nada para recuperar el aire. El culpable era Ethan, que me había atrapada bajo su cuerpo. Me deslicé como pude y me quedé sentada en un lado de la cama. Estuve un buen rato observándolo, la luz de la luna se colaba por la ventana e iluminaba su desnudo cuerpo. Las sábanas estaban enredadas bajo sus pies y pude apreciarlo en toda su perfección. No aguanté las ganas que tenía de sentirlo, me encantaba saber que podía disfrutar de él cada vez que se me antojara, como ahora, y comencé a darle pequeños besos por su cuello, su pecho, su oreja, no paraba de besarlo. Lo escuché ronronear y se estiró adormecido. Era una suerte que le gustase dormir sin camisa y pensaba disfrutarlo en su última noche, antes de pasar varios días sin verlo. Recorrí su abdomen con mi lengua, hasta llegar a su cuello, y al mirarle comprobé que tenía los ojos abiertos y ardían de deseo.

Le besé con ganas y ambos nos dejamos claro las ganas que nos teníamos el uno al otro. Me quitó la blusa del pijama y la lanzó por la habitación. Cogió uno de mis pechos bajo el sujetador y lo acarició suave, mi pezón se erizó al momento, añorando sentir más. Su otra mano me acariciaba la espalda y se metió dentro de mi pantalón, agarrándome el culo y colocándose encima de su dura erección. Me rocé con ella, estaba increíblemente excitada. El gruñó como respuesta y le sonreí maliciosa, volviéndolo hacer. Subió su mano por la espalda, que me provocó un pequeño cosquilleo que erizó mi cuerpo, enredó sus dedos en mi pelo y me besó.

Entre pequeños besos, grandes tocamientos y más roces, acabé de espaldas al colchón, con el colocado encima de mí.

—Me gusta lo que puedes llegar a provocarme con solo una mirada —dijo mordiéndome el lóbulo de la oreja. —Tú me encantas, Beca.

En la cama era mucho mejor de lo que pensé y mis expectativas eran altas. Ethan se molestaba en hacerme disfrutar y cuando había acabado conmigo, entonces era su turno. Era un auténtico Dios del sexo, o por lo menos lo era para mí, y estaba encantada que quisiera demostrármelo.

Mis caderas se movieron con las suyas, acompañándolo, siguiendo el ritmo de sus frenéticos envites, hasta que no aguanté más y me dejé ir. Entonces con un fuerte envite él se corrió y escucharlo gritar mi nombre, aumentó mi placer.

Nos tumbamos de nuevo en la cama, él me tapó con el nórdico y apoyé mi cabeza en su hombro. Paseó sus manos por mis nalgas y me pegó más a él. En tan pocos días Ethan había calado muy dentro de mí y la verdad es que iba a echarlo de menos. Acaricié su cuerpo sin cesar, quería tenerlo conmigo toda la noche, hasta que volví a dormirme.

El sonido del despertador me obligó a desperezarme y enseguida supe que no estaba a mi lado. Abrí los ojos decepcionada por no poder pasar más tiempo juntos, pero me consolé al pensar que en cuanto terminase el trabajo iba a volver conmigo.

Fui directa al baño para lavarme la cara con agua bien fría y despertarme. Tras mi rutina diaria, en la que me lavé con jabón y me puse la crema hidratante, salí hacia la cocina para prepararme un café. En lo que caminaba por el piso de Ethan, me di cuenta de que no me sentía fuera de lugar, parecía como si hubiera vivido parte de mi vida en él. No me veía como una extraña, ni con ganas de buscarme mi propia casa.

Deslicé mi puerta preferida, la de color aguamarina y verde lima, y entré en la cocina. Me acerqué a la nevera para coger la leche y advertí que Ethan había sustituido las canciones por una nota y la

parte más ñoña de mí, esa que trataba de ocultar, se emocionó como una colegiala.

«Buenos días Beca, te dejé café preparado y bajé a la pastelería para comprarte dulces con chocolate, por supuesto. También tienes pan, por si lo prefieres. Aunque no sé por qué, me da que vas a comerte las dos cosas (sonreí al pensar en que era lo mismo que iba hacer).

Cuando llegue a Suiza te llamo. Por cierto, muchas gracias por el día de ayer, y por lo de esta madrugada.»

Estuve varios minutos sin dejar de sonreír ni dejar de mirar la nevera y leía lo que me dejó escrito sin cesar. Vivía en una nube de la que no quería bajarme, porque el golpe de realidad iba a doler bastante. Cuando al fin reaccioné, fui al salón y rebusqué entre las cosas que me trajeron ayer. Saqué la radio que siempre había tenido en mi cocina y la llevé a la de Ethan. Estos días había tenido que utilizar la que él tenía en el salón y, como solía ser muy patosa, prefería que le pasase algo a la mía y no a la suya. La coloqué encima de la nevera, donde no iba a molestar a nadie, y la encendí.

Tras dar el último sorbo de café, llamé mi abuela, era hora de contarle lo que había pasado. Quizás omita lo del Jimmy para no disgustarla mucho, aunque tendría que decirle algo para explicarle porqué estaba viviendo en casa de un desconocido.

Cogí mi móvil que había dejado en la habitación y marqué el número de casa de mi abuela. Caminé por el pasillo hasta llegar al salón y me senté en el sofá, con las piernas entrelazadas.

— ¿Diga? — escuché decir a mi dulce abuela.

— Hola abuela, ¿cómo te encuentras?

— Muy bien hija, ¿tú qué tal? ¿Cuándo vienes a verme?

— El fin de semana lo paso contigo, ya te lo dije Helen

— ¿Quién es Helen? — preguntó mi abuela molesta. Odiaba que la llamara así y entre más se chinchaba, más lo hacía.

—Tú.

—Yo soy tu abuela y si no vas a llamarme así te cuelgo —se hacía la indignada.

—Está bien abuela, perdona.—no dejaba de sonreír —Me he mudado —solté de sopetón —Estoy en casa del Dj, el que te dije que besé cuando aún estaba prometida, el caso es que..

—Espera hija que voy a buscar una silla, algo me dice que debo estar concentrada en tu historia, pinta muy interesante — interrumpió mi abuela sin ponerse roja.

—¿Ya? —pregunté cuando no la escuchaba. A través del auricular oí el sonido que hacía una silla al ser arrastrada.

—Ibas por lo del guapo Dj que te ha robado el corazón —dijo mi abuela tras haberse acomodado.

—Yo no he dicho eso —contesté a la defensiva.

—No hace falta Beca, estás viviendo en su casa —explicó mi abuela. —Pero deja de andarte por las ramas, quiero saberlo todo.

—Tuve un problema con un vecino y acordamos que lo mejor era quedarme en su casa hasta que encontrase piso —dije de carrerilla y por no querer entrar en detalles.

—¿Y cómo va esa búsqueda? ¿Ya has visto algo?

—Abuela hace dos días que ocurrió el altercado, apenas he tenido tiempo.

—Perdona hija, ¿y dónde tienes pensado buscar? —siguió insistiendo.

—No sé abuela, no es tan fácil, lleva un proceso.

—Bueno si tan mal estás ahí y quieres irte a otro piso, como mínimo deberías haber visto algo por Internet. Si no lo has hecho, es porque tu intención es quedarte hasta que él te pida que te vayas. Y, por lo poco que me has contado, no creo que suceda.

—Abuela, me gusta —admití al fin.

—Ahora que parece dispuesta a ser sincera, cuéntame la verdad —Le conté lo sucedido, me despedí de ella y le prometí que ese fin de

semana iba a verla sin falta.

Me obligué a levantarme del sofá y colocar las cosas que estaban desperdigadas por el salón. No me gustaba tener la casa tirada, era muy maniática en ese aspecto, quizás por eso mi mejor amiga era incapaz de vivir conmigo, porque ahora que lo pienso, en ningún momento me propuso que me fuera a vivir con ella. Suponía que no lo hizo para que me quedase con Ethan, pero, de cualquier forma, teníamos una conversación pendiente en la que le recriminaría su falta de ofrecimiento.

Entre pitos y flautas se hizo la hora de almorzar, no podía demorarme mucho porque hoy trabajaba. Que me tocara currar un domingo era una putada, pero al menos pude expresar mi día libre al máximo gracias a Ethan. Lo disfruté tanto que la sonrisa no desaparecía de mi rostro y así me lo hizo saber Candela cuando nos encontramos de camino al hospital.

Solo con verme supo que había hecho algo con Ethan, según ella estaba radiante, pletórica, y quería saber qué era lo que me causaba tanta felicidad. Al contrario que a mi abuela, a Candela se lo expliqué con pelos y señales, y ella solo podía decir cuánto me odiaba.

—¡Qué suerte tienes! —gritó —No solo está bueno, sino que te trata genial —se hacía la envidiosa, pero era mi amiga y se alegraba por mí.

—Y en la cama es... Cande, nunca había disfrutado tanto —confesé.

—Si no quieres que te odie de verdad, para —dijo entre risas — Hace tiempo que estoy a dos velas Beca, no hurgues en la herida.

—Por cierto Cande, ¿por qué no me pediste que fuera a vivir contigo?

—Porque si lo hacía me ibas a utilizar de excusa para no irte con él y vivir un poco, que es lo que te hace falta, pero sabes que mi casa es la tuya y si estás mal no dudes en venir a la mía. Lo sabes, ¿verdad? —preguntó un poco preocupada.

—Sí, tranquila. Me supuse que lo habías hecho por eso, pero quería confirmarlo. En realidad, tengo mucho que agradecerte, porque los días pasados con Ethan han sido de lo mejor —me acerqué para darle un fuerte achuchón y depositar un tierno beso en su cara mientras ella no dejaba de reír.

El día de trabajo era calmado, demasiado, la última vez que tuve un turno tan sereno acabé en la sala de operaciones preparada para extraerle una bala a Ethan. Y conocerlo fue el principio del fin. Algo me decía que iba a ocurrir lo mismo, que a última hora llegaría una urgencia grave y jamás saldría del hospital.

De un tiempo a esta parte había meditado sobre mi trabajo, en los turnos que tenía que hacer y en lo difícil que sería conciliar una vida familiar con estos horarios de locos. También había barajado la posibilidad de abrir mi propia consulta privada e imponerme mis propios horarios. Era una de esas cosas que tienes en tu cabeza y nunca te atreves a hacer, bien por miedo, bien por creer que no es el momento, o bien porque eres tu propio obstáculo y crees que no saldrá bien.

Cinco minutos antes de finalizar mi turno, llegó una señora a urgencias con fuertes dolores de barriga, apenas podía mantenerse en pie. La inspeccioné y comprobé que tenía claros síntomas de apendicitis. Pedí que la llevaran a la sala de operaciones y fui corriendo a prepararme. Me lavé las manos, empujé la puerta de la antesala con mis caderas y miré al cielo con una gran sonrisa en los labios que iba dirigida a mi abuelo.

Unas horas más tarde, pude salir del trabajo e ir al precioso ático de Ethan y que consideraba un poco mío. Me preparé un sándwich, una infusión de rosa de mosqueta y cogí algunas galletas de chocolate para cenar. Me senté en la cocina para relajarme viendo la ciudad iluminada, y recordaba la mañana de ayer cuando desayuné con Ethan. Observaba desde mi escondite a las parejas pasear, pero ya no sentía envidia, ahora sonreía al verlas sin apartar de mi mente a

Ethan. Revivía una y otra vez el día que pasamos juntos, como nos cogíamos de la mano, o nos besábamos, o como simplemente disfrutábamos de nuestra compañía. Estar con Ethan me hacía sentir igual a cuando dejaba flotar mi cuerpo en el mar. No existía nadie más, solo el mar y yo, lo que en este caso el mar era sustituido por Ethan.

Recogí la mesa y fui en busca de la Light box, que no la había colocado. La tenía guardada en la habitación y decidí que era hora de buscarle un sitio en la casa. La saqué de la caja, igual de feliz que un niño cuando le regalaban el barco playmobil, y coloqué las letras. La encendí, la puse en una mesita que había cerca del sofá, y sonreí al imaginarme la cara de Ethan cuando leyera *Love is in the air*.

El teléfono de casa sonó y me dio un susto tremendo porque no me lo esperaba, y también porque mi mente estaba un poco en las nubes. Lo miré dubitativa, entre cogerlo o dejar que sonara, podía ser una llamada personal para Ethan. O podría ser él mismo.

—¿Si? —pregunté titubeando.

—¿Cómo estás, preciosa? —era la voz de Ethan.

—Ahora que te escucho mejor, ¿tú qué tal? —la baba estaba a punto de caérseme.

—No he parado Beca, apenas he tenido tiempo para comer. Hemos estado montando los equipos, hemos ensayado y, a eso, súmale que tengo que aguantar a Enzo —expulsó un suspiro cansado.

—Oye —le interrumpió Enzo —a mí no me culpes de tu estrés.

—Por lo menos no te aburres —no podía borrar la sonrisa de mi rostro.

—Con él es imposible. ¿Cómo fue el día de trabajo?

—Tranquilo hasta el último momento que tuve que operar, pero ha ido genial.

—Es que eres la mejor, después de haberme salvado la vida confío mucho en ti —su tono era de burla.

—Pues si no te cojo a tiempo, a lo mejor no estarías vivo —entré al trapo de lleno.

—Beca —contestó con un falso suspiro —tengo un tajo de lado a lado —continuó burlándose —espero que no trates a los demás pacientes como a mí. Pero tienes razón —siguió en un esfuerzo por contener la risa —estoy con vida.

—¿Es de muy mala persona alegrarse porque hayan disparado a alguien? —en cuanto me escuchó Ethan soltó toda la risa contenida.

—Depende —siguió entre carcajadas —¿Te alegras por qué me odias o por qué gracias a al disparo me conoces?

—Tengo dudas, pero me decanto más por lo primero —dije, haciéndole reír con más fuerza.

—Eres muy mala persona Beca, deberías hacértelo mirar.

—Ethan estoy muy cansada, ¿hablamos mañana? —pregunté tras llevar más de una hora hablando y riendo.

—En cuanto pueda volveré a llamarte, ¿qué turno tienes?

—Noche —confesé con un suspiro de puro agotamiento.

—¿Beca?

—Dime

—Te echo de menos —su tierna voz me acarició los oídos —No te lo mereces después de mi costado, pero lo hago.

—Y yo a ti, aunque te odie —me puse melosa.

Me había lavado la cara, duchado, puesto el pijama y estaba a punto de acostarme cuando el teléfono sonó de nuevo. Fui corriendo para volver a escucharle, seguro que llamaba para burlarse de mí, pero no me importaba.

—¿Se te olvidó algo? —tenía el tono mimoso de antes.

—¿Quién eres? —contestó una voz de mujer al otro lado de línea.

—Disculpa, pero es usted quien llama, ¿no debería ser quién se presente?

—No cuando es a mi casa a la que llamo —miles de pensamientos se cruzaron por mi cabeza, y el que cobraba más fuerza era que Ethan

me había engañado y estaba casado.

—No pienso decirle quien soy, pregúntele al otro dueño de la casa —estaba enfadada por la situación.

—Lo haré, ¿me lo pasa? —tenía un chirriante y conocido tono de voz. No conseguía ponerle cara, pero ese tonillo lo había escuchado con anterioridad. ¿Era Cassidy? Mi corazón estaba revolucionado y mi mente no dejaba de maquinan. ¿Quién era?

—No, llámale a su número personal.

—Mire señorita —¿Cómo iba a poder olvidarme de ese tono amenazador? Era el mismo con el que amenazó a mis compañeros de trabajo y a mí también.

—Hola Matilda —le interrumpí —soy Beca.

—¡Beca! —el enfado se había transformado en alegría —¿Por qué no me dijiste qué eras tú?

—No te reconocí y como me dijiste que era tu casa, me puse en lo peor —confesé —Pensé que eras la mujer de Ethan o algo por el estilo —dije avergonzada.

—Tranquila Beca, yo habría actuado igual. ¿Cómo estás, qué haces en la casa de mi hijo, ya es oficial que estáis juntos? —disparó una pregunta tras otra, sin dejar que respondiera.

—¿Ethan no te ha dicho nada?

—No, ¿ha ocurrido algo? —Le dije lo que sucedió con mi vecino y omití que me había acostado con su hijo, por supuesto.

—Es lo mejor, en este mundo hay gente de la peor clase —Matilda volvía a tener el tono de enfado —Qué pena que yo no estaba para poner a ese tiparraco en su sitio. No le habría sentado nada bien que una mujer lo pusiera firme.

—Me habría gustado verlo. Si pudiste con medio Hospital, a ese te lo habrías merendado —nos reímos juntas de aquello.

—Cualquier cosa puedes llamarme —dijo Matilda antes de colgar —Me alegro mucho que seas tú la que se esté quedando en casa de Ethan.

—Y yo —respondí —Buenas noches.

Capítulo 16

El festival terminó y, a pesar de que tenía pensado regresar junto a Beca, acabé en Irlanda con mis padres y mis hermanos. Una parte de mí me impidió volver a Holanda. La verdad que agradecía haber coincidido con mis hermanos, estar con ellos me distraía y conseguía que no pensara en Rebeca las veinticuatro horas del día. Debía aclarar mi mente, despejarla y olvidarme un poco de esta obsesión por ella.

Estaba tirado en el sofá del salón de la casa de mis padres, junto a mi hermano Tristán, y María estaba en el suelo, con la espalda apoyada al sofá y los pies estirados. De vez en cuando reposaba la cabeza en mi brazo y se restregaba en él para que le acariciara. Tenía esa costumbre desde que era pequeña y cada vez que lo hacía conseguía que sonriera.

Los días sin Beca habían sido confusos, desde el momento que me separé de ella la eché de menos cada segundo del día. Me sentía solo y alterado, como el tripulante de un barco a la deriva que, tras la tormenta, espera ver la luz de un faro. Y ese faro era Rebeca, la pequeña Beca.

Su ausencia me hacía sentir como en un precipicio y tenía que decidir si saltar al vacío o esconderme en mi casa, como estaba haciendo. Si saltaba y me la jugaba, podría vivir una de las mejores experiencias de mi vida. Si me quedaba en casa acobardado, me iba a torturar día y noche con ella, con su imagen desnuda y el placer que sentía en sus brazos. La elección era difícil, pero debía tomarla tarde o temprano.

Me mentía a mí mismo diciendo que tenía dudas sobre nuestra relación, o sobre lo que yo quería en este momento de mi vida, pero

la respuesta estaba demasiado clara. Ella misma pareció habérmela tatuado a fuego en el cuerpo desde que puso sus manos en mi costado. Beca no era como las demás, lo complicaría todo y yo querría más que besos. Lo tenía demasiado claro, tanto que me daba miedo. Quizás también era porque si la seguía conociendo, si seguía pasando tiempo con ella, me iba a enamorar. O quizás me daba miedo que cuando ella me conociera a mí, me dejara por ser poca cosa.

Mi hermano se levantó del sofá para ir a la cocina y me sacó de mis absurdas ensoñaciones. María aprovechó y volvió a colocar su cabeza en mi brazo. Me miraba con ojos suplicantes y movía su cabeza sin parar, como si fuera un cachorro en busca de mimos.

—¿Quién es ella? —me sondeó cuándo dejé de acariciarle.

—No tengo ni idea de quién dices, ¿me podrías dar más detalles?

—Hablo de la chica que te trae de cabeza. Esa que por fin ha conseguido entrar en una parte de tu corazón y hacerse un hueco en el.

—No sé de quién me hablas —repetí, haciéndome el loco.

—Vamos Ethan, nos conocemos desde que éramos unos críos —dijo con una sonrisa —Sé lo que te pasa con solo mirarte. —siguió con chulería —Cuéntame que pasa.

—Mamá te puso al día, ¿eh?

—Por unos largos y tortuosos segundos, estuviste a punto de pasar a mi segundo hermano favorito. ¿Por qué no me lo contaste? —se hizo la ofendida.

—Eres una mocosa entrometida —le piqué el ojo.

—A lo mejor puedo ayudarte con tus dudas.

—¿Y cómo piensas hacerlo? —levanté una de mis cejas.

—Ethan, no eres el único que ha sentido por alguien o se ha creído enamorado. A mí me pasó hace tiempo. Me entregué a una persona que no me correspondió y prefirió irse con otras a luchar por mi amor. Así que esta mocosa te puede ayudar más de lo que crees —

esta vez fue ella quien picó el ojo.

—Ese canalla no te merece —dije malhumorado porque alguien se hubiera atrevido a romper el corazón de mi hermana.

—Lo sé, por eso pude recomponerme y rehacer mi vida, y me olvidé de quien no me quiere ni me merece —me tranquilizó con su amplia sonrisa.

María siempre estaba alegre, se reía por cualquier cosa y contagiaba al resto con su felicidad. Mataré al capullo que se atrevió a quitarle eso por unos días, o meses, mi hermana no se merecía sufrir.

—Me alegro que hayas rehecho tu vida. ¿Por qué no me dijiste nada? —insistí —Se supone que me quieres más que a nadie —añadí para hacerle reír.

—Preferí no contarlo —se encogió de hombros —Si lo hubiera contado os habríais plantado en mi casa para traerme de vuelta. Lo habríais hecho por mi bien, pero hay veces que una necesita estar sola y recomponerse antes de enfrentarse al mundo.

—Si no querías volver, me habría quedado contigo.

—¿Y qué solucionabas?, mi corazón iba a seguir roto. Ahora puedo hablar abiertamente del tema y tan pancha. Y como veo que estas esquivando responderme, preguntaré de nuevo. ¿Quién es ella?

—La mujer que sacó la bala de mi costado.

—¿La Doctora Donovan?

—La misma.

—Mamá ya me lo había contado, en realidad —se estaba riendo.

—Sois demasiado cotillas —expulsé un fuerte suspiro.

—La busqué en Google —continuó como si no me escuchara —es una médica muy respetada y bien considerada. Su abuelo fue el mejor cirujano de su época y Rebeca parece seguir sus pasos. ¿Por qué no estás con ella? ¿Por qué estás aquí con nosotros en vez de ir a Holanda?

—Es complicado —no quería hablar del tema.

—Las cosas las solemos complicar nosotros mismos para evitar

tomar el camino que más feliz nos hace. Nuestra mente es nuestro propio enemigo, nos obligamos a pensar cosas que podrían ocurrir para no arriesgarnos, ni dejarnos llevar —la miraba asombrado y la escuchaba atento —Resuelve los problemas cuando los tengas delante, no antes. Es absurdo vivir evitando cosas que no sabes si ocurrirán

—¿Desde cuándo te has vuelto tan sabihonda? —mi boca estaba abierta de asombro. Era verdad que yo mismo me estaba limitando a seguir, pero el miedo que me producía lo desconocido era horroroso.

—Desde que la vida me planteó problemas —respondió con una triste sonrisa, y yo volví a odiar al tipo que le hizo sufrir.

—¿Me acompañas a Dublín? Podrás despejarte mientras paseamos y necesito música nueva para preparar unas mezclas.

Nuestros padres vivían en Howth, que era a donde íbamos cada vez que estábamos en Irlanda. Era un pueblo pesquero precioso, muy pintoresco, que estaba a tan solo quince kilómetros de Dublín. Mi madre siempre había odiado vivir en las grandes ciudades, quizás porque venía de una isla donde respiraba paz y tranquilidad. A pesar de tener mi propia casa en Dublín, me daba un salto a este pueblo cada vez que necesitaba la calidez de la casa familiar.

—Voy a querer entrar en todas las tiendas que vea —dijo en tono amenazador.

—Puf, necesito refuerzos. Voy a por Tristán.

—¿Vamos a Dublín? —le pregunté cuando llegué a la cocina. Se estaba comiendo una magdalena y un vaso de leche. Aunque por los papeles que había en la mesa de la cocina, diría que esa era la quinta.

—Sácame de aquí, por favor —expresó con la boca llena —o arrasaré con la comida.

—¿No comes bien en tu casa? —me burlé de él.

—Mamá cocina demasiado bien. ¿Has visto lo que ha hecho para almorzar? Dos días aquí y voy a regresar con cinco kilos más.

Me acerqué a la mesa y cogí una magdalena, al verlo me había

entrado una gula terrible. Le hingué el diente y cerré los ojos. Eran magdalenas de naranja hechas por mi madre y estaban de vicio.

—Si, Ethan —insistió mi hermano al verme la cara —Nos quiere matar con la comida.

Comí unas cuantas más, hasta que mi hermana fue en nuestra busca y nos sacó de la cocina a rastras. Fuimos a la estación y cogimos el conocido tren DART. Como siempre, me puse música, mi hermano leyó el periódico que daban en la estación y mi hermana sacó un libro, lo que me recordó a Beca.

En una media hora más o menos llegamos a Dublín y empezamos a recorrer sus transitadas calles. Los turistas no dejaban de hacerse fotos con cada cosa que veían y mi hermana no paraba de ofrecerse para hacérselas sin dejar de sonreír de alegría. No dejaba de pensar en quien coño podía ser el que le rompió el corazón y que, por mucho que ella lo intentara negar, continuaba roto. Aunque la sonrisa no se haya ido de su rostro, sus ojos decían la verdad por ella. No lo había olvidado, ni tampoco se había recuperado. En ellos había mucha tristeza cuando me contó lo ocurrido.

Llegamos hasta la tienda HMV, donde se vendía música de cualquier tipo y, como si mis pies tuvieran vida propia, entré en ella. Mis hermanos decidieron seguir con sus cosas y me dijeron que en una hora más o menos volverían. Siempre hacían lo mismo, según ellos mi cara era igual que la de un niño pequeño cuando entraba en una tienda de golosinas. Se me iluminaba por completo, sonreía sin parar y miraba de un lado a otro sin saber por qué disco comenzar.

Enzo me llamó para decirme que estaba en el aeropuerto e iba a venir a casa para almorzar. Sus padres se habían ido de crucero y se sentía solo en Madrid, por lo que decidió visitar a su segunda familia.

Salí de la tienda y me encontré a mis hermanos sentados en un banco comiéndose un helado cada uno. Ambos llevaban unas cuantas bolsas de tiendas de ropa. Miré el reloj, había tardado unas dos horas en coger lo que necesitaba. Empezaba a entender que

preferieran dejarme solo e ir hacer sus cosas.

Me acerqué a ellos y continuamos caminando por la ciudad. Venir a Dublín a pasear nos encantaba, pero los tres coincidíamos en que se vivía mejor en nuestro pueblo. Nuestra madre nos había acostumbrado a la tranquilidad y vivir con tanto bullicio, con la gente corriendo de un lado para otro, empujándose, y sin poder coger el metro en las horas puntas, era superior a nosotros, y eso que mi casa estaba en pleno centro de la ciudad.

Mi móvil volvió a sonar y, al ver de quien se trataba, me salió inconscientemente una sonrisa bobalicona. Mis hermanos, que volvían a tener doce años, empezaron a gritar «¡Uuuuh!» en medio de la calle. Les enseñé el dedo corazón y me aparté para hablar con ella sin los estorbos de mis hermanos pequeños.

—¿Cómo estás Beca? —pregunté tontorrón. La echaba de menos y me fustigaba mentalmente por no estar con ella.

—Yo bien, ¿tú? —ella por el contrario estaba seca.

—¿Qué ocurre?

—Ethan si te arrepientes de algo, si no quieres tener otra cosa conmigo que no sea sexo, si quieres que me vaya de tu casa, dímelo.

—¿Qué dices? —mi corazón a dos mil revoluciones —¿Te arrepientes tú?

—Déjalo —indicó con un suspiro—es una tontería —algo me decía que no lo era —¿Estás bien con tu familia? —cambió de tema.

—¿Es lo que te ha molestado? —no entendía nada.

—¿Cómo me va a molestar que estés con ellos? Pareces nuevo Ethan, de verdad. Es normal que estés con tu familia, yo también he ido a pasar el fin de semana con mi abuela.

—Entonces, ¿qué ocurre? —la palabra complicado volvió a mi cabeza. Tener una relación implicaba estas cosas. Discusiones sin sentido, a las que no estaba preparado.

—Te dije que nada.

—¿Me echas de menos?

—Sí —respondió —entro a trabajar. Adiós —lo siguiente que escuché fue la señal del teléfono que daba por terminada la llamada.

Enzo apareció sobre las tres de la tarde y no esperamos ni a que se sentase en la mesa para comer. Estábamos hambrientos y no podíamos soportar más los olores sin probar bocado. Mi madre preparó esa mañana potaje de verduras, receta canaria que nos hacía desde pequeño y era nuestra preferida. Las famosas papas arrugadas con carne escabechada y de postre mousse de chocolate, un auténtico festín.

Nos levantamos de la mesa, ayudamos a recoger y lavar los platos, y fuimos al salón, excepto mi hermana que subió a su habitación. Me extrañó la actitud de ella, mi hermana era la primera en obligarnos a estar juntos. Quería que jugásemos a juegos de mesa, a las cartas, o simplemente hablar, y me parecía muy raro que quisiera perderselo.

Enzo se quedó parado en el salón y la vio marchar sin dejar de observarla. Sus ojos reflejaban tristeza y añoranza. Se dio la vuelta para ir al salón y se topó de frente conmigo. Algo debió de ver en mi mirada, porque su primera reacción fue dar un paso hacia atrás.

—¿Mi hermana? —mi voz era un susurro apenas audible —¿No habían suficientes chicas a las que jugársela que decides hacerlo con mi hermana? —insistí, indignado ante la traición de mi mejor amigo.

—No es lo que crees —respondió —me enamo...

—Ni se te ocurra mentirme —dije en tono amenazador —La dejaste tirada y te alejaste de ella, qué clase de amor es ese.

—El mismo que sientes por Beca —eso fue un golpe bajo —Sabes que es importante para ti, pero no has hecho más que alejarte de ella y ni siquiera la has llamado. ¿Por qué lo tuyo está bien y lo mío no? —no se amedrentó.

—Porque hablamos de mi hermana pequeña y el que se la ha jugado es mi mejor amigo. El mismo al que veo irse todas las noches con una distinta. No te la mereces, merece alguien mejor.

—¿Por qué te crees que me alejé? , pero que seas tú quien lo

piense duele.

En medio de la acalorada discusión, nos habíamos marchado del salón para alejarnos de mi familia y que no se enteraran de lo que estábamos hablando. Si supieran que este capullo destrozó a la pequeña, no le dejarían entrar en casa.

—¿Por qué mi hermana? —estaba rojo de ira —¿Por qué no la pudiste dejar como se merecía y no tener que verte en brazos de otra?

—Ethan, el que no se enamora de tu hermana es un auténtico gilipollas —su sonrisa era triste —La conoces mejor que nadie y sabes que ella es dulce, alegre y fiel, al lado de ella mis días parecían sacados de unos putos dibujos animados donde todo era amor y felicidad. Pero era consciente de que no valía una mierda y me alejé. No me vio en brazos de otra, se lo hice creer, pero no era verdad. Cada minuto de cada día revivo la escena una y otra vez, y me maldigo por no haber sido sincero y haber ido tras ella.

—No te acerques a mi hermana.

—Pídeme lo que quieras Ethan —me suplicó —Que no esté con ella, que no la bese, cualquier cosa, pero no me pidas que no la vea. ¿Por qué crees que vengo tanto aquí? Te quiero amigo, pero no es a ti a quien deseo ver. Soy consciente de que no puedo tenerla, que incluso un día vendré y presentará a su novio perfecto. Pero nada, ni siquiera tú, me va a impedir que la siga viendo, que deje de mirar su sonrisa para siempre. Simplemente no puedo.

—Eres un mierda —dije aún enfadado.

—También lo sé, Ethan—sus ojos estaban llenos de tristeza. La misma tristeza que ensombrecían los de mi hermana —No muy tarde te vivirás en la misma situación que yo y, en ese momento, podrás venir y juzgarme.

—¿Qué dices? —continuaba enfadado. Nada de lo que decía tenía sentido. Solo pensaba que mi mejor amigo destrozó a mi hermana.

—Te conozco y has pensado lo mismo que yo, que no eres lo

suficiente para ella. Tienes miedo que te conozca y te deje, y prefieres hacerlo tu primero. Crees que va a ser mejor, que no sufrirás y tu corazón se mantendrá intacto —tenía mis manos apretadas en puños, con ganas de estampárselo en la cara —Te diré una cosa, aunque seas tú quien lo haga, duele igual y el corazón se lo llevan con ellas.

Me quedé un rato sin apartar mi mirada y lo retaba en silencio, sin saber que decir, hasta que tomé la decisión de marcharme, no era fácil verle y no matarlo. Esa mañana me quería cargar al tío que se la jugó a mi hermana y ahora me enteraba que era mi mejor amigo quien la hirió tanto.

Subí las escaleras y entré en mi habitación, cogí lo que iba a necesitar y me fui al aeropuerto. Si seguía en esa casa iba a gritar a mi hermana, matar a Enzo y montar una guerra innecesaria.

Tenía que verla, solo ella conseguía calmarme. Era la única que podía hacerme ver las cosas de otra manera. Eran sus caricias las que me consolaban, sus besos los que me apaciguaban y sus abrazos conseguían aplacar mi sed de venganza.

Capítulo 17

Hacía casi dos semanas de la ausencia de Ethan y no conseguía calmar mis nervios. No solo me prometió que iba a venir en cuanto pudiera, sino que tampoco cumplió su promesa de llamarme en cuanto tuviera tiempo. Encima tenía la cara de hacerse el tonto, fingiendo que no sabía de qué le hablaba. Y por si no estaba lo suficientemente molesta, intentó darle la vuelta a la tortilla diciendo que estaba así porque fue a ver a su familia. Había que ser gilipollas para pensar de esa manera. No se enteraba de nada.

Candela en sus incesantes, pero frustrados intentos por tranquilizarme, me llevó a un centro de belleza y nos hicimos la pedicura y manicura. Después de comer fuimos a un conocido spa, en el que nos dieron unos increíbles masajes, nos pusieron mascarillas, nos hicieron tratamiento para el cabello y me sentí como una reina.

El día iba bien hasta que regresé a casa y volví a pensar en él. Me tumbé en el sofá y me puse a ver la típica película que solo se emitía por la televisión. Había encendido velas con olor a moras y apagué las luces para entrar en ambiente y no pensar.

Escuché que se abría la puerta principal y me cagué encima del susto. Mi corazón y mi cabeza iban a toda pastilla. Buscaba con la mirada dónde esconderme o alguna salida, pero no me movía. Me quedé petrificada en el sofá, les grité a mis pies que fueran corriendo a por un cuchillo, pero no hacían caso. Me puse el cojín en el pecho, lo abracé con fuerza, como si eso me pudiera ocultar de quién fuera. No apartaba la mirada de la puerta, temiendo lo peor. Seguro que habían venido a robar, con tan mala suerte que me pillaron dentro.

Me sorprendí al verlo cruzar el salón. Tenía la cara desencajada,

los ojos rojos, se le notaba alterado y su mirada me buscaba sin encontrarme. La tenía nublada, perdida, y no lograba centrarse en mí. Algo le había ocurrido y me preocupaba verlo tan inquieto.

Me levanté del sofá y lo abracé, intentando que se relajara entre mis brazos. Me lo devolvió suspirando en mi cuello y paseé mis manos por su espalda, sabía que lo tranquilizaba. Poco a poco iba notando como sus músculos se relajaban bajo mi tacto. La tensión de su cuerpo disminuía y me alegraba saber que era la causante de su tranquilidad. Pegó su frente en la mía, con los ojos cerrados, y se dejaba hacer. Las líneas de su rostro ya no estaban tan marcadas y el color parecía volver a él.

Comencé a repartir pequeños besos por su cara, por la comisura de sus labios, por su cuello, sin dejar de acariciarle. Sonrió y mi corazón voló lejos y soñaba con cuentos de hadas. Ethan recuperaba la compostura gracias a mí y, sea lo que fuera lo que le provocó el desasosiego, lo primero que hizo fue venir conmigo.

Apoyé de nuevo mi frente en la suya y acaricié su cara con la misma dulzura con la que le depositaba besos. Solo necesitaba que abriera los ojos para saber si el dolor también se había esfumado de ellos. Los abrió y, aunque quedaba una pizca de ese dolor, ya no ocupaba tanto espacio.

Volví a repartir besos por toda su cara y, sin poder evitarlo por más tiempo, le besé en la boca. Al principio fue un beso tierno, solo un pico, pero nuestros cuerpos llevaban mucho tiempo sin estar juntos y ese simple roce de labios despertó la pasión acumulada. Cuando nuestras lenguas se juntaron, fue mucho peor. El beso se transformó en puro fuego y pura necesidad. Sin dejar de besarlo, subí la blusa por su cuerpo, se la quité por la cabeza y la tiré al suelo.

Ethan hizo lo mismo, me quitó la camiseta sin ninguna delicadeza y el sujetador acabó en el mismo sitio. La ropa estaba desperdigada por el salón. Sus vaqueros, mis shorts, sus calzoncillos, mis bragas. Los dos estábamos completamente desnudos, el uno frente al otro,

mirándonos. En silencio nos dijimos lo que queríamos decir en voz alta y no nos atrevíamos. Como si fuéramos dos imanes, volvimos a juntar nuestras bocas.

Mis manos parecían no poder apartarse de su cuerpo y no paraban de tocar lo que podían. Su espalda, su pecho, sus brazos, sus glúteos, a él.

Ethan me levantó sin ningún esfuerzo y colocó mis piernas alrededor de sus caderas, me pegó a la pared y entró en mí lentamente. Era una auténtica tortura y a la vez era el mayor placer que había sentido en mi vida.

—Te necesito Beca —dijo con un gruñido —Siempre te he necesitado.

—Siempre —murmuré.

Las embestidas cada vez eran más rápidas y con más fuerzas. Mi orgasmo estaba cerca, lo notaba. Tuve que agarrarme fuertemente a su espalda, clavándole las uñas para no desmayarme de puro placer.

—Dios Ethan, sí —grité cuando lo alcancé.

Él me siguió a los pocos segundos, gritando mi nombre con la misma intensidad. Salió de mi interior, me dejó en el suelo, cogió mi cara entre sus manos y me dio un tierno beso.

—Ahora vengo —continuaba cerca de mi boca, su aliento rozaba mis labios. Atiné a asentir con la cabeza, sin decir más. Seguía confusa por lo que acababa de pasar.

Aproveché que salió del salón, cogí mi ropa y fui al baño de invitados. Cerré la puerta con llave y me senté en la tapa del váter para intentar recomponerme de lo que acababa de suceder. Ethan no lo sabía, no se lo había dicho, pero la palabra *siempre*, aunque pareciera simple, para mí era mucho más.

Desde pequeña contemplaba, en un segundo plano, el amor que se profesaban mis abuelos. Lo de ellos fue un amor que no se desgastaba con el paso de los años, se hacía día a día más fuerte y grande. Me solía quedar embelesada, mirando cómo se decían te

quiero al oído, o como se besaban cuando creía que no los veía.

Mi abuelo, cada vez que su mujer le preguntaba algo del estilo ¿me quieres? Su respuesta era Siempre. ¿Estoy guapa? Siempre. ¿Me esperarás toda la vida? Siempre. Y así, con todo lo que le preguntaba. El día que mi abuelo estuvo en el hospital, le preguntó a su mujer si le iba a echar de menos y ella sin dudarle respondió: Siempre. Ese día me juré que si me enamoraba tenía que ser así, esa clase de amor que era eterno.

Eran varias las veces que Ethan me había dado esa respuesta, pero nunca me había afectado tanto como hoy. Mis mejillas se humedecieron por el amargor que me producían los recuerdos y por el dolor que iba a sentir con su marcha. Porque estaba segurísima que, aunque no quisiera, se iba a marchar.

Me enjuagué la cara con manos temblorosas, me puse el pijama y esperé unos minutos más a que las lágrimas dejaran de recorrer las mejillas. La puerta sonó y volví a mirarme en el espejo. No estaba muy presentable, pero mejor salir antes de preocuparlo. Nada más abrir lo vi apoyado en la pared, tan guapo, sexy, radiante y apetecible con su desnudo torso, que no pude evitar mordirme el labio inferior. Me agarró la mano y fuimos juntos al salón.

—¿Vas a decirme qué ha ocurrido? —pregunté cuando nos sentamos en el sofá. Le agarré la mano y con la otra le acariciaba el brazo, para que supiera que podía contar conmigo.

—Enzo se la jugó a mi hermana —las palabras salieron de corrido como le ardiesen en su boca.

—Empieza desde el principio —le pedí, sin entender nada.

—Mi hermana me confesó que se había enamorado y que él le había dejado para estar con otras —hablaba rápido —Enzo vino a casa a comer y supe que era él por como la miraba. Acabó confesándolo, me dijo que estaba enamorado de ella, pero que no podía ser y que era lo mejor para María. Tuve que irme antes de comportarme como lo peor.

—¿Le crees? —Ethan era muy protector con su familia, en especial con su hermana pequeña. No le tuvo que sentar bien que su mejor amigo fuera quién le hiciera daño.

—Esa no es la cuestión —parecía molesto.

—Antes de ser el tipo que le rompió el corazón a tu hermana, era tu mejor amigo. Le conoces como si fuera un hermano más, así que si es la cuestión. ¿Le creíste cuando dijo que la quería y que esto era lo mejor para ella?

—Sí.

—Ethan, ¿cuál es el problema? Los dos son personas adultas, ellos sabrán que se traen entre manos. Tú no puedes hacer nada, salvo dejar que María viva su vida. Si su felicidad está al lado de él, deberías de alegrarte y, si Enzo creyó que estaba mejor sin él, deberías de agradecersele. No debe de ser fácil alejarse de la persona a la que uno quiere y anteponer su felicidad a la tuya propia. Lo único que saco en claro Ethan, es que tu amigo es un gran tipo y María estará bien a su lado.

—Pero le hizo daño.

—¿Quién no sufre por amor? La situación de Enzo no es fácil, además no podía contar contigo porque sabía que le ibas a matar. Deja que siga su curso, en el amor entre dos personas tú no puedes hacer nada.

—Se que tienes razón, pero no deja de dolerme. Me siento traicionado por los dos.

—Al igual que tú no puedes decidir de quien te enamoras, mucho menos puedes decidir de quien lo hacen ellos. Y no es una traición, es la vida.

—¿Debería hablar con Enzo?

—¿Qué quieres hacer tú?

—Quedarme más tiempo contigo, pensar, disfrutar de ti y alejarme de lo malo.

A la mañana siguiente, Ethan era el ser más encantador que

existía. Me preparó el desayuno, me dejó una nota en la nevera diciendo que le gustaba el mensaje de la light—box y me daba besos cada vez que le apetecía. Resumen de mi vida: encantada con su regreso.

Un mes después nos íbamos a Leiden para pasar la semana con mi abuela y preparé la maleta con lo que tenía pensado llevar. Ethan me esperaba en el salón con la música a todo volumen.

Entré a buscarlo y lo encontré tumbado en el suelo, con las manos detrás de su cabeza, los ojos cerrados y las piernas estiradas y cruzadas la una encima de la otra. De repente, me sobresalté porque gritó: “*Lo tengo*”. Se levantó a toda prisa, puso la canción en el momento que más le convenía y se volvió a tumbar. Esta vez mantenía las manos en el aire y hacía unos movimientos extraños.

Me quedé apoyada en el vano de la puerta, lo miraba e intentaba averiguar qué demonios hacía. Sobre todo, procuraba no molestarle, estaba demasiado concentrado, ni siquiera me había visto al ponerse en pie, y sabía que lo que hacía era excesivamente importante.

Después de varios minutos sin dejar de mirarlo supe lo que hacía. En su mente estaba mezclando la música, se imaginaba como sonaba lo que quería hacer con la canción que escuchaba. Hacía gestos como si tocara una batería, una guitarra o un piano, estaba trabajando. Me fui lo más sigilosa posible a la cocina y me preparé un té para esperarlo. Las musas habían tocado la puerta y no sabía cuánto iba a durar su presencia, debía aprovecharlo.

Me tomé el té, coloqué la loza, limpié la cocina y Ethan seguía sin aparecer. No sabía que más hacer para entretenerme hasta que él terminara. Miré en la despensa los ingredientes que tenía y después vi que en el frutero quedaban dos manzanas. Sonreí contenta, acababa de encontrar mi entretenimiento y encima a mi abuela le iba a encantar. Iba hacer un Appelflappen, un postre muy típico en Holanda muy parecido a empanadillas de manzana.

El reloj de cocina pitó, era señal de que ya estaban los pasteles en

su punto. Abrí el horno y a los pocos segundos la música dejó de sonar. Me reí sola, sabía que a Ethan le había llegado el olor y que dentro de poco aparecería en la cocina.

—¿Qué huele tan bien? —asomó la cabeza por la puerta.

—He hecho *Appelflappen* para llevarlo a casa de mi abuela.

—¿Puedo coger una? Huele de maravilla —volvió a preguntar, pero esta vez con cara de niño bueno.

—Están recién hechas, te quemarías.

—No me importa —continuó con su dulce cara.

—Pero a mi si, calientes no saben igual. ¿Ya terminaste? —cambié de tema para que dejara de insistir.

—Si, cuando quieras podemos irnos.

Con todo preparado, postre incluido, nos dirigimos a la estación de Ámsterdam para coger el tren que nos dejaba en la misma ciudad de mi abuela. Estaba nerviosa porque iba a conocer a Ethan, aunque en el fondo sabía que le encantaría, pero jamás le había presentado a nadie salvo a Christian y no antes de prometernos. Siempre había dicho que cuando presentara a mi abuela, sería porque esa persona era muy importante. Ethan no lo sabía, pero mi abuela si, y me ponía más tensa que una cometa.

Subimos al tren, colocamos nuestras maletas en lo alto, y tomamos asientos. Nada más sentarme saqué el libro de mi bolso que, sorprendentemente, no era una novela romántica. Me apeteció cambiar de género y estaba releendo *El Señor de los Anillos*.

—¡Corred, insensatos! —gritó de repente Ethan. Brinqué en mi asiento del susto y la pareja que se iba a sentar delante de nosotros decidieron no hacerlo.

Al ver la reacción de la pareja, empecé a reírme sin poder parar. No sabía si era por el susto, por la frase que dijo, o por la reacción de los dos extraños, el caso es que no podía parar de reír y Ethan acabó igual que yo.

—¿A ti también te gusta? —pregunté, refiriéndome al libro.

—Las películas, el libro no me lo he leído —Sacó su iPod del bolsillo del pantalón, se puso los cascos, me dio un tierno beso y cerró los ojos.

Cuarenta minutos después llegamos a Leiden, mi abuela no vivía muy lejos de la Central de Tren, pero, aun así, Ethan y yo acordamos alquilar un coche para poder hacer turismo y ver otros sitios a parte de la ciudad.

Llegamos a la calle de mi abuela y, al ser tan transitada, le dije a Ethan que en cuanto encontrase sitio aparcara. Tuvo tanta potra, que lo dejó justo en la puerta porque un coche salía en el momento que él entraba. Mi abuela, como cualquier maruja que se preciara, estaba asomada en la ventana y esperaba nuestra llegada. Me saludó eufórica con una mano, al ver a Ethan le sonrió y en cuanto él dejó de mirarla, me levantó los dos pulgares, parecía darme el visto bueno.

—¿Estás preparado? —le pregunté a Ethan.

—¿Preparado para qué?

—Para el tercer grado al que te va a someter mi adorable abuelita.

Capítulo 18

La casa de Helen se encontraba justo frente al río Rin, las vistas eran absolutamente perfectas. Lo único malo, o que a mí no me gustaba mucho, era el barullo. Al lado de la casa, había varios pubs con terraza llena de turistas y de los mismos vecinos de la ciudad. Algunos, incluso, tenían un barco flotante con sillas y mesas para ampliar la terraza y poder acoger a más gente. Estábamos en primavera, los días eran soleados y con calorcito, lo mejor que se podía hacer en esta época del año era sentarse fuera a tomar unas cervecitas. Además, cualquier persona que no estuviera acostumbrada a ver una terraza flotante, iba a querer sentarse en ella sí o sí.

El interior de la casa, era similar a la decoración de cualquier abuelo del mundo, con muebles antiguos de madera, fotos de su nieta, de su marido, figuras de romanos, o de Afrodita, y en el salón había colgado un cuadro enorme de la Última Cena. Aunque pudiera parecer una casa llena de trastos, para mí era una casa acogedora en la que vivía una señora de lo más entrañable.

Helen tendría unos ochenta años, con pelo canoso, ojos grises, y daban ganas de abrazarla todo el tiempo. Sentía auténtica devoción por su nieta, así me lo hacía saber una y otra vez, y no dejaba de avisarme que como no la cuidara, ella misma iría a darme mi merecido. Beca se sonrojaba cada vez que me lo decía y yo no podía parar de reír.

Nos llevó hasta la cocina donde había una mesa, no muy grande, con la comida, los vasos, los platos y los cubiertos preparados. Beca se molestó con ella por haberlo hecho sola en lugar de esperar a que llegásemos, y la abuela le respondió que era mayor, que no

significaba que debía estar quieta el día entero. Admiré enseguida la fortaleza de Helen y su manera de pensar.

Presté más atención a la cocina, era antigua, pero a la vez moderna. Era a lo que hoy en día llamaban retro o vintage. El techo era de madera oscuro, con algunas vigas que sobresalían de madera más clara. La pared de la cocina era blanca, pero algunas partes, como encima de los fogones, estaba decorado con azulejos de distintas tonalidades de marrones. Los muebles eran de un azul entre claro y grisáceo, no sabría decir el color exacto, y al lado de la nevera azul pastel, había una puerta blanca con mosquitera que daba a un pequeño jardín.

Los ojos de Helen llamaban mucho mi atención, eran igual de grandes que los de Beca y cuando miraban a su nieta rebosaban alegría, pero no dejaba de haber tristeza en ellos. Me acordé de lo que me había contado Beca sobre su familia y por lo que había tenido que pasar Helen. Un hijo desaparecido, el fallecimiento de un marido y la soledad de la casa que no quería abandonar porque era donde vivió los mejores años con su fiel esposo. Por muy feliz que hubiera sido en la vida, el dolor estaba instalado en su mirada, y se notaba.

Nos sentamos a la mesa para comer. Al saber que Beca venía con visita, Helen decidió hacer uno de los platos típicos de Holanda. Se trataba de Stampot hutspot , un puré de patatas elaborado con zanahorias y cebollas, acompañado de carne.

—Está buenísimo Helen, gracias por molestarte en hacerlo —me metí otra cucharada en la boca.

—Me alegro que te guste —dijo con una dulce sonrisa.

Terminamos de comer y me levanté a recoger la mesa y que ninguna de las dos se molestara en hacer más. La abuela de Beca había hecho la comida y ella el postre, de lo demás debía encargarme yo. Le pregunté a Helen donde tenía la cafetera, serví café en dos tazas porque Helen prefirió una infusión, y lo acompañamos con el postre que hizo Beca. Tanto Beca como su abuela tenían una mano en

la cocina alucinante y, después de lo que había comido en Irlanda por culpa de mi madre, iba a tener que empezar a correr lo antes posible o acabaría inflado como un globo.

Nos pusimos hasta arriba del famoso *Appelflappen* y después decidimos dar un paseo por la ciudad, no muy largo porque yo estaba agotado de cambiar de ciudad a cada segundo, y Helen decía que le gustaba moverse, pero sin excesos. A la hora y media regresamos a la casa, Beca y yo fuimos a su antigua habitación para acomodarnos, y decidí investigar por si encontraba algo con lo que torturarla.

—¿Seguro que no tienes nada escondido que no quieras que vea?
—Según ella le daba igual que rebuscara por la habitación porque jamás encontraría nada, y con ello, había aumentado más mi curiosidad —¿Algún diario secreto? —insistí de nuevo.

—Tuve uno cuando era pequeña, pero hace tiempo que lo tiré.

—¿Alguna carta de amor?

—No, solo puedes encontrar fotos mías con enormes gafas, o granos, o con el pelo tan corto que parecía la jodida hormiga atómica, pero están colgadas en el salón de mi abuela, por lo que me da igual que las veas —me reí al recordar la foto con el pelo tan chico y que no le favorecía en absoluto.

—Por qué te lo cortaste? —no podía parar de reír.

—Yo no fui, eran cosas de mi abuela. Un día llegué del colegio con una nota para ellos en la que decía que debían tener cuidado porque había plaga de piojos. Mi abuela en vez de comprarme el típico champú para matarlos o repelerlos, decidió cortar por lo sano, literalmente. Lo peor fue que no tenía piojos y estuve un curso de colegio con ese horrible corte.

Me tuve que sentar en la cama para no caerme de culo de la risa, me sujeté la barriga con una mano y con la otra me sequé las lágrimas.

—Estuvieron el año burlándose de mí, me pusieron mil y un apodos, no es como para reírse, no lo pasé bien —continuó —

¿Quieres parar ya?, seguro que tú también tienes un montón de fotos horribles de tu adolescencia.

—Intento parar, lo juro, pero es que te hizo un desastre en el pelo, no pude reírme cuando vi la foto, déjame que lo haga ahora —hacía un duro esfuerzo, pero no podía dejar de reírme.

Pasamos la tarde en el salón junto a Helen, una persona que en tan poco tiempo se había ganado un hueco en mi vida. Era muy cariñosa y expresiva, como Beca, y no dejaba de darme pequeños abrazos en cuanto tenía la ocasión, o me sonreía cuando me cazaba sin poder apartar la vista de su nieta. Hablamos sobre hacer turismo mañana, pero ella dijo que prefería no ir porque nos quería dejar solos y ya tenía el país muy visto.

Me fui a la cama temprano porque mis ojos se cerraban a medida que pasaba la tarde y dejé a Beca con su abuela en el salón. A mitad de la noche, bueno realmente a mitad del sueño porque no tenía ni idea de la hora que era, sentí a Beca colarse entre las sábanas y pegarse a mi espalda, pasó una de sus manos por mi costado y soltó un suspiro de placer que me hizo sonreír. Me encantaba, hiciera lo que hiciese o dijera lo que dijese me encantaba, y por una cosa muy sencilla, por ser ella.

La semana se pasó volando, Beca hizo de una preciosa y fantástica guía turística, me enseñó los lugares importantes para ella, así como los más emblemáticos. Visitamos el edificio más antiguo de Leiden que era la Academia, me contó que allí fue donde ella recibió su Licenciatura y que pudo escribir su nombre en la pared de una famosa sala, donde se examinó y le entregaron el diploma. Los ojos le brillaban de felicidad al contarme la historia, parecía estar de nuevo en esa aula, firmando en la pared. Me explicó que para ella fue muy importante porque su abuelo había hecho lo mismo y ella pudo firmar debajo del nombre de él mientras su abuelo le miraba orgulloso y con los ojos llenos de lágrimas.

Nos acercamos a la famosa fortaleza conocida como el Bruncht de

Leinden, que se veía igual que un castillo y se encontraba en lo alto de una colina. Nos sentamos un rato a comer algo y aproveché para darle los besos que no podía darle delante de su abuela, también aproveché para acariciarle, abrazarle, tocarla y sentirla entre mis dedos.

Me obligó, a pesar de no poder más con mi alma, a ir a la iglesia de San Pedro. Según ella, no me podía irme de aquí sin haberla visitado. Lo que más me impactó fue el interior de la iglesia con unas enormes vidrieras y un órgano antiguo.

Hoy era nuestro último día y, aunque tenía ganas de volver para poder hacerle a Beca lo que había deseado, no quería marcharme. Me sentía aislado, en una burbuja llena de felicidad donde no había problemas y volver a la realidad me obligaría a enfrentarme a cosas a las que todavía no estaba preparado, como el crearme enamorado de esta dulce pelirroja que estaba sujeta a mi mano.

Como colofón a la semana, Beca me había llevado al increíble parque del Keukenhof. La flor que más predominaba eran los tulipanes, la flor favorita de Beca, y la que más le gustó fueron unos tulipanes de un azul violeta. Echamos la mañana y parte de la tarde en el parque, solos, caminamos agarrados de la mano y nos dimos besos espontáneos que acababan convirtiéndose en calurosos besos, alejados del mundo.

Tenía que reconocer que el parque era precioso y seguramente regresase otro día. Era enorme, en el cartel de la entrada leímos que tenía casi quince kilómetros con senderos repletos de varios tipos de flores, con enormes lagos que hacían la vista más preciosa y alguna que otra fuente.

Cerca de las ocho de la noche llegamos a casa de Helen, le contamos lo que hicimos durante el día mientras ella escuchaba atentamente, y nos interrumpía de vez en cuando para preguntarle a Beca si me llevó algún lugar que consideraba importante. A las nueve cenamos y nos sentamos en el salón con Helen, que no dejaba de

buscar fechas para que volviéramos a visitarla.

Me pesaban mucho los ojos, aunque había descansado de maravilla, estar de un lado para otro me había pasado factura, y me quedé dormido en el sillón. Me desperté con un increíble dolor de cuello y de espalda. Me pasé la mano por la nuca en un vago intento de aliviar el dolor. El sonido de unas voces me llegó desde la cocina y me acerqué dando tumbos por culpa del sueño, para decirle a Beca que subía a la habitación. Escuché mi nombre y me quedé parado con una mano en el pomo de la puerta, sin llegar abrirla para saber que decían.

—Abuela nos estamos conociendo, no quiero pensar en nada — escuché la voz de Beca.

—Y aun así no puedes dejar de pensar, ¿verdad?

—Abuela, Ethan no quiere nada serio, sólo se está divirtiendo. No es la típica persona que quiera sentar cabeza o que desee una esposa e hijos. Y si así lo hiciera, no soy su tipo de chica —Beca se equivocaba de cabo a rabo. Era la única que había conseguido que quisiera tener una relación, con la que había pensado en sentar cabeza, pero lo nuestro no iba a salir bien, éramos totalmente opuestos. Lo mejor sería alejarme de ella antes de hacerle daño, porque acabaría haciéndoselo, aunque no quisiera.

—Deja pasar un poco más de tiempo y ver a donde os lleva esto, pero si sigues con él lo mejor es serle sincera y que él decida si quiere formar una familia contigo, o si quiere seguir tirándose todo lo que se menea hasta que se le caiga a trozos.

—¡Abuela! —gritó Beca. No la veía, pero me la imaginaba roja como un tomate, abanicándose la cara como si estuviera sofocada y mirando a su abuela con los ojos a punto de salirse de las órbitas.

Subí a la habitación, sin dejar de pensar en la maldita conversación. Beca había sacado lo mejor de mí y ahora no sabía lo que hacer. Tenía pánico a dar el salto porque la ostia podía ser muy grande. Era un cagón, prefería estar seguro en mi casa. No quería

arriesgarme. Volví a notar como se acurrucaba junto a mí, suspirando de placer al hacerlo, y no pude controlar la sonrisa que se escapó de mis labios.

El trayecto de regreso a Ámsterdam lo pasé de mal humor, sin querer hablar con Beca, sin querer llegar a mi casa, sin querer nada. La vida era una mierda, me puso delante a la persona más maravillosa del mundo, para darme cuenta de que no merecía nada de lo que me daba, no merecía que me hiciera feliz porque Beca se merecía algo más, se merecía el cielo.

Abrí la puerta de casa con las llaves temblando en mi mano, Beca parecía no darse cuenta, o si lo hacía no decía nada. Entramos y fui directo a sentarme en el sofá para terminar con este sufrimiento de una vez. No quería ni deshacer la maleta, en cuanto hablase con ella saldría de allí. No era capaz de quedarme con ella, porque acabaría haciendo lo que no debía.

—Desembucha —Beca se sentó a mi lado.

—¿Qué? —me encontraba ausente. Debía hacerlo, pero no quería. Me iba a doler mucho alejarme de ella y acostumbrarme a vivir sin ella.

—Te pasa algo, no has parado de rumiar durante el camino, pareces enfadado con el mundo y conmigo. Así que vamos, dime que ocurre.

—He cometido un error —recité de memoria lo que había estado pensando durante el trayecto, sin poder mirarle a la cara. Puse mi mirada en un punto fijo de la pared que había a su espalda. —Tengo la sensación de que te he hecho creer que quiero algo serio cuando no es así, solo quería un rollo pasajero. La culpa es mía por supuesto, las llamadas, venir aquí y decirte que te echo de menos. Te pido perdón, no merecías que jugara contigo o te engañara.

—¿Qué te hace pensar que quiero algo más que sexo? —me sorprendió diciendo.

—Porque eres la clase de mujer que quiere casarse, formar una

familia y tener a esa persona única. Tienes un tatuaje que representa eso mismo.

—Cierto, quiero enamorarme, pero no estoy enamora de ti —sus palabras me provocaron un fuerte golpe en el pecho.

—¿Qué? —conseguí decir tras varios intentos.

—Ethan me gustas, el sexo contigo es de lo mejorcito que he probado, incluso te quiero —explicó como si no fuera importante. Rebeca me estaba diciendo que me quería por primera vez como si estuviera pidiendo una pizza barbacoa —Hemos compartido mucho, pero no quiero tener una relación contigo, no me veo el día de mañana con alguien como tú.

—¿Y qué quieres de mí? —no pensé en esto, no calculé que ella no me viera en su vida. Estaba saliendo fatal, quería hacer esto para que no sufriéramos ninguno, y quien estaba hecho una puta mierda era yo.

—Tu cuerpo, nada más —dijo con desprecio —El corazón se lo puedes entregar a quien se lo merezca, o a quien se lo gane, pero hasta que eso pase podemos seguir divirtiéndonos juntos.

—Yo...

—Ethan —me interrumpió —ya tengo una casa, la encontré el otro día —mientras yo pensaba quedarme en este ático con ella, Beca buscaba su propia casa, era un imbécil —No te voy a molestar, ni te llamaré ni nada, pero si algún día vienes y te apetece que nos divirtamos, llámame.

—Tengo que irme de aquí —respondí, me levanté del sofá y me marché de la casa sin mirar atrás, si lo hacía iba a abrazarla y no la soltaría más.

Fui directo al aeropuerto y compré el billete del primer avión que salía con destino Madrid. Salté prácticamente del avión, si es por mí no hubiera esperado ni a que se parara, cogí un taxi y le pedí que me llevara hasta la casa de Enzo. Después de lo que me dijo Beca, de que lo que había planeado saliera como el culo y de que acabara con el

corazón destrozado, necesitaba a mi mejor amigo. Mi mayor miedo se había cumplido, me quería, pero como amigo y no para pasar su vida a mi lado. Quise terminar con Beca porque creía que era lo mejor para ella y, egoístamente, porque cuando se diera cuenta de que no era lo suficiente me iba a dejar y sufriría el doble. Y no había servido para nada, porque tenía un agudo dolor que no dejaba de arañarme el pecho.

—¿Qué ocurre? —preguntó Enzo preocupado al abrir la puerta.

—Siento lo que te dije la última vez que te vi —respondí . Nos fundimos en un fuerte abrazo y el resto de palabras quedaron suspendidas en el aire. No hacía falta decir más, él lo sabía, yo lo sabía, y entramos en su refugio. Mi refugio.

Capítulo 19

Sentía un fuerte dolor de barriga, de cabeza, y de mal estar en general, desde que Ethan se marchó del apartamento sin decir a dónde. Habían pasado varias semanas desde que dijo que solo quería ser un «follamigo», y su mero recuerdo seguía doliendo. No había dejado de revivir una y otra vez el pasado con él, desmenuzaba cada detalle por si encontraba alguna pista que le diera una solución a su cambio de actitud. No daba con nada, creía que estaban genial y de repente ¡Zas!, Ethan solo se estaba divirtiendo y ella estaba loca por él.

Tras la marcha de Ethan, apenas pudo aguantar una hora en la casa que tan buenos momentos le traía. Se levantó del sofá, recogió sus cosas, o las que pudo, contrató a una empresa de mudanzas para que le mandase el resto a primera hora de la mañana, y se fue de allí con una mano delante y otra detrás.

Aunque le había dicho a Ethan que había encontrado piso, era mentira, lo que dijo era mentira. Era obvio que, después de haberse mudado a su casa sin apenas conocerlo y de compartir tanta intimidad, quería más de él, si de ella dependiera, no se volverían a separar salvo que fuera por trabajo, pero algo tenía que decir para que ese patán engreído sufriera lo mismo que ella.

Al único lugar al que se le apetecía ir con el corazón destrozado era a casa de su abuela, la única persona que podría ayudarla a pegar los trocitos de su malherido corazón. Helen no vivía tan lejos de Ámsterdam, lo que permitiría a Rebeca ir del trabajo a su casa sin ningún tipo de problemas.

Helen, al ver que su nieta volvía a casa cuando solo hacía unas horas que se había marchado con la cara tan hinchada y sus ojos

rojos de llorar, abrió los brazos y dejó que se desahogara. En el fondo, una ínfima parte de ella, se alegraba de volver a tenerla en casa, estaba sola y la echaba mucho de menos, aunque era una lástima que lo que la trajo de vuelta fuera un mal de amores.

Salieron juntas a cenar y porque Beca fue arrastrada por su abuela, si hubiera dependido de ella no se habría levantado de la cama. Vieron una película y cuando Helen se fue a dormir, Beca volvió a romperse de nuevo. Ese era el ritual de cada día, iba a trabajar, almorzaba o cenaba con su abuela, le hacía creer que estaba bien y en cuanto se quedaba sola, agonizaba.

Esa mañana era distinto, no tenía ganas de llorar, solo quería tenerlo delante para partírsela la cara por obligarla a que se entregara al completo cuando Ethan iba a ofrecerle miguitas de pan, se merecía mucho más.

—Vaya, al fin tienes buena cara y no la forzada que ponías para engañarme —dijo Helen en cuanto me vio entrar por la cocina.

—Me siento mejor —le contesté con una sonrisa y me acerqué a ella para darle un beso en la frente —¿Hay café? —pregunté al oler su delicioso aroma, me encantaba ese olor por las mañanas.

—Y como sabía que iba a ser un gran día también compré napolitanas.

—Eres la mejor abuela del mundo.

—Lo sé, pero hoy vas a sentarte —señaló la silla que había justo a su lado —y contarme lo que ha ocurrido, de principio a fin. Ya te has escaqueado bastante tiempo.

—Así que esto no ha sido más que un chantaje —de mi boca salió un fuerte suspiro, y le di un gran mordisco a la napolitana —debí habérmelo imaginado.

—Deja de esquivar el tema Beca, necesitas hablar y no guardártelo para ti, soy tu abuela, ¿quién te va a entender mejor que yo? No es bueno no contar nada porque te puede provocar más dolor y has sufrido bastante.

—Hay una cosa que no logro entender abuela —tomé el asiento que me había señalado antes —¿Por qué cuando rompí con Christian apenas sentí dolor y la marcha de Ethan me desgarró día y noche?

—No todos los amores se viven de la misma manera ni con la misma intensidad y no todos duelen igual al terminar, algunos incluso nunca se superan, y uno no puede hacer nada por mucho con lo intente. Te podrás sentir impotente y querrás que pase lo más rápido posible, pero hay cosas que la voluntad humana no sirve de nada.

—¿Qué se supone que debo hacer ahora?

—Esperar, si está para ti volverá, si no siento decirte que tendrás que olvidarte de Ethan —mi abuela me acariciaba la mejilla —Beca, si él no te corresponde—un suspiro de exasperación salió de su boca —sería una auténtica putada.

—Abuela —grité de sorpresa al escucharla.

—Es la verdad Beca, al principio vas a agobiarte porque querrás rehacer tu vida con otro hombre y sus caricias no te pondrán los pelos de punta, o porque no tendrás ganas de pasar tiempo con él ni de arrancarle la ropa al verlo. Pero también debes de saber que, aunque ahora lo ves negro y crees que te va a costar olvidarlo, se sale. A veces no tan rápido como quisiéramos, pero se sale.

—Lo sé, pero ahora mismo siento rabia por haberme dejado engañar. Sabía a lo que me iba a enfrentar metiéndome en una aventura con él, pero no creí que se fuera a comportar como si fuese una cualquiera.

—Beca, si te soy sincera —empezó a decir mi abuela sin dejar de abrazarme —no creo que tu hayas sido la única en sentir. Vi cómo te miraba, la complicidad entre ambos era palpable y te decía lo guapa que estabas hasta con la peor de tus caras. Te preparaba el café cada mañana, solo tenía ojos para su increíble doctora y te trataba como a una reina. Se está obligando a no sentir, aunque en el fondo está perdido sin ti. Lo que me preocupa, es si será tan cabezudo como

para dejarte ir para siempre.

—Gracias, me ha venido muy bien hablar contigo —miré el reloj e iba justa de tiempo. Me levanté rápido, para arreglarme sin que se me escapara el tren.

Por primera vez, después de su marcha, me apetecía maquillarme y ponerme guapa. Me vestí sencilla, cuando llegase al hospital iba a tener que ponerme el pijama de trabajo, así que no me compliqué. Unos jeans cómodos de color rojo, una blusa blanca de los Looney Tunes y mis zapatillas blancas. Recogí mi pelo en un moño desenfadado, me coloqué mis pendientes plateados favoritos con forma de mariposa, los compré en un mercadillo, y me maquillé un poco, nada excesivo. Algo de base para disimular las rojeces de mi cara, fruto de las lágrimas, me hice la raya de los ojos con eyeliner, me puse rímel, colorete rosa para alegrar mi cara y salí corriendo hacia la estación.

En el tren, al contrario de lo que solía hacer, decidí escuchar música, era un poco masoquista porque hacía que lo recordase, pero era lo que me apetecía. Solía escuchar sus temas, los que había sacado y los pequeños trozos que adelantaba sobre su próxima canción, lo buscaba por internet por si encontraba alguna foto de él con otra, y entraba en su Instagram casi a diario, era la única manera que tenía de volver a verlo y me rompía el corazón cuando lo hacía.

Por megafonía avisaron que la siguiente parada era la central de Ámsterdam, me quité los cascos y desconecté mi iPod. Me bajé del tren y, como sucedía desde que me fui de la ciudad, Candela me esperaba en la salida. Nos dimos dos besos al vernos con un pequeño abrazo, nos echábamos de menos, antes pasábamos el día juntas, riendo, comprando o disfrutando de no hacer nada. Ahora ya no nos veíamos tanto y más de una vez me había insistido en que me buscara un estudio cercano para pasar más tiempo juntas. El problema era que estaba demasiado bien en mi hogar, con mi abuela. Era feliz y si no fuera porque me dolía el pecho a cada momento, mi

vida sería perfecta en Leiden.

—Parece que empiezas a llevarlo mejor —comentó mi amiga de camino a nuestro trabajo —tienes mejor cara y te has arreglado, estás guapa.

—Gracias —dije un poco avergonzada.

Las horas en el trabajo pasaban a un ritmo muy pausado, estaba liada y tenía muchos pacientes a los que atender, y aun así parecía que el reloj no quería marcar las cuatro de la tarde. Entré en el office, agobiada por las punzadas que sentí al recibir la llamada de la persona que estaba ingresada en la habitación 310, la maldita habitación. Aspiré y expiré una y otra vez, y paseé por la sala de un lado para el otro, cansada de encontrarme tan incomoda conmigo misma, de no poder superarlo.

Mi móvil personal empezó a sonar en la taquilla, creí haberlo puesto en silencio, pero estaba claro que me olvidé. Lo cogí y, siendo sincera conmigo misma, lo hice con la ilusión de que fuera él, miré el número en la pantalla y no lo tenía guardado. Mi corazón palpitaba fuertemente, entre ilusionado y emocionado con la posibilidad de que pudiera ser Ethan que me llamaba desde un hotel.

—¿Quién es? —contesté nerviosa, con la voz temblorosa por culpa de mi cabeza soñadora —¿Sí? —volví a preguntar al ver que nadie contestaba y me lo imaginaba al decir: *“Fui un idiota y no puedo vivir sin ti”*

—¿Doctora Donovan? —era una femenina voz.

—Soy yo, ¿qué desea? —me decepcioné al instante.

—Soy Amanda Turner —respondió la chica —le llamo por el curso de cardiología infantil al que se apuntó y que comienza dentro de tres semanas —continuó —Era para comunicarle que ha sido aceptada y que, en el caso de que siga interesada en hacerlo, debe comunicarlo cuanto antes. También debe comunicarnos con la máxima celeridad posible si necesita una habitación en la residencia. ¿Continúa interesada Doctora Donovan?

No me acordaba del curso, hacía un año que me había apuntado y pensé que no me aceptaron e incluso que había comenzado. Estaba súper interesada en hacerlo, pero al avisarme con tan poco tiempo, necesitaba hablar con el supervisor y saber si podía ausentarme del trabajo durante un mes. En ese tiempo el hospital debía de contar con otro cirujano y si no había nadie no podría asistir.

—¿Puedo llamarle mañana? —pregunté —Preciso saber si me dan permiso para hacer el curso, no solo depende de mí la respuesta.

—Si no me lo comunica mañana antes de las cuatro, le daremos su plaza a otra persona —habló esa tal Amanda a la que me entraron ganas de estrangular.

—Soy consciente de que es un curso muy solicitado y que usted solo cumple órdenes y hace su trabajo, pero si me hubieran avisado con más tiempo, le aseguro que esto no habría pasado. Mañana a primera hora le llamo y le confirmo, disculpe las molestias —y colgué sin dejar que respondiera.

Podría ser culpa del mal de amores y de que estaba susceptible, o simplemente que tenía muy mala leche, pero últimamente no soportaba muchas tonterías.

Al fin, el médico que comenzaba el siguiente turno llegó, fui corriendo a coger mis cosas y salí con ganas de llegar a casa para tomarme un té con mi abuela y criticar a los del mundo de la farándula. Le encantaba ver programas de cotilleos, apoyar o lapidar a las nuevas parejas, y decir quien estaba más o menos guapa en las alfombras rojas.

Antes de salir por las puertas del hospital, me coloqué los auriculares para evadirme del mundo y del sonido de los besos que se daban los enamorados, estaba harta de escuchar todo el amor que había en el ambiente mientras yo era desdichada.

De camino a la estación de tren, noté que alguien me perseguía. Me giré asustada y lo que vi me hizo llorar. Últimamente no era muy difícil que llorase, pero esta vez había una razón de peso. Un

pequeño cachorro canelo iba detrás de mí, asustado, con las orejas hacia atrás, la cabeza algo gacha y me miraba con los ojos más tristes que había visto nunca.

No pude evitar cogerlo en mis brazos, fui incapaz de irme y dejar al pobre perrito sin comida, sin refugio, solo. Lo acurruqué contra mi pecho, le sentí quejarse y le revisé de arriba abajo, tenía una pequeña herida en la pata.

Busqué por los alrededores un veterinario que pudiera atenderlo, pero no había ninguno cerca. Regresé de camino al hospital porque sabía que había una clínica de animales cerca y mi pequeño debía ser revisado cuanto antes. La encantadora veterinaria me dijo que el cachorro era una hembra de bóxer de unos cinco meses, estaba en perfecto estado y la herida no era nada grave. Aunque me dijo que tuvo suerte de haberme encontrado porque lo que más necesitaba era el calor de un hogar y que supiera que no todos somos tan crueles de dejarla abandonada. Le compré la comida que me recomendó Elsa, la veterinaria, una pechera de flores lilas con su correa a juego para cuando pudiera pasear, y una cómoda camita.

Volví a la estación con Zelda dormida entre mis brazos, roncaba y suspiraba de vez en cuando, y yo no dejaba de sonreír al verla, era tan bonita que no podía quitarle la vista de encima. Pensé en mi abuela y mi sonrisa se ensanchó, iba a estar agradecida de tener una fiel compañera, siempre le habían gustado los animales y cuando supiera la historia de ella, no se iba a alejar de Zelda ni un segundo. Si conseguía hablar con mi encargado y pudiera hacer el curso, me quedaría más tranquila porque ninguna de las dos iba a estar sola.

Mi abuela me ignoró al verme con Zelda en brazos, corrió a cogerla y la metió rápidamente en casa, según ella ya había cogido suficiente frío. Le colocó uno de los bebederos que compré con agua y en el otro la comida, su nieta ya no existía para ella.

—¿Cómo te han podido dejar sola? —le susurraba mi abuela a la vez que depositaba pequeños besos en su cabeza. Le colocó una

manta de las que tenía en casa en la cuna y la dejó dormir.

—¿Puede quedarse aquí? —le pregunté a mi abuela con una sonrisa, sabía que no iba a permitir que nadie se la quitara.

—Beca algún día volverás a irte de casa —dijo —pues ni cuando llegue ese momento, voy a dejar que te la lleves.

A las dos horas, más o menos, me llamaron del trabajo y mi jefe me dijo que podía hacer el curso sin ningún problema, que necesitaba la formación al igual que el hospital necesitaba personal preparado. Se lo conté a mi abuela que no dejaba de alegrarse por mí y de decir lo bien que iba a estar en compañía de la nueva miembro de la familia.

Más tarde, llamé a la universidad de medicina de Irlanda, para confirmar tanto mi asistencia como la necesidad de una habitación y colgué contenta de que por lo menos en algunos aspectos, la vida me sonriera.

Esa noche me fui a la cama con mejor ánimo, empezaban a venir las cosas buenas después del terrible huracán llamado Ethan que arrasó con todo a su paso y me dejó trastocada. Quedaba un mes para mi viaje a Irlanda que, sin duda, me iba a venir genial, iba a ser un cambio de aires más que necesitado.

Capítulo 20

Estas últimas semanas había estado volcado en el trabajo, no dejaba de hacer mezclas, asistía a cualquier festival al que me invitasen, iba a programas de radio y alguna que otra vez, me emborrachaba para huir del dolor. Una vez que terminé de hacer las promociones pertinentes, regresé a mi casa de Irlanda y me ahogaba en mi miseria por ya no considerarla mi hogar. Me encontraba triste, solo y vacío sin ella. ¿Cómo coño fui capaz de pensar que esto era lo mejor? Las veces que estaba con mi amigo me sentía un poco más calmado, al menos tenía a una persona que me entendía y comprendía por lo que estaba pasando, aunque no me ayudase a superarlo y seguía sintiéndome como una basura por como la había tratado. No se merecía todas las mentiras que le dije, ni la manera en que la quise dejar, aunque después fuera yo el que se llevara la sorpresa.

No había podido ir a Holanda, me moría de ganas por hacerlo, pero sabía que no iba a estar y no verla me causaría mucho más dolor aún.

Llevaba días con la idea de volver a la casa del pueblo de mis padres, necesitaba hablar con mi madre, que me aconsejara, que me dijera como demonios pude llegar a querer y necesitar a alguien en tan poco tiempo. No sería fácil, tanto mi madre como mi hermana se me echarían encima, pero cuando comprobasen por sí mismas que estaba hecho una mierda y que para mí tampoco estaba siendo fácil, me ayudarían. Era hora de dejar de tener miedo y de pedir consejos para solucionar esta cagada.

Me levanté de la silla de mi estudio con un dolor de espalda terrible, llevaba varias horas delante del ordenador y con la mirada

fija en el programa de música, sin hacer nada, salvo pensar en la dichosa chica pelirroja que me había calado hondo. Enzo apareció por la puerta de mi despacho que me miró con cara de comprensión y, sin mediar palabra, se metió en la cocina. Hasta que yo no fuera quien diera pie a hablar, él se mantenía alejado y a la vez cerca mía, era comprensivo y me dejaba su hombro para llorar cada vez que lo necesitaba, que eran muchas. Desde que los dos fuimos completamente sinceros no nos habíamos separado ni un instante y prácticamente vivíamos juntos.

Le seguí hasta y me serví otra taza de café, no sabía ni por cuantas iba, había perdido la cuenta. Me senté frente a Enzo y le miré sin saber que decir, nos conocíamos desde hacía tantos años que sobraban las palabras entre nosotros.

—Igual de jodido, ¿eh?

—Necesito una buena charla con Matilda —mi sonrisa era penumbrosa.

—Va a matarte, y tu hermana también —Se notaba que la echaba de menos y cada vez que lo veía así, me arrepentía de aquellas barbaridades que le dije. Estaba enamorado de mi hermana y yo no era quien para interponerme en su camino, bastante tenía con lo mío.

—Son las únicas que pueden decirme que pasa conmigo. No van a tener piedad, serán totalmente sinceras, hurgarán en la llaga y, por extraño que parezca, es lo que necesito.

—Sabes que si vas a tu casa y está ella, no habrá nada que me impida ir a verla, ¿verdad? —parecía como si me estuviera pidiendo permiso.

—Cuídala —le supliqué.

—Lo haría si la tuviera a mi lado, pero no es así. Aunque es por mi culpa, debí cuidarla desde el principio.

Hablamos un rato más y él se volvió a la cama. Me puse a navegar por internet y, sin entender el porqué, acabé comprando un billete para Holanda que salía a primera hora de la mañana siguiente.

Quería ir a casa y comprobar si se había ido de verdad o si lo que me dijo era mentira y no tenía ninguna intención de escaparse de mi vida, de alejarse de mí, que para ella había sido más que un tío con el que acostarse. Si la encontrase en casa, lo más seguro que no volviera salir de ese ático hasta que me convenciera de que no volvería a alejarse de mí, pero como fuera verdad y se hubiera ido, regresaría a Irlanda más destrozado de lo que estaba. La parte positiva era que cuando me vieran mi madre y mi hermana no me echarían ningún sermón, se darían cuenta de que esto me había afectado bastante.

Como llevaba ocurriendo desde que pasé la noche con ella a mi lado, apenas pude dormir al ser tan consciente de su ausencia. No la tenía a mi lado y la extrañaba muchísimo, sentía la cama vacía, demasiado grande, tenía frío y extrañaba sus caricias en mi espalda.

A la mañana siguiente, sin haber cogido el sueño apenas, me di una buena ducha de agua fría para espabilarme un poco, me despedí de Enzo, y fui al aeropuerto con un nudo en la barriga que me había impedido desayunar. La azafata de tierra me pidió el carnet para comprobar mis datos, se lo di con manos temblorosas y me pasé el vuelo de igual manera, como un flan. No podía escuchar música, ni leer una revista, no hablemos de ver una película, era incapaz de hacer algo, mi cabeza no atendía a nada que no fuera pensar en lo que me iba a encontrar al llegar al ático.

Subí los escalones del edificio con piernas temblorosas, de vez en cuando tenía que apoyarme en la pared temeroso de que mis piernas no aguantasen ni un segundo más. Me planté delante de la gran puerta azul y me quedé un rato frente a ella, sin querer abrir, porque sabía que no estaba dentro. De encontrarse en casa, la reacción de mi cuerpo habría sido distinta. Mi corazón estaría palpitando nervioso, mis manos sudarían por las ganas de tocarla y mis labios estarían ansiosos por estar sobre los de ella, pero no era lo que me ocurría. Al contrario, mi corazón se estaba haciendo más y más pequeño, mis manos temblaban de la impotencia y mi cabeza estaba a punto de

estallar.

Tras haber pasado a saber cuánto tiempo en el rellano, apoyado en la pared y sin dejar de mirar la puerta cerrada, decidí abrir. Una sensación de vacío me invadió y al notar que su olor persistía en el ambiente, una mezcla entre nostalgia y angustia se instalaron en mí para no salir más.

En el salón no quedaba rastro de sus velas, ni de sus mantas en el sofá, nada de fotos, ni de libros desperdigados por los muebles, parecía como si me lo hubiera imaginado.

En la mesita que había cerca del sofá, estaba la light—box que compró cuando pasamos el día juntos en el mercadillo. Me senté en el sillón y contemplé el mensaje escrito que no podía ser otro que “Always”. Me derrumbé de nuevo, se había ido para siempre y entre antes lo asumiera, antes volvería a mi vida.

Cogí el teléfono fijo que había al lado de la light—box y marqué el número de mi hermana. No sabía si seguía en casa de mis padres o había vuelto a Gran Canaria, sea como fuere tenía que hablar con ella, la echaba de menos.

—Ethan —dijo mi hermana nada más descolgar —al fin llamas, he estado muy preocupada por ti. ¿Por qué demonios no has contestado a las llamadas? —su voz se tornó seria.

—Pensaba que ibas a matarme y que dejaría de ser tu preferido — el mío se volvió mimoso e infantil.

—Siempre serás mi favorito y estaba preocupada por ti. Ethan, se lo que sientes por esa chica y no debes de estar pasándolo bien sin ella. Por eso no me explico cómo diablos la dejaste, ¿qué ocurrió?

—¿Cómo sabes que fui yo quién lo dejó? —me puse a la defensiva.

—Estuviste evitándola y escondiéndote de ella en Irlanda, algo dentro de ti te gritaba que no eras suficiente para esa chica. Sin duda, has escuchado a esa maldita voz y no te dejaste llevar por lo que sentías.

—¿Eso lo sabes solo con escucharme? —tenía la boca abierta, había atinado.

—No, me ha llevado varios años descifrarte y he tenido que aguantar que me pelearas por casi todo, que tiraras mis muñecas por la ventana, que te burlaras de mi cuando lloraba viendo alguna película Disney y que me defendieras de cualquiera que intentara hacer lo mismo—su respuesta hizo que sonriera —¿Vas a contarme qué pasó?

—Me asusté y preferí huir, lo que el tiro me salió por la culata. Cuando hablé con ella me hizo ver que solo quería divertirse conmigo y que, incluso, había encontrado otro piso. —respondí escueto.

—¿Y la creíste? —interrumpió mi hermana.

—No está aquí, es obvio que era cierto —volví a echar una ojeada a la casa vacía.

—Si ella te hubiera dicho que no quería seguir con lo vuestro, ¿qué habrías dicho tú? Seguramente un millón de sandeces para no demostrarle el daño que te ha hecho, como hizo ella.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Porque yo estuve en su lugar, sé lo que se siente y en ese momento eres capaz de sacar las fuerzas que te quedan para darle al paleta que no te valora en sus narices.

—A lo mejor ella decía la verdad.

—O a lo mejor sí que te quería de verdad y la cagaste —insistió mi hermana con ese tono de “sabe lo todo” que tanto odiaba.

—¿Qué puedo hacer? —me sentía impotente.

—Ir tras ella —refutó sin dudarlo.

—No sé nada de Rebeca, ni donde está su nueva casa, ni nada.

—Ethan si quieres encontrarla, lo harás.

—Prefiero volver a casa —dije triste, me daba pavor la respuesta que iba a darme Beca si la encontrase.

—Estoy en Gran Canaria, en dos días voy para allá.

—No hace falta que vengas —aunque en realidad quería verla y pasar tiempo con ella.

—Soy tu hermana, lo estás pasando mal y no voy a dejarte solo.

—Te quiero, María.

—Y yo a ti Ethan. Ahora descansa, relájate y piensa las cosas con calma.

Intenté hacer lo que dijo mi hermana, pero fue imposible. Entre más pasaba mi mirada por el ático, peor me encontraba. En la habitación estuve peor, esa noche no iba a pegar ojo, iba a tener que ir a la de invitados, el único sitio que ella no había tocado.

El día lo pasé encerrado y sin querer salir, la casa me recordaba a ella y no dejaba de ver una película tras otra. Bueno, más bien la televisión proyectaba millones de imágenes mientras me fustigaba por haber perdido lo más valioso. Las palabras de mi hermana no dejaban de resonar en mi mente:

«Si ella te hubiera dicho que no quería seguir con lo vuestro, ¿qué habrías dicho tú? Seguramente un millón de sandeces para no demostrarle el daño que te ha hecho, como hizo ella. ¿Cómo puedes saberlo? Porque yo estuve en su lugar...O a lo mejor sí que te quería y la cagaste...»

La idea de que ella hubiera podido quererme de verdad, no de la manera que me lo dijo como si fuera lo peor del mundo, hizo aletear mi corazón que parecía tener vida de nuevo, pero se apagó cuando recordé que si no estábamos juntos era por mi culpa, al igual que lo era que Beca no quisiera saber de mí.

A la mañana siguiente, a pesar de que mis planes eran irme de aquí lo antes posible, no me vi capaz de hacerlo. Llamé a mi hermana para explicárselo y me dijo que cambiaba el billete para ir a Holanda, que lo entendía perfectamente y que no me iba a librar de ella por muchas modificaciones que le obligara a hacer. A los pocos minutos me mandó un WhatsApp para confirmarme que en tres días estaba

aquí.

Respiré hondo con el móvil en la mano y, sin pensarlo más, llamé a mi madre. Recé mentalmente para que no fuera dura conmigo, aunque lo mereciera, y que, tras escucharme, fuera compasiva.

—¿Cómo diablos has dejado escapar a esa chica? —la voz de Matilda me reconfortó en cuanto descolgó el teléfono, aunque me fuera a discutir.

—Porque soy un completo idiota mamá —era sincero.

—Vaya Ethan, ¿tan mal estás? —se asombró por mi respuesta.

—Ya te dije que ella trastocaría mi vida, y así ha sido.

—¿Cuándo vienes?

—Estoy en Holanda, no estoy preparado para irme todavía. Me quedaré un poco más, hasta que mi corazón decida que es hora de dejarla marchar.

—Ethan, no quiero que estés ahí solo...

—No voy a estar solo, María va a venir a verme.

—Pues yo también voy a ir, total, soy tu madre y puedo hacer lo que me dé la gana. Ahora cuéntame lo que ha pasado.

Le conté a mi madre lo que ocurrió, como hice con mi hermana el día anterior. Le confesé el miedo y la sensación de ahogamiento que tuve al pensar en lo que sentía por mí.

—¿Por qué no la has llamado?

—Porque no podré superar que me vuelva a decir que no soy nada, prefiero vivir con la ilusión de haberle hecho sentir algo.

—Si hace que te sientas mejor... —señaló mi madre dejando la frase en el aire, sabía que me iba a hacer que pensar —Hablamos mejor cuando esté a tu lado, procura que nadie te dispare de nuevo —indicó riéndose de mí —O si, para que vuelvas a verla. Deberías pensártelo —añadió con la risa en su voz.

—Muy graciosa mamá —sonreí —Avísame cuando aterrices.

Al día siguiente, y casi a primera hora de la mañana, llegó mi madre cargada con bolsas del supermercado. Entró en la cocina

dispuesta a llenarme la despensa y la barriga, y sentí un pinchazo en el pecho al verla en el lugar preferido de Beca. Me hacía revivir nuestra historia, ella en la cocina mientras escuchaba música de fondo y de cómo se inventaba la letra y la melodía de lo que sonaba.

Dos días después llegó mi hermana María y ya no me sentía vacío. La casa brotaba vida, alegría, risas, confidencias, y familiaridad. Matilda se quedaba en la habitación de invitados y, a pesar de mis insistencias, María decidió quedarse en el salón. Pasé unos días estupendos con ellas, me daban algunos consejos, cariño y amor. Lo peor pasó cuando se volvieron a marchar y comprobé que nada había cambiado, que había sido un espejismo y debía llegar a su fin. El dolor iba a continuar por mucho que lo intentara ocultar.

A la mañana siguiente me fui de Holanda con intención de no volver más, apenas cogí lo necesario, si se me olvidaba cualquier cosa importante me buscaría la vida para recuperarlo, pero no podía seguir más en esa casa. Estaba preparado para irme, para intentar rehacer mi vida y para olvidarme de Rebeca.

Capítulo 21

Rebeca se encontraba en esos días en los que hiciera lo que hiciese su cara parecía la de un muerto viviente. Se había levantado pronto para pasear con Zelda, le encantaba llevarla temprano al parque y correr con ella por el césped y ver como saltaba cual canguro al tocar la hierba, le hacía sentirse feliz. De vuelta a casa se paró a comprar un par de panes y chocolate caliente, al olerlo le apeteció una buena taza y, antes de sentarse a desayunar con su abuela, fue al baño. Al verse la cara, con la luz del día que atravesaba la ventana e iluminaba directamente su reflejo, se quedó horrorizada. Paseó sus manos por su rostro, sin saber qué hacer para disimular los granitos, o las ojeras, o su cara en general.

Aprovechó que su abuela continuaba dormida para tener unos minutos para ella. Encendió su iPod, no muy alto por no despertarla, y comenzó a sonar *La vie en rose* de Édith Piaf. En cuanto la voz de la cantante inundó el cuarto de baño, se removió el interior de Beca que, para serenarse, tomó aire profundamente. Sacó del armarito que tenía bajo el lavamanos una canastilla en donde tenía lo necesario para cuidarse y cogió su cepillo facial eléctrico junto con un jabón especial para aquellos momentos en los que quería que los granos desaparecieran. Recogió su pelo en un moño alto, se puso una cinta para que aquellos rebeldes no le molestaran a la hora de lavarse con agua y comenzó a pasar el cepillo por su cara. Cerró los ojos y dejó de pensar, la música la transportó hacia otro lugar y, por unos minutos, se olvidó del mundo que se encontraba tras la puerta de la habitación.

Desde que confirmó el vuelo a Irlanda no había podido dormir bien, sabía que él era de allí y que cada vez que podía era a su casa a

donde iba para disfrutar de su familia y su país. Esperaba que el destino no volviera a jugarle una mala pasada y le obligara a encontrárselo, pero no dejaba de pensar en lo que pasaría si fuera así. Obviamente, y al igual que hizo cuando la dejó, sacaría su orgullo y le daría a entender lo bien que estaba sin él, aunque por dentro estuviera muriéndose de dolor. Además, la posibilidad de que Ethan pudiera estar con otra en ese momento se había instalado en su mente para torturarla. Conocía lo caprichoso y puñetero que era el destino y prefería estar preparada para lo que pudiera encontrarse, incluso para no saber de él.

Terminó de pasarse el cepillo por la cara, se quitó el jabón con agua fría para sacar los malos pensamientos de su cabeza y se metió en la ducha junto con un exfoliante de cuerpo y una esponja especial para limpiarse la piel.

Los golpes en la puerta del baño acompañados de los gritos de su abuela en los que decía «*Sal del jodido baño o me meo aquí mismo*», le obligaron a cortar su propia cesión de spa. Se secó bien con una toalla, se colocó el albornoz y en cuanto abrió su abuela la agarró de un brazo, la sacó del baño, y le cerró en su cara.

Rebeca se fue a su habitación sin dejar de reír, le encantaba volver a estar con ella. Tanto la compañía de Helen, como la de Zelda, le habían ayudado mucho y ya no lloraba por su recuerdo. Seguía con morriña, a veces las imágenes del tiempo compartido le provocaban dolor, pero ya no era ese sufrimiento desgarrador que le impedía incluso tomar bocanadas de aire.

Se vistió con un top de deporte, una camisa de manga hueca negra Adidas a conjunto con los leggins, sus zapatillas de estar por casa y fue a la cocina. Tras la puerta de su habitación se encontró a Zelda acostada que, al ver que salía, se levantó de un salto y comenzó a mover el cuerpo de pura alegría. Le encantaba ese recibimiento de ella, le hacía sentirse querida, y era lo que más precisaba en estos momentos. Al igual que la vida decidió poner a Ethan en su camino

sin saber todavía el porqué, Rebeca tenía la certeza de que también escogió el momento exacto en el que debía encontrarse con Zelda. Las dos estaban faltas de cariño, a la perrita la habían abandonado y debía de darle amor. Rebeca, por otro lado, tenía su corazón hecho añicos y el cariño de Zelda y de su abuela había conseguido recomponerlo.

Al entrar en la cocina Beca volvió a sonreír, su abuela no estaba por ningún lado. Desde que regresó, Helen no bajaba hasta que ella le subiera el té a su habitación. Podía estar despierta, incluso se había podido levantar de la cama para ir al baño y asearse como ahora, pero regresaba de nuevo a la cama para, según ella, coger cuerpo.

Zelda se sentó en la puerta de la cocina que daba a un pequeño patio interior con césped, sin dejar de buscar la mirada de Rebeca y pidiéndole sin hablar que le abriera, su diversión estaba fuera y no dentro de la cocina. Cuando Rebeca se dirigió a la puerta, la perra empezó a mover su cuerpo de nuevo, anticipándose a la diversión que le esperaba, y desde que hubo un pequeño hueco que le permitió salir, lo atravesó como una loca. Empezó a correr por el jardín de un lado para otro, y cogía los juguetes que tenía desperdigados por el césped.

Rebeca hizo el desayuno sin dejar de mirar a la perra, riéndose de las monerías que hacía y agradecida de nuevo por haberla encontrado. Le subió el té con leche a su abuela, fue de nuevo a la cocina a esperarla y aprovechó para ojear, en lo que su abuela bajaba, los temas que tendría que estudiar en el curso.

Cada vez que recordaba que estaba a punto de irse a Irlanda, mañana para ser exactos, Beca se ponía más y más nerviosa. Quería tenerlo controlado, incluso evitar tener sentimientos por él, pero era imposible, se escapaban de sus manos. Aunque fuera más llevadero, no podía dejar de pensar en él, en las ganas de verlo y de sentirlo, era inevitable.

Por las noches soñaba que estaban juntos, que al fin su cuerpo se

relajaba al ser tocado por sus dulces manos, los pitidos de sus oídos eran calmados con susurrantes palabras de amor y su interior dejaba de extrañarlo. Volvía a estar con él y se demostraban por qué no debían estar separados.

El tarareo de su abuela, que a medida que se acercaba era más alto, le devolvió a la realidad. Beca se levantó de la silla y colocó lo que había comprado en la mesa. Helen se paró en la entrada y aspiró profundamente el dulce aroma del desayuno.

—¿Compraste chocolate?—olfateaba el aire, risueña —Beca eres médica, no puedes hacer que tu abuela de ochenta años coma tanto— le dio un tierno beso en la mejilla —¿Todavía queda bizcocho de manzana?

—En el horno —añadió Beca entre risas. Por mucho que su abuela la reprendiera, le encantaba que le trajera cosas de ese tipo para desayunar. A Beca también le gustaba ver la cara que ponía al probar el bizcocho que le hacía, o el chocolate que compró para mimarla, o como abría los ojos porque le gustaba alguna de las comidas que le preparaba.

—¿Cómo llevas los preparativos del viaje? —su abuela se sentó a la mesa.

—Todavía no he hecho la maleta —contestó —esta tarde me pondré a ello. Quiero hacer el curso, tengo muchas ganas de formarme en ese terreno, pero a la vez tengo una pereza terrible de tener que ir a Irlanda.

—Es por él, ¿verdad? —acertó su abuela —Vamos Beca, siempre te ha gustado viajar pese a tu pánico a los aviones. Cada vez que tenías la posibilidad de hacer un curso, por mucho que pudieras hacerlo aquí, preferías irte fuera para descubrir mundo, así que no intentes engañarme.

—Es pensar en verlo y un nudo se instala en la boca de mi estómago y, a la vez, siento cosquilleos de emoción por mi cuerpo.

—Es normal, pero si lo ves no tienes que hacer nada. Él ha

querido que solo seáis amigos, pues haz eso mismo y lo que tenga que ser, será.

—¿Si está con otra? —insistió Rebeca.

—Le saludas a ella también con tu amplia sonrisa, como si te importara un carajo que estén juntos y, cuando regreses a tu habitación, me llamas y entre las dos lo ponemos verde —respondió Helen haciendo reír a su nerviosa nieta —Beca, sigo pensando que no vas a encontrártelo con otra y que, probablemente, esté arrepentido de lo que te dijo.

—Sigue sin llamarme, así que te equivocas. De todas formas y como tú siempre me has dicho, el tiempo decidirá —estaba cabizbaja.

—Tú tampoco le has llamado —insistió su abuela —y antes que me digas que fue él quien rompió.—continuó, levantando una mano al ver que Beca hizo ademán de hablar —déjame decirte que fueron los dos. Cierto es que él empezó, pero tú también le dijiste que lo usabas para el sexo, que no podías estar con alguien como él y que si le apetecía divertirse te llamase.

—Abuela, no es cómodo hablar de estas cosas contigo. —Beca arrugó su cara —es extraño.

—No sé por qué —añadió con una sonrisa traviesa —También tuve tu edad, me enamoré e hice algunas estupideces por ello, que mejor que hablar conmigo. ¿O acaso lo que te molesta es hablar de sexo?

—Estoy incómoda —Beca miraba a su abuela. Helen no dejaba de reírse al ver la cara de apuro de su nieta.

—Está bien, dejemos de hablar de sexo —seguía sin parar de reír —El caso es que tú tampoco te has puesto en contacto con él

—Fue Ethan quien me hizo daño —le reprochó Beca.

—¿Y quién dice que tú a él no? —preguntó su abuela con delicadeza.

—Abuela te lo he dicho millones de veces, él decidió romper la

relación porque no quería algo serio.

—Que él te haya dicho tremenda estupidez no significa que sea verdad, tú también le dijiste lo mismo y no has dejado de sufrir.

—Me estaba defendiendo, no quería que pensara que me tenía en la palma de su mano.

—A lo mejor él actuaba igual.

—No tienes remedio abuela —dijo Beca un poco molesta — Siempre volvemos a lo mismo, intentas buscar una excusa para lo que hizo, para convencerme de que estaba enamorado y meterme en la cabeza que si me lo encuentro podríamos acabar juntos. Y no es verdad, por mucho que te empeñes en creer que hay una razón oculta para como actuó no es cierto. Se largó porque le dio la gana, fin de la historia.

—Algún día me darás la razón y podré pronunciar un gran te lo dije —contestó Helen con chulería.

—¿Por qué estás tan segura? Parece que sabes algo y no me lo quieres decir.

—Simplemente soy perro viejo —alegó levantándose de la silla y llevando la loza al fregadero —y por lo que estás pasando tú, lo he pasado yo hace años, eso y mucho más. Como veo que mi opinión te molesta—le reprochó mirándola a la cara.—me voy a jugar a las cartas con la vecina, y si no quieres que te diga lo que pienso no me hables del tema.

—Abuela... —era tarde, ya se había marchado.

Beca se sintió fatal tras las palabras de su abuela, ella solo intentaba ayudarla y darle su opinión, intentaba tranquilizar los malditos nervios que no la dejaban ni a sol ni a sombra y Rebeca se lo había agradecido de malas maneras. La culpa la tenía su absurdo subconsciente que se alegró al escuchar a su abuela decir que Ethan estaba enamorado de ella, pero a la vez, la irritaba y le hacía tener reacciones inapropiadas. No quería alegrarse porque le hablaran de él, o porque existía una ínfima posibilidad de encontrárselo en

Irlanda, o por pensar que volverían juntos. Imaginárselo y hacerse ilusiones la iba a destrozar cuando no se cumplieran.

Subió cabizbaja a su cuarto, cogió la maleta que estaba debajo de la cama y comenzó hacer el equipaje. Era pronto, le quedaba un día por delante, pero no le gustaba dejarlo para el final. Odiaba hacer la maleta con prisas porque siempre se olvidaba de cosas importantes y tenía que comprarlas de nuevo. Además, por la noche había quedado con Candela para cenar y despedirse de ella.

Al regresar su abuela, Rebeca le suplicó perdón hasta que ella, por no aguantarla más, se lo concedió con un fuerte achuchón y le dijo al oído lo mucho que se parecía a su abuelo. A las ocho, Candela la llamó para decirle que estaba en la estación de Leiden, fueron a cenar a un Pub especializado en hamburguesas que tanto les gustaba, hablaron de cómo le había cambiado la vida a Beca y se reían al imaginar lo que quedaba por venir. Y, sin darse cuenta, llegó el día del viaje.

A medida que el tren se acercaba al aeropuerto, el cuerpo de Beca temblaba como si fuera gelatina. Recordaba las palabras de despedida de su abuela, que le dijo que la quería mucho y que sea lo que fuere lo que pasara, para bien o para mal, era porque así tenía que ser. Si Ethan estaba con otra y se había olvidado de ella, sería porque no era el hombre de su vida. Quizás de tal modo, podría olvidarse de él de una maldita vez.

En el avión, los nervios andaban descontrolados y el miedo que sentía por ellos no la ayudaban mucho. Gracias a que había wifi, Beca pudo conectarse a Netflix para distraerse viendo una de sus series favoritas, *New Girl*. Cada vez que la veía se meaba de risa por las situaciones en las que se metían Nick y Jess, o por las locuras de Smith y Winston.

En múltiples ocasiones, sintió como la chica que se encontraba sentada a su lado no dejaba de mirarla y cuando se la devolvía, la desconocida le sonreía como si fueran amigas, pero Beca juraría que

no había visto a esa muchacha., y ella no solía olvidarse de las caras, ni tan siquiera la de los pacientes.

La azafata avisó a los pasajeros que debían ponerse los cinturones porque en pocos minutos aterrizarían en el aeropuerto de Dublín. Sin duda, ese era el peor momento para Beca, en el que el avión tocaba tierra y daba unos brincos de lo más extraños. Notó como empezaban a descender y se agarró fuertemente a la mano de la chica de al lado. Cerró los ojos para no seguir viendo mientras cogía aire por la nariz y lo soltaba por la boca.

—Me llamo María —la desconocida le acarició su mano, para relajar a Beca y continuó —Qué rollo este momento, ¿verdad? —Beca abrió uno de los ojos para mirarla, vio que la chica le sonreía e intentó hacer lo mismo.

—Lo siento —indicó al ver que se había agarrado a su mano y que no podía soltarla —Odio cuando aterrizan.

—No te preocupes, a mí tampoco me gusta mucho y, para colmo, he tenido que coger dos aviones.

—¿Eres de Irlanda?—Beca olvidó que estaba a punto de aterrizar el avión.

—Sí, pero vivo en Gran Canaria.

—¿Y tuviste que hacer escala en Holanda para llegar aquí?

—No —añadió riéndose —tuve que ir casa de mi hermano para coger unas cosas que necesitaba. En fin, es muy listo y sabe que si me pide las cosas con voz adorable, lo hago—Beca sonrió al escucharla. No la conocía de nada, pero se veía que era una chica agradable y seguramente podrían ser amigas —¿Y tú de dónde eres?

—De Holanda, lo que he venido para un curso muy importante —dijo con una sonrisa, contagiando a su compañera de vuelo.

Las ruedas del avión tocaron pista y Beca apretó más la mano de María sin dejar de mirarla, ella le sonrió cariñosamente y consiguió calmarla un poco. Bajaron del avión, y ambas se dirigieron hacia la cinta para recoger las maletas.

—Qué pena no haber hablado antes, lo hubiéramos pasado bien durante el vuelo —habló Beca al llegar a las puertas de salida.

—Me alegró conocerte, si quieres podemos quedar y te enseño lo bonita que es Irlanda. ¿Tienes clase todos los días?

—No, menos mal, tengo algunos días libres y me encantaría que me descubras los mejores rincones. Yo sola no voy a ver mucho, me da más pereza.

—Es un delito venir a Irlanda y no conocerla —explicó a la vez que se ponía una mano en el pecho, como si estuviera ofendida — Además, después de lo mal que lo has pasado, como mínimo vete con buen sabor de boca —y la hizo reír

—Será un placer —las dos intercambiaron el número de teléfono y cruzaron las puertas de salida sin dejar de hablar y reírse.

Beca se despidió de su nueva amiga y se fue arrastrando su trolley amarilla, con la cara de uno de los Minions, por el aeropuerto. Tenía unas ganas enormes de llegar a su estudio y descansar, soñaba con darse una buena ducha, tumbarse un rato a leer y descansar del viaje, pero una voz le impidió seguir soñando.

—¿Beca? —ella se quedó parada con los ojos cerrados y dejó que su dichosa voz le acariciara el cuerpo. Sabía que lo echaba de menos, pero no cuánto hasta que habló.

Seguía sin girarse, no quería que viera como le había afectado escucharle. Tampoco quería ver su cara, no sería capaz de hacerlo sin suspirar, no cuando volvía a sentir a Ethan tan cerca de ella.

—Ethan, ¿ella es Rebeca? ¿Tú doctora? —Beca se agarró al asa de su maleta, cabreada con ella misma.

—Sí —reconoció él sin más.

—Qué casualidad que yo, tu hermana —María hizo énfasis en la palabra hermana —y ella hayamos coincidido en el avión, ¿verdad?

Rebeca se dio un golpe mental en la cabeza, como no pudo caer en que María era su hermana, en el avión estaba tan nerviosa que apenas pudo encajar las piezas. Agradeció en silencio la mano que le

echó María, algo le dijo que ella sabía muy bien por lo que estaba pasando y se acordó de la historia que tuvo con Enzo.

—¿No vas a mirarme? —quiso saber Ethan con su maldita voz. Esa que hacía unos minutos su hermana confesó ser incapaz de resistirse, era lo mismo que le pasaba a Beca. Tomó una bocanada de aire, puso su mejor cara de póker, obligó a sus labios a sonreír y se giró para ver al hombre más guapo que habitaba el planeta tierra.

Ethan llevaba sus clásicos vaqueros rotos, una blusa amarilla con el logo de un perro rottweiler con unos auriculares y las letras Dj Hawks bajo el logo. Unas playeras de un azul eléctrico adornaban sus pies y el pelo lo tenía peinado hacia un lado, con una raya lateral. Beca creyó, por lo que le había contado él la primera noche que pasaron juntos, que el perro del logo era el suyo, su rottweiler. Tras varios titubeos, Beca lo miró a los ojos y, como si le hubiera mandado un hechizo, ya no pudo apartar la vista de él.

—¿Cómo estás? —continuó Ethan, tras toser varias veces. Rebeca no pudo responderle, algo en su garganta se lo impedía, era un nudo que se agrandaba por segundos —¿Qué haces en Irlanda? —añadió con la sonrisa que prendó a Beca desde el minuto uno y que volvía a tener el mismo efecto en ella.

—Vino por un curso —respondió María —¿Podemos llevarla hasta la Universidad? —le preguntó a su hermano de manera inocente.

—Perfecto —contestó con su sonrisa ladeada, que le daba a su cara un toque de chico malo que excitó a Beca.

—Puedo ir sola, gracias —apenas pudo conjugar una frase.

—Beca —insistió María —nadie te viene a buscar, no conoces Irlanda y ni siquiera sabes si la universidad y la habitación que van a darte se encuentran cerca. Es mejor que te llevemos nosotros, si vas sola podría pasarte cualquier cosa.

—Me dijiste que Irlanda era un país tranquilo y su gente de lo más agradable

—Te mentí —objetó ella —¿Dónde está el coche, Ethan? —Rebeca

y Ethan se miraron unos segundos más, hasta que María empujó a su hermano cansada de esperar por los dos tortolitos.

No lo dijo en alto, pero Rebeca no había dejado de agradecer la insistencia de María, su nueva amiga. La residencia de estudiantes estaba a reventar y al final la mandaron a un piso situado en la calle O'Connell Street que, según le dijeron sus acompañantes, era la calle más importante de Dublín y desde ahí podía coger cualquier tren o autobús que la llevaría a donde quisiera. Al menos le había salido algo bien después de todo, porque encima no corría con ningún tipo de gasto.

En lo que buscaban el portal del nuevo piso de Beca, el que sería suyo por un mes, María no dejaba de hablar de las cosas que podían hacer juntas y le contó los sitios importantes que debía visitar y le quedaban cerca de casa. Rebeca no escuchaba nada porque Ethan se colocó a su lado y de vez en cuando se pegaba a ella lo que le hacía muy consciente de su presencia. A veces se acercaba tanto que sus brazos se rozaban, y conseguía que a Beca le atravesara un comfortable calor que le daban ganas de suspirar de puro placer. Ella empezaba a sospechar que él lo estaba haciendo adrede y disfrutaba con su reacción, porque una de las veces se rio por lo bajo.

Llegaron al piso de Beca, que era muy amplio, y se incomodó un poco al comprobar que tenía dos habitaciones. Probablemente tendría que compartir habitación con otro estudiante, y era algo que no entraba en sus planes. Lo que le faltaba era tener que aguantar a un universitario, chico o chica, con ganas de emborracharse a diario y montar fiestas cada vez que le diera la gana. Rebeca había vivido eso y, aunque lo disfrutó como nadie, ahora se encontraba en otro punto.

Llamó a la tal Amanda y le aseguró, para tranquilidad de Beca, que ese piso solo iba a ser para ella y que tuvieron que cogerlo debido al *overbooking* que hubo. El resto de los estudiantes, tantos los universitarios como los que iban asistir al curso, tenían sus habitaciones designadas.

Se despidió de María con un abrazo y a Ethan le dio dos besos, como si entre ellos no hubiera una enorme atracción, como si Beca no se muriese por sentirse de nuevo segura entre sus brazos. Dos besos fríos y sin sentimientos.

Capítulo 22

Al verla en el aeropuerto junto a su hermana, Ethan no se pudo creer la suerte que tenía en esos momentos, era la excusa perfecta para intentar un acercamiento entre ellos, para volver a estar con ella. Sin embargo, su recibimiento le dejó claro que solo él pensaba esas cosas, ella estaba fría como un témpano de hielo, no sonreía ni hablaba. El único momento en el que comprobó que estaba viva, era cuando se acercó a ella para rozarle las manos, o para simplemente volver a oler su aroma de manzana.

Después de los días que pasó en Holanda, en los que no dejaba de torturarse con Beca, no podía volver, no si ella no estaba para consolarlo y prometerle que no se iba a ir más de su lado. Por eso, le pidió a su hermana que fuera a recoger alguna de las cosas que se le había olvidado en ese maldito ático y que necesitaba. Y el destino, al que le gustaba jugar a su antojo, hizo que su hermana y ella coincidieran en el avión.

Se marcharon del que iba a ser el nuevo piso de Beca y María le contó cómo empezaron a hablar. Por lo visto Rebeca tenía pánico a los aviones y, en el momento que avisaron que se acercaba el aterrizaje, se agarró fuertemente a las manos de María sin poder abrir los ojos. Su hermana para tranquilizarla comenzó hablar con ella y desde ese momento supieron que iban a ser amigas.

El trayecto a Howth, María estuvo alabando las cualidades que había visto en Beca, como si a él le hiciera falta que se las enumerase. A él que precisamente le pasó lo mismo, fue verla y quedarse prendado de ella, entendía perfectamente que a su hermana le hubiera pasado con apenas cruzar un par de palabras.

Rebeca, al contrario que Ethan, era una persona que enseguida

transmitía las cosas buenas de la vida. Era pura alegría, a su lado tenía ganas de sonreír, era bondad, amor y creyó que lo mejor sería dejarla ir, porque él no se merecía a alguien de esa naturaleza, no cuando él no podía darle lo mismo que ella ofrecía.

Ethan siempre se había caracterizado por ser taciturno, de primeras no solía caer bien por culpa de su cara seria y le costaba mucho abrirse a la gente, solo lo hacía con su mejor amigo y su familia. El resto apenas lo conocía, aunque se daban el pisto de que sí por quien era, por querer ser amigo de un conocido Dj o incluso hacer creer que era su pareja, como sucedió con Cassidy. Sin embargo, con Beca era distinto, junto a ella se sentía diferente, cómodo y sabía que ella no le iba a fallar. Era extraño, porque a su lado se sentía como si fuera realmente él, sin ninguna careta, sin ningún tipo de barreras. Desde que se separó de ella echaba de menos poder ser él, gastarle bromas, no dejar de reír y sentirse feliz.

—¡Mamá! —gritó María en cuanto entraron en la casa de sus padres.

—¿Qué ocurre? —su madre salió deprisa de la cocina. La siempre elegante Matilda iba vestida con unos pantalones negros de chándal, una blusa de publicidad, un delantal con dibujo de cupcakes y su pelo rubio estaba amarrado en una coleta alta.

Los dos hijos la conocían a la perfección y sabían que esa vestimenta de Matilda significaba que estaba preparando comida para un regimiento y, al pensar en ello, a los dos se les hizo la boca agua. Ethan incluso llegó a inspirar profundamente para poder captar algún olor que le dijera que era lo que se cocía en la cocina. No captó ningún olor identificativo, pero sabía que fuera lo que fuese le iba a gustar.

—¿Sabes quién se sentó a mi lado durante el viaje? —María tenía la sonrisa de *«no solo no lo vas averiguar, sino que cuando te lo diga te va a encantar.»*

—¿Con quién? —su madre se secó las manos en el delantal al

prever que la conversación iba a ser larga.

—¡Beca! —vociferó María con los ojos bien abiertos —¿Cómo se te queda el cuerpo?

—¿Ha venido a por ti? —la cara de ilusión de su madre provocó la carcajada de Ethan, parecía como si fuera un niño el día de reyes a la que le había caído ese regalo que tanto quería.

—No —a Ethan también le hubiera gustado que sucediera lo mismo.

—Ha venido para hacer un curso —continuó María —Tenías razón mamá, es adorable y simpática, un amor de niña. Y lo mejor es la actitud de Ethan a su lado, parece más relajado, como si se sintiera seguro, como si creyera que estando con ella no le pudiera pasar nada malo.

—Te lo dije, ¿viste la sonrisa de bobalicón que se le pone? —preguntó su madre. Ambas estaban hablando como si Ethan no estuviera delante.

—El pobre hacía lo posible para estar cerca de ella cada vez que tenía la oportunidad, se creía que no me daba cuenta, pero sí que lo hacía. Es perfecta para él, espero que se dé cuenta a tiempo. Según me dijo Rebeca se queda un mes, tiempo suficiente para remendar su error.

—Sigo aquí —Ethan suspiró.

—Yo también —respondió su madre con media sonrisa, lo ignoraba por completo.

—He quedado con ella para enseñarle el país, ¿quieres venir algún día?

—Me encantaría volver a verla —Matilda no podía evitar la alegría que la invadía—. Pero prefiero tomarme un café con vosotras y después ya vais a recorrer Irlanda solas.

—Se lo diré —dijo María, con la misma sonrisa que su madre.

Ethan al ver que no pintaba nada en la conversación y que ambas iban a seguir charlando de lo fantástica que era Rebeca, de las ganas

que tenían de volver a verla y de lo triste que era que ya no estuvieran juntos, subió a encerrarse en su cuarto.

Se tumbó en su cama con los brazos colocados bajo su nuca, pensando en las posibilidades que tenía de volver a conquistar a Beca, o si merecía la pena hacerlo. Por mucho que lo deseara, se alejó de ella por su bien, no podía ser tan egoísta como para hacerlo de nuevo.

Se volvió a ver en el salón de su ático de Holanda, mantenían la conversación que tanto se había preparado, recordó su mirada de desprecio, como le dijo que con él no tenía futuro y que ella solo quería divertirse igual que él, y se enfadó consigo mismo por anhelar estar con ella.

Soltó un fuerte suspiro, tan fuerte que le dolió el pecho y la garganta. Se quitó los pantalones algo incómodo, agobiado, con ganas de libertad, pero lo que le incomodaba era otra cosa y no la ropa. Su cabeza seguía dando vueltas a que ella iba a estar un mes en su país, cerca de él, y saberlo le impedía mantenerse lejos. Quizás pudiera disfrutar de su compañía por última vez, si le ofrecía ser la clase de amigos que Rebeca dijo que eran en Holanda y ella aceptaba, tendría la posibilidad de grabar cada hora, minuto y segundo, de lo que sentía junto a ella, y se despedirían sin un amargo recuerdo, aunque ella se llevara su mejor parte a Holanda.

Se levantó de la cama y se encerró en el baño para darse una buena ducha que le aclarase las ideas, tenía tantas cosas en mente que no conseguía recordar ni su nombre. Pasó un buen rato bajo el agua helada, que le caía directamente en su cabeza y hacía que se olvidara del caos por unos buenos minutos. Cogió la toalla que dejó enganchada en lo alto de la ducha y se envolvió la cintura con ella. Se quedó mirando su reflejo en el espejo y sus ojos deambularon por su torso, en la cicatriz que le dejó la herida de bala. Le gustara a él o no Beca siempre iba a estar presente en su vida, aunque fuera por el simple recuerdo de la cicatriz, y Ethan sabía que no era solo un

recuerdo lo que quería, sino tenerla a su lado.

Regresó a su cuarto para vestirse y escuchó su móvil sonar, lo cogió con demasiada rapidez por si Beca había decidido lo mismo y le pedía que fuera a su casa a dormir, o a vivir con ella hasta que se fuera, era algo que no le importaría.

—¿Sí? —contestó con un hilo de voz, ansioso porque le respondiera la dulce voz de su doctora favorita.

—¿Qué pasa? —era Enzo —¿Ya no te acuerdas de tu mejor amigo? —Desde que Ethan volvió a casa apenas había hablado con él. Olvidarse de Rebeca era tan difícil que acaparaba las veinticuatro horas del día.

—La he vuelto a ver —añadió con un suspiro frustrado.

—¿Quieres que vaya a verte?

—¿Vas a venir por mí o por mi hermana?

—¿Por qué no matar dos pájaros de un tiro? Además, hace tiempo que no paso por tú casa, van a sospechar que sucedió algo entre nosotros, es lo mejor —Ethan comenzó a reírse al escuchar su teoría, estaba en la misma situación que él, en busca de cualquier excusa que le permitiera volver a ver a María.

—Tienes razón, mi hermana parece ser la mejor amiga de Beca, van a quedar para ver Irlanda, tomarse un café y no sé qué más. Lo último que quiero es aguantar como María adora a Rebeca y me recrimina lo estúpido que fui.

—Gracias —declaró su amigo en referencia a que le dejara ir a casa y poder estar cerca de María. —Saco el billete y te llamo. Por cierto—gritó cuando Ethan estaba a punto de colgar. Él se volvió a colocar el teléfono en la oreja para escucharlo —Tengo en mente una base para una canción en concreto, pero no consigo dar con ella, necesito que me ayudes.

—Genial, así podremos estar entretenidos con otras cosas.

Al colgar, Ethan se quedó mirando el teléfono, dudaba entre contarle o no a su hermana que sabía lo de Enzo y que, además, iba a

venir a pasar unos días a Howth. Quizás María querría que nos quedásemos en mi casa, o prefiriese volver a Gran Canaria para huir de él. El caso es que debía saberlo y decidir lo que fuese mejor. Ethan sabía que su hermana no lo había pasado bien, como tampoco Enzo, pero prevalecía la felicidad de su hermana y debía de informarle para que ella tomara una decisión en consecuencia.

La oportunidad de hablar con ella en privado vino sola, su hermana tocó la puerta y asomó la cabeza por un pequeño hueco. Lo miró y le sonrió tiernamente, a pesar de que le había gustado conocer a Rebeca estaba preocupada por él.

—¿Puedo pasar? —curioseó dubitativa.

—Espera unos segundos, me cambio y te aviso —Ethan se colocó unos bermudas rosas Quicksilver, una camisa con su logo de publicidad y le gritó a su hermana que pasase.

—¿Cómo estás? —se sentó a su lado en la cama.

—Bien, me ha gustado volver a verla, aunque ella no quiera saber de mí —reconoció con una triste sonrisa.

—¿Qué vas hacer ahora? —subió las piernas y las cruzó, como si estuviera meditando.

—No lo sé, me alejé de ella porque creí que era lo mejor, pero para mí no lo ha sido.

—Quizás para ella tampoco, no harías mal en preguntar —encogió uno de sus hombros.

—Enzo va a venir —dijo Ethan del tirón. María se tensó un poco, pero lo intentó disimular rápidamente.

—¿Y por qué me lo dices? —ignoraba que su hermano conocía su historia de amor con su mejor amigo.

—Se lo que ocurrió María, lo supe desde que me contaste la historia y él era incapaz de quitarte los ojos de encima. Lo supe porque sus visitas coincidían con las tuyas y lo supe porque tú has sido incapaz de quitar el amor que hay en tu mirada en cuanto lo ves —confesó Ethan. María le miró con la boca abierta y los ojos un poco

llorosos.

— ¿Por qué no hablaste conmigo? —María estaba nerviosa.

— Porque no soy como tú y no me regodeo en las miserias de otros —añadió Ethan, en tono de burla —Te lo digo por si prefieres irte a mi casa, o que nos vayamos nosotros, o regresar a la isla. Aunque también te digo que hagas lo que hagas no vas a conseguir que te deje de ver —María se sonrojó un poco y tosió por culpa de la timidez.

— No tiene sentido que quiera verme ahora, después de todo.

— Lo mío tiene una explicación y estoy segura de que lo de él también.

— Ethan, aunque quiero que ella te perdone no entiendo lo que has hecho ni lo comparto y, en su lugar, no te perdonaría como no pienso perdonar a Enzo —Ethan asintió, entendía perfectamente la postura de su hermana. Ella se levantó y se fundió en un largo abrazo con él, se despidió con un te quiero y salió de su habitación. Él se quedó solo, con las palabras de María retumbando en su cabeza.

Unas horas más tarde su madre tocó la puerta de la habitación para decirle que era hora de comer. Ethan le contestó que no tenía hambre, pero le replicó que le importaba un comino, que si estaba en casa debía sentarse a la mesa, tuviera hambre o no.

Terminaron de comer en familia, como siempre les había gustado, y fueron al salón, era un clásico y su madre se negaba a que nadie se lo saltase, por muchas excusas que pusieran. Ya podían emitir un comunicado en las noticias para decir que tenían que evacuar sus casas, que, si ocurría después de comer, Matilda se negaría en redondo.

Ethan vio que debajo de la mesa del televisor estaba el juego Scatergorix y le dijo a María de echar una partida. Esa partida se convirtió en horas de juegos, sus padres también se unieron y se picaron los unos con los otros, se reprochaban las trampas que hacían o las palabras que se inventaban con tal de ganar. Cuando se

quisieron dar cuenta era la hora de cenar.

A las dos de la mañana y cansado de no poder coger el sueño, se fue a la cocina a por un vaso de leche y de paso pillar algunas galletas con virutas de chocolate que hizo su madre, a la que se encontró en la cocina haciendo lo mismo.

Matilda levantó la cabeza al escucharlo entrar en la cocina y le sonrió como si entendiera a la perfección su noche de insomnio. Ethan se sirvió un poco de leche y se sentó frente a ella, los dos estuvieron un rato en silencio, comiendo, sonriéndose de vez en cuando, pero sin soltar palabra.

—¿Y a ti qué te pasa? —inquirió Ethan, después de beberse la leche.

—Me preocupo por mis hijos —reconoció Matilda, que le sonrió con esa expresión de madre protectora.

—Yo estoy bien mamá, ya se me pasará —Ethan intentó relajarla.

—No lo estás, no me mientas. Desde que has vuelto a verla estás más huraño que antes, me costó hasta sacarte de tu habitación para almorzar. De todas formas, no solo eres tú, vosotros pensáis que soy tonta, pero os equivocáis. Sé lo de María con Enzo, lo de esos dos era tan claro como lo tuyo con Rebeca, y también sé que María está sufriendo por él, como Enzo lo hace por no tenerla cerca —contestó su madre cogiendo a Ethan desprevenido.

—¿Cómo...? —Ethan no consiguió terminar la frase, era cierto lo que decía que, por mucho que lo intentaras, a una madre no se la cueles, por lo menos no a ella.

—Cariño, cómo lo sé es lo de menos, lo que me preocupa es que María tiene tanto orgullo que es incapaz de ver cómo le mira Enzo, cómo le pide sin palabras que le perdone, que la necesita, que extraña ese cobijo en su corazón. Y tú —señaló su madre meneando la cabeza en gesto negativo —Ay Ethan, ¿qué pasa contigo?

—¿A qué te refieres?

—¿Cómo puedes pensar que está mejor sin ti?. He intentado

consolarte, pero ahora que tienes la oportunidad de arreglarlo no puedo aguantar más. ¿Le has preguntado a Beca que es lo mejor para ella? —insistió su madre de nuevo —¿Le has dejado decidir algo?

—Ella me dijo que conmigo era imposible tener nada serio —le interrumpió.

—Se estaba defendiendo Ethan, ¿cómo no puedes verlo? Hablas de que solo necesitas tiempo, de que las cosas se irán colocando poco a poco en su sitio, pero lo que no sabes es que solo tú tienes la posibilidad de cambiarlas.

—¿Qué puedo hacer?

—Pedirle perdón para empezar —expuso su madre —Si no me equivoco y, según me dijo María, sabes dónde se queda, haz lo que puedas para recuperarla.

—Mamá —indicó Ethan con un suspiro —¿para qué? Sigo pensando que está mejor sin mí, que no soy lo suficiente para ella y lo único que quiero es poder despedirme en condiciones y dejar que sea feliz.

—Entonces no hagas nada Ethan, no juegues con sus sentimientos y vuelvas a huir como un cobarde —le recriminó su madre —Si es verdad que la única razón por la que has escapado de la relación es por su bien, vuelve a pensar en ella y no le hagas sufrir de nuevo, ni a ti tampoco.

—¿Qué sentimientos? Ella no me quiere, ni siente por mí.

—Es absurdo discutir contigo, cuando te subes a la burra no hay quien te baje de ella —su madre se marchó y lo dejó solo y pasmado.

Capítulo 23

Rebeca había estado un pelín histérica desde ayer. En concreto, desde que se quedó a solas en su piso y fue consciente de lo que había ocurrido, no había podido controlar el estado de ansiedad que se había vuelto permanente. El destino, o la vida, era tan puñetero que no esperó mucho para volver a ponerlo en su camino. Al minuto uno de haber aterrizado estaba ante sus narices, halaba con ella y le acompañó la universidad y a su nuevo piso. Para colmo, le obligaba a ser consciente de su presencia y le rozaba la mano de vez en cuando mientras caminaban juntos. Encima, la chica tan encantadora que trató de tranquilizarla ayer era su hermana y había quedado con ella para que le enseñara lo que pudiera de Irlanda, lo que supondría saber de Ethan, aunque ella no quisiera. El día de su llegada, apenas pudo ojear el piso con tranquilidad, se lo pasó durmiendo e intentaba no caer en la tentación de llamarlo para volver a escuchar su voz.

A la mañana siguiente, y con un poco más de ánimos, aunque igual de nerviosa, Beca investigó el apartamento que le había alquilado la Universidad. Tenía lo necesario e incluso más cosas de las que iba a utilizar.

Las baldosas del suelo eran de cerámica y de un color grisáceo que daba amplitud a la casa. La cocina no estaba en una habitación distinta, sino al lado del salón, separada por una barra americana. Ésta no era nada del otro mundo, tenía unos armarios blancos donde estaba la loza colocada, unos cajones del mismo color, y el pollo, al igual que la barra, era de color negro.

El salón era amplio con un único, pero enorme, sofá en forma de U de color naranja y proporcionaba luminosidad al piso. Los muebles

que había en el salón, que no eran muchos, eran de madera clara con un toque rústico.

Las paredes de la casa eran totalmente blancas, a Beca le habría gustado pintar cada estancia de un color, pero era absurdo. No era su piso, no iba a pasarse el mes pintando para que después le pidieran algún tipo de reclamación por haber hecho cambios sin estar autorizada.

Su habitación era la más grande, con una enorme cama de matrimonio, un precioso vestidor y un espejo entero al lado de él. La otra habitación tenía una cama single, un armario de madera no muy grandes y poco más.

Lo que más había gustado a Beca era el cuarto de baño con su enorme bañera de hidromasajes. Las baldosas del suelo eran de color negro, contrastando con el blanco del lavamanos, váter y bañera. Beca se apuntó mentalmente comprar velas, porque le encantaba darse unos largos baños con distintos aromas, y en esa bañera no tenía duda de que así iba a ser. Su traicionera mente le enseñó mil y unas imágenes de ella disfrutando de esa gran bañera con hidromasajes y no estaba sola, estaba acompañada de Ethan.

Se preparó con su vestimenta más cómoda para ir a la Universidad a que le informaran en donde iba a celebrarse el curso, los horarios y de lo que pudiera interesarle. Se puso unos pantalones turcos de color rojo, una camisa estilo nadadora blanca y metió en el bolso una rebeca del mismo color que la blusa por si le daba frío, aunque mirando el tiempo no lo parecía. Dudó varios segundos entre ponerse unas sandalias o sus zapatillas blancas con emoticonos y decidió ponerse las playeras por si tenía que patear mucho.

En la universidad, se encontró de nuevo con Amanda Turner que lo único que hizo fue hablarle de Ethan, le dijo lo guapo que era y le preguntó si estaba soltero y si podía concertar una cena entre ellos. Con todas sus preguntas, Amanda consiguió que el buen humor de Beca se esfumara para dar paso a un torbellino de mala leche dirigido

única y exclusivamente a Ethan. En realidad, no tenía culpa de nada, era Amanda la que no había dejado de indagar por la vida de él, pero Rebeca le culpaba por ser tan guapo.

Después de un largo interrogatorio, la nueva groupie del Dj le contó que el curso tendría lugar en el auditorio de la Escuela de Arte que se encontraba a tan solo dos calles de la secretaría. Le explicó que durante ese mes podría utilizar las instalaciones de la Universidad como una alumna más y le dio una tarjeta de acceso al campus que también servía para la biblioteca. Además, le recomendó almorzar en la cafetería de la Universidad los días que tuviera clases por la tarde, ya que no solo la comida era más barata, sino también era casera. Y la muy simpática secretaría, que era así desde que le vio con Ethan Hawks, se ofreció para solventar cualquier tipo de duda que le surgiera y podría contar con ella para lo que quisiera.

Rebeca salió de la secretaría y fue directa al auditorio donde iba a celebrarse su curso para tenerlo localizado, no quería perderse el primer día de clases o llegar tarde. De camino, iba ojeando los horarios que le había dado la dulce secretaría y los tutores que iba a tener. Los lunes y miércoles tendría clases tanto por la mañana como por la tarde así que haría caso a Amanda y comería en la Universidad. Los martes y jueves solo tendría de mañana y los viernes, sábados y domingos iba a tenerlos libres.

María le había recomendado varios sitios a los que ir si tenía tiempo libre, así que decidida hacerle caso y una vez que finalizó su ruta turística por el campus, regresó a O'Connell Street. Comenzó paseando cerca del río Liffey, donde muchos turistas se paraban para sacarse fotos con el río y la ciudad de fondo. Rebeca caminaba sin dejar de sonreír, sacaba fotos con el móvil y algún que otro selfie para mandárselo a Candela y ponerle los dientes largos.

Llegó hasta el monumento The Spire, una gran aguja que se elevaba varios metros y parecía no tener fin. Caminó calle abajo desde el monumento, por la conocida zona comercial de Dublín,

miraba las tiendas, y se paró a escuchar a un músico callejero. Era un chico de unos veinticinco años más o menos, con gafas de sol, pelo rojo y piel blanca, que la dejó flipada con su propia versión de la canción I still haven't found what I'm looking for del grupo U2.

Entró en Primark y compró algunas monerías para la casa, además de unas sábanas porque era demasiado escrupulosa y no le gustaba dormir en sábanas que no hubieran sido compradas por ella. También pilló un par de toallas de baño por lo mismo, un albornoz de los minions, un termo con dibujos de búho para el café o el té, a la hora que empezaban las clases le iba hacer falta, una manta para el sillón de color rosa con dibujos de corazones, algunas velas con olor a frambuesa, y unas zapatillas rojas con el símbolo de Harry Potter, que habían sido más un capricho que una necesidad.

Se sentó a comer en una terraza que parecía apetecible y como estaba llena de gente, tanto de turistas como de irlandeses, dedujo que debía de estar rico y no le decepcionó. Se pidió unos calamares acompañados con patatas fritas y ensalada que le supieron a gloria.

Muy cerca del pub, se encontró con un mercado de libros de segunda mano. Pasó mucho tiempo ojeando un libro y otro, quería devorar los que encontraba a cada paso que daba. Rebeca se había desviado de la calle principal y regresó de nuevo a ella por miedo a perderse. No conocía la ciudad y no quería que, por culpa de su pasión y sus ansias por conocer lo que veía, se perdiera callejeando y no supiera regresar. Anduvo un buen tramo hasta que llegó de nuevo a O'Connell Street y aprovechó para entrar en la tienda The Body Shop, sin duda hoy se merecía una ducha relajante, con burbujas y sales de baño.

Antes de ir a casa visitó la Oficina Central de Correos de Dublín, un impresionante edificio antiguo y precioso tanto por dentro como por fuera, que según le explicó el hombre de seguridad de la entrada tenía un importante valor histórico porque en ese mismo lugar fue donde se proclamó la República de Irlanda tras la sublevación de

1916.

Entró en una tienda de souvenirs y compró un llavero con un trébol, un leprechaun y una herradura para Candela, una postal preciosa de Dublín para mandársela a Helen, le encantaba que le enviara postales de los sitios que visitaba, y una cuna para perros con forma de trébol para el nuevo miembro de la familia, Zelda.

A las ocho de la noche, y tras una visita al supermercado Tesco, que estaba al lado de su casa y de comprar lo necesario para subsistir, entró en el piso tremendamente agotada. Lo primero que hizo fue quitarse las zapatillas para que sus pies cogieran un poco de aire y colocó la compra del supermercado en la cocina.

Cuando terminó de colocar lo que había comprado durante el día de hoy, y como si estuviera poseída, entró en el cuarto de baño, y puso música, en concreto U2, escuchar al chico de esta mañana le había dejado con ganas de más. Abrió el grifo de la bañera y puso el tapón, encendió las velas que había comprado esa mañana y echó en el agua las sales marinas con un poco de jabón, colocó una toalla enrollada en lo alto para apoyar su cabeza en ella y esperó a que la bañera se terminase de llenar.

Una vez que lo tuvo preparado, se desvistió a prisa para meterse en la bañera. Al tumbarse expulsó un fuerte suspiro de relajación, movió los dedos de sus pies para desentumecerlos y cerró los ojos para disfrutar de tan deseado momento. Se quedó dormida sin darse cuenta y despertó por culpa del frío que recorría su cuerpo. No había pasado mucho tiempo, pero el agua se había quedado helada y estaba igual de arrugada que una pasa.

Se secó y se puso el albornoz que compró hoy, con unas zapatillas de estar por casa que ya traía, y fue a la cocina para picar algo antes de cenar. Pilló el móvil por el camino y leyó los WhatsApp de Candela, en los que decía la envidia que le tenía y que disfrutase mucho del viaje. Todavía no le había contado que se encontró con Ethan, como tampoco se lo había dicho a Helen, cuando se sintiese

preparada para que le aconsejasen lo haría.

Puso en un cuenco aceitunas y cortó algo de queso, y cada vez que cortaba un triángulo se lo echaba a la boca. Su móvil empezó a vibrar, vio que era María y rechazó la idea de cogerlo, no por nada malo, sino que ahora no le apetecía hablar con nadie. Quizás después de cenar y ponerse cómoda la llamase.

Cenó y se tumbó en el sofá, igual de agotada que antes de meterse en la ducha, buscó algo en la televisión y dejó Ocean's eleven, una película que había visto varias veces y que no le importaba volver a ver. Aunque no creía que terminase de verla, seguro que se iba a queda dormida a mitad de película. Cogió el móvil y llamó a María, no le parecía bien no devolverle la llamada después de lo bien que se había portado con ella.

—¿Cómo estás? —preguntó su nueva amiga al descolgar el teléfono, con ese tono de alegría que para Beca era muy característica de ella, aunque no la conociera. Desde que le cogió la mano en el avión no le dejó de sonreír ni un segundo.

—Muy bien, quería darte las gracias por los sitios que me recomendaste. Hoy he podido ver algunos y tenías razón, me encantaron —Beca se alegraba de hablar con ella —¿Tú qué tal?

—No muy bien —confesó —Beca sé que es algo precipitado y que apenas me conoces, pero ¿te importaría que me quede el fin de semana contigo?

—¿Ha ocurrido algo?

—El chico del que estoy enamorada va a venir y no me apetece mucho estar en el mismo sitio que él —a Rebeca le sorprendió, a la vez que agradeció, la sinceridad de María.

—Sin ningún problema. El viernes no tengo clases, así que si prefieres venir desde el jueves, estás invitada.

—¿De verdad? —preguntó María con un tono de agradecimiento —Muchas gracias Beca, es muy duro estar cerca de él y que se quede en mi casa no lo hace fácil.

—Es Enzo, ¿verdad? —Rebeca recordó con claridad el día en el que Ethan le contó lo vivido, como ella creyó que estaba tan alterado porque la necesitaba y que se calmó gracias a ella. Pero no fue más que fruto de su imaginación, porque él solo quería tener un rollo pasajero.

—Si —respondió escueta.

—María —comenzó a decir Beca —como médico que soy considero de vital importancia que salgamos de marcha a diario. De lo contrario, será imposible que te mejores —reconoció Beca con una sonrisa, haciendo reír a María.

—Si mi doctora dice que tengo que salir porque se trata de un caso de vida o muerte, lo haré —contestó entre risas.

A las seis de la mañana, Rebeca se levantó de la cama y se dio una ducha fría para despertarse, porque si la tomaba caliente se volvería a meter en la cama, y se vistió con unos jeans, unas zapatillas celestes y una blusa blanca con la imagen de la Torre Eiffel en ella. Cogió su mochila, metió los materiales que iba a necesitar para el curso y fue a la cocina. Se preparó un café, lo vertió en el termo de búhos y salió de casa. Lo bueno era que era martes, no tendría clases por la tarde y podría aprovechar para mentalizarse de lo que era volver a estudiar, porque para obtener el título iba a tener que pasar un examen.

El anfiteatro estaba a reventar, había muchos compañeros que Beca conocía de otras conferencias, así como muchos estudiantes de medicina que no quisieron perderselo. La primera hora fue una especie de presentación de lo que lo que iba a ser el curso y de lo que obtendrían gracias a él, así como lo que tendrían que hacer para aprobar el examen final. Muchos profesores eran especialistas cardiovasculares a los que Beca admiraba profundamente, estaba encantada.

A la una salió del anfiteatro más contenta de lo que entró, necesitaba ese primer día para no arrepentirse de haber venido y recordar que estaba en Irlanda por su profesión y no para recuperar

su corazón. De camino a la parada de bus llamó a su abuela para decirle lo contenta que estaba y que había visto a Ethan.

—Por fin me llamas —descolgó Helen —pensé que ya te habías olvidado de tu abuela.

—Jamás sería capaz de eso abuela

—¿Qué tal el curso? —quiso saber Helen entre risas.

—El primer día me ha gustado mucho, abuela, los profesores son los mejores especialistas y además me gusta cómo está organizado. ¿Zelda cómo está?

—Vaya, preguntas por ella y no por mí, muy bonito —manifestó entre risas —Las dos estamos muy bien, nos hacemos mucha compañía la una a la otra y es la princesa de la casa.

—Me alegro mucho, abuela. Por cierto, he de decirte una cosa.

—¿Qué ha ocurrido?

—No es nada grave, solo que el otro día cuando te conté lo que me ocurrió en el avión, ¿te acuerdas?

—Sí —Helen no añadió nada más.

—Se me olvidó decirte que esa chica tan simpática era la hermana de Ethan y que al otro lado de la puerta de salidas lo volví a ver.

—¡Qué dices! —exclamó su abuela asombrada —¿Cómo pudiste omitirlo? —le reprochó Helen.

—No estaba preparada para hablar del tema, pero tarde o temprano tenía que hacerlo.

—¿Estás bien? —su abuela sonaba preocupada.

—Sí, aunque saber que lo tengo muy cerquita no lo hace más fácil. Me paso el día mirando a un lado y al otro por si lo veo, y me decepciono cuando no lo encuentro —respondió Beca —Y lo que sentí al verlo lo hace más difícil.

—Es normal —indicó Helen —pero vete preparándote porque si no me equivoco, que muy pocas veces lo hago, te irá a ver más de una vez

—Eso no va a ocurrir abuela, no digas chorradas.

—Cuando pase, me hablarás a mí de chorradas —su abuela se reía ante la inocencia de su nieta.

Capítulo 24

Ethan no dejó de pensar en la última conversación que mantuvo con su madre, en lo mucho que le escoció que dijera que se alejara de Rebeca y en lo mucho que le dolió apartarse de ella. Tenía la cabeza hecha un auténtico lío, sin embargo, sus sentimientos parecían estar más claros que nunca. Había intentado que no le gustara, obligarse a pensar que no era más que un rollo pasajero y ocurrió lo contrario. Por mucho que se empeñara en creer lo que no era, la vida pasaba a su lado dándole una gran lección. Y es que en los sentimientos nadie mandaba y si seguía haciendo el imbécil iba a perder lo mejor que había tenido.

Habían pasado varios días desde que la vio en el aeropuerto y había tenido que luchar contra sus instintos más primarios para no ir a su piso y hacerle el amor como llevaba deseando desde que se separó de ella. También quería llamarla, pero tras apretar el botón colgaba al instante, era un ritual que hacía unas mil veces al día. Ethan pensaba que llamarla no era la mejor manera de volver a conquistarla, quizás acabaría por agobiarla. Lo mejor sería ir poco a poco, con pequeños detalles que le hicieran recordar lo bien que estuvieron juntos, aunque él se empeñara en creer lo contrario.

Para Ethan era más fácil cuando creía que ella estaba en Holanda y no la tenía cerca para ir a verla o, simplemente, robarle un beso. Ahora que estaba a pocos kilómetros de distancia de su casa, las ganas de ir a por ella eran más grandes y crecían dentro de él como un torbellino que arrasaba con lo que se interpusiera en su camino. Tenía mucho que agradecer a su trabajo porque gracias a la música conseguía evadirse del mundo y podía estar varias horas currando, y había apaciguado a la bestia que soñaba con estar entre sus brazos.

En esos momentos se encontraba en el estudio que tenía en su casa de Dublín, desconectado literalmente, sin móviles, sin tablets, sin distracciones, él y la música. Únicamente con su ordenador, sus mesas de mezclas y varios vinilos desperdigados por su mesa de trabajo. Aunque solía hacerse la música por ordenador, a Ethan le gustaba más como sonaban los vinilos y le encantaba mezclar alguna nueva canción con una vieja, el sonido que se conseguía era increíble, y a la gente le gustaba, sino no estaría considerado uno de los mejores DJ.

Se fijó en la hora que marcaba el reloj de su ordenador y salió por patas, había quedado en recoger a Enzo en el aeropuerto. Iba a matarle porque llegaba casi dos horas tarde, se quería olvidar de una persona y al final se había olvidado de la civilización, menos de ella. De camino al aeropuerto le llamó y habló a través del bluetooth del coche para decirle que estaba en camino, que se le había ido el santo al cielo.

A pesar de que no tenía por qué coger la calle en la que vivía Beca para ir al aeropuerto, lo hizo, había cosas a las que no podía resistirse y esa era una de ellas. Como si lo hubiera planeado, la vio caminando, enseguida la reconoció, era imposible no hacerlo, su increíble pelo rojo recogido en dos trenzas espigas, su andar inconfundible y su radiante belleza la hacía brillar por encima de cualquiera. El resto de personas parecieron oscurecerse y ella era la única que destacaba con luz propia. Ethan sonrió al verla de frente, disfrutaba de observarla sin ser visto, sin recibir su mirada fiera o sus afiladas palabras.

Un sonido estridente le obligó apartar la vista de Beca y se percató de que las personas que pasaban a su lado le gritaban y le enseñaban el dedo corazón. Ethan se había quedado parado en medio de una intersección y estaba interrumpiendo el paso a los coches. Volvió la vista por última vez hacia Beca que ahora miraba directamente, con su mano puesta en la frente para proteger sus hermosos ojos verdes

del sol, la nariz la tenía arrugada por culpa de los rayos que lograban atravesar su barrera y la boca dibujaba media sonrisa. Levantó la mano para saludarlo y él sonrió ilusionado, los pies le temblaban tanto que era incapaz de mover el coche, que ella le hubiera saludado con una sonrisa merecía los pitidos.

Los latidos de alegría de su estúpido corazón se paralizaron. No era a Ethan a quien saludaba, era otro chico, uno no más alto que Beca, de pelo castaño, piel morena, pero no tanto como la de él, y poco más podía decir porque le daba la espalda. Los pitidos se volvieron más insistentes y esa vez se obligó a acelerar, pasó al lado de ellos y Beca le miraba a él. Había llamado la atención de la calle al bloquear el paso tanto a los conductores como a los peatones, que lo insultaban cada vez que se ponían a su altura, pero a él le daba igual.

Justo a la altura de Beca, el semáforo decidió ponerse en rojo y Ethan paró al lado de la feliz pareja. Subió el volumen de la radio y se puso a cantar Thong Song de Sisqo a pleno pulmón, movía las manos como si fuera un rapero experto, hacía lo que fuera para no girar la cabeza y verla de frente. Ethan sabía que le estaba mirando, sus ojos taladraban la ventana del coche y llegaron directamente a él, pero pasaba de girarse, cantó y movió su cuerpo al ritmo de la música. En cuanto el semáforo cambió de color, aceleró como si de una carrera de la película a Todo Gas se tratase, para dejar de sentirla lo antes posible. Unos minutos más y probablemente la bestia que había en él se hubiera apoderado de su cuerpo para bajarse del coche, coger a Beca y llevarla a su casa.

Ethan llegó al aeropuerto sin borrar de su mente la imagen de Beca sonriendo a otro, y en la entrada se encontró a Enzo que lo primero que hizo fue enseñarle el dedo corazón, algo que hoy ya se había convertido en lo habitual. Además, no dejaba de mirar el reloj una y otra vez, como si Ethan no supiera lo tarde que era.

Se subió al coche, después de colocar la maleta en el portabultos, y le soltó una retahíla de insultos tanto en inglés como en español y

alguno de los pocos que conocía en francés. Cuando terminó, miró a Ethan a la cara y empezó a reírse. Era lo que tenía Enzo, lo mismo te insultaba como te daba un abrazo y te decía que te quería, sus enfados eran pasajeros, una vez que se desahogaba, para él no había pasado nada.

La canción Dream On de Aerosmith invadió el coche, Enzo la subió un poco más, seguro que Irlanda entera escuchaba la canción, y se pusieron a cantar como si fueran dos grandes roqueros. Ethan hacía el sonido de la batería con una de sus manos en su muslo, mientras que la otra la mantenía en el volante, y Enzo hacía como si tocara la guitarra, sin que ninguno dejase de cantar.

La canción se interrumpió por una llamada entrante, Ethan echó un vistazo en la pantalla de la radio de quien se trataba e inconscientemente miró a su amigo, se trataba de su hermana. Él le hizo un gesto con la mano, para que supiera que no pasaba nada porque lo cogiera.

—¿Qué quieres pesada? —le preguntó Ethan nada más descolgar.

—Yo también te quiero —contestó María con un suspiro — ¿Vienes a casa a comer? Mamá no para de preguntar por ti, que si hace dos días que no sabe nada, que si estás cabreado con ella por no sé qué conversación, y me tiene loca la cabeza. ¿Vienes? Dime que si o me mato.—amenazó su hermana.

—Vamos Enzo y yo —confesó entre risas.

—Ah, esto... —empezó María nerviosa, como Ethan sabía la verdad no se molestaba en ocultar sus emociones —Hola —terminó de decir.

—Hola, peque —murmuró Enzo con una sonrisa bobalicona. Ethan le miró con las cejas fruncidas y le hizo señales, moviendo la boca sin producir sonido. «¿Peque?» preguntó. Su amigo elevó los hombros y se rio, «es cosa nuestra», le respondió de la misma manera.

—María, ¿sigues ahí? —insistió Ethan, al ver que había pasado un rato y su hermana no hablaba.

—Sí, sí, nos vemos luego. Te quiero.

—Y yo a ti —reconoció Enzo casi al instante. Ethan no pudo evitar soltar una carcajada ante la rapidez de su amigo. Ya no tenía que ocultar nada delante de él y Enzo no se cortaba un pelo en decirle las cosas a María. Ella tosió nerviosa, Ethan se la imaginó roja como un tomate, pero con esa sonrisa que ponía cuando algo le agradaba mucho.

—A ti no era —y colgó al instante para evitar la réplica de Enzo, Ethan no dejaba de reír ante la situación. Jamás pensó que entre ellos dos pudiera existir algo, pero había visto como eran el uno con el otro y no entendía por qué estaban separados.

—¿Esa es la mejor manera que tienes para recuperarla? —interrogó Ethan entre risas. Su amigo le devolvió la sonrisa y le picó el ojo.

—La conseguí una vez, no tengo ni puta idea de cómo lo hice, pero si fue siendo yo mismo, es lo que pienso hacer.

El resto del camino lo pasaron en silencio, escuchaban la música que sonaba y enfrascados en sus propios pensamientos. Al llegar a casa de los padres de Ethan, Enzo estaba más nervioso que nunca, su amigo enseguida se dio cuenta y le puso una mano en el hombro, en un intento por tranquilizarlo.

—Tengo ganas de verla, pero estoy aterrado por lo que me pueda encontrar —dijo con una triste sonrisa.

—¿A qué te refieres? —Ethan estaba extrañado —Te vi bastante cómodo hablando con ella.

—Temo su rechazo, verlo en sus ojos, en sus gestos, y en sus palabras. Quiero que sepa que no la he olvidado, pero es difícil hacérselo saber cuándo ha puesto ante nosotros una enorme muralla. Me da igual hablar con ella en plan coña para intentar hacerla reír, pero a la hora de la verdad algo me frena, puede que me haya olvidado.

—¿Por qué crees que te ha olvidado?

—Hace mucho que no hablamos y aunque venga aquí y le obligue a recordarme, no he cuidado su amor. Si no se cuida, se marchita y cae en el olvido, es ley de vida, y me atormenta pensar en que ese será mi final.

—Entra ahí —dijo Ethan señalando a la casa de sus padres —y hazle saber que un amor como el de vosotros no se olvida por mucho que ella se empeñe en hacerlo. Búscala, conquístala, enamórala de nuevo y cuídala Enzo. Ella se lo merece, los dos os lo merecéis. —Su amigo asintió con la cabeza y se bajó del coche sin mirarlo.

Tal y como había presentido Enzo, María se mostró esquiva, pero Ethan tenía la sensación de que no era porque hubiera dejado de sentir, sino al contrario, su hermana seguía enamorada de su mejor amigo. Él, cansado de intentar llamar la atención de María sin conseguirlo, se fue a la habitación que Matilda siempre le tenía preparada cuando sabía que iba a visitarnos. Enzo le agradeció a la madre de Ethan lo que hacía por él y se marchó del comedor, dejando a su amigo preocupado.

Ethan esperó un tiempo prudencial con su familia, estuvo un rato con ellos en el salón tras el almuerzo, y fue en busca de Enzo. Tocó la puerta de su habitación, no muy fuerte por si estaba dormido, pero la voz al otro lado de la puerta le despejó las dudas

—¿Te encuentras bien? —Ethan entró en la habitación.

—No mucho, ¿has visto cómo ignoraba mis preguntas? Parece que he dejado de existir para ella —respondió sin abrir los ojos. Estaba tumbado en la cama, con las manos colocadas en ningún sitio en concreto, y las piernas estiradas del mismo modo.

—No sé qué decirte Enzo, ni siquiera sé cómo arreglar lo mío, como para darte consejos con lo tuyo —Ethan se sentó a los pies de la cama.

—Tranquilo, te entiendo y no necesito consejos, solo un amigo.

—¿Vamos a mi cuarto y vemos una de nuestras películas? Esas que por mucho que veamos nos seguimos riendo como la primera

vez o más —preguntó Ethan sonriendo, anticipándose a la reacción de su amigo.

—Por favor —gritó levantándose de la cama —estoy entre dos. ¿Cazafantasmas o Los Goonies? —dijo más alegre —Tú eliges.

—¿Por qué no las dos? No tenemos nada mejor que hacer.

—Gracias por ser un amigo —agradeció Enzo, después de colocar Los Goonies en el blu ray que estaba en la habitación de Ethan.

—No me las tienes que dar.

Tras horas encerrados y varias películas terminadas, sin bajar siquiera al salón para cenar, Enzo se marchó a su habitación a descansar. Ethan se quedó pensativo y dudaba si poner otra película o no, apenas tenía sueño y no dejaba de pensar en Beca con ese otro chico. Durante el día casi ni se había acordado de la escena que vio esa mañana, estaba demasiado preocupado por su amigo, ahora a solas en su habitación era en lo único en lo que podía pensar.

Suspiró cansado e insertó otro disco en el blu ray, esta vez se trataba de la serie de Los Soprano, si sus predicciones eran acertadas tardaría en coger el sueño y por lo menos con esto podía estar entretenido, le flipaba la serie.

Cuando estaba a punto de empezar el cuarto capítulo puso pausa, cogió su pijama que se basaba únicamente en un pantalón y se marchó al baño para darse una ducha refrescante. De regreso a su habitación escuchó el inconfundible susurro de su hermana María que parecía estar hablando con alguien. Se acercó sigiloso a lo alto de las escaleras con una sonrisa en los labios, creía que era con Enzo con quien hablaba y deseaba que las cosas saliera bien entre ellos. Se la encontró sentada en el último escalón, le estaba dando la espalda, con la cabeza gacha, los hombros caídos y el móvil pegado a la oreja. Bajó los escalones en silencio, preocupado y con curiosidad por escuchar que le pasaba a su siempre alegre hermana.

—No puedo seguir, verlo es más de lo que puedo soportar — consiguió escuchar cuando estaba a solo un escalón de distancia.

Ethan se sentó detrás de ella y le dio un fuerte abrazo desde atrás, ella se quedó rígida al principio hasta que se dio cuenta que se trataba de su hermano y se apoyó en su pecho, dejándose mimar. Una voz al otro lado del teléfono le habló a su hermana, por el tono dedujo que era una chica, pero no supo de quien se trataba, hasta que su hermana dijo su nombre y entonces fue el turno de Ethan de ponerse rígido.

—Beca muchas gracias, te debo una —se despidió de ella y colgó.

Poco a poco el cuerpo de él se relajó, quería preguntarle a su hermana que había ocurrido, cuál era el favor era el que le debía a Beca, pero no quería ser un controlador posesivo y menos cuando sabía que estaba con otro.

—¿No tienes nada que contarme? —solicitó su hermana tras unos minutos en silencio. Los dos seguían abrazados y ella giró un poco la cabeza para mirarle por el rabillo del ojo.

Ethan le miró extrañado, sin saber a qué demonios se refería, al bajar la vista y mirar la sonrisa maliciosa de su hermana, supo sin ninguna duda que Beca le contó el incidente de esta mañana. Se odió a si mismo por haber quedado en ridículo delante de ella y su estúpido novio, seguro que se burlaron de él.

—¿Te refieres a qué provoqué un atasco de cojones y no me estampé de puro milagro porque solo podía mirar a Beca? —Ethan se reía de sí mismo.

—No, me refiero a que te pusiste a cantar Thong Song como si fueras un reconocido rapero. —respondió María, consiguiendo unas fuertes carcajadas de Ethan —¿En qué pensabas? —María le acompañaba con su risa.

—Si te soy sincero quería ocultarme y hacerme el loco.

—Pues conseguiste el efecto contrario —reconoció entre risas — Aunque loco sí que pareciste.

—¿Quién era él? —preguntó sin poder controlarlo. Los celos se estaban apoderando de él y por mucho que quisiera, no podía

deshacerse de esa incomoda emoción.

—Habla con ella Ethan, que yo te cuente su vida o los pasos que hace a diario, no te va a servir de nada —él asintió con la cabeza, sin estar convencido con su respuesta y con la sensación de que no le decía la verdad porque sabía que le iba a doler. Su hermana siempre había sido protectora con él e intentaba que no sufriera.

—No hace falta que te vayas —dijo Ethan tras unos segundos de silencio —Mañana nos vamos a mi casa, Enzo quiere trabajar en una canción y lo hacemos mejor en el estudio.

—De todas formas prefiero irme, no quiero estar con un vacío en el estómago y asustándome cada vez que alguien toca la puerta por si se trata de él, o temerosa de quedarnos a solas y que me mienta al decirme cuánto me quiere.

—María, él te quiere —le depositó un beso en la coronilla.

—Sí así fuera, no me habría dejado para poder disfrutar del resto de las mujeres.

—Quizás exista alguna explicación —insistió Ethan.

—Ya no quiero saberla, es demasiado tarde para nosotros.

Capítulo 25

La mente de Rebeca evocaba una y otra vez la imagen de Ethan cantando en el coche como un loco y, cada vez que sucedía, se reía sola y parecía igual de loca. No era presuntuosa, pero sabía que lo hizo para no mirarla, seguramente creyó que Richard era algo más que un simple compañero de trabajo con el que coincidió en el curso.

Esa mañana se preparó lo más rápido posible, el despertador había decidido quedarse sin pilas a mitad de la noche y no la despertó. Odiaba dejar el móvil encendido o cerca de la mesilla de noche, prefería seguir manteniendo las tradiciones antiguas y poner el despertador, aunque cuando no sonó se arrepintió de ello. Se dio una ducha rápida, se puso unos jeans, una camisa de botones color mostaza con pequeños dibujos de estrellas blancas y sus zapatillas blancas. No pudo comer, ni prepararse el café antes de salir de casa, y en estos momentos, en medio de una de las conferencias, estaba deseando salir para comerse un delicioso cruasán acompañado de una buena taza.

Al terminar la primera clase, cerca de las once de la mañana, Beca salió a la cafetería para desayunar, el ruido de su barriga molestaba a sus compañeros y a ella misma. Entró en el baño para arreglarse un poco, le daba igual ir maquillada o no, pero tenía los pelos como el mismísimo Mufasa.

Se miró en el espejo e intentó domar un poco su pelo, fue una tarea imposible, estaban tan rebelde que ni se sostenía en una coleta. Pasando un poco de todo, se lo soltó y lo atizó dándole volumen, de perdidos al río, y fue comer, que era lo que más necesitaba. A mitad de camino recibió un WhatsApp de María en el que le decía que ya estaba en Dublín y que, si podía ir a la Universidad a coger las llaves

o esperaba a la hora de comer. Rebeca le contestó diciéndole que estaba en la cafetería del campus por si le daba tiempo de pasarse y le mandó su ubicación para que supiera como llegar. Casi al instante recibió una extraña respuesta, en ella María le pedía perdón por lo que iba a pasar y le perjuraba que lo había evitado a toda costa.

«María: Beca me paso ahora, estoy a muy pocos minutos de tu universidad. Siento lo que va a pasar, yo tampoco estoy cómoda e intenté escaquearme, pero fue imposible. Perdóname.»

Beca se sentó en una de las mesas más apartadas para estar tranquila, sin dejar de mirar el móvil. Leyó el mensaje con las cejas fruncidas y la mente le iba a una velocidad vertiginosa. A lo mejor María le pedía perdón por quedarse en su casa cuando apenas se conocían, pero no cuadraba con que hubiera querido escaquearse. Dejó de descifrarlo porque su cuerpo necesitaba gasolina y optó por hincarle el diente al cruasán vegetal que se había pedido.

La respuesta al mensaje de María llegó sola, el muy capullo había venido junto a su hermana, y no podía culpar a María, conocía la insistencia de Ethan y seguramente habría chantajeado a su hermana con mil cosas, además de haberle puesto su estúpida y adorable cara de niño bueno a la que no pudo resistirse.

—¡Qué guapos son! —escuchó decir a una joven universitaria. Su amiga asintió, sin apartar la vista de la puerta —Debería estar prohibido que vayan juntos.

Intentó no mirarle, por unos segundos dejó su vista fija en el cruasán que se estaba comiendo y, tras mantener una dura batalla consigo misma, perdió la guerra y levantó la vista para volver a verle. Al mirar de nuevo hacia la puerta se quedó sin respiración, la chica de la mesa de al lado tenía razón, debería de estar prohibido que los dos estuvieran juntos, podrían provocar cualquier accidente porque, una vez que los veía, era imposible apartar la vista de ellos.

Enzo y Ethan entraban en la cafetería uno al lado del otro, sonrientes, y atraían las miradas de las chicas y chicos del local. Beca tuvo la sensación de que, por sus andares, eran conscientes de que el mundo les observaba, pero les importaba una mierda. Los ojos de Rebeca no se apartaron de Ethan ni por un segundo, de su cara, su cuerpo, y pensaba en como narices podía estar tan bueno.

Sonrió al ver cómo iba vestido, jamás habría pensado que el estilo surfero le pusiera tanto, pero estaba claro que si lo hacía. Le encantaba verlo con unos simples bermudas de baño de color naranja, una camiseta blanca con la imagen de un chico cogiendo una ola, unas alpargatas del mismo color que la camiseta y sus gafas de vista.

María estaba detrás de ellos, apenas se la veía tras la espalda de los dos DJ, tenía la cara roja como un tomate, se notaba que no lo estaba pasando bien y Beca se compadeció de ella. Anoche la había llamado para decirle que no soportaba estar cerca de Enzo después de lo que habían vivido. No podía verlo y no acariciarlo siquiera, le dolía más de lo que esperaba. Estar cerca de él en estos momentos le tenía que hacer el mismo daño, o más, del que le hacía a Beca estar cerca de Ethan.

Rebeca levantó la mano para llamar la atención de su amiga, que se puso a mirar de un lado para otro del local, pero fue otra persona la que miró. Ethan le sonrió al verla, con esa sonrisa que a Beca le provocaba una parada cardíaca al instante. Si no llegara a estar sentada, probablemente se hubiera caído al piso del impacto que le provocó esa maldita sonrisa y su mirada dulce. Verle de nuevo, generaba en Beca un millón de sensaciones juntas, entre las que se encontraba estar al borde del desmayo.

Ethan se acercaba sin apartar los ojos de ella, Beca se sintió como una presa a punto de ser devorada por un auténtico y sexy depredador. Sus increíbles ojos azules se volvieron más oscuros de lo normal, su sonrisa se transformó de dulce a maliciosa, casi salvaje, su

cuerpo estaba en tensión, y en sus brazos se marcaban cada uno de los músculos.

María se hizo un hueco entre Ethan y Enzo y se lanzó a los brazos de Beca, sin dejar de pedirle perdón por haber venido con ellos. En silencio, Rebeca agradeció que hubiera interrumpido la conexión que había surgido entre ambos, si seguía mirándola probablemente sería Beca la que se habría tirado a los brazos de Ethan.

—Fueron a la estación de tren y me obligaron a subir al coche — balbuceó María cerca de la oreja de Beca —Les dije que quería venir sola, que no hacía falta que me llevaran a ningún sitio, pero juntos son insufribles. Enzo me colocó en sus hombros, como si fuera un saco de patatas y me metió en el coche. ¿Te lo puedes creer? —estaba indignada.

Beca miró a Enzo que, como si supiera de lo que estaban hablando, quizás la mirada de ella la delató, levantó los hombros y le sonrió pícaro dándole a entender que no había hecho nada malo. Rebeca empezó a reírse sin poder aguantarlo, entre los nervios que tenía por estar cerca de Ethan, que además los que estaban en la cafetería miraban en su dirección, y la imagen de María en los hombros de Enzo, pudo con el poco autocontrol que le quedaba.

—¿Por qué te ríes? —María la miró a la cara, con la suya roja como un tomate de la vergüenza que había debido de pasar.

—Yo.... —intentó decir entre risas —Es que te imagino a ti tan digna y a él cargándote al hombro en medio de la estación y no puedo evitarlo, perdón —María le miró con los ojos como plato, pero al cabo de unos segundos se rio.

—Fue de lo más bochornoso —consiguió decir María —Deja de reírte —le recriminó —Lo pasé fatal.

—Me imagino, si yo estoy pasando vergüenza sin que me hayan cogido así, no quiero saber tú.

—Hola Beca —dijo Enzo al llegar a su altura —¿María puedes soltarla? Me encargaría abrazar a la bellísima Doctora.

—Tú siempre tan adulator —Beca se acercó a él y le dio dos besos —¿Cómo te ha tratado la vida durante este tiempo?

—No tan bien como a ti —respondió con su sonrisa picarona.

—Calla, o me sacarás los colores —Cualquiera que los viera, creerían que estaban flirteando.

—¿Qué te has hecho en el pelo? Estás guapa —afirmó.

—Hay días en los que una no tiene fuerzas ni para peinarse, y este es uno de ellos —reconoció Beca entre risas.

—En serio —murmuró en su oreja, dándole un abrazo —estás muy guapa, aunque parezcas el mismísimo rey león.

—Eso mismo pensé cuando me miré al espejo —le susurró Beca antes de soltarse del abrazo —Si quería pasar desapercibida, me lo habéis puesto muy difícil —señaló con una sonrisa, mirando directamente a Ethan. Él le devolvió la sonrisa y despertó a las mariposas que habitaban en el estómago de Beca y solo él conseguía darles vida.

—Nosotros vamos a pedir algo —Enzo se agarró a María y fueron a la barra. Ella al principio se resistió un poco, hasta que Enzo entrelazó sus manos y dejó de hacerlo.

María estaba en la misma situación que Beca, aunque quisiera, jamás podría resistirse a él. Volvió a mirar a Ethan, consciente de que se habían quedado solos y, aunque el resto les observaban, para ellos existían el uno y el otro.

—Tenía que verte —indicó Ethan— odio esta situación, saber que estás en el mismo lugar que yo y no poder hablar contigo.

—Ethan, ¿qué quieres de mí? —Beca tenía la boca seca. Él se había acercado y ahora estaba cerca, demasiado cerca para que ella pudiera pensar.

—Difícil pregunta —acarició la mejilla de Beca con su mano derecha que le hacía recordar los maravillosos días que pasaron en Holanda.

A pesar de no haber tenido un bonito final, Rebeca no se

arrepentía de nada, ni de cancelar la boda, ni vivir con un desconocido, y mucho menos se arrepentía de haberse enamorado de él. Lo único era que, si era sincera consigo misma, le habría gustado tener más poder sobre ella. En esos momentos, con esa mirada, esa sonrisa, esa caricia y con sus cuerpos tan pegados el uno al otro, en lo único que era capaz de pensar Beca era en que callara sus miedos con un beso.

—Fácil respuesta —continuó Ethan, sin ser consciente del calvario que había en el interior de ella —No quiero nada de ti Beca, te quiero a ti —La boca de ella se secó más aún con su respuesta, como si se hubiera tragado arena de la playa, le pesaba la lengua y le costaba hablar.

Él dejó descansar su frente sobre la de ella, igual que hacía cuando estaban juntos. Beca se pasó su lengua por los labios, en un intento por darle la hidratación que necesitaban, y él siguió el recorrido con una mirada salvaje, hambrienta. Rebeca sintió un cosquilleo en su parte más íntima y se obligó a mostrarse fuerte y segura, aunque lo que deseaba era ir a un lugar más íntimo para que le calmara el vacío que sentía.

—Tengo que volver a clases —No quería cometer los mismos errores y no le iba a dar el gusto sólo por decirle que la quería a ella, aunque se hubiera derretido con su respuesta.

—Beca, ¿por..

—Ethan, basta —le interrumpió Beca, conocedora de que si le escuchaba de nuevo, si le volvía a decir que la quería, por muy falsas que fueran sus palabras, no iba a poder resistirse —le doy las llaves a tu hermana y me marcho —y se alejó de él para marcar distancia entre sus cuerpos.

Por mucha distancia que Beca quisiera marcar, sentía la mano de él en su mejilla, el peso de su cabeza en la frente, el roce de su respiración en sus labios, y la mirada de Ethan parecía acariciar su cuerpo mientras iba en busca de María.

—¿Nos vamos?—preguntó María al verla aparecer. Beca se encontró con un sonriente Enzo y una sonrojada María y dedujo que el tiempo que ella había luchado por esquivar a Ethan, ellos lo habían aprovechado demasiado bien.

Rebeca le dejó las llaves a María y se despidió con un simple adiós, no se encontraba bien, no mientras él estuviera tan cerca de ella, y se marchó de la cafetería sin dejar de sentir la mirada de Ethan en su nuca.

Una chica la abordó a mitad de camino, primero se puso a su altura, la miró e hizo ademán de querer preguntarle algo, pero cerró la boca casi al instante. Entró en el auditorio con ella pegada que aprovechó para sentarse a su lado. Beca notaba sus miradas insistentes hasta que se agobió y le devolvió la mirada, demasiado enfadada por su descaro

—Hola —dijo la chica con una sonrisa.

No parecía ser mucho más mayor que Beca, de pelo rubio muy claro, casi blanco, ojos marrones, piel blanca y, aunque le diera coraje reconocerlo, era muy guapa y si quisiera podría tener a cualquiera, incluso a él. Sacudió la cabeza, enfadada consigo misma, y sacó tales pensamientos de ella. Nunca había tenido celos por nadie y menos con una chica que no le había hecho nada.

—Hola —le respondió Beca, más cortante de lo que quería ser.

—Eres Rebeca Donovan, la nieta de Aleksander Donovan, uno de los cirujanos con más prestigio en Holanda, ¿verdad? —Enseguida Beca se dio una bofetada mental, ella solo quería hablar de medicina.

—Así es —puso una sonrisa fingida con la que trató pedirle perdón por la contestación tan brusca —¿Cómo te llamas?

—Soy Hannah, estoy terminando medicina y tú abuelo es un gran referente para mí. Me encantaría ser la mitad de bueno que él, y que tú, soy consciente que estoy ante su indiscutible sucesora.

—Gracias —se sentía avergonzada ante el halago —Si te lo propones y luchas por ello, llegarás a donde quieras.

—¿Y estás con Ethan Hawks? —Beca volvió abofetearse por no confiar en sus instintos, estaba claro que tenía ganas de preguntarle por él.

—No es de tu incumbencia —volvió a ser seca, con la vista de nuevo en el escenario.

—Lo siento, quizás me haya excedido. ¿Podrías presentármelo?

—Sigues excediéndote —Beca paseó su mirada por el auditorio y buscó otro sitio que estuviera lo más alejado de Hannah.

Unos asientos por detrás de ella, Richard le hizo señales con la mano y le enseñó un asiento vacío a su lado. Sin pensárselo se levantó y se sentó junto a él, era mejor que aguantar a esa chica que quería conocer a Ethan.

En el almuerzo, llamó a María para comprobar que estaba bien y hablar de lo que había sucedido hoy. Le contó que el tiempo que estuvieron ella y Enzo a solas él no dejó de halagarla y decirle cuanto la echaba de menos, cosa que le había encantado, y Beca le contó que una fan de su hermano le pidió que se lo presentara. Ambas se despidieron con ganas de que finalizaran las clases para verse y seguir con los cotilleos de este extraño día.

Rebeca evitó a Hannah a toda costa, lo que provocaba las fuertes carcajadas de su compañero Richard que, desde que le contó lo que ocurrió con ella, no había dejado de burlarse, aunque también ejercía de guardaespaldas.

Las clases al fin terminaron y volvió a llamar a María para saber que le apetecía cenar y decidieron quedar en un Pub cerca de casa. Durante la cena hablaron de como ella se hizo médico, porque María acabó estudiando en Madrid y viviendo en Gran Canaria, le explicó por encima, sin entrar en detalles, como se enamoró de Enzo y ella le contó que el día que conoció a su hermano supo que le iba a volver loca.

—¿Qué ocurrió la primera vez que lo viste? —quiso saber María, tras darle un sorbo de la segunda cerveza.

—Fue muy extraño, después de la intervención no podía quitarle los ojos de encima. Si la anestesista no me hubiera echado de la sala, me podría haber quedado la noche entera mirándolo —añadió Beca con una sonrisa de añoranza.

—Bueno, yo la primera vez que lo vi acabé enredada en sus sábanas —María tenía su cara teñida de rojo.

—¿Por qué no hablas con él? —indagó Beca entre pinta y pinta.

—Sufrí mucho, entiendo que me haya querido mentir por creer que me hacía un favor y demás, pero ¿y las llamadas sin contestar, los mensajes sin leer, las noches en vela, y los vómitos por culpa de los nervios? ¿Qué pasa con eso? Pasó casi siete meses hasta que se dignó aparecer de nuevo y en ese tiempo tuve que aprender a vivir sin él, ahora que lo he conseguido porque él me ha obligado, merezco más que un «*pensé que era lo mejor*» —dijo la última frase haciendo las comillas con los dedos.

—¿Cuánto ha pasado?

—Año y medio, más o menos —confesó melancólica —Y tú qué, ¿por qué no le perdonas? —María cogió uno de los nachos que acababa de servir el camarero.

—No quiero estar con alguien que duda tanto, hoy prometo bajarte la luna y al día siguiente me acojono y quiero huir. Él mismo, con sus actos y palabras, hace que no sea lo mejor para mí.

—Beca le dijiste que no podrías estar con alguien como él, tampoco te quedaste callada —alegó en defensa de su hermano.

—Estaba dolida.

—No por ello le hiciste menos daño.

—Está bien, no quiero discutir con la única amiga que he encontrado en Irlanda.

—No soy nada imparcial cuando se trata de mis hermanos, culpa mía —dijo con una sonrisa.

Capítulo 26

Ethan no había pegado ojo, cada vez que los cerraba estaba en la cafetería frente a Beca, acariciaba su rostro y, esta vez, cuando descansaba su frente en la suya no lo rechazaba, se dejaba besar y lo besaba con ganas.

Harto de dar vueltas sin sentido, y de colocarse las sabanas, apartarlas, volvérselas a poner sin olvidarse de ella, decidió ir al estudio a trabajar. Se sorprendió al ver a Enzo con los cascos colocados y la mirada fija la pantalla de su Mac. Tenía la música tan alta que se escuchaba en toda la habitación, no dejaba de negar con la cabeza, saltaba de una canción a otra, y decía algún que otro taco con voz frustrada.

Se acercó a él sin que se diera cuenta de su presencia y se sentó a su lado, le dio un pequeño toque en el hombro para que supiera que había llegado, Enzo giró la cabeza y sonrió al verlo. Los dos conocían el motivo del insomnio del otro, así que ni preguntaron, estaba de sobra. Ethan encendió su portátil y se colocó sus cascos Sennheiser, aunque se hubieran puesto de moda los Beats para Ethan no había otros mejores. Les tenía especial cariño porque eran los primeros que tuvo, se los regaló su hermano hacía muchos años y se escuchaban de narices a pesar de ser viejos.

Entró en su cuenta de iTunes con ganas de oír las últimas mezclas que hizo y saber la acogida que habían tenido, pero acabó por buscar una canción de Bon Jovi. Una con un título muy especial, Always.

Sin darle importancia a que su colega estuviera a su lado y las burlas que pudiera recibir por ello, empezó a cantar, movía las manos como si estuviera tocando la batería y las abría de par en par al llegar a la estrofa, se acordaba de ella a cada momento y deseaba que

estuviera delante para dedicarle la canción de principio a fin. Algún día lo haría, no tenía dudas.

*«And I will love you, baby, always
And I'll be there forever and a day always
If you told me to cry for you, I could
If you told me to die for you, I would
Take a look at my face, there's no price I won't pay
To say these words to you
Well there ain't no luck in these loaded dice
But baby if you give me just one more time
We can pack up our old dreams and our old lives
We'll find a place where the sun still shines
And I will love you, baby, always
And I'll be there forever and a day, always
I'll be there till the stars don't shine
Till the heavens burst and
The words don't rhyme
And i know when i die, you'll be on my mind
And ill love you always»*

La canción terminó y se quedó mirando la pantalla, más desahogado gracias a los gritos que había dado y los movimientos de brazos, pero frustrado y consciente de que le faltaba algo importante. Miró a su izquierda, Enzo estaba tan preocupado con lo suyo y en encontrar esa dichosa canción que tenía en la cabeza, que ni se había dado cuenta del concierto en directo que le acababa de ofrecer. Suspiró abatido y retomó su trabajo, entró en su playlist y se puso a escuchar las mezclas.

Entre canción y canción, estudiaba los temas que estaban en lo alto de las listas, y una idea creció en su cabeza. Con una buena base de fondo y una dulce voz de chica la remezcla de Always podría ser un buen pelotazo.

Miró el reloj, apenas era las cinco de la mañana, si se le ocurría llamar a cualquiera para proponerle esta idea le mandaría a la mierda y con razón, él haría lo mismo. Comentó con Enzo su idea y se ofreció para ayudarlo en la base, primero había que trabajar en ello y después contactar con quien fuera necesario.

Se pasaron horas y horas creando una base, algo que pudiera pegar con la canción, que la hiciera dance, pero sin romper la esencia, era demasiado trabajo para conseguirlo en solo unas horas. Ethan volvió a mirar el reloj que marcaban las once de la mañana y su cuerpo le avisaba de que, le gustara a él o no, tenía que descansar. Enzo también se marchó a sabiendas de que debía estar al cien por cien para conseguir esa mezcla que buscaba y para ayudar a Ethan a crear una buena base.

Al contrario de lo pasado durante parte de la noche, se quedó dormido al meterse en la cama y, aunque ella volvía a estar presente, no quería despertar. Quería estar con Beca, ese era el mejor lugar del mundo, a su lado.

La vibración del móvil se coló en sus sueños y le obligó abrir los ojos, contestó somnoliento, sin mirar la pantalla. La voz de su hermana respondió al otro lado que quería saber cómo estaba, se preocupaba por él, aunque le siguiera pareciendo fatal que la obligaran a subirse al coche de aquella manera. Ethan le prometió llamarla después, estaba exhausto para formar alguna frase coherente, y se volvió a quedar dormido con ganas de volver a estar con Beca, aunque solo fuera fruto de su imaginación.

Se despertó a la tres de la tarde por culpa de un aullido, se quedó sentado en la cama, alterado, sin saber quién narices había gritado, hasta que recordó que estaba en su casa con Enzo. Se levantó y corrió despavorido en su busca, preocupado para saber qué pasó.

—La encontré —dijo Enzo abriendo la puerta de su habitación, antes que él—. Soñé con la puñetera canción, ya tengo mi mezcla, cuando termine vamos a por la tuya —continuó. Ethan le miraba

mosqueado, con ganas de estrangularle —¿Te he despertado? — preguntó Enzo al ver la cara de su amigo.

—Sí —contestó Ethan sin más.

—Puede que me haya excitado demasiado —indicó a modo de disculpas.

—Puede —Ethan le cerró la puerta en las narices y se metió en el baño para darse una ducha. Si seguía delante de su amigo iba acabar con él, odiaba que le despertasen y más lo odiaba si era con gritos.

Entró en la cocina con ganas de vaciar la despensa entera y comprobó que su amigo había comprado comida china, supuso que era su manera de pedir disculpas por el susto que le había dado. Se sirvió un rollito de primavera, arroz tres delicias, pollo a la pimienta, un poco de pollo agridulce y cogió pan para mojar en las salsas. Abrió la nevera para pillar una Coca—Cola y se sentó en la mesa del salón, no sin antes encender la televisión, cuando almorzaba solo le gustaba hacerlo viendo algo.

Terminó de comer y se fue al sofá, embelesado con la película, ahora que la había empezado quería saber cómo terminaba. Dejó el plato en la mesa, ya lo recogería más tarde y siguió centrado en la televisión.

—¿Qué ves? —Enzo atravesaba la puerta del salón.

—Warriors, si te vas a quedar no hables, es brutal.

Se sentó a su lado y los dos se quedaron en silencio, apenas se movían y en los momentos de lucha gritaban algún ¡Uf! o ¡Cúbrete! Cuando terminó la comentaron emocionados, hablaban de lo que les había gustado, de los papeles de los protagonistas y sin saber cómo, acordaron que esa noche saldrían de marcha y se divertirían como antaño.

Ethan se preparó como si fuera a comerse el mundo esa noche, se puso unos vaqueros rojos, una camisa de color blanco y unas botas de color marrón. Entró en el baño para arreglarse el pelo, se lo colocó hacia atrás, con la raya a un lado, y se echó cera para que no se

movieran.

Esperó en la cocina a que saliera Enzo y se tomó una cerveza para entrar en calor. Tenía que empezar a divertirse, sin olvidar reconquistarla, pero aprender a estar sin ella por si no lo conseguía.

— ¿Listo? Me tomo una contigo y nos vamos.

— Perfecto.

Fueron a la discoteca Club M, habían pinchado más de una vez y sabían que iban a pasárselo de cojones, y era lo que más deseaban. Al ser conocidos del club, entraron sin ningún tipo de problemas, incluso les pusieron un reservado, donde ambos empezaron a beber como si no existiera un mañana.

El humor de Ethan había pasado de la tristeza por no estar con Beca, a estar enfadado por el rechazo de ella y por el recuerdo de lo que dijo, a un estado de alegría y de querer mandar todo a la mierda, incluida a Rebeca. Había dejado de contar las copas que llevaba, sabía que eran muchas, pero le importaba un carajo. Lo único importante era que se lo estaba pasando bien, tenía la risa floja y hacía tiempo que no reía a carcajadas.

Una impresionante y despampanante chica atrajo su atención, Ethan la observaba desde el reservado, era muy atractiva. No le excitaba como Beca, pero en el estado que estaba no le importaría pasar una noche de pasión con ella.

«¿A quién quieres engañar. —se decía a si mismo—. Por muy borracho que estés no puedes olvidarla. ¿Por qué no la llamas?»

Ignoró a esa maldita voz de su cabeza y siguió con la diversión, pero sin acercarse a la chica, por muy atractiva que fuera su cuerpo estaba dormido. No le recorría ningún torbellino de pasión, ni sus entrañas se retorcían por querer tocarla, besarla, o simplemente estar cerca de ella. No tenía ganas de hablar con ella, ni de sacarle una sonrisa y era absurdo perder el tiempo cualquiera que no fuera Rebeca.

Ethan se sentó en uno de los sillones negros que había en el

reservado y se sirvió otra copa. Enzo se acercó a él, con la misma sonrisa de borracho, e hizo lo mismo. A mitad de la bebida, y después de darle vueltas a la cabeza, cosa que en su estado no era nada recomendable, miró a Enzo con los ojos entrecerrados.

— ¿Cómo lo haces? — quiso saber Ethan.

— ¿El qué?

— Continuar como si nada pasara, ¿no duele?

— Mucho, pero tampoco me voy a quedar para vestir santos. Si me ha dejado de amar y quiere continuar su vida, tendré que hacer lo mismo.

— No es fácil.

— Nadie dijo que lo fuera — reconoció tras darle un trago a su copa — Amo a tu hermana Ethan, más de lo que podría imaginar, ni si quiera ella es consciente de cuanto lo hago, pero me niego a estar solo.

— Yo tampoco quiero eso.

— Pues tendremos que aprovechar que estamos de fiesta y pasárnoslo bien, ¿no? Para que atormentarnos con el pasado — dijo Enzo, aunque apenas se le entendía.

— Tienes razón — Ethan alzó — Esta noche es para nosotros y no para fustigarnos por ser unos gilipollas.

— ¡Salud! — gritó su amigo y ambos le dieron otro trago a su bebida.

— Salud — farfulló Ethan al terminar.

Pero, por culpa del alcohol y de la conversación que tuvo con su amigo, Ethan no dejaba de atormentarse con la idea de no estar con Beca. Con la angustia de vivir en soledad para siempre y sin posibilidad de formar una familia mientras que ella era feliz con otro. Tenía ganas de vomitar, de gritar, de ir en su busca y suplicarle que volviera a su lado, pero no lo hizo. Salió del reservado y fue corriendo al baño a echarse un poco de agua en la cara, quería apartar esas malditas ideas que no paraban de colarse en su mente.

En el baño, daba vueltas sobre sí mismo, intentando calmar esa sensación que lo atormentaba al imaginarse a Beca con otro mientras él se quedaba solo. Se paró de golpe, el efecto que provocaba era el contrario, si seguía de un lado para otro iba a vomitar. Se sujetó al lavamanos con ambas manos, tenía la cabeza gacha y respiraba con dificultad, parecía estar hiperventilando. Consiguió tranquilizarse tras echarse varias veces agua, tanto en la cara como en la nuca, y fue en busca de Enzo, era hora de regresar a casa.

Regresó al reservado y al ver la cara de Enzo supo que algo no iba bien, estaba desencajado

—¿Nos vamos?

—¿Qué ocurre? —estaba demasiado pálido, como si hubiera visto un fantasma.

—Está allí —con la mano señalaba la pista de baile —Con otro y bailan muy pegados, no puedo verla —tartamudeaba y soltaba las palabras a trompicones.

Ethan quería mirar al sitio que le señalaba su amigo, sabía que en donde estuviese María iba a estar Beca, pero se contuvo porque lo último que quería era comprobar que también estaba con otro. Ambos se marchaban del local con la cabeza gacha, deseaban llegar a la puerta de salida que parecía imposible de alcanzar.

—Enzo —dijo la voz de María.

—Déjame —contestó él. Ella le agarró de la mano, pero Enzo se la apartó rápido —¿Qué quieres? —preguntó enfadado —¿Vienes hacerme más daño?

—No es lo que piensas... —empezó a decir María, pero no pudo continuar, Enzo se había ido corriendo.

Ethan estaba paralizado sin apartar la mirada de la mano de Beca que se entrelazaba con la de otro chico, no podía ascender su vista, sus ojos decidieron clavarse en esas manos y no moverse. Notaba que la cara le ardía del enfado, la sangre le burbujeaba en las venas y los celos inundaron su ser. Quería partirle la cara al propietario de la

mano, pero sabía que no era culpa de ese hombre, ni de ella, sino suya, él fue quien se alejó de Beca y debía asumirlo.

Apartó la mirada de esas manos tan unidas para fijarla en su hermana, la vista de María se alternaba entre la puerta por la que había huido Enzo y su amiga Beca que parecía pedirle una solución en silencio.

—¿Vas a perder más tiempo? —Ella pareció caer en la cuenta de que su hermano presencié lo ocurrido y corrió a su brazos.

—¿Qué puedo hacer? —enterró su cabeza en el pecho de él.

—Ir tras él —contestó, y le dio un beso en la coronilla.

María le miró a la cara con los ojos rojos y apunto de soltar todas esas lágrimas que empezaban a inundar sus oscuros ojos, asintió con la cabeza y le dio un beso de agradecimiento a su hermano. Se marchó de allí y le dejó solo, con la tortura de ver a Beca junto a otro chico.

—Ethan, ¿podemos hablar? —le estudió la cara a Rebeca más tiempo del necesario.

—No —respondió Ethan y se alejó de ella sin siquiera haber sido capaz de mirarla a los ojos.

Salió del local y consiguió respirar aire fresco, en la discoteca con Beca tan cerca de él apenas atinaba a coger alguna bocanada. Caminó por las calles de Dublín en busca de un taxi, necesitaba llegar a su casa. Por el camino llamaba a Enzo una y otra vez, pero le cortaba la llamada, dejó de hacerlo con la esperanza de que lo estuviera arreglando con su hermana, aunque algo le decía que ella no había podido encontrarlo. La cara de Enzo era de auténtico dolor y en el estado que estaba no iba a querer hablar con ella, ni verla, ni escuchar la explicación que María quería darle.

Capítulo 27

—Rebeca, ¿qué haces? —me preguntó Richard —Tú también deberías ir a buscarlo y explicarle que esto —levantó nuestras manos entrelazadas —No significa nada.

Ese día, después de clases, Richard me había propuesto ir a tomar unas cervecitas junto a su marido. Llamé a María para que se apuntara y después de habernos desahogado con nuestros dramas, decidieron por nosotras que necesitábamos una buena marcha. Nos recorrimos la mitad de los pubs de Dublín hasta que acabamos en el Club M y lo volví a ver.

María bailaba con José, el marido de Richard, no dejaban de reírse y de darse abrazos, nada extraño salvo que fuera Enzo quien lo estuviera viendo y no supiera la verdad. Mi amiga lo vio pasar a su lado y enseguida supo que imaginó lo peor. Se acercó a mí, y no sé si fue por las copas o porque estaba harta de la situación, pero me confesó que no podía seguir con su actitud porque acabaría perdiéndolo, y fue tras él. La seguí hasta la puerta del club, sin haberle visto todavía, con Richard a mi lado que me preguntaba qué demonios había pasado. Al verle frente a mí le hice una inspección de arriba abajo, estaba guapísimo y contuvo las ganas de lanzarme a él, rodear sus caderas con mis piernas y besarle con la pasión que él conseguía desatar.

—¿Qué ha pasado? —nos interrogó José al alcanzarnos —No he parado de buscaros, en cuanto me doy la vuelta desaparecéis. ¿Nos vamos? —preguntó ajeno a lo que había pasado —¿Y María?

Richard le explicó lo que había ocurrido en los diez minutos que él había tardado en pedir la copa. A medida que avanzaba la historia, José, colocó una mano en su pecho y con la otra intentaba abanicarse.

De vez en cuando soltaba un «*No me lo creo*» o «*¿En serio?*» Y al terminar me miró con sus ojos bien abiertos.

—¿Qué haces aquí? —José habló en cuanto Richard terminó de contarle la historia.

—¿Dónde se supone que debo estar?.

—Con él —hablaron al unísono.

Los miré asombrada, iba hacerme la ofendida, pero sería una pérdida de tiempo, ellos tenían razón. Salí de la discoteca sin despedirme y, gracias a su altura, logré localizar a Ethan entre tanta gente. Corrí tras él, seguí sus pasos, pero no lograba alcanzarlo.

—¡Ethan! —grité para que detuviera el ritmo, pero no lo aminoró.

Anduve otras dos calles con los tacones hasta que no pude más y, como sabía que por culpa de ellos ralentizaba mi paso, me los quité y caminé otras tantas descalzas. Le gritaba más alto, pero no conseguía que me escuchara, o simplemente me ignoraba. Ethan se paró igual que lo hizo mi corazón, iba a conseguirlo, estaba a punto de llegar a su lado, le explicaría lo que había pasado y haría caso a los consejos que me dieron hoy. Dejaría este juego que nos traíamos entre manos y volvería a estar con él. Me llevé una desilusión enorme al verlo subir a un taxi, sin mirarme.

En casa, me esperaba una María hundida que no dejaba de llorar porque Enzo no le atendía las llamadas y no sabía dónde encontrarlo.

—Quizás debemos esperar a mañana para solucionar nuestras vidas. No estamos en condiciones de pensar mucho, hemos bebido y ellos también, mañana seguro que lo veremos desde otra perspectiva.

—No quiero perderlo —confesó María.

—¿Y por qué has tardado tanto en hacer algo? Han pasado casi dos años desde que rompisteis, ¿por qué hoy? A lo mejor acabas cometiendo una locura de la que mañana te puedas arrepentir.

—Él es mi locura y me encanta que sea así —indicó María secándose las lágrimas.

—Si te sirve de consuelo, tú hermano me hizo seguirle descalza

para luego subirse a un taxi e ignorarme.

—No me sirve de mucho —confesó, haciéndome sonreír

—Vamos a la cama y mañana lo hablamos con más calma. Si amaneces con la idea de buscarlo, yo te ayudaré, pero necesitamos descansar y eliminar el alcohol que nos queda.

—Está bien —dijo con un suspiro cansado.

Tras una buena ducha en la que, con varios litros de jabón, me restregué muy fuerte los pies, me metí en la cama y las ganas de verlo y hablar con él no desaparecieron. Se suponía que salíamos de marcha para divertirnos y habíamos acabado peor que antes. María lloraba en la habitación de al lado, se sentía impotente por no poder explicarle a Enzo quien era José, y enfadada porque Enzo la viera capaz de estropear lo que sentía por él.

Si hablábamos de mí, la cosa no iba mejor, porque ni siquiera tuve una relación como la de ellos y, sin embargo, me consideraba igual de perdida que María. Quería hacerme la dura, que se arrastrara y a la vez pensaba que estábamos perdiendo un tiempo muy valioso. Tal y como le comenté a María esperaré a mañana, a lo mejor él consiguiera tranquilizarse y buscara hablar conmigo.

Un pitido insistente se metió en mi cabeza y me provocó un agudo dolor. Puse la almohada encima de mi cabeza para calmarme y dejar de escuchar el sonido, pero no funcionaba. La lancé enfadada contra la pared y me senté en la cama, intentaba averiguar de dónde demonios salía ese ruido, como los vecinos se hubieran puesto de obras me los iba a cargar.

—Beca —dijo una María somnolienta —creo que llaman a la puerta.

Con un mohín que reflejaba mi frustración, me levanté de la cama y fui a abrir la puerta. Nadie contestaba al telefonillo del portal y me cagué en quien tocó la puerta y se marchó. Iba de camino a la cama, para acostarme de nuevo, pero el timbre volvió a sonar. Esta vez era el del piso, y fui corriendo para que nadie pudiera escaparse.

—Buenos días —era un chico con un enorme ramo de tulipanes de color azul casi violeta —¿Rebeca Donovan?

—Soy yo —me quedé embobada, admirando el precioso ramo.

—¿Puede firmar aquí? —me entregó una hoja y me señaló donde debía firmar.

El chico se había ido, pero yo seguía apoyada en el marco de la puerta, sin dejar de mirar las preciosas flores que tanto me gustaban. Después de unos minutos, logré reaccionar y fui a la cocina a ponerlas en agua. Me fijé que dentro de uno de los tulipanes había un sobre blanco y lo cogí nerviosa. En el reverso ponía: *Para Rebeca* y con leer eso mis manos comenzaron a temblar. Abrí el sobre como buenamente pude y saqué una tarjeta blanca y chica en la que se leía:

«Tú, Siempre has sido tú.

Ethan.»

No hacía falta que firmara la nota para saber quién la había escrito, solo él me podía decir esa frase tan lapidaria sin saber el efecto que provocaba en mí.

—¿Quién era? —la voz de María me devolvió a la realidad —¿Por qué lloras? —quiso saber cuando la miré.

Pasé mis manos por mi cara y comprobé que, sin ser consciente, se habían escapado de mis ojos alguna que otra lágrima.

—Era un repartidor, me dejó estas flores que me manda tu hermano.

—¡Oooh! —exclamó María con una tierna sonrisa —Es que cuando Ethan quiere, no hay quien se le resista.

—Yo no puedo hacerlo —confesé.

—¿Y ahora? —María estaba sentada en el sofá del salón.

—¿Dónde vive? ¿Está en casa de tus padres? No sé qué hacer —y me senté a su lado.

—Ethan y Enzo —reconoció con una sonrisa aún más amplia —

suelen hacer lo mismo siempre que salen de marcha o tienen algún festival.

Se levantó y me dejó sola, con millones de dudas, ¿dónde estaba? ¿Qué era lo que hacían? ¿Querría arreglarlo? Al rato llegó con una radiante sonrisa, tramaba algo, su mirada la delataba y, aunque se le hubiera pasado el efecto del alcohol, seguía con la misma idea, deseaba hablar con él y aclarar las cosas.

—¿Y bien? —estaba cansada de esperar a que me contara lo que ocurría.

—Los dos van Howth a comer, ¿cuándo nos vamos? En tren se tarda una media hora.

—Nos preparamos y vamos —respondí —pero déjame desayunar primero.

—Sí, yo también tengo hambre.

—¿Compro panes y tú vas haciendo el café?

—¿Y si desayunamos en la cafetería de la esquina? Así ninguna de las dos tenemos que hacer nada —propuso —Estoy cansada Beca, he dormido tres horas, apiádate de mí.

La cafetería que estaba a en la esquina de la calle, era de lo más coqueta. En la puerta de la entrada, a ambos lados, había colgada varias botas de agua, en diferentes alturas y de diferentes colores, con flores dentro. El interior era acogedor, con sillas y mesas hechas de madera que habían pintado distintos estampados, y en el mostrador había una enorme variedad de panes, cruasanes y dulces. Me pedí un café con leche, cargado de café, y dos cruasanes con mantequilla, al terminar me quedé con un poco más de hambre, más bien antojo, y me pedí una caña de chocolate.

—¿Qué vas hacer con Enzo? —La cogí desprevenida y a punto estuvo de soltar lo que estaba masticando.

—Hablar con él, va siendo hora —confesó al tragar —Estoy cansada de jugar al perro y el gato, debemos madurar. Y tú, ¿sabes que le vas a decir?

—No sé —contesté —Me da mucha vergüenza plantarme en tu casa, pero tengo muchas ganas de verle, aunque esté toda tu familia a nuestro alrededor.

—Tristán no está, a mi madre la conoces, mi padre no se mete en los jardines de ninguno de nosotros y Enzo es encantador —tenía una sonrisa bobalicona—por esa parte que no te de vergüenza.

—¿Debería avisarle que voy a ir a tu casa? —mis nervios crecían por momentos —A lo mejor le sienta mal porque quiere un día de tranquilidad.

—Te ha enviado flores. Algo debe significar.

—Estoy nerviosa.

—Es normal, yo también lo estoy, aunque tú por lo menos has recibido flores, a mí ni me ha devuelto las llamadas, que no fueron pocas.

—Está celoso y no razona, pero en cuanto te vea seguro que se le pasará.

—O se marcha de casa de mis padres, nunca se sabe. Además, no entiendo porque se pone en ese plan cuando lo dejamos porque él quería libertad y estar con otras personas.

—María, eres pesadita —dije, pero en tono de burla —está claro que lo dijo por decir, no porque quisiera que fuera así.

—Habrá que esperar a ver qué me dice cuando me vea aparecer. Le dije a mi madre que no dijera que vamos para que no les diera tiempo a preparar ninguna excusa estilo: tenemos trabajo, quedamos con alguien, o es lo mejor para vosotras creednos.

—Tienes razón. ¿Nos vamos?

Pagamos la cuenta y fuimos al piso para arreglarnos, al saber que iba a verlo me quería poner mona para que no pudiera dejar de mirarme. Me di una ducha, me puse un vestido amarillo con margaritas que me llegaba por encima de las rodillas y que me quedaba bastante bien, unas sandalias de esparto blanca y me hice dos trenzas espigas. Me puse un poco de maquillaje, junto con el

antiojeras e iluminador de rostro. Los ojos me los pinté con un poco de sombra blanca por la parte de arriba y un marrón clarito por el párpado, me hice la línea del ojo con el eyeliner y la raya del agua la pinté de blanco, me gustaba mucho como me quedaba. Añadí a mis mofletes un poco de colorete y los labios los pinté con un tono melocotón.

Me miré en el espejo y cuando estuve contenta con el resultado salí del baño. Cogí una chaqueta vaquera por si refrescaba y esperé en el salón a que saliera María. Al ver que tardaba, me puse a leer algunos apuntes de clases y busqué por internet para contrastar información. Tan concentrada estaba que no la escuché salir del baño y tampoco la escuché llegar a mi lado.

— ¿Lista?

— ¡Qué guapa! —grité al verla — Vas a matar, ¿No?

— ¿Es un poco exagerado?

Iba con un mono corto de color turquesa con mariposas de varios colores, unas sandalias de color amarillo y el pelo lo llevaba suelto con dos pequeñas trenzas en la parte de arriba que le quedaban genial.

— No, estás muy guapa, así te aseguras que no pueda huir de ti.

— Tú también estás muy guapa Beca. Perdona que no te diga nada, pero estoy de los nervios.

— No te preocupes, es normal — cogí el bolso, metí un libro, María no iba a querer hablar durante el trayecto, y fuimos a la estación.

El pueblo era precioso, no me fijaba en muchos detalles de las ganas que tenía de llegar, pero era muy pintoresco y me habría gustado recorrerlo con Ethan, quizás estaba a tiempo de hacerlo. No iba a mentir, que me haya regalado flores no significaba que estuviera hecho, porque podría ser una despedida estilo: «*Se que estás con otro y yo voy rehacer mi vida, pero que sepas que siempre has sido tú.*»

— María, espera — Me senté en un banco que había en el camino y respiré con calma. Pensar en que pudiera ser un adiós, formó un

nudo en mi garganta que me asfixiaba lentamente.

— ¿Estás bien? — se sentó a mi lado.

— Solo un poco nerviosa.

— Todo saldrá bien — acariciaba mi espalda y me tranquilizaba.

— Eso espero.

Capítulo 28

Había dormido como el puto el culo, mejor dicho, no había dormido nada en absoluto. De mi mente no se iba la imagen de Beca con otro, los veía juntos y me hervía la sangre. Por mi puta culpa, estaba roto por imbécil y debía recordarlo. Solo con imaginármela me sentía estúpido y a la vez, pensaba en que no podía estar con otro después de lo que compartimos. Fue breve, pero intenso, que no se puede borrar por mucho que otra persona lo intente.

A las ocho y media de la mañana, cansado de intentar dormir, salí de la cama y de mi casa y fui a caminar por la ciudad. Llegué hasta una preciosa floristería llena de tulipanes, recordé cuando me llevó al enorme parque lleno de tulipanes, me dijo que era su flor favorita, y me arriesgué a enviarle un ramo. Estuve delante de la tarjeta blanca un rato, dudaba que ponerle y el bolígrafo temblaba entre mis dedos. ¿Le mando una carta explicándole lo que significa para mí? ¿Qué hago? Respiré profundamente y escribí la verdad. Pasaba de volverme loco escribiendo una enorme carta de amor de diez páginas, no servía de nada, solo eran palabras que se las podía llevar el viento. Lo que sentía por ella era más claro y simple. Esperaba que entendiera y supiera la sinceridad de mis palabras, y escribí: *Tú, Siempre has sido tú.*

Anduve con paso decidido, alegre por haberle mandado las flores y fui a casa con ganas de hablar con Enzo. Desde anoche no había tenido noticias de él, creía que estaba en casa porque la habitación en la que se quedaba estaba cerrada, pero no estaba seguro. Quería saber cómo se encontraba y si prefería irse a su casa o seguir en Irlanda. En su lugar, hubiera tomado el primer avión que salía a España esta misma mañana y haría lo que fuera por olvidarme de lo

ocurrido.

Entré sigiloso en mi casa para no molestarle por si seguía dormido y comprobé que la puerta seguía cerrada. Desayuné en la cocina y llamé a mi madre para avisarle que iba a casa a comer, era una costumbre que tenía cuando bebía mucho, al día siguiente debía alimentarme bien y nada mejor que la comida casera de Matilda. No sabía si Enzo sería capaz de acompañarme y le dije a mi madre que iba solo, si se animaba la llamaría para avisarle, aunque estaba seguro que habría comida de sobra.

Con más inspiración de la que jamás hubiera imaginado tener después de una marcha, fui a mi estudio a trabajar en la canción que, sin duda, tenía una única destinataria, aunque ella probablemente nunca lo supiera.

Me coloqué los cascos para no molestar a Enzo, aunque el estudio estaba insonorizado, y me puse a buscar la voz que más le pegaba a la mezcla que estaba creando. No quería que fuera la típica voz conocida, quería arriesgarme y encontrar la que mejor empastaba con la historia que había detrás de la letra. Busqué en YouTube entre los vídeos de cantantes pocos conocidos y que, a la vez, tenían un talento enorme. Estaba frustrado porque no daba con la voz, esa que tenía en mi cabeza sin conocerla y que era perfecta. Demasiadas exigencias, pero esta mezcla era muy especial, lo que tenía que ver con Beca era especial.

Subí de nuevo a la cocina para hacerme otro café, llevaba demasiadas horas despierto y otras cuantas escuchando voces de nuevos talentos. Enzo seguía sin dar señales de vida y me dije que si dentro de una hora no se levantaba iba a buscarlo, empezaba a preocuparme. Creía que estaba despierto, él se encontraba en una situación de insomnio similar a la mía, pero si tenía la puerta cerrada era porque quería tiempo para sí y no iba a impedirselo.

—Una hora más —dije en voz alta, advirtiéndole que iría a buscarlo pasado ese tiempo.

Sin dejar que me respondiera volví a encerrarme en el estudio, en busca de la voz que cada vez parecía más difícil de encontrar. Mi estado de ánimo iba a peor, ya ni siquiera escuchaba los vídeos enteros, o a mitad, le daba al play y si nada más empezar no me ponía los pelos de punta o no había algo dentro de mí que dijera esa, cambiaba a la siguiente canción.

Había perdido las fuerzas y las ganas, solo había pasado media hora desde que volví a sentarme, pero no podía más. Estaba en blanco porque sabía lo que quería y no daba con ello, con ganas de dormir y sin poder hacerlo, y con muchas ganas de comer. Había desayunado hará unas dos horas y volvía a tener hambre. Apagué el equipo, cerré el estudio, no me gustaba dejarlo abierto, y fui al salón.

—Hombre, ¿estás vivo? —le pregunté a Enzo al verlo salir de su habitación.

—Si, aunque tu hermana me haya arrancado el corazón, lo haya pisoteado y se lo haya dado de comer a los lobos —respondió irónico —Si a eso le llamas estar vivo, pues estoy vivo —terminó de decir con un suspiro cansado.

—¿Tan mal?

—No quiero volver a verla Ethan, es muy doloroso para mí —a medida que hablábamos, llegamos hasta la cocina y él se preparó su café, yo me senté a la mesa —Esto es culpa mía y llevaba tiempo esperándolo, pero no por saberlo duele menos.

—¿Qué piensas hacer?

—Desaparecer. He venido aquí por ella, deseaba que se le ablandara el corazón y volviera a quererme, pero no lo he conseguido. Se cuando rendirme Ethan, y este es el momento en el que debo tirar la toalla. Por mucho que ella sea importante para mí, está claro que yo no lo soy para ella y nada puedo hacer para que cambie de parecer. La amo, por lo que me apartaré y dejaré que haga su vida.

—¿Podrás hacerlo? —Hasta ahora él venía a mi casa para estar

cerca de ella, nada ni nadie podía impedirle que se alejara.

—Seguro que no, pero al menos lo intentaré —parecía abatido — Regresaré a Madrid y, en mi casa, por mucho que la busque no la voy a encontrar. Esperaré vivir lo suficiente para acostumbrarme a estar sin ella y no sufrir al recordarla.

—Siento que haya terminado para vosotros. No os lo merecéis, ninguno de los dos.

—Gracias —dijo sin levantar la vista de su tostada.

—Cambiano de tema, ¿vienes a comer a casa de mis padres?

—¿Está ella?

—Mi madre me dijo que no, me imagino que se quedará con Beca

—O con él.

—Tampoco debes atormentarte. Sé que es difícil, pero inténtalo, si cada vez que piensas en ella vas a fustigarte, jamás podrás superarlo.

—Es que no quiero superarlo Ethan —me miró a los ojos y los suyos estaban inundados de lágrimas no derramadas.

—Lo siento —es lo único que pude decir.

—No es culpa tuya. Iré a casa de tus padres, tengo ganas de un buen almuerzo, y después de cogeré el primer avión que salga a España.

—¿No prefieres quedarte conmigo y regresar después del próximo festival? Lo tenemos en tres días.

—Es mucho cuando sé que el amor de mi vida anda cerca y no puedo estar con ella. Prefiero regresar a casa, a ti te veré en el hotel.

—Lo entiendo.

A lo mejor nada de lo que vimos ayer era lo que pensábamos, quizás tuviera una explicación. Mi hermana nunca había sido de ligues de una noche, pero no quería agobiar a Enzo más de lo que estaba y si él había tomado la decisión de no hablar con ella, yo no era quien para obligarlo hacer lo contrario.

En menos de diez minutos nos habíamos preparado para ir a la estación y coger el tren que nos dejaba en el pueblo de mis padres.

Ninguno de los dos nos comimos mucho la cabeza a la hora de vestirnos, ambos íbamos con un pantalón de chándal, unas camisetas simples y unas cholas. Al llegar a casa de mis padres, Enzo había recuperado un poco de control y el color había vuelto a su cara.

Mi madre nos avisó que en menos de cinco minutos estaba la comida preparada, así que levantamos nuestros culos del sofá y comenzamos a preparar la mesa. Mi padre estaba en la cocina, junto a mi madre, muchas veces la ayudaba a prepararlo todo.

El timbre de la puerta sonó y mi madre me pidió que fuera a abrir, pero a mitad de camino noté que introducían la llave en la cerradura. Giré la cabeza para mirar a Enzo, tenía claro que era mi hermana porque Tristán seguía en Finlandia, justo antes hablé con él por WhatsApp.

La cara de mi amigo volvió a quedarse de un tono grisáceo, como si se fuera a desmayar de un momento a otro. Me puse a su lado en un vago intento por darle ánimos y fuerzas. No sabía qué hacer ni que decir. Estaba en una situación comprometida, no podía irse porque ofendería a mi madre y quedarse suponía ver a María, aquella por la que tanto estaba sufriendo.

—¿Quieres que nos vayamos?

—No, es la última vez que voy a coincidir con ella, me lo tomaré como una despedida.

—Estoy aquí para lo que necesites.

—Y yo para ti —dijo mirando a la puerta. Me giré para saludar a mi hermana y quien se llevó la sorpresa fui yo.

—¿Qué hace ella aquí?

—Ya sabes —indicó con una sonrisa —para lo que quieras.

—Me alegro que mi malestar te haga reír.

—Es la situación Ethan —contestó.

Rebeca estaba tan guapa como siempre, con esa sonrisa que tanto me gustaba, la misma con la que me enamoró en el hospital. Llevaba un vestido amarillo que dejaba ver parte de sus piernas con las que

tanto soñaba y me torturaba, las mismas que deseaba que estuvieran abrazadas a mi cuerpo. El pelo lo tenía recogido en dos trenzas e iba maquillada, solo lo justo para resaltar sus enormes ojos verdes y sus carnosos labios, con los que no había dejado de fantasear. Me di la vuelta para no verla y seguí los pasos de Enzo hacia el salón.

Se acercaba hacia mí, lo notaba, mi cuerpo daba sacudidas con cada paso de ella, la sentía cerca. Apoyó una de sus manos en mi espalda, acercó su boca a mi oreja y me susurró: *gracias por las flores*. Le miré y abrí la boca, se suponía que de ella tenían que salir palabras, algo, pero salió un simple ¿eh?

—Suerte —dijo Enzo cuando ambas desaparecieron tras la puerta de la cocina.

—¿Han venido a torturarnos? —pregunté, con el ceño fruncido.

—Eso parece —respondió abatido.

Durante el almuerzo, mis padres parecían ajenos a lo que vivíamos, o por lo menos eso parecía. Mi hermana no dejaba de preguntarle cosas a Enzo, incluso me quitó el sitio para sentarse a su lado, y él respondía con simples monosílabos, pero María parecía no querer rendirse. Y Rebeca no dejaba de tocarme y me hacía consciente de ella, de lo que sentía, de su presencia y del vacío por no tenerla. Si yo cogía la sal, ella cogía la pimienta que estaba al lado y me rozaba con sus dedos, y si un comentario le hacía gracia me tocaba el brazo y me lo apretaba. Ni Hércules con sus doce trabajos lo pasó peor.

Terminamos de almorzar y fui en busca del postre, Beca se ofreció para acompañarme, pero Enzo con las mismas ganas que yo de huir, se levantó y fui tras de mí. Se lo agradecí con una mirada que él entendió perfectamente, aunque era consciente que lo hizo porque no aguantaba la cháchara de María y no por ayudarme.

La enorme tarta de natilla y galletas estaba de muerte, pero no comí mucho. Rebeca me lo impidió, porque cada vez que se metía un trozo en la boca suspiraba, y yo recordaba cuando la tenía bajo

mía, o encima, o en cualquier posición. Harto de la situación, me levanté y regresé a la cocina para lavar los platos y echarme un poco de agua en la cara, tenía que bajar la temperatura que había subido Beca con sus suspiros

— ¿Cómo estás? — su dulce voz me embriagó.

— Rebeca, ¿qué estás haciendo? — no pude más y la miré. Era tan bella que hasta dolía.

— ¿Qué quieres decir?

— Sea lo que sea a lo que estás jugando, no quiero formar parte de ello.

— Fuiste tú quién mandó flores.

— Y eres tú la que está con otro — por mucho que repitiera esas palabras, nunca dejaré de sentir dolor cada vez que las pronunciaba.

— No estoy con nadie, Ethan — parecía enfadada.

— ¿Y él de ayer?

— Está casado — reconoció sin más — Y antes de que digas que da igual porque hay gente que no respeta a sus parejas y demás — me interrumpió cuando abrí la boca para hablar — Quizás te interese saber que tienes más posibilidades tú que yo.

— Tú podrías conquistar a cualquiera.

— Ethan...

Escucharla pronunciar mi nombre en ese pequeño susurro me venció y no la dejé terminar lo que me fuera a decir. Me acerqué a ella, le agarré su cara con mis manos y la besé con toda la pasión que me provocaba. Mi corazón daba volteretas de alegría, mis manos no dejaban de acariciarle el rostro, felices por volver a tenerla entre ellas y mi lengua estaba muy contenta al volverse abrazar con la suya.

Cortó el beso y se quedó mirándome fijamente. Intentaba recuperar mi respiración que estaba desatada e iba a un ritmo frenético. Al fin estaba conmigo, entre mis brazos, al fin podía besarla y no la dejaría escapar. Volví a besarla, mis labios no soportaban mantenerse lejos de los suyos, y no pensaban alejarse.

Nunca.

—¿Interrumpo algo? —era María, nos separamos y levanté la vista de mi preciosa doctora pelirroja para mirar a mi hermana. Estaba llorando, ni siquiera trataba de disimularlo y se secaba las lágrimas con las manos.

—¿Qué ha pasado? —Me acerqué a ella y la estreché entre mis brazos.

—Se ha ido, no aguantaba más y se marchó.

—¿Quieres que nos vayamos? —quiso saber Beca.

—No —dijo con una triste sonrisa.

—Me quedo aquí con mis padres, tú vete con Ethan, los dos lo necesitáis.

—María tú también nos necesitas —la abracé hasta que mis brazos me dolía y ella gritaba y reía.

—No pasa nada Ethan, tarde o temprano iba a ocurrir, lo tenía asimilado.

—¿Estas segura? ¿Me puedo quedar contigo si lo prefieres?

—Beca no tienes clases, tienes dos días enteros para disfrutarlos con mi hermano. Como no lo hagas te mato, ¿entendido?

—Estoy preocupada por ti.

—Tranquila, mi madre está dispuesta a consolarme y darme mimos.

María estuvo unos minutos más abrazada a mí, lloraba y se dejaba consolar por nosotros. Nos intentó contar entre hipidos lo que había ocurrido, pero apenas la entendíamos y no queríamos decirle que repitiera la historia porque se notaba que sufría por ello. Cuando consiguió tranquilizarse fuimos al salón con mis padres, estuvimos alrededor de una hora con ellos, pero mi mente no dejaba que me centrara en la conversación, sino en el recuerdo del beso compartido. Me acerqué a Rebeca y le dije si quería irse conmigo, ella sonrió y asintió con la cabeza y nos marchamos del pueblo.

Beca cerró la puerta de su piso y desaté la lujuria que estaba

ansiosa de salir desde que la besé en la cocina. La pegué a la puerta de la entrada y volví a besarla con ansias, de manera desgarradora. Rebeca dio un pequeño salto y rodeó mis caderas con sus perfectas piernas, Interrumpió el beso para recorrer mi cuello con su lengua. Si continuaba así, no iba a ser capaz de aguantar mucho tiempo. Se pegó, mordió el lóbulo de mi oreja y me susurró lo que me había echado de menos y las ganas que tenía de estar de nuevo conmigo.

—¿Dónde está tú habitación? —pregunté, entre beso y beso — Beca, no voy puedo esperar a estar dentro de ti.

—No lo hagas —suspiró.

Arranqué sus bragas sin ningún tipo de miramientos, me bajé los pantalones junto con los calzoncillos e hice lo que mi cuerpo me gritaba y deseaba, entré en ella con un salvaje gruñido. Beca elevó la cabeza con sus ojos cerrados y se mordía el labio inferior. Era la imagen más exótica y sensual que hubiera visto. Luché por no perder el control, pero cuando ella gritó mi nombre con tanta pasión, no pude aguantar y me dejé ir con ella.

Capítulo 29

El despertador comenzó a sonar a las siete de la mañana y me puso de un humor de perros, apenas había dormido, aunque la razón era de lo más dulce, con recordarlo me entraba ganas de tirarme encima de él otra vez. Me senté en la cama y miré a mi izquierda, donde estaba Ethan durmiendo, tan guapo y atractivo que me costaba mantener mis manos alejadas de él. Se encontraba boca abajo, con los brazos bajo la almohada y mitad de la cara escondida en ella. Se le notaba cansado, tenía un poco de ojeras y parecía estar en calma. Me levanté lo más sigilosa que pude para no molestarle y fui a la cocina.

Abrí la despensa y comprobé que solo quedaban dos rebanadas de pan de molde, me acordé de los detalles que tuvo Ethan el tiempo que estuvimos en Holanda y decidí hacer lo mismo. Volví a entrar en el cuarto, sin apenas hacer ruido para coger lo primero que pillara en el armario, solo tenía puesto un albornoz y debajo una camiseta de Ethan y las bragas.

Fui hasta la panadería más cercana, sabía que a Ethan le encantaban los cruasanes de chocolate así que compré bastantes porque a mí también me gustaban, y varios panes y algo de embutido, en casa no quedaba nada en absoluto.

Entré en la cocina, preparé el café y no esperé a que Ethan se levantara, necesitaba mi dosis de cafeína o me quedaría dormida de pie en ese mismo instante. Salí con la taza hasta el salón, me senté en el suelo con los pies cruzados, y coloqué los apuntes encima mía. Era la posición con la que me ponía a estudiar, manía que adquirí en mi época universitaria. Del estuche saqué los subrayadores, que eran prácticamente de todos los colores que existían, y los esparcí por el

suelo, a mí alrededor.

Me concentré al máximo, pero en algunas ocasiones era imposible porque mi mente se iba a la habitación en la que se encontraba un hombre atractivo y desnudo, e intenté memorizar los conceptos básicos.

Dos horas después mi barriga no me daba tregua, o comía, o no iba a dejar que me concentrara. Quería esperar a Ethan, pero no creía que fuera a levantarse en las próximas horas. Ayer me había comentado que después de la marcha apenas había dormido y que había empatado la fiesta con ir a casa de sus padres. Aparte, hay que sumarle que esta noche nos la pasamos disfrutando el uno del otro e intentamos recuperar el tiempo perdido, lo mejor sería dejarlo descansar y desayunar sola, antes de desplomarme.

Tras engullir el desayuno, fui a darme una ducha para que mis neuronas se refrescaran un poco y pudieran volver a trabajar rápidamente, en dos semanas tenía el examen final y debía de clavarlo. Me puse de nuevo la camiseta de Ethan para seguir oliéndolo, unos pantalones calzones de cuadro cortos, era lo típico que me ponía para estar por casa y me recogí el pelo con un lápiz. Odiaba que mientras estudiaba se me metieran en la cara o se me pegaran en la nuca por el calor.

Sobre la una y media de la tarde, cansada de estudiar y frustrada por llegar a ese punto en el que por mucho que mirara los apuntes no me entraba más en la cabeza, fui a la cocina para preparar el almuerzo. Ethan seguía sin dar señales de vida, pero me imaginaba que de una hora a otra se levantaría, aunque solo fuera para comer y vuelta a la cama.

Había comprado salmón para hacerlo al horno con verduras, se suponía que iba almorzar con María, por lo que decidí aprovecharlo y hacer la receta que se me daba realmente bien. Me gustaba estar en la cocina, me relajaba hacer de comer, me distraía y recuperaba un poco la calma perdida mientras estudiaba.

—¿Qué huele tan bien? —un somnoliento Ethan apareció por el salón. Tenía la cara hinchada de dormir, se le notaba las marcas de las sábanas y supe que esa imagen de él desnudo, rascándose la cabeza y con los ojos cerrados, la iba a conservar por mucho tiempo.

—Hice salmón con miel y verduras, y patatas al horno para almorzar —dije con una sonrisa bobalicona.

—¿Te importa que me duche antes de comer?

—No, claro. Pero no tardes mucho o me lo comeré todo.

En lo que Ethan se duchaba, aproveché para cortar los panes que compré en rebanadas y ponerlo en la panera. Coloqué la mesa, saqué un par de cervezas y agua, no sabía lo que preferiría, y me senté a esperarlo con el delicioso aroma del almuerzo.

—¿Qué te apetece hacer hoy? —Ethan se sentó frente a mí —Por cierto, muchas gracias por el almuerzo.

—De nada. ¿Vamos al cine?, porque a esta hora muy poco turismo podemos hacer.

—Es verdad, que no conoces Irlanda —dijo, con una dulce sonrisa y con una profunda mirada —Mañana nos levantamos a primera hora y vamos juntos a la Calzada de los Gigantes, ¿te parece? Es domingo, no tienes clases ¿no?

—No, no tengo, y me encantaría ir contigo a donde quieras. — Como si fuera lo más normal del mundo, se levantó de la silla, se acercó a mí y me dio un suave y tierno beso en los labios.

—Y a mí me gustaría llevarte a donde desees —susurró.

—¿Vamos a pasar el día allí? —pregunté nerviosa, sin saber que decir. No sabía en qué punto nos encontrábamos. ¿Quería seguir siendo un folla—amigo, que seamos novios, o simples conocidos?

—Es lo mejor—respondió, sin ser conscientes de las dudas que aparecían en mi cabeza —porque se encuentra en Irlanda del Norte y es un buen trayecto en coche.

—¿Es tan bonito como en las fotos? —pregunté contenta —Lo he visto en algunas y también en películas, parece precioso.

—Lo es aún más —respondió y su mirada se transformó en deseo. Mi cara empezó arder, tenía muchísimo calor porque sentía que esa frase iba dirigida a mí, y no al lugar que íbamos a visitar.

—¿Qué película quieres ver hoy? —dije para cambiar de tema. Quería hablar con él y preguntarle que iba a ser de nosotros, pero era demasiado pronto y no quería llevarme otra decepción como ocurrió en el pasado

—¿Acción o comedia? —preguntó

—Me gusta la comedia romántica, pero reconozco que para ir al cine prefiero la acción.

—Eres perfecta, ¿lo sabes? —preguntó con su excitante sonrisa ladeada que hacía palpitar mis partes íntimas. Negué con la cabeza e hice serios esfuerzos por tragar el trozo de salmón que me había metido en la boca y parecía querer salir por mi nariz. Él se rio al verme y tuvo la decencia de apiadarse de mí. —¿Viste la primera parte de John Wick? —preguntó con sus ojos abiertos de alegría.

—Me flipó John Wick, y si hay una segunda parte es obligado ir a verla —dije con una sonrisa.

—En serio Beca, perfecta.

Ethan tuvo el detalle de dejarme la tarde tranquila para estudiar, quería aprovechar el máximo tiempo posible porque claramente mañana no iba hacer nada salvo estar con él. Según sus palabras, me dejaba tranquila porque notaba que lo necesitaba, según mi opinión estaba súper cansado y después de comer le entró morriña y fue directo a dormir.

A las seis de la tarde di por zanjado mis estudios y fui a prepararme, habíamos quedado para ir a la sesión de las ocho y media, así que levanté a Ethan de la cama y ambos nos preparamos. Él volvió a darse una ducha porque decía que había sudado mientras dormía y que no iba a salir de casa sin asearse. Escuché el agua caer y me excité al imaginármelo desnudo, como el agua caía por su cuerpo, y le acariciaba como yo deseaba hacer. Me fui quitando las prendas

de camino al baño, no podía ni quería apartar mis manos de él. Lo deseaba las veinticuatro horas del día e iba aprovechar cada minuto a su lado.

Entré en el cuarto de baño sin que él se diera cuenta, rodé un poco la mampara y me metí en la ducha. Estaba de espaldas a mí, mirando la pared, y no se había percatado de mi presencia ni la sorpresa que le tenía preparada. Me quedé embobada con su espalda, como se le marcaba cada uno de sus músculos mientras se quitaba el champú de la cabeza, era simplemente perfecto. No pude resistirlo y le abracé, y comencé a propinarle millones de besos por la espalda. Tan excitada como estaba, mi yo más sexy se apoderó de mí, y le pasé la lengua por su columna. Ethan se tensó casi al instante, soltando un gruñido que me puso aún más.

—Me estás matando, Beca —siseó.

—¿Y eso es malo? —volvió a pasar mi lengua por su cuerpo, para provocarlo. Tuvo el resultado esperado, sin mucho esfuerzo se dio la vuelta y dejó mi cuerpo aprisionado contra la pared, y toda el agua caía por mi cuerpo. Acercó su boca a la mía y me dio uno de esos besos que podían conseguir derretir el Polo Norte.

No supe cómo había pasado, pero ahora era yo quien daba la espalda a Ethan. Me dio pequeños mordiscos por toda mi columna, convirtiendo mi juego en una tortura para mí y me recorrió desde mi nuca hasta mi trasero con su lengua. Gemí. Mucho. Tenía que controlar a esa bestia que había despertado.

Debió de escuchar las mudas súplicas de mis caderas porque me elevó un poco, y me dio lo que ambos necesitábamos. Ethan me hacía sentir sexy, atrevida y poderosa.

Seguimos moviéndonos al unísono hasta que un increíble orgasmo nos alcanzó a los dos. Yo grité su nombre. Él gritó el mío. Se acercó a mi oído para susurrarme *“Siempre tú”* y creí alcanzar la auténtica felicidad.

Una sonrisa de tonta enamorada se escapó de mis labios y deseé

con todas mis fuerzas que esto no terminara nunca.

Salió de mi interior y nos quedamos un rato abrazados en silencio. Mi frente apoyada en los azulejos de la ducha, él abrazándome por la espalda y el agua cayéndonos a los dos. Terminamos de ducharnos y nos preparamos para ir al cine. No llegábamos a la sesión de las ocho y media, así que la pospusimos una hora más tarde.

—Me gustó más la primera —comenté al salir de la sala del cine.

—¿Qué dices? —Ethan se echó las manos a la cabeza —Esta es muchísimo mejor con diferencia.

—Para mí no —me reí al ver su cara de asombro, como si fuese extraño que prefiriese la primera.

—¿Por qué? —insistió.

—Porque segundas partes nunca fueron buenas.

—¿Ah no? —se paró en seco y me miró sin descanso —¿Y nosotros? —se pegó a mí y pasó su lengua por mis labios.

—Somos la excepción que confirma la regla —respondí y lo besé con ganas.

—Vámonos antes de que no pueda parar —su mirada que prometía más de lo que decía.

De camino al piso compramos comida japonesa para llevar, estábamos demasiado cansados para cenar por ahí, me había levantado pronto y Ethan estaba agotado. Además, mañana íbamos a pasar el día fuera de casa, mejor recuperar fuerzas y disfrutar al completo de otro día con él. Nos comimos lo que habíamos comprado, no sobró nada, y cuando terminamos nos tumbamos en el sofá.

Abrí los ojos con un dolor de cuello terrible, un cosquilleo en uno de mis brazos y con un enorme peso en uno de mis pies. Nos habíamos quedados dormidos en el sofá, con la televisión encendida, y Ethan estaba completamente encima de mi pie y mi brazo estaba bajo su cuerpo. Salí de mi prisión como pude, sin despertarlo, y fui a

la habitación para descansar lo que quedaba de noche. A los pocos minutos lo noté meterse en la cama, me abrazó por la espalda y me deseó buenas noches. El roce de su aliento en mi nuca me puso el bello de la nuca de punta.

—Buenas noches.—confesé en el mismo tono.

El despertador sonó a la hora de siempre y me maldije por no haberlo desconectado anoche. Ethan gruñó a mi lado y me abrazó más fuerte, sin permitir que me marchara de su lado. Aguanté unos minutos más y cuando volvió a quedarse dormido salí de la cama.

Preparé unos cuantos bocadillos para el día, compré en el supermercado de al lado de mi casa un par de paquete de papas, galletas, agua y yogures, y lo guardé en una nevera. Ethan apareció en la cocina, con unos pantalones cortos vaqueros, una camiseta negra y una gorra del mismo color con la visera colocada hacia atrás. Me acarició mis muslos desnudos y me dio un tierno beso en la mejilla, con un pequeño abrazo.

—Buenos días, madrugadora —no pudo contener el bostezo —
¿Por qué lo haces todo sola? ¿Te ayudo en algo?

—Me desperté pronto y reconozco que no puedo estar quieta —
Me di la vuelta para besarle en los labios y él me subió a la encimera,
él se quedó atrapado entre mis piernas.

—Voy a mi casa para buscar el coche —repartía millones de beso
por mis mejillas, la frente, los labios y la nariz

—¿Y vas a ir descalzo? —comprobé que no llevaba zapatos.

—Tenía tantas ganas de besarte que se me olvidó ponérmelos.

—¿Siempre sabes qué decir? —me salió una risa de adolescente
enamorada.

—Siempre —y me besó hasta conseguir que me olvidara de mi
nombre.

Ethan se marchó en busca del coche y aproveché ese momento de
soledad para prepararme con calma y conseguir que él siguiera sin
dejar de tocarme. Después de ducharme me vestí con unos vaqueros

simples rotos por los muslos, una blusa blanca nadadora y una camiseta de cuadros roja y azul. Esa me la até a la cintura por si me daba frío a mitad de la tarde. Me puse mis playeras moradas de Harry Potter, que compré el primer día que pasé aquí, y esperé a Ethan en el salón.

En cuanto llegó, bajamos lo que necesitábamos, nos subimos al coche y pusimos rumbo a la calzada de los gigantes. Ayer, cuando me dijo de ir a visitarlo, busqué fotos por internet y, aunque ya había visto algunas, debía reconocer que ese lugar parecía mágico y me moría por ir a verlo.

En el trayecto al norte de Irlanda, Ethan me agarraba la mano, a veces me la besaba, o dejaba la suya reposar en mi muslo. Estaba de lo más encantador, como cuando nos quedamos juntos en Holanda, y no parábamos de reír por las cosas más absurdas del mundo. Él se reía por como cantaba, yo porque no sabía apreciar mi talento, también me reía por su manía de tocar la batería cada vez que sonaba una canción y él por como cerraba los ojos para intentar entonar, pero el resultado era peor. A su lado era feliz y la idea de que volviera a desvanecerse me atosigaba.

Capítulo 30

No podía parar de tocarla, necesitaba saber que estaba a mi lado y que no era fruto de mi imaginación. Si no era por medio de una caricia, era porque le agarraba la mano para no soltársela. Durante el trayecto, Beca asomaba de vez en cuando la cabeza por la ventanilla para mirar el paisaje, con sus ojos brillantes de alegría por lo que observaba. Me gritaba si veía algo que le fascinaba y me decía que tenía que parar el coche para verlo de cerca y sacarle una foto. Yo solo tenía ojos para ella, lo demás me daba igual. Para mí únicamente existía Beca, con su cabello rojo danzando al ritmo del viento, su perfecta sonrisa y sus alegres ojos. Siempre ella.

Llegamos a la calzada de los gigantes y compramos nuestras entradas. Junto con ellas, nos dieron una especie de teléfonos móviles con unos cascos y a través de ellos una voz nos contaba la leyenda de cómo se formó la calzada.

Beca no dejaba de aplaudir cada vez que la voz del teléfono nos señalaba un detalle importante como una enorme piedra con forma de camello que había al principio del camino. A medida que avanzábamos la voz relataba la historia de los dos gigantes Finn McCool de Irlanda y Benandonner de Escocia. Entre ellos siempre había existido un gran pique, y eso que nunca se habían conocido. Cierta día, el Gigante Finn McCool dio el primer paso para acabar con el enfrentamiento y construyó un camino sobre el mar para poder ir de Irlanda a Escocia y solucionarlo con una pelea, por eso el nombre de La Calzada de los Gigantes.

Íbamos de la mano y escuchábamos súper interesados la historia, sin dejar de mirar hacia Escocia y hacia la casa en la que vivía el gigante irlandés, intentábamos que ningún detalle se nos escapara.

Hacía tiempo de mi última visita a la Calzada, pero hoy la veía de otra manera, estaba disfrutando de la historia y del paseo, y sabía que era por estar con ella.

Una vez que terminó de construir la calzada, continuó la voz grabada, Fin McCool buscó a Benandonner con la intención de ganar la lucha, pero cuando comprobó el tamaño del gigante escocés, huyó de nuevo a Irlanda y pidió ayuda a su esposa Oonagh.

El gigante Benandonner, harto de esperar por Fin McCool sin que apareciera por ningún lado, cruzó el camino en su busca. La esposa del Gigante Irlandés, tuvo la idea de vestir a su marido con ropa de bebé, así que cuando Benandonner comprobó el tamaño del bebé, se asustó porque creyó que su padre sería de un tamaño superior al suyo y huyó a Escocia, destrozando la Calzada a su paso. A mitad de su huida, al gigante escocés se le cayó una bota...

—Ethan, mira —Beca señaló emocionada la enorme piedra con forma de bota que había justo a nuestro lado —Es la bota del gigante.

Nos sacamos fotos con lo que veíamos y le pedíamos a la primera persona que se acercaba a nosotros que nos sacara alguna para poder tener fotos juntos. A la vuelta del recorrido, nos sentamos a comer en un rincón cerca de la bota del gigante.

—Gracias por el almuerzo —le dije a Beca, tras darle un mordisco al segundo bocadillo de lomo con lechuga, tomate y mayonesa.

—De nada —contestó con la boca llena también —Me alcanzas un paquete de chips, tengo mucha hambre

—¿Te está gustando?

—Mucho —su sonrisa le llegaba hasta sus verdes ojos.

Entramos en el piso de Beca muertos por el día de hoy, no podíamos caminar ni un paso más. Nos dimos una ducha que en un principio iba a ser rápida, pero se transformó en larga, lenta y placentera, nos pusimos el pijama y nos tumbamos en el sofá. Beca se puso a leer sus apuntes a mi lado, con su cabeza apoyada en mi pecho, encendí la televisión, bajé el volumen para no molestarla y

busqué algo entretenido que pudiera ver.

Me quedé en baba, ese momento en el que parecía que estaba dormido, pero también escuchaba a Rebeca mascullar por no saberse alguna cosa importante. Lo que me preocupaba, y al contrario que al principio que no quería acercarme a ella porque sabía que iba a cambiar mi vida y ponerla del revés, era que pudiera dejarme. No sabía si ella sería capaz de vivir sin tenerme a su lado, pero yo era plenamente consciente que no lo iba a poder hacer.

Las palabras que me dijo cuando me marché de Holanda resonaban en mi casa, me torturaba pensar que pensara lo mismo, que lo nuestro no fuera más que un juego, y que en cuanto terminara el curso no iba a saber más de ella.

—Beca —mi boca estaba seca por el terror que me amenazaba.

—Dime —levantó la cabeza de mi pecho para mirarme a los ojos, con su radiante sonrisa —Pensé que estabas dormido.

—Más o menos —tragué varias veces para aclarar mi garganta y darme fuerzas para preguntar lo que de verdad quería.

—¿Te pasa algo? —frunció el ceño. Me miró con sus grandes ojos sin apenas pestañear, con su boca en una fina línea y su cara reflejaba preocupación. *Te amo.—pensé sin tener valor de decirlo en voz alta, aunque en realidad quería gritarlo a los cuatro vientos.*

—¿Sigues pensando lo mismo sobre nosotros? —solté de carrerilla.

—¿El qué? —se puso de rodillas en el sofá, con su pelo cayéndole por la cara como una cascada de fuego y su penetrante mirada me sacudía de arriba abajo.

—Que solo somos amigos, que jamás podrías estar conmigo y que esto es diversión —cada vez que decía o pensaba esas malditas palabras me dolía el pecho.

—Te voy a ser sincera, a pesar de que puedas utilizar esto en mi contra —y colocó sus piernas a ambos lados de mi cuerpo —Jamás lo pensé, lo dije para defenderme del daño que me provocaban tus

malditas y odiosas palabras. Y tú, ¿sigues pensando lo que me dijiste? —agachó la mirada y sus mejillas se tiñeron de rojo, estaba preciosa.

—Dije un millón de estupideces de las que me arrepentí al instante —le acariciaba la mejilla y le levanté la cabeza para que me mirase —Quise protegerme porque solo tú eras y eres capaz de romperme en millones de pedazos, aunque no te lo propusieras podías hacerme daño, me dio miedo y preferí huir. La parte más tonta de mi creyó que si me alejaba iba a dejar de sentir, pero fue lo contrario —confesé —Y si de algo estoy seguro, es que nosotros no somos diversión, no para mí.

—Te quiero —dijo mirándome a los ojos. Puso su mano sobre mi boca y no me dejó hablar, mi cuerpo temblaba bajo el suyo. Mi corazón palpitaba desenfrenado y contento, quería gritarle que también sentía lo mismo, pero ella no me dejó —No me digas nada Ethan, no lo hagas porque lo he dicho, no quiero que sea así, cuando me lo digas hazlo porque lo sientes. Ahora no lo hagas, por favor.

La acerqué a mí para besarla, me encontraba en el puto cielo gracias a sus dulces palabras. Quería decirle que también sentía lo mismo, que la amaba con cada poro de mi ser, pero iba a respetarla, pensaba hacerlo tarde o temprano y aunque no fuera hoy, se lo demostraría. Iba a luchar por ella, no quería que se arrepintiera de quererme ni que dejara de hacerlo, ahora que había conseguido que me quisiera tenía que hacer que fuera para siempre.

Le besé con cariño, con pasión, con amor, con ternura, con los sentimientos que habitaban en mi interior desde que la conocí y quise transmitírselo con ese beso. Como siempre sucedía cada vez que nuestros labios o nuestras lenguas se tocaban, se tornó en algo tórrido, lleno de pasión y necesidad.

Nuestros cuerpos hablaban a través de las caricias, de los besos, de los suspiros y el mío le gritaba a Beca lo que no me dejó decirle, cuanto la quería.

Tenía miedo de lo que pasaría después, ella tendría que regresar a Holanda y sin ningún tipo de miramientos yo iría tras ella, pero no estaba seguro de si ella quería lo mismo, aunque después de su confesión creía sí. Ahora, lo único que importaba era que la tenía a mi lado, que mientras me cabalgaba como si fuera Pentelisea yendo hacia la guerra de Troya, no dejaba de decirme cuanto me amaba. Cada vez que la escuchaba, los movimientos de mis caderas aumentaban.

Esperaba que ella supiera que sentía lo mismo, no quería decírselo porque sabía que no me iba a creer, sabía que iba a pensar que lo dije sin sentirlo, y por ello me aguanté las ganas que tenía de gritárselo. En más de una ocasión le supliqué que me mirase a los ojos, sabía que en ellos se podía leer la verdad de mis sentimientos y estaba desesperado porque lo supiera. No quería que fuera la única en confesarse, en ser sincera y de una manera u otra debía decírselo.

Me quedé dormido con Beca tumbada encima mía, su respiración me hacía cosquillas en el hombro y me relajaba. El cansancio acumulado de estos días hizo acto de presencia y no pude aguantar más con los ojos abiertos. Estar a su lado era como si pudiese encontrar la calma que se mantenía ausente en mi día a día, con Beca el puzle que era mi vida encajaba, ella era la pieza que me faltaba.

El ruido de un plato o un vaso que caía al suelo y estallaba en mil pedazos me despertó de golpe. Estaba desubicado, miraba a los lados para lograr ubicarme, pero tenía la vista nublada por el sueño y no conseguía encontrar nada que me diera una pista de donde estaba. Hasta que la vi en la cocina, tan guapa como siempre, se tapaba la boca con sus pequeñas manos y sus ojos me gritaban una disculpa.

—¿Te encuentras bien? —me levanté del sofá y me acerqué a ella.

—Lo siento. Soy súper patosa, iba a servirte el café pero sin saber cómo la taza acabó en el suelo.

—¿Vas algún sitio? —iba vestida con unos pantalones lilas, que la cruz le llegaba casi hasta las rodillas, una blusa nadadora negra y una

mochila.

—A estudiar. Contigo cerca mía es imposible —su sonrisa lasciva inundaba su cara —Y si quiero sacar el curso no puedo seguir vagueando. Eres una mala influencia Ethan, que lo sepas —su sonrisa y su mirada me decían que no hablaba en serio

—¿Tardarás mucho? —puse un mohín triste que provocó su risa.

—Lo que tarde en aprenderme estos cuatro temas —su dedo señaló una montaña de folios que descansaban en su mochila —Si consigo sacar tu cuerpo desnudo de mi cabeza no será mucho tiempo —ahora era yo quien reía.

—Está bien —aguanté las ganas de decirle que se quedara conmigo. Este curso era muy importante para ella y no quería ser un estorbo ni el causante de que no lo sacara —Te esperaré para comer juntos. ¿Prefieres que haga de comer o que salgamos por ahí

—¿Sabes hacer de comer? —parecía sorprendida.

—Tú pregunta me ofende —contesté con chulería, aunque en silencio rezaba por no quemar la cocina de Beca.

—Sorpréndeme con tu especialidad —me dio un tierno y dulce beso en los labios antes de salir del piso.

Más cansado que de costumbre, arrastré mis pies en busca del dormitorio de Beca y en cuanto di con el me tiré en la cama y volví a cerrar los ojos. Apenas lograba mantenerme en pie y los ojos me escocían de las ganas que tenía de dormir, así que lo mejor sería aprovechar que Rebeca se había marchado porque cuando la tenía cerca quería exprimir el tiempo con ella y no perderme cosas importantes por querer dormir.

Volví abrir los ojos y vi que el despertador de la mesilla de noche marcaba la una del mediodía. Me estiré en la cama y solté un largo y fuerte bostezo, sin ningunas ganas de levantarme, pero le había prometido a Beca hacer el almuerzo y lo iba a cumplir.

Me di una ducha rápida, me vestí con un chándal que había cogido ayer de mi casa cuando fui en busca de mi coche y, con las

mismas chanclas de estar por casa, fui al supermercado que estaba al lado del piso de Beca. Anduve de pasillo en pasillo, sin saber que podía hacer de comer, buscaba inspiración, pero no conseguía nada. No soy un gran chef, por no decir que era pésimo, por tanto debía ser algo sencillo, pero delicioso para demostrarle a Beca que sabía cocinar. Estaba harto de estrujarme la cabeza, saqué el móvil de mi bolsillo y llamé a mi madre.

—Dime algo que pueda hacer de comer y no lleve mucho tiempo ni complicaciones —le supliqué en cuanto descolgó el teléfono.

—¿Se te ha olvidado saludarme?

—Mamá —volví a suplicar —por favor.

—Me lo tomaré como un te quiero mucho y necesito tú ayuda —indicó mi madre —¿De cuánto tiempo dispones?

—No lo sé, supongo que llegará en una hora.

—¿Qué tal un pastel de carne picada con verduras?

—¿Y cómo narices se hace? —tenía la mirada perdida —¿Qué lleva la receta?

—Ay Ethan, te he mimado demasiado —soltó un suspiro —y ahora es cuando me doy cuenta.

—¿Vas a dramatizar mucho tiempo? —dije, pero me reí por las cosas de mi madre.

—Está bien.

Me explicó lo que necesitaba para hacer el pastel, me calmaba cuando me ponía nervioso al ver que no encontraba uno de los ingredientes y me decía otro similar por el que podía sustituirlo, y me relató paso a paso como debía hacerlo. Incluso se ofreció a que, si me hacía mucho lío, podía hacerle una vídeo-llamada para que me guiase. Esperaba que me saliera igual que a mi madre, no quería gafar la primera comida que hacía y, en el fondo, me hacía hasta ilusión que me quedara perfecto.

A medida que iba cocinando y, como me había advertido mi madre, fui probando la comida para comprobar que estaba bien de

sal y pimienta. Al final fue más fácil de lo que creía y no necesité llamarla. Una vez que terminé, dejé el pastel en el horno para que no perdiera el calor y esperé a Beca en el salón.

Capítulo 31

Llegué a casa reventada, con los ojos rojos de estar pegados a los folios y con ganas de abrazar a Ethan. Además, estaba hambrienta y apenas había podido concentrarme porque Ethan no se iba de mi cabeza, y estaba alterada. Entre tanto pensar, la idea de regresar a Holanda y que todo terminase me torturaba, no dejaba que me concentrara. Tenía que hablar con él, ya le había confesado que le quería, no debería sorprenderse cuando le pregunte en qué situación nos encontramos.

Abrí la puerta del piso y me asaltó el olor a comida, sonreí al notarlo, había hecho la comida y se lo agradecía enormemente. Lo encontré en el salón, acostado en el sofá y con el mando de la televisión encima de su pecho. Tenía una de sus manos metida en el pantalón y la otra descansaba en su barriga. Estaba dormido y me daba muchísimo apuro despertarlo. Casi de puntillas fui al baño para darme una ducha rápida y fresca.

Salí de la habitación, tras vestirme, y Ethan me esperaba en el salón con la mesa puesta y el almuerzo servido. Me coloqué frente a él, pasé mis manos por su nunca y lo besé con las ganas que había acumulado desde que me marché del piso.

—Te echaba de menos.

—Y yo a ti —confesó con una dulce sonrisa — ¿Comemos?

—¡Sí! Me muero de hambre.

—¿Qué tal la mañana? ¿Pudiste estudiar? —interrogó malicioso, seguro que recordaba el comentario que le hice esa mañana.

—Un poco —lo miré de arriba abajo — ¿La tuya?

—Pues solo he dormido y cocinado, poco más.

—Ethan —le comenté tras un largo silencio, pinché un trozo de

pastel con el tenedor, pero sin llegar a comérmelo.

—¿Qué ocurre? —indagó al ver que me volvía a quedar callada. Lo miré nerviosa, quería despojarme de la incomodidad que no se alejaba de mí. La sola idea de pensar que después de Irlanda nos separaríamos me agobiaba.

—¿Qué significa esto para ti? Te confesé lo que siento por ti, ¿y ahora qué? ¿Qué pasará cuando vuelva a Holanda? —hacia una pregunta tras otra sin parar, ahora que había empezado no tenía fin y aquello que me atosigaba salía por mi boca a borbotones — ¿Seguiremos juntos o se quedará aquí?

—Beca —me interrumpió —no quiero que termine, si tengo que vivir en Holanda para poder estar a tu lado lo haré —confesó —pero no quiero que lo nuestro quede en nada. ¿Cuándo te marchas? Mañana me tengo que ir a un festival en Suiza y después iba aprovechar con Enzo para grabar un tema. ¿Te veré antes de irte?

—Me examino el jueves que viene —contesté triste porque se marchara y no pudiera verlo y contenta porque quisiera seguir con lo nuestro. Aunque algo en mí no llegaba a creerlo, una voz en mi cabeza me gritaba que anduviera con cuidado, que Ethan no era de los que se enamoraban y no iba hacerlo de mí, que me alejara de él antes de volver a sufrir.

—Te veré en casa entonces —dijo con una dulce sonrisa —recuérdame que te de las llaves antes de irme —asentí con la cabeza, nerviosa.

—Tengo una semana más de descanso antes de volver a incorporarme, podemos hacer lo que quieras.

—¿Lo que quiera? —me escudriñó con una ceja arqueada.

—¿Qué está pensando esa cabecilla tuya?

No me respondió, se quedó en silencio, de vez en cuando me miraba de manera maliciosa. Terminamos de almorzar, recogí la mesa, lavé la loza y me senté a su lado del sofá. Él estaba con mi portátil y apenas levantó la mirada de la pantalla para verme, parecía

concentrado.

—¿Qué buscas?

—Dos billetes para Fuerteventura —no dijo nada más.

—¿Tiene que ver con nosotros o con un festival? —cruce los dedos detrás de mi espalda y esperé que fuera por nosotros.

—¿Te parece bien el mismo jueves? —respondió a mis dudas con la pregunta —¿A qué hora terminas el examen? Hablaré con Enzo para empezar con la grabación después del viaje y poder salir los dos juntos desde aquí.

—Empiezo a las nueve de la mañana y tenemos de plazo hasta la una del mediodía.

—Perfecto, cogemos el vuelo de las cinco entonces. ¿Volvemos el miércoles? ¿O entras ese día?

—No, está genial porque es el jueves cuando me incorporo.

—Hecho —apagó el ordenador —El jueves nos vamos a Fuerteventura.

—¿Qué tengo que llevar?

—Con un par de bikinis y una toalla de playa tienes más que suficiente —no dejaba de reír al verme tan contenta —Bueno y la ropa que te hayas traído para pasear, y porque regresas a Holanda directamente.

—¿Y tú? ¿No vienes conmigo?

—Tengo trabajo, pero en cuanto lo termine vuelvo a tu lado —reconoció y, para mi tranquilidad, me dio un tierno beso en los labios.

—Está bien —dije con una sonrisa—me conformaré con esa semana los dos solos—continué contenta al imaginarnos a él y a mí juntos durante una semana, en las preciosas playas de la isla —Tendremos que aprovecharla al máximo, ¿no?

—Parece que sí.

A la mañana siguiente, amanecí y Ethan no estaba a mi lado en la cama. Esa semana no tenía clases y aprovechaba para prepararme el examen. Quedaban algunos días de estudio y después iría a

Fuerteventura, todavía me costaba creérmelo.

Tenía que llamar a mi abuela para preguntarle si no le importaba quedarse unos días más con Zelda, estaba segura de la respuesta y que mi abuela se iba alegrar tanto por mí como por quedarse más tiempo con la perra. Le hacía compañía y estar con Zelda le obligaba a salir de casa y pasear, y yo me quedaba más tranquila. También iba a tener que llamar a Candela y ponerle al día de los últimos acontecimientos. La última vez que hablé con ella fue para decirle que Ethan me había mandado flores, después había estado muy ocupada para estar pendiente del móvil.

Pasé varios minutos más en la cama, con una de las almohadas bajo la cabeza y la que había utilizado Ethan estos días la abrazaba en mi pecho. Miré el despertador de reojo y me obligué a levantarme antes que se me echara el tiempo encima, si seguía en la cama no me iba a mover hasta mañana. Desayuné en la cocina sin ninguna prisa, me di una relajante ducha y me preparé para ir a la biblioteca. Me conocía lo suficiente para saber que si me quedaba en el piso no iba a estudiar, perdería el tiempo viendo la televisión, o yendo y viniendo de la cocina, o paseando por la casa sin saber qué hacer. Tenía uno de esos días en los que me tenía que obligar hacer las cosas y estar concentrada o perdería el día por completo, y con lo poco que faltaba para el examen no podía permitirme ese lujo.

La primera hora en la biblioteca fue un auténtico suplicio, no me concentraba, mi mente evocaba imágenes de Ethan desnudo en la cama, en la ducha, en el sofá, incluso me lo imaginaba de igual manera en las playas paradisíacas que íbamos a visitar. Salí al pasillo a sacarme un café de la máquina para despejarme un poco y poder centrarme en los estudios en cuanto me volviera a sentar.

Vi a Richard aparecer por la puerta principal y estuvimos un buen rato charlando de lo difícil que era el temario, lo bien que estaba con su marido y lo genial que me iba con Ethan. Nos preguntamos cómo estaría María e hicimos un FaceTime para hablar con ella y que nos

pusiera al día. Después de colgar, volvimos a entrar en la biblioteca con la promesa de no salir hasta que nos supiéramos los dos últimos temas.

Me puse unos tapones en los oídos para evadirme más, coloqué los codos en la mesa y las manos sobre mi frente para no ver a nadie y empecé a estudiar en serio. A la hora de comer, Richard y yo nos acercamos a la cafetería del campus, no queríamos salir de la Universidad o no íbamos a volver de nuevo. Comimos rápido, el tiempo se nos echaba encima y no nos habíamos aprendido ni el primer tema y regresamos a la angustiada sala de la biblioteca.

A las diez de la noche decidí que había pasado muchas horas encerrada, estaba cansada, con hambre, con ganas de llamar a Ethan, y la mala hostia se estaba apoderando de mí. Me despedí de Richard con un beso en la mejilla y regresé al piso. Una vez dentro, me puse cómoda, cené y me calmé al instante, me acomodé en el sofá y llamé a Candela. No me lo cogió y a los pocos segundos recibí un WhatsApp en el que decía que estaba trabajando, le tocaba guardia, y si se calmaba la noche me llamaba. El móvil empezó a sonar y al ver en la pantalla de quien se trataba la alegría, la felicidad, la emoción y la ilusión florecieron en mi cuerpo.

—Al fin me llamas.

—Te echo de menos —confesó —Siento no haberte llamado, estuve con Enzo preparando el tema que vamos a grabar y ahora estoy a punto de salir a pinchar. ¿Me escuchas?—preguntó por encima del barullo.

—También te echo de menos —dije mimosa, me habría encantado tenerlo a mi lado y acurrucarme entre sus brazos.

—¿Qué tal te ha ido el día? Seguro que vas sobrada, empollona —añadió para meterse conmigo.

—No te creas, me ha costado concentrarme y me faltan algunas cosas importantes, pero no podía continuar en la biblioteca. Y tú, ¿cómo llevas la canción? ¿Conseguiste contactar con la cantante? —

Ayer me contó que estaba nervioso por un tema nuevo y que para él era muy importante. Además, le costó mucho encontrar una voz que se acoplara a lo que él quería y deseaba con todas sus fuerzas que ella aceptara para empezar a grabar desde mañana mismo.

—¡Ha dicho que sí! —parecía excitado —No tuvimos que convencerla, en cuanto le planteamos el proyecto aceptó al instante.

—Me alegro mucho Ethan —estaba casi igual de contenta que él porque sabía lo importante que era.

—¿Hablamos mañana? Tengo que entrar ya.

—Vale, échame mucho de menos —le exigí.

—Ya lo hago, siempre lo hago —señaló antes de colgar.

Me quedé dormida en el mismo instante que dejé el teléfono en la cabecera del sofá y me desperté al rato por culpa de mis propios ronquidos. Fui sonámbula a la habitación y me tumbé en la cama. A las pocas horas, o por lo menos lo eran para mí porque necesitaba más horas de sueño, el despertador sonó y me mentalicé para otro día de estudio, quedaban pocos días para ser libre y disfrutar de Ethan. Con más fuerzas que ayer me preparé para ir a la biblioteca, hablé con mi abuela por el camino, como solía hacer casi siempre, y le mandé un mensaje a Candela para que me llamara en cuanto se despertara.

Y así, sin apenas darme cuenta, llegó el temido y ansiado día del examen. Tenía que borderarlo, quería aprobar el curso e ir a Fuerteventura totalmente libre, sin el runrún en mi cabeza por no haberlo sacado adelante. En el pasillo, antes de entrar al aula, los alumnos hablaban sobre lo que podía caer, lo que se sabían y lo que no, y también los típicos que mentían diciendo que no habían estudiado nada y después sacaban matrícula. Me aparté de ellos para no escuchar, me ponían más nerviosa de lo que estaba y Richard se puso a mi lado. Al parecer pensaba lo mismo y, como siempre que ocurría cuando nos veíamos, acabamos conversando de nuestras vidas y prometimos vernos más cuando esto terminara.

A las tres horas y después de haber revisado el examen punto por punto y pregunta a pregunta, levanté la cabeza y miré a mi alrededor. Nadie se había levantado, estaban concentrados sin dejar de escribir y me hicieron dudar sobre el examen que había hecho, seguro que iba a suspender. Lo revisé una vez más, pero no tenía ni idea de que más poner, había puesto lo que sabía gracias al curso como a mi carrera profesional. Me levanté nerviosa y le entregué el examen al tribunal de profesores que me esperaban con miradas y caras serias. Lo dejé en la mesa y, cuando estaba a punto de marcharme, me dijeron que tenía que esperar, me iban a dar la nota en ese instante.

—¡Aprobé! —Nada más darme la nota fui corriendo a por mis cosas y lo llamé.

—¡Felicidades Beca! —respondió gritando él también —Aunque en el fondo sabía que lo ibas a conseguir —pude notar la alegría en su voz y me hizo más feliz —estoy en mi casa haciendo la maleta —continuó —en cuanto termine te recojo y vamos al aeropuerto, ¿te parece?

—¡Guay! —estaba desbordante de alegría.

Llamé a Candela porque había visto una llamada perdida de ella y le conté lo que había ocurrido y que este sábado no iba a poder salir con ella de marcha porque me iba a una de las islas Afortunadas. No dejó de gritar y de alegrarse por mí, me repetía una y otra vez que exprimiera al máximo lo que me ofrecía la vida, que serían los momentos que recordaría siempre. Después, llamé a mi abuela para decirle que había aprobado y que la llamaría en cuanto llegara a Fuerteventura, me juró una y mil veces que tanto ella como Zelda estaban bien y que la dejara tranquila porque estaba jugando al *mus* e iba ganando.

—¿Cómo te salió? —preguntó María al descolgar. Ahora tocaba el turno de hablar con una de las mejores personas que me llevaba de este viaje

—¡Aprobé! —repetí sin creerlo.

—¡AAAHHH! —exclamó a pleno grito —¡No sabes cuánto me alegro!

—¿Cómo estás? —dije preocupada, era consciente que pasaba unas semanas duras tras la marcha de Enzo. María intentó contactar con él, pero Enzo le había dejado claro que era demasiado tarde.

—Igual Beca —bufó —Sigo en shock, lo nuestro se ha acabado y no creo que pueda acostumbrarme, pero va siendo hora de seguir adelante y algún día me despertaré y no dolerá tanto.

—Envidio tu fortaleza. ¿Te ayudaría a estar mejor salir de marcha conmigo y la loca de Candela? —solo quería hacerla reír.

—Mucho, nada más llegar a Holanda llámame y lo planeamos —contestó riéndose —Buscaré unos días para escaparme y estar con vosotras, lo necesito.

Capítulo 32

Un fuerte dolor en mi mano me despertó y di un brinco en el asiento del avión. Miré a mi derecha y vi a Beca blanca, con la vista al frente, sin apenas parpadear, y los músculos de su cara muy marcados. Se notaba que tenía la mandíbula fuertemente apretada. Recordé lo que dijo mi hermana el día que conoció a Rebeca y supe que el avión estaba a punto de aterrizar. Acaricié su mano con ganas de tranquilizarla, hablé con ella, le susurré al oído lo mucho que la quería y giró la cabeza al instante, sus ojos brillaban por culpa de lo que suponía eran lágrimas no derramadas y me asusté

—¿Qué ocurre?

—Es la primera vez que me lo dices.

—¿El qué? —no era consciente de a qué se refería.

—Que me quieres —dijo con un nudo en su garganta —¿Lo dices de verdad o por tranquilizarme?

—¿Cómo puedes pensar que digo algo tan importante para que estés cómoda? —estaba molesto —¿Sigues pensando que soy esa clase de chico? —señalé con el entrecejo fruncido.

—N...n...no. —comentó entre balbuceos —Perdón, no quise decir eso.

—¿Y qué es lo que quisiste decir?

—No te pongas así Ethan, te he pedido perdón.

—¿Está mal que me moleste? —seguía cabreado —Te digo cuánto te quiero y está mal, me molesta que no me creas y está mal. No sé Beca, dime que es lo que puedo hacer y decir.

—Ethan...

—Déjalo —interrumpí —Es la primera vez que quiero a alguien con la intensidad que te quiero a ti, te lo confieso y lo que obtengo a

cambio es rechazo hacia mis sentimientos.

—No es verdad —acercó su mano a mi cara, la aparté al instante —Por favor...

—Ya está —volví a interrumpirle —Hemos aterrizado. ¿Sabes? Creo que dudas de mis sentimientos porque no estás segura de los tuyos.

—¿Cómo puedes pensar tal cosa? —puso una mano en el pecho, como si así pudiera calmar el dolor que le provocaron mis palabras.

—De la misma forma que tú lo has pensado. Beca tenemos que bajar del avión, vamos.

Se suponía que este viaje iba a ser romántico, tenía pensado confesarle mis sentimientos y decirle cuanto la quería. No era mi intención hacerlo en esos instantes, pero las palabras salieron solas de mi boca, como si me quemaran. Lo había planeado, quería decírselo de noche, a la luz de las velas y las estrellas, en una playa, pero mis sentimientos escaparon de lo más profundo de mí cansados de estar preso. La respuesta de ella me dolió mucho, ¿cómo podía dudar de mí? Vale que la primera vez me comporté como un auténtico canalla diciéndole que solo la quería para el sexo cuando deseaba más de ella, pero esta vez era distinto. No quería perderla, ni pasar por el mismo dolor que sufrí cuando nos alejamos, y por encima de todo la amaba.

Había sido sincero al decirle que era la primera vez que quería a alguien, como también era la primera vez que lo decía. En cada una de las escenas que me imaginé diciéndoselo, nunca se me había ocurrido que la respuesta de Beca iba a ser dubitativa.

—¿Me perdonas? —me cogió de la mano y tiró de ella para que la mirase —Ethan, no desvíes la mirada —me pidió.

—¿Desconfías de mí? —estaba más triste de lo que quería aparentar.

—No —contestó —Te creo y se me olvidó decirte que también te quiero —dijo con una tímida sonrisa.

—Beca —coloqué mi frente en la suya —no desconfíes de lo que siento por ti, por favor —supliqué. Acarició mi mejilla con una de sus manos y me dio uno de sus cálidos y reconfortantes besos.

—No lo hago, ni lo haré —me volvió a besar —Te lo prometo —añadió.

Fuimos cogidos de la mano hasta la salida del aeropuerto y nos acercamos a la ventanilla de alquiler de coches CICAR. Les facilité mis datos y me dieron las llaves del coche que había reservado, un Jeep Wrangler blanco de tres puertas. La chica que nos atendió nos indicó como poder encontrarlo y, sin soltarnos de la mano, salimos en su busca.

Una vez acomodados en el coche y preparados para ir a mi casa, puse la radio, no sabía vivir sin la música y odiaba ir en el coche sin ella. Busqué una emisora en concreto, una que escuchaba siempre que podía, Calimbre Radio, y saqué el coche del parking del aeropuerto. Beca no dejaba de alucinar por los paisajes que tenía la isla, y era de noche y no podía contemplarla en todo su esplendor, mañana iba a alucinar. Siempre me había gustado venir aquí cada vez que tenía un hueco, pero ahora me iba a gustar mucho más.

Conduje sin descanso hasta llegar a La Oliva, donde tenía mi casa, y cuando aparqué el coche en mi garaje estuve inquieto. De todas, y aparte de la de mis padres, era la única que consideraba mi casa como tal, en donde siempre había soñado vivir y formar una familia, alejados del caos, con la tranquilidad que proporcionaba la isla.

Abrí la puerta a duras penas, la llave no quería entrar en la cerradura, o sería que mis manos temblaban tanto que no acertaba a introducirla en ella. Me aparté para que Beca pasara primero y me sonrió al hacerlo. Dejó la maleta a un lado de la puerta, sin dejar de mirar aquello que aparecía ante sus ojos. Un espejo, un cuadro, lo que fuera, lo que encontraba llamaba su atención y le atraía lo suficiente como para posar sus manos y acariciarlo con sumo cuidado.

Se acercó al salón con paso lento, y mi agonía iba en aumento. Ésta era la única casa que había decorado solo, que tenía más de mí que ninguna otra. Aunque no me importase ir a cualquier sito en el que estuviera Beca, necesitaba que le gustara tanto como a mí.

—¡Guau! —exclamó, sin añadir nada más y se perdió en el interior del salón.

Me quedé parado, apoyado en el vano de la puerta, sin dejar de observarla. Me concentraba en las expresiones de su cara, Rebeca era demasiado transparente y sin decir nada podía saber lo que sentía solo con verla. No dejaba de mirar la pared que se encontraba detrás del sofá, donde tenía colgada mi primera tabla de surf, de cuando apenas tenía catorce años. Pude notar que aguantaba la tentación de pasar su mano por ella, como si tuviera miedo a romperla. Me miró de soslayo, parecía pedirme permiso para hacerlo, y asentí con la cabeza, no era capaz de negarle nada.

Sus manos se alzaron temblorosas y pasó las puntas de sus dedos por la tabla. Terminó de inspeccionar esa pared de color naranja, y pasó a la de enfrente, que era blanca. En ella se encontraba un pequeño mueble donde reposaba la televisión y sobre ella había colgado mis vinilos favoritos. Su cara la delató, le gustaba lo que veía y, sin ser ella consciente, me estaba haciendo el hombre más feliz de la tierra.

Continuó el camino, sin prestar mucha atención a la mesa de cristal con butacas blancas que decoraban el final de salón, y abrió las puertas correderas, que daban a una preciosa terraza, o por lo menos para mí lo era. En cuanto descubrió lo que había detrás se giró para volverme a sonreír, y yo se la devolví como un tonto enamorado. El suelo de la terraza era de piedra blanca, con un enorme sofá de palets y grandes cojines azules, que bordeaba la pared y que estaba hecho por mí.

Pasó a mi lado y se dirigió a la puerta de enfrente, la de la cocina. Esa era la que menos me importaba, había elegido la decoración, no

expresaba nada de mí, era sencilla. El espacio y el tiempo que dediqué a la cocina no fue mucho, en ella solo había una nevera, los muebles que eran blancos y de madera clara, el pollo con los fuegos y en el fondo un cuarto más pequeño donde estaba la lavadora.

El siguiente turno fue para el cuarto de baño, era pequeño, decorado en tonos azules y blancos muy playeros. Encima del lavamanos, había un gran espejo con los bordes de madera que me encargué de pintar en azul, el plato ducha y el váter. Beca se centró en los azulejos de las paredes azules y blanco con alegorías dedicados a la playa, como una concha, una estrella de mar... El suelo era sencillo, de cerámica blanca, sin ninguna excentricidad.

Subió las escaleras que estaban en el fondo del pasillo, frente a la puerta principal, e igual que hizo abajo, inspeccionó la planta puerta por puerta. Primero las dos habitaciones de invitados, después la que uso como mi despacho, estudio, sala de videojuegos, o habitación multiusos y por último la habitación principal.

Se colocó frente a la cama, que estaba en el centro de la habitación, sin dejar de mirar el cuadro que había encima del cabecero. En realidad, eran varios cuadros de diferentes tamaños con la imagen del interior de una ola y en el fondo se veía el sol que empezaba a esconderse tras las montañas. Saqué esa foto con la Go—Pro uno de esos días en el que necesitaba el mar más que ninguna otra cosa, y no pude evitar echarme a surfear unas cuantas olas. Por aquel entonces no conocía a Beca, porque ahora era a ella a quien necesitaba. Al llegar a casa, pasé las fotos que había sacado y al verla me pasé varios minutos con ella delante de mis ojos, me sentía de nuevo en el mar, solo me daba una tranquilidad enorme, y decidí sacarla y colgarla en mi habitación.

Contemplé como suspiraba y sonreí, a ella también le daba esa serenidad que solo el mar proporcionaba. Echó una ojeada al resto de la habitación y se internó en la puerta que había justo enfrente de la cama y que daba a mi baño privado.

—Ethan, ¡me encanta! —la escuché gritar.

—Me alegro —no pude contener la risa.

La primera pared que había, enfrente de la entrada, llamaba mucho la atención porque estaba decorada con azulejos hidráulicos que daba un rollo al baño muy chulo. El resto de las paredes eran de color blanco, y los poco muebles que había, como en el que estaba el lavamanos, era de madera. Las canastas que tenía para las toallas y la de la ropa sucia eran de mimbre. Encima del mueble donde estaba el lavamanos, tenía un jarrón de cristal con conchas que había recogido de las playas de la isla. Beca lo cogió con sus pequeñas manos y se puso a mirarlo a contraluz, como si pudiera descubrir algo en él. Lo dejó donde estaba y me sonrió con una de esas sonrisas que paralizaban mi corazón y me hacían inmensamente afortunado por poder tenerla a mi lado.

—Estoy enamorada de tu casa, Ethan. No me importaría vivir en una como esta, es simplemente perfecta. —Si antes había paralizado mi corazón con su sonrisa, ahora volaba por los cielos rebosante alegría —Es muy tarde —dijo al mirar su reloj —tengo un cansancio encima que no veas, ¿te importa si me acuesto? —Negué con la cabeza, incapaz de hablar.

Me encantaría pasar más tiempo con ella, pero las últimas semanas había estudiado sin descanso y el vuelo había durado casi siete horas, se merecía descansar. Beca se despidió de mí y fue en busca de su maleta para darse una ducha y acostarse.

Fui a la cocina a pillar algo para picar, a pesar de que en el avión nos habían dado la cena, no había sido suficiente, estaba hambriento. Recé porque la última vez que estuve en casa dejase comida en la despensa, sino mi última opción era pedir comida a domicilio, aunque a estas horas dudaba que hubiera algo abierto. En la despensa me quedaban ambrosías *Tirma*, un paquete de patatas *Munchitos*, mis preferidas, cuando venía tenía que comprarlas al igual que las ambrosías, y una botella de té de limón. Cogí la comida y me

fui al salón, me senté en el suelo, como hacía mi hermana María, y encendí la televisión.

Le mandé un WhatsApp a mi madre, otro a mi hermano y no pude evitar llamar a Enzo. Desde que se separó de mi hermana, consciente de que era para siempre y no iba a tener la oportunidad de volver a estar con ella, y a sabiendas que iba hacer lo posible por evitarla porque si no lo hacía iba a caer de nuevo, estaba destrozado. Intenté varias veces mediar entre ambos, pero fue imposible, Enzo había tomado una decisión y no iba a cambiar. Me confesó que sufría por no tener a María a su lado, pero no podía seguir viendo como ella hacía su vida y lo dejaba al margen. Reconocía que la había cagado en su día, pero había hecho lo que estaba en su mano para recuperarla y si ella aún seguía con las tonterías de estar con otros para darle en las narices, era porque no le quería de verdad. No pensaba como él, claro estaba, sabía que mi hermana estaba loca por Enzo, pero entendía perfectamente su postura, y en su lugar habría actuado igual.

—¿Cómo estás?

—Bien, acabo de llegar —afirmé —¿Y tú? —le di un mordisco a la ambrosía.

—Igual —soltó sin fuerzas —Nada ha cambiado.

—¿Sigues sin querer hablar con ella? —indagué con un poco de delicadeza —A lo mejor consigue que cambie tu estado de ánimo.

—¿Y si no lo hace? ¿Y si me deja peor? —parecía abatido

—No lo creo. Enzo es normal que tengas dudas, pero ella te quiere.

—¿Podemos hablar de otra cosa?

—Por supuesto —concedí —¿Cómo llevas el lanzamiento de tu nuevo tema?

—No saldrá hasta dentro de un par de meses —la alegría tiñó su voz —y sigo dando los últimos retoques. ¿Se lo has enseñado a Beca? —hacía referencia a la canción que en la habíamos trabajado y que era para ella.

—Aún no, quiero enseñársela cuando esté terminada.

—Te va a quedar de puta madre, la voz de la chica es brutal.

—Espero que le guste —dije nervioso —esta canción es especial porque la he hecho para ella y tiene que salir bien por cojones. En realidad, cualquiera tiene que salir bien, pero ésta la debo clavar. No sé lo que digo, estoy cagao.

—Sé a qué te refieres.

—Estoy destrozado del viaje, ¿hablamos mañana?

—Sin problemas.

Colgué y me di una ducha rápida en el baño de la primera planta para no despertar a Beca, me puse unos calzoncillos y me metí en la cama. En Fuerteventura hacía el suficiente calor para no querer ponerme nada más, me agobiaba rápido y en tal caso no cogería el sueño.

Entré en la cama con un fuerte suspiro de rendición, en apenas unos minutos iba a estar en el quinto sueño, no tenía dudas. Abracé a Rebeca desde atrás, le di un pequeño beso en la nuca, y me quedé dormido con una sonrisa en los labios.

Capítulo 33

Amanecí acurrucada en los brazos de Ethan, por primera vez en muchos meses había dormido del tirón, sin despertarme a primera hora de la mañana porque era a lo que llevaba años acostumbrada. Me quité lentamente los brazos de él que reposaban en mi costado, intentaba no despertarle, pero fracasé estrepitosamente porque me volvió a tirar y me abrazó más fuerte.

—Cinco minutos más —dijo, se pegó a mi espalda y me besó en la coronilla. Me reí de auténtica felicidad y me acurruqué.

A los pocos minutos, la respiración de Ethan me indicó que se había dormido y esta vez pude salir sin despertarlo. Bajé las escaleras y fui directa a preparar café, y una vez servido me acerqué a la terraza y me senté en el sofá para contemplar las preciosas vistas que tenía. Anoche a la luz de la luna y con la iluminación de las estrellas me parecía precioso y ahora a la luz del día, con la posibilidad de examinar lo que había a mi alrededor, era simplemente perfecto.

Entré en el salón y cogí de mi maleta, que aún no había colocado, uno de los libros que compré en los mercadillos de Irlanda. Era El Corsario de Jude Deveraux, no había leído nada de ella, pero la sinopsis me llamó la atención y qué mejor que empezarlo bajo el sol de Fuerteventura. Estaba poco acostumbrada a ese calor abrasador, no tardé mucho en abrir la sombrilla y dejar solo mis pies al sol.

—Buenos días —su voz estaba ronca por el sueño. Se acercó a mí y me dio un tierno beso en los labios. Estaba frente a mí, con su delicioso torso al aire y vestido únicamente con unos pantalones cortos azul marino —¿Qué tal dormiste? —me obligó a apartar los ojos de su cuerpo, su increíble y deseoso cuerpo

—Muy bien —contesté tras varios intentos —¿Tú?

—Bien —un bostezó repentino le interrumpió —¿Nos preparamos? Hay que aprovechar los días y tengo mucho que enseñarte

—Vale.

Iba a cometer un error, lo sabía, la presión en mi pecho y el vacío de mi barriga me avisaba que la iba a cagar, pero mi razón decía que debía hacerlo.

La semana que pasé con Ethan en Fuerteventura fue absolutamente maravillosa, no hubo nada malo, salvo los miedos que se negaban abandonarme. El primer día, Ethan me llevó a Cotillo, hicimos una pequeña parada en el Castillo El Tostón y visitamos el museo de pesca tradicional que se encontraba ubicado frente al mar. Las vistas eran espectaculares, en el mismo museo se alzaba un faro, conocido como el Faro del Tostón de color blanco y rojo. Gracias a la visita a ese museo pude conocer la importancia que tenía el mar para la gente de la isla desde hacía muchos años, era un medio de vida.

Finalizada la visita, Ethan se metió por una carretera de arena que estaba cerca del museo de pescadores, y pude ver auténticas playas paradisíacas, con su arena blanca y agua cristalina. No entendía como la gente se gastaba tanto en ir al Caribe teniendo esta maravilla cerca. Se paró en una de ellas, cogimos del techo del Jeep las tablas de paddle surf que habíamos alquilado, y disfruté como una enana practicando ese deporte. Al principio me costó mantenerme en pie y Ethan no dejaba de reírse cada vez que me caía, pero una vez que le cogí el truco, pudimos hacer una buena travesía con las tablas.

Al segundo día fuimos a la Isla de Lobos y, si lo de ayer me pareció paradisiaco, lo de esta isla no tenía nombre. Era el lugar perfecto para perderte, relajarte y disfrutar de lo que te ofrecía la naturaleza. Sin ninguna duda iba a volver a Fuerteventura y a esta isla. Llegamos gracias a un ferry que cogimos en el puerto de Corralejo, el viaje duró cerca de varios minutos y nos dejó en el Puerto de la isla.

Al desembarcar solo vi una pequeña cabaña que era para ofrecer información a los turistas y Ethan me contó, mientras recorríamos el pequeño islote, que aún conservaba muchos parajes vírgenes y la naturaleza era salvaje.

Llegamos a primera hora de la mañana para poder disfrutar de la isla al completo, y atravesamos un sendero por el interior del islote hasta llegar a un faro ubicado en el norte y ahora en vez de Fuerteventura, veíamos la isla de Lanzarote.

Recorrimos de nuevo el sendero y me acerqué al único restaurante que había en la isla para reservar mesa para el almuerzo, pero me dijeron que estaba lleno. Menos mal que Ethan fue precavido y se lo imaginaba, porque trajo unos cuantos bocatas, un pack de cerveza *Tropical* y algunas chucherías. Debía reconocer que, aunque estaban muy buenos los bocadillos, me quedé rascada de no haber podido comer en el restaurante. La comida que vi cuando entré tenía pinta de estar exquisita.

Estuvimos un buen rato en la playa de La Concha, una espectacular playa con arena blanca y grava que tenía forma de herradura. Después de comer fuimos al Puertito, una increíble cala con las aguas más cristalinas que hubiera visto, y practicamos snorkel.

En esos momentos, a punto de hacer la gilipollez más grande que hubiera hecho nunca, agradecía silenciosamente no haber dejado de sacar fotos con la Go Pro. Tenía imágenes del viaje al completo, nosotros practicando paddle surf, haciendo snorkel, en las dunas de Corralejo, practicando Wind Surf en Sotavento, y las iba a necesitar cuando regresara a Holanda.

El domingo amanecimos más tarde de lo normal y, como había sucedido durante estos días, estábamos abrazados, como si ni siquiera dormidos pudiéramos estar alejados el uno del otro. Visitamos la antigua capital de Fuerteventura, Betancuria, un pequeño municipio que se encontraba en el oeste de la isla y

destacaba por ser el más antiguo. Recorrimos parte de Fuerteventura por su interior, Ethan no dejaba de enseñarme lo que podía y le estaba enormemente agradecida, porque cada cosa que veía conseguía que me enamorase más, y no sólo de la isla, sino también de él.

Ese día al contrario que los anteriores, regresamos a casa de Ethan para almorzar, descansamos un poco y después fuimos a Corralejo. Entré en una tienda de deporte y, además de algunos bikinis chulos, compré unas palas para jugar con Ethan en la playa. Aprovechamos y fuimos a ver el atardecer a la playa de Corralejo y echamos un partido en el que obviamente salí perdiendo, era demasiado torpe como para aguantar dándole toques a la pelota.

Al siguiente amanecer, me desperté con una idea en mi cabeza, iba a querer recordar los días con él y el maravilloso viaje que me ha regalado. Quería acordarme de lo que me hacía sentir, lo bien que lo pasábamos juntos y el amor que sentía por él. Así que después de ir al sur de la isla a visitar lo que nos daba tiempo como Pájara, Sotavento, en donde practicamos Wind Surf, y Costa Calma, le conté a Ethan de que se trataba esa idea. Quería hacerme un tatuaje en la parte interior del codo que dibujase una ola y en el final de la misma se dibujara un sol con los rayos. Me dijo que el mejor día para hacérmelo era antes de regresar a casa, cuando ya no me diera el sol y pudiera curármelo bien, y así lo hice.

El resto de días visitamos Caleta de Fuste, Puerto del Rosario, y lo que pilláramos por el camino. El martes antes de irnos, volvimos al puerto de Corralejo y alquilamos un barco que avistaba delfines, volvimos hacer snorkel y disfruté de ese último día como se merecía. Por la tarde me llevó a su tatuador de confianza y me hice el tatuaje que quedó mejor de lo que pensaba.

Y entonces llegó el miércoles, el día en el que teníamos que coger nuestros respectivos vuelos y en el que mi cabeza insistía con más fuerza que lo nuestro no iba a ningún sitio, que para Ethan era una

diversión y que no podíamos estar juntos. Cada vez que pensaba en separarme de él para siempre mi corazón se partía un poquito más, y quedaba solo un pequeño resquicio de lo que fue.

Estábamos sentados en una cafetería a la espera que señalaran nuestras respectivas puertas, y una de mis piernas no dejaba de moverse, alterada ante lo que se avecinaba, frente a la inminente despedida. Cada dos por tres me levantaba a mirar la pantalla para comprobar que hubiesen señalado las puertas y hacerlo antes de que doliese más.

Ese día ni me había matado mucho al vestirme, cogí lo primero que pillé del armario sin pararme a pensar si pegaba o no, ni tampoco me arreglé los ojos, me dejé el pelo suelto y me puse unas cómodas alpargatas. Debería haberme arreglado para que tuviera un buen recuerdo de nuestro último adiós, o más que sea para que no pudiera olvidarme porque me veía guapa en esos momentos, pero saber que no iba a volver a verlo conseguía que no tuviera ganas de nada.

—Ya están señaladas —dije de regreso a la mesa en la que me esperaba Ethan —La mía está hacia la derecha y la tuya hacia la izquierda.

—¿Así que tenemos que despedirnos?

—Sí —respondí con un enorme nudo en mi garganta. La cabeza no dejaba de darme vueltas, las personas que pasaban a mi alrededor parecían bailar frente a mis ojos, y tenía ganas de vomitar. No estaba bien, ni yo, ni lo que estaba a punto de hacer.

—¿Qué ocurre? —indagó con sus cejas juntas y su entrecejo fruncido —¿Te encuentras bien? —volvió a preguntar y colocó una de sus manos en mi frente —Tu cara parece haber perdido el color que has cogido.

—Ethan he estado pensado...

—Yo también —me interrumpió —y tengo una sorpresa que darte, pero va a tener que esperar hasta que vaya a Holanda a verte —

parecía entusiasmado —Solo espero que te guste, porque he puesto mi alma y bueno quizás podamos...

—Ethan, para —le pedí, puse una de mis manos en su boca para que callase —no puedo seguir con esto.

—¿Con qué? —estaba dubitativo y se echaba hacia atrás, como si le hubiera dado una patada.

—Lo nuestro, es imposible, es mejor dejarlo ahora —dije como si no me estuviera matando pronunciar esas palabras

—¿Por qué? —tenía los brazos cruzados, parecía enfadado y no podía culparlo

—Porque te amo.

—¿Y esa es una razón para dejarlo? —me recriminó irónico — Pensé que por ese motivo las parejas vivían juntas, o se casaban, pero no que lo utilizaban como excusa para dejarlo

—Es más complicado de lo que crees

—Explícamelo —exigió —puede sorprenderte lo que soy capaz de entender.

—Ethan te amo, pero sé que tú no sientes lo mismo y por mucho que deseara que fuera así, no va a suceder. Es imposible que estés con una chica como yo que desea venirse a Fuerteventura a vivir contigo, formar una familia y ser feliz a tu lado

—¿Otra vez con tus prejuicios? Creí que habíamos superado esa faceta

—No puedo hacerlo, no cuando sé que no estoy hecha para ti y que no me convienes.

—Mira Beca estoy cansado —dijo tras varios segundos de silencio en los que no apartaba la vista de mí y yo deseaba que la tierra me tragara —Te quiero, es lo que siento, pero no estoy dispuesto a convencerte de ello. Si después de estos días no lo sabes puede que sea culpa mía por no demostrártelo, o más bien culpa tuya por no querer verlo. Si quieres dejarlo porque me amas y prefieres seguir con tus prejuicios a darnos la oportunidad que nos merecemos allá

tú, solo te pido una última cosa que puedes tomar a modo de despedida —se calló, esperó unos minutos hasta que asentí para darle a entender que lo iba a cumplir —Cuando te des cuenta que has perdido a la persona que estaba dispuesta a dar por ti más de lo que jamás serás capaz de imaginar, no me llames —añadió con cara de enfado —Porque pienso hacer mi vida sin ti en ella y deseo ser igual de feliz de lo que era contigo, aunque sé que no va a suceder, no dejaré de intentarlo. Después de escucharte está claro que me merezco otra cosa, merezco a alguien que esté dispuesta a dar por mí lo mismo que yo por ella, y por mucho te amos que digas, esa persona no eres tú —Y se marchó, y me quedé peor de lo que ya estaba.

Antes de hablar con él sabía que no estaba bien, que lo que iba hacer era una tremenda estupidez, pero la vocecita de mi cabeza, esa maldita voz, me decía que era lo mejor porque, tal y como dijo Ethan, seguía juzgándolo, y lo peor era que lo seguía haciendo después de conocerlo. Ahora, tras sus palabras, me sentía como la peor persona del mundo que acababa de perder lo único bueno que había en su vida y que, para colmo, le había dejado claro que no iba a perdonarla.

Tenía ganas de correr tras él y suplicarle, explicarle que era fruto de los temores que convivían conmigo día y noche, pero que a su lado era capaz de superar lo que fuera. Sin embargo, me quedé quieta, contemplaba como Ethan se alejaba. Deseaba que girase la cabeza, que me diera alguna señal para que pudiera ir hacia sus brazos y cobijarme en ellos, pero no hubo nada, solo su espalda que se iba haciendo pequeña entre más avanzaba.

Si lo pasaba mal en los vuelos, este fue aún peor. No tenía a nadie que me dejara sus manos para agarrarme, ni que me susurrara palabras de amor para relajarme, solo mi soledad, lo que lo hizo más duro. Debía acostumbrarme, porque era mi vida ahora que no lo iba a tener a mi lado. ¿Por qué tenía tanto miedo? ¿Por qué me obligaba a no creer sus palabras de amor? ¿Por qué no podía dejar que el tiempo

pasara y decidiera si estaba hecho para mí o no, antes de anticiparme y decidir sola? No tenía respuesta para las preguntas que se formaban en mi cabeza.

Capítulo 34

Había vuelto a caer, deposité mi confianza en ella y volvió a destrozarme como si no valiera un comino. Igual que hacía la Reina de Corazones, me arrancó el mío del pecho, me miró, y lo apretó fuertemente hasta dejarme sin él. Estaba sentado en el avión, escuchaba una y otra vez la canción Pausa de Izal que me parecía un jodido temazo, y ella no se iba de mi mente.

Su mirada a la hora de decirme la mayor absurdez del mundo, era determinante. ¿Cómo narices amar a una persona, se convertía en un hándicap para no estar con ella? Por más vueltas que les diera a sus palabras, no lograba desentrañar su significado. Quizás fuera porque no había más de lo que ella dijo, simplemente no me creía cuando le decía que la quería. Parecía que por mucho que me esforzara en demostrárselo, no fue suficiente, y ella prefería vivir sin mí y en su pequeño refugio en el que se encontraba segura, a estar conmigo y arriesgarse.

¿Qué se supone que debía hacer? Al decirme que quería hablar antes de coger el vuelo, y a pesar de haberla visto histérica, creía que para decirme que después de estos días conmigo no se quería separar de mí. Fue entonces, y presa de un ataque de valentía, que me adelanté para comentarle que en pocos días íbamos a volver a estar juntos y que le tenía una sorpresa preparada, pero ella tenía otra para mí.

Uno de mis mayores deseos en estos momentos era que no solo se diera cuenta de lo que había perdido, en mi opinión y sin ser ególatra, era mucho porque estaba dispuesto a todo por ella. Además, ansiaba que mi mezcla fuera un éxito, llegara a sus oídos, y que cada vez que la escuchara se torturase conmigo y lo que dejó

escapar por no ser valiente.

Aterricé en Irlanda y como si fuera un auténtico robot, sin razonar en lo que hacía, cogí la maleta, salí del aeropuerto y, al contrario que hacía en momentos como estos, fui a mi casa de Dublín. Necesitaba estar solo y pensar en lo que había ocurrido y porqué Beca llegó a esa conclusión.

Entré en mi casa, dejé la maleta sin deshacer y me encerré en mi estudio. Miré los correos que me habían mandado tanto Enzo como la compañía durante esta semana y los estuve contestando uno por uno. En uno de ellos, me mandaron el tema definitivo y me puse a escucharlo cual masoquista, recordando la semana tan especial que habíamos vivido en Fuerteventura, o por lo menos para mí lo fue.

La voz de la chica que había encontrado Enzo entre vídeos de YouTube consiguió ponerme los pelos de punta, a pesar de ser una canción dance ella la clavaba y transmitía la esencia romántica que tenía la letra. No era una artista conocida, pero si la canción cumplía nuestras expectativas, iba a empezar a serlo y me alegraba por ella. Después de haberla conocido se lo merecía, era muy trabajadora y competente, y seguramente cuente con ella para más canciones.

En el email me avisaron que en pocos días pondrían en iTunes la canción para empezarle a dar publicidad ahora que se acercaba el verano. Un cosquilleo de nerviosismo y alegría recorrió mi estómago. A pesar de no haber escrito la canción y ser una remezcla, había trabajado mucho en ella para no romper la magia que transmitía Bon Jovi al cantarla. En ella puse mi corazón y sin duda la letra era lo que sentía cuando estaba con Beca. Era como si fuera a dar a conocer mi parte más íntima y la que tanto me había asegurado de que nadie supiera que existía, hasta que me dispararon, ese día mi vida cambió.

Beca consiguió que me abriera al mundo, a ella, a la vida, que abrazara el amor sin temores ni contemplaciones, y me jodía que ella no fuera capaz de verlo. Me enseñó lo que era la felicidad, puede que de esto ella no fuera muy consciente, y esa felicidad estaba a su lado.

Y ahora me había enseñado lo que era el dolor, el rencor y la desolación. Me había enseñado la cara y la cruz del amor.

Por mucho que me muriese por suplicarle que volviera a mi lado, tenía que valorarme como persona y aguantar las ganas, aunque quizás por culpa de mi orgullo la perdiese para siempre. Con lo que había hecho por ella, merecía que fuera Beca quien llamara, quien pidiera perdón y que me dijera que no podía vivir sin mí, al fin y al cabo, fue ella quien decidió romperme el corazón, como mínimo que sea ella quien lo cure.

Tras escuchar unas cuantas veces, más de las que podía contar, la nueva canción que estaba a puntito de caramelo, el sueño, el cansancio y el desamor me vencieron, y tras una ducha rápida fui directo al sobre.

Abrí los ojos de nuevo cuando el reloj marcaba las tres y cinco de la tarde. Solté un largo bostezo, me estiré en la cama, solté un ruido de lo más basto y que a la vez fue reconfortante, y me desperté con una nueva mentalidad. Cogí el móvil, una mala costumbre que tenía, ver el móvil recién despierto, y vi tres llamadas perdidas de Enzo y más de 15 WhatsApp de él.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó nada más descolgar —¿Por qué narices no me coges el teléfono?

—Estaba durmiendo —alegué bostezando de nuevo —¿Ha pasado algo? ¿Por qué tantas ganas de hablar conmigo?

—Ayer volvías de Fuerteventura y no me llamaste para contarme lo feliz que eres, sólo por eso deduje que te pasaba algo.

—¡Guau! Eres todo un Sherlock Holmes —dije irónico.

—Debe ser serio si tienes esa actitud de mierda —reprochó — Estoy esperando —continuó para que le contara lo ocurrido.

—No quiero hablar —me levanté de la cama y me puse los pantalones de chándal. Enzo no iba a descansar hasta que se lo contara e iba a necesitar un café para hacerle frente.

—¿Qué pasó? —volvió a insistir.

—Me dejó en el aeropuerto —respondí escueto.

—Ella te quiere, Ethan —mi amigo era comprensivo.

—Si, me lo dijo, que me dejaba porque me amaba —volví a añadir irónico.

—¿Por qué no le dices que es una estupidez como una casa de grande? —parecía igual de asombrado.

—Me merezco que me quieran sin medida, como yo lo hago con ella. La cagué una vez porque me anticipé a lo que podría pasar y pedí perdón por ello, es su turno.

—¿No puedes hablar con ella? —continuó.

—No, esta vez no —estaba al borde de perder la paciencia.

—Veo que no quieres hablar y tampoco voy a insistir.

—Me agobia el tema, el día que esté preparado para hablar contigo lo haré.

—Está bien —escuché un fuerte suspiro al otro lado del auricular

—Piensa en nuestro próximo festival y seguro que se te pasa.

—¿Qué festival? —tenía la cabeza volada porque no me acordaba de ningún festival.

—El de Mykonos, ¿lo olvidaste?

—Si, pero me acabas de alegrar el día, no sabes cuánto lo necesito.

—Nos vendrá bien un cambio de aires, aunque sea por unos días.

Hablamos sobre los preparativos del viaje, que hacer, a donde ir, cuanto tiempo estaríamos y, al final, solo compramos únicamente el billete de ida para dentro de dos días, y la vuelta ya se vería. Ambos habíamos estado en Mykonos muchas veces pinchando en los fiestones que se montaban en la playa, disfrutando de la vida salvaje que había allí, y era lo que más necesitábamos en estos momentos.

Después de doce horas y cuarenta minutos, una escala, y la gran incomodidad en el cuerpo por necesitar una ducha más que cualquier cosa. Tenía hambre, los ojos se me pegaban por el sueño que tenía, y un enfado terrible porque un niño que iba detrás mía en el asiento no

dejaba de golpear la espalda del mismo, llegué a Mykonos.

Eran las siete menos cinco de la mañana y Enzo llegaba en dos horas, le había dicho que lo esperaba en la terminal, pero le mandé un mensaje para decirle que nos veíamos en cuanto despertásemos.

En la salida del aeropuerto cogí un taxi para llegar lo antes posible al hotel, no quería demorar el tiempo esperando un autobús, o llegaba a la habitación o me quedaba dormido en el mismo aeropuerto.

El hotel era espectacular, lo reservamos porque nos habíamos hospedado con anterioridad las veces que habíamos venido aquí y nos encantaba.

En la recepción, una chica española y de lo más agradable me atendió, a pesar de mi mal humor, con una amplia sonrisa y lo más rápido que pudo. Tuvo que ver mi cara de malas pulgas y decidió que entre antes me atendiera menos posibilidades de que le gruñera. Le di las gracias con una sonrisa fingida, era lo mínimo después de ser tan amable, y subí en el ascensor hasta el piso en el que se encontraba mi habitación.

Las paredes eran todas blancas, al igual que la cama, el sofá y los muebles. Los colores que caracterizaban a Mykonos eran el azul y el blanco, y en este hotel en concreto predominan los colores blancos. En el salón había un enorme sofá que se ocupaba una pared y frente a ella unas puertas de cristal que te dejaban ver el mar. En la terraza estaba la piscina privada. El baño era enorme, del mismo color que el resto de la casa, y en la habitación, justo al lado de la cama, había un enorme jacuzzi.

Me quedé un rato mirando, me imaginaba el partido que le habría sacado de estar con Beca y, como si mi cabeza se hubiera cansado de sufrir, me obligó a revivir nuestra última conversación. Me enfadé conmigo mismo por no ser capaz de alejarla de mi mente, me desvestí y me metí en la ducha para irme a la cama.

Esa noche y para mi sorpresa, descansé increíblemente bien y abrí

los ojos cerca de las seis y media de la tarde. Le mandé un WhatsApp a Enzo para saber si estaba despierto y al no recibir respuesta, me vestí cómodo y salí con intención de disfrutar de esta isla griega.

Anduve por sus preciosas calles, me paraba cada vez que veía algún puesto de ropa hippie, y sonreía como un tonto enamorado al pensar a quien le maravillaría este lugar, su gente y sus playas, para después obligarme a olvidarle. Se suponía que venía unos días antes del festival para desconectar de los móviles, de una madre preocupada, de las ganas de contactar con ella, para cerrar la etapa más maravillosa de mi vida, para recordar sin sufrir los momentos vividos a su lado, para poder vivir otros tantos con alguna persona maravillosa y para dejar de sentir rencor. Era el primer día, no debía de exigirme tanto, pero no había empezado con buen pie.

A las siete y media, cansado de esperar la llamada de Enzo, me animé a ir a comer. Apenas había cenado en el avión y ni tuve tiempo de desayunar, o le daba condumio a mi cuerpo, o en mi primer día en Mykonos iba acabar ingresado.

Cerca del mar había varios restaurantes que tenían muy buena pinta y tras varios minutos de indecisión entré a pedir mesa en el Budha Bar Beach, un japonés que tenía unas vistas privilegiadas de la costa de Myknos. Me regañé en silencio al comprobar que cogía el móvil varias veces durante la cena, entraba en la aplicación WhatsApp y comprobaba el estado de Beca. Cada vez que estaba en línea mi corazón brincaba en mi pecho y mi mente no dejaba de repetir las mismas palabras: "Escríbeme, por favor; Pídeme perdón que lo haré sin exigirte nada a cambio." No me escribió.

De nuevo en el hotel me di un chapuzón en la piscina, nadé un par de largos y cuando la respiración se volvió incontrolable me quedé un rato haciendo "*el Cristo*". Estuve varios minutos en sintonía con el agua de la piscina, prefería hacerlo en el mar, aunque no podía negar que estaba cumpliendo con su función, que era relajarme y borrarla de mi mente. Escuché sonar el teléfono de la habitación,

pero lo ignoré, me concentré únicamente en mi respiración y en el sonido del agua moverse a mi alrededor.

Me zambullí unas tres veces más, salí del agua y me metí en la ducha. Me puse unos pantalones de chándal, me tumbé en la cama y cogí el libro que compré en el aeropuerto, El Señor de los Anillos. Empecé a leerlo y cuando me di cuenta habían pasado varias horas en las que no solo no pensaba en ella, sino que me había metido tanto en el libro, que me creí el mismísimo Frodo Bolsón.

Los ojos se me cerraban, pero no podía dejar el capítulo en el que estaba a medias, tenía que terminarlo antes de poder coger el sueño. Cuando lo acabé, dejé el libro en la mesilla de noche y caí en un sueño profundo en el que yo era Aragon y Beca la preciosa elfa Arwen.

A la mañana siguiente y con Enzo más recompuesto, fuimos al puerto a coger un barco e ir hacer submarinismo. El patrón nos explicó la ruta que íbamos hacer y aunque habíamos practicado este deporte, no contó lo que debíamos hacer con pelos y señales. Recorrimos los arrecifes de Kalo Livad y también nos sumergimos en las cavernas de Tragonisi. Tanto Enzo como yo flipábamos con lo que veíamos, con los peces de colores, con los arrecifes que nos dejaron con la boca abierta y con las cavernas que fue lo mejor de la excursión.

Tras cenar fuimos a Paradise Club, una de las famosas discotecas de Mykonos en la que habíamos tenido el gustazo de pinchar. El ambiente era increíble, lo único malo que cerraba pronto, pero si teníamos más ganas de fiesta siempre podríamos continuar en la playa. Era una discoteca muy grande, con varias terrazas y una piscina.

Después de pinchar, ninguno de los dos dejaba de beber, era el único antídoto que conocíamos a nuestro dolor, y mi desfase estaba rozando límites insospechados. Apenas abría los ojos, bailaba sin mirar a nadie y no dejaba de reírme.

Alguien me cogió de la mano y me llevó a la playa. Desconocía el porqué, pero me dejé hacer, quizás fuera una buena manera para olvidar los besos de mi pequeña pelirroja. Al notar sus labios posarse en los míos la aparté de mí, sentía que no solo me estaba traicionando a mí mismo, sino también a la persona que más quería en el mundo, y hui antes de vomitar encima de ella.

El dolor de cabeza no me dejó dormir, aunque lo intentara y suplicara, no pude dormir. Me senté en la cama y me sujeté la cabeza con mis manos, la habitación daba vuelta ante mis ojos e incrementaba mis ganas de vomitar. Me levanté despacio, sin hacer gestos bruscos y fui al baño, donde coloqué mi neceser. Vertí lo que había en el interior dentro del lavamanos y tras mucho tanteo conseguí lo que buscaba.

Abrí el grifo de la ducha, a pesar de llevar una tranca de narices reaccioné a tiempo para no abrir el del lavamanos y mojar mis cosas. Eché agua en el típico vaso que ponían los hoteles, me tomé el enantyum y regresé a la cama.

Me desperté de nuevo, pero esta vez a causa del calor tan grande que tenía. No dejaba de moverme de un lado para otro, buscaba algo de fresco, pero seguía sudando sin parar. Salí de la cama, esta vez no me costó, y abrí las puertas de la terraza. Sin pensármelo me tiré de cabeza en la piscina, salí de ella, me cambié de calzoncillos y volví a meterme en la cama. La siguiente vez que abrí los ojos volvía a estar oscuro, me había pasado el día durmiendo.

En mi pecho tenía un nudo tan grande y apenas conseguía que el aire entrara a mis pulmones. ¿Por qué me pasaba esto? Me quedé acostado en la cama, pasé mi mano por la barriga y por el pecho para aflojar esa cuerda que cada vez apretaba más. Sin previo aviso, me vino lo sucedido anoche a mi cabeza, le había sido infiel a Beca. Era verdad que ella me había dejado, que no quería saber de mí, pero dejé que otra chica me besara para poder aliviar el dolor y demostrar que podía vivir sin ella, claro estaba que no podía.

Lo que más me jodía era que demostré que estaba en lo cierto, que tenía motivos para dejarme, en cuanto se marchó de mi vida no tardé ni dos días en intentar sustituirla. ¿Cómo había sido capaz? ¿Podría perdonarme? El sueño me atrapó con más fuerzas que antes, aunque no me liberó de todas esas preguntas que seguían dando vueltas en mi cabeza incluso dormido.

Al día siguiente bajé a desayunar al restaurante del hotel, allí me encontré con Enzo que tenía cara de haber dormido las mismas horas que yo. Me contó que me vio marchar de la fiesta y me siguió hasta llegar al hotel, y que ayer estuvo soltando lo que había bebido y apenas pudo moverse de la cama.

Tras el desayuno, nos acercamos a la recepción del hotel para que nos informara de los sitios en los que podíamos alquilar un barco para pasar el día recorriendo las aguas de Mykonos. Claudia, que así era como se llamaba la recepcionista, se puso roja como un tomate en cuanto me vio. Salió de su puesto de trabajo, se acercó a mí y me pidió hablar a solas. Miré a Enzo por si sabía de qué se trataba y me podía dar una pista, pero estaba igual de asombrado que yo. Accedí extrañado y fuimos a una esquina que estaba apartada.

—¿Qué sucede

—Es que... —se quedó callada y empezó a retorcer sus manos, parecía preocupada.

—¿Estás metida en algún problema y necesitas ayuda? —volví a preguntar extrañado por su actitud.

—No, no... —dijo levantando las manos y moviendo la cabeza en gesto negativo. Dio un fuerte suspiro que pareció darle las fuerzas que necesitaba y soltó lo más rápido que pudo —Quería pedirte perdón por la de la otra noche, no debí besarte —Mi boca se abrió de par en par, ni siquiera sabía quién era la chica y que me recordara la situación que vivimos, junto con que me pidiera perdón, me hacía sentir peor.

—Bueno, eh...

—No sabías que era yo —me interrumpió. Era una afirmación más que una pregunta.

—No —contesté sincero, aunque no hiciera falta.

—Me lo suponía, apenas eras capaz de abrir los ojos o articular palabra y siento que me aproveché de la situación —estaba más roja que antes —Lo siento de verdad.

—Tranquila, fue culpa de los dos.

—Ethan, no sabías lo que hacías y yo sí, si hay que culpar a alguien es a mí.

—Bueno, ya pasó.

—¿Nos vamos? —Enzo llegó para salvarme de la incómoda situación.

—Adiós, que disfrutéis del día —indicó Claudia de vuelta a su puesto de trabajo.

Pasamos el día en el barco, practicamos snorkel en las claras aguas de Mykonos, cogimos sol, fuimos a preciosas calas que solo era posible acceder con barco, y disfrutamos de un día de relax en el que, gracias al fuerte y cálido abrazo del mar, podía quitarme de encima lo malo.

El día iba sobre ruedas, sin ningún tipo de incidentes, estábamos Enzo y yo, sin alcohol, sin chicas, sin fiesta y sin locuras, pero se estropeó. Al comprobar el móvil que había dejado en mi mochila y ni había mirado hasta que regresamos al hotel, comprobé que mi hermana María me había llamado unas veinte veces y tenía un simple mensaje de WhatsApp que me partió en dos y me hizo regresar a Holanda para estar a su lado.

Capítulo 35

—Has actuado igual que él —me reprochaba mi abuela.

—¿Crees que no lo sé? —estaba enfadada con mi propia actitud. Desde que dejé Fuerteventura había estado de mal humor conmigo misma, con Candela que demostraba ser una buena amiga al aguantarme, con mi abuela, e incluso con los pacientes.

—¿Por qué lo has hecho?

—Por miedo.

—¿A qué? —insistió.

—No quería que me rompiera el corazón.

—¿Ese es tu temor? —Helen no podía estar más asombrada — Debería de ser lo contrario —le dio un mordisco a su tostada.

Hacía casi tres días que había regresado a casa, mi abuela supo que pasaba algo desde que entré y me respetó durante dos días, hasta hoy. Llegaba a casa después de un largo turno de noche, un mini enfado con Candela que se solucionó casi al instante, y hambre, mucha hambre.

Antes de desayunar saqué a Zelda, y de paso me paré a comprar pan y cruasanes, sabía lo mucho que le gustaba a mi abuela. Lo que ignoraba era que iba aprovechar ese momento mañanero para interrogarme a más no poder.

Sabía que estaba cansada, que quería desayunar e irme a la cama después de una sesión de mimos con la perra, y estaba buscando un pequeño resquicio en mi fortaleza para darme donde dolía y que soltara lo que había pasado. No tardé mucho en hacerlo y este era el resultado, mi abuela recriminándome mi actitud, como si no bastase con abofetearme mentalmente a diario para también tener en contra a mi abuela, a Candela y a María.

—¿A qué te refieres? —examiné intrigada. No creía que hubiera nada más terrible que la persona a la que amaba me rompiera mi pobre corazón, aunque podía decir que me lo había roto sola y no sentaba mucho mejor.

—Es mejor que te rompan el corazón a que nunca lo hagan, pues significa que has amado y en la vida no hay nada mejor.

—Duele —admití.

—Eso es bueno —me contestó con su tierna sonrisa —Ese amor es el que vale la pena.

—Si te soy sincera, la vida nos está diciendo que no estamos hechos el uno para el otro abuela —me encontraba demasiado triste

—No tiene ningún sentido seguir intentándolo, solo servirá para hacernos más daños. Me he enamorado, me ha dejado y he vuelto amarle para ser yo quien lo deje a él. ¿Qué sentido tiene esto

—¿Es la vida la que dice que no podéis estar juntos o sois vosotros lo que lo creéis?

—No puedo responderte a estas preguntas sin haber dormido —quería quitarle hierro al asunto y porque no quería responder.

—Beca —me cogió de la mano —la vida no es fácil y el amor mucho menos. A veces pienso que nos tenías a tu abuelo y a mí idealizados, y te equivocas. Nos queríamos mucho, le sigo queriendo, pero no siempre éramos esa pareja sonriente que se daba besos a cada momento y se hacían confesiones románticas a escondidas de su nieta.

—Pero vosotros siempre habéis estado juntos.

—Cierto, pese a las piedras que nos puso la vida en nuestro camino, decidimos luchar y nadar a contracorriente.

—Él dejó todo para estar contigo, abuela, por vuestro amor. Después de haber dejado a Ethan ni siquiera sé dónde está, pero te aseguro que no es llorando por las esquinas, ni buscándome.

—Nadie sabe qué pensará Ethan, pero te equivocas en lo de tu abuelo.

—¿Qué dices? —tenía los ojos como platos.

—Después de conocernos y vivir más de una aventura amorosa — su sonrisa era maliciosa — Tu abuelo regresó a su casa con intención de romper lo nuestro.

—¿Cómo?

—Tras varios días llorando desolada decidí hacer que volviera, si de verdad me quería no iba a permitir que me casara con otro—se reía como una niña chica.

—¿Le hiciste creer que te ibas a casar con otro?

—Le mandé una invitación y todo.

—No es verdad.

—Y vino a por mí, desde entonces no nos separamos y juntos tuvimos que luchar y superar que nuestro propio hijo no nos quería. Aquello nos llevó al borde del abismo, pero nos cogimos de la mano y seguimos luchando. La vida fue generosa con nosotros y nos brindó otra oportunidad contigo, y estuvimos muy agradecidos por ello.

—¿Por qué no me lo habíais contado?

—A tu abuelo le daba vergüenza, quería que creyeses que era ese apuesto caballero que daba su vida por su mujer, aunque tuvo algunos tropiezos por el camino he de admitir que si lo hacía, como Ethan contigo —respondió risueña —Lo que intento decirte Beca, es que no siempre es fácil, muchas veces somos nosotros mismos los que ponemos impedimentos, pero si le amas no te obligues a estar separada de él, cógele de la mano y lucha. Cuando lo pierdas y eches la vista atrás, te alegrarás porque habrá merecido la pena.

—Gracias abuela —me levanté de la mesa y la recogí —friego y damos un pequeño paseo con Zelda por el parque, me temo que después de esta conversación no voy a coger el sueño y necesito despejarme.

—Vale —cedió mi abuela encantada. Le gustaba caminar con nosotras, le mantenía activa y yo agradecía tenerla a mi lado y que me diera sus sabios consejos.

Me encantaba la ciudad en esta época del año, las flores estaban en su mayor esplendor, las personas eran más amables y paseaban risueños por las calles. Los niños corrían de un lado para otro, huyendo de sus padres para no entrar al colegio, los perros saltaban y jugueteaban por el césped, y la vida parecía más bonita y ajena a mi sufrimiento. Adoraba estar con mi abuela y en la ciudad donde me crié, pero no me importaría dejarlo para irme con él allá donde me pidiera o estuviera.

—¿Regresamos? —mi abuela se acariciaba las rodillas. Nos habíamos sentado en un banco cerca del canal para ver como Zelda jugaba en el agua o perseguía una atrevida mariposa que se posaba en su hocico.

—Sí —di un silbido para avisar a Zelda que íbamos a retomar el paso —¿Te encuentras bien? —tenía la cara más pálida de lo normal.

—Tranquila, es solo que estoy cansada.

—¿Seguro? —insistí.

—Hazme el favor de no ser como tu abuelo y no ejerzas de médico conmigo. Me encuentro bien, te lo prometo.

—Como nunca mientes, voy a creerte —contesté irónica.

—Siempre deberías hacerlo —la sonrisa picarona de su rostro me tranquilizó y continuamos el camino de retorno a casa.

Antes de meterme en la cama me di una larga ducha de agua tibia, me puse un pijama de unicornios y me tumbé en ella con ganas de descansar, no dormir, descansar era lo que necesitaba. Escuché un golpe en seco que hizo que saliera de la cama despavorida, algo le había sucedido a mi abuela, no la había visto, pero lo intuía

Bajé las escaleras de dos o en dos, saltando más escalones de los que podía y estuve a punto de matarme por el camino. Mi abuela no estaba en el salón, fui a la cocina con el deseo de estar equivocada, aunque era consciente de que no lo estaba. En la casa reinaba el silencio, Helen no cantaba y ni siquiera se escuchaba la radio que ponía en la cocina.

Empujé la puerta con manos temblorosa y no tuve que buscar mucho para dar con ella. La encontré tumbada en el suelo, con cristales rotos en el lado derecho de su cuerpo. Su pecho no se movía, los ojos estaban abiertos sin parpadear y a pesar de saber que no había marcha atrás, hice lo posible para traerla de vuelta. Intenté reanimarla hasta que llegó la ambulancia con los técnicos sanitarios y fuimos al Hospital de Leiden, en el que certificaron lo que yo sabía.

—Señora Donovan, su abuela ha fallecido —dijo el médico que la atendió.

Regresé a casa en un taxi, estaba en estado de shock, no me creía que la hubiera perdido a ella también. Llamé a Candela para contárselo, la necesitaba a mi lado durante el velatorio y además iba a necesitar su ayuda para los preparativos, en mi estado era incapaz de reaccionar. También llamé a María, si le pasara alguna cosa a ella me gustaría saberlo y era justo que le dijera lo que me había ocurrido a mí, pese a lo sucedido con su hermano.

Zelda salió despavorida en cuanto abrí la puerta, buscaba a mi abuela y me miraba con ojos tristes al no encontrarla, las dos entramos en casa cabizbajas y fuimos directas a la habitación de Helen, nos acostamos en su cama y lloramos en silencio su pérdida.

El sonido del timbre junto a unos estruendosos golpes en la puerta me obligó a salir de la cama de mi abuela, que todavía conservaba su tierno olor. Tras la puerta estaban María, que había cogido el primer avión que salía a Holanda, y Candela. Ambas se abrazaron a mí y estuvieron un rato sin soltarme, luego le tocó el turno a Zelda que se dejó hacer.

Mis amigas me ayudaron con los preparativos, se me había olvidado lo que se debía hacer en estos casos y ni tenía fuerzas para afrontarlo sola. Necesitaba a Ethan a mi lado en este momento tan duro, estaba segura que su apoyo, o su simple presencia, conseguiría relajarme y hacer que lo llevara de una manera más terrenal, pero lo había apartado de mí y me merecía esta puta soledad que cada vez se

hacía más profunda y real.

Esa noche y, pese a las insistencias de mis amigas, apenas cené, no tenía fuerzas, solo salía de esa casa que se caía sobre mi cabeza para pasear con Zelda. Caminaba hasta que la cabeza estaba a punto de estallar, los oídos me pitaban fuertemente y el aire era incapaz de llenar mi cuerpo, mi vacío y triste cuerpo.

No dejaba de moverme en la cama de mi abuela, sin poder dormir, quería que su aroma permaneciera en mí para siempre, con Zelda a los pies de la cama que gruñía cada vez que me movía, y con la desolación de haberlo perdido todo. Mi vida se había desmoronado ante mis ojos y por mucho que intenté frenarlo, había conseguido el efecto contrario. Estaba triste, sola, con ganas de llorar y gritar a la vez, y sin ese apoyo que una tanto necesitaba en esos duros momentos. Tenía a mis amigas, que eran las mejores, pero sentía, egoístamente, que no eran lo suficiente.

La puerta de la habitación se abrió. Miré el reloj de la mesilla de noche asustada, eran casi las cinco de la mañana, me sorprendió que Zelda no reaccionara por lo que supuse que eran mis amigas. La puerta se cerró de nuevo y mi cuerpo decidió rebelarse justo en ese momento. Encendí la lámpara que tenía mi abuela en la mesilla, justo al lado del reloj, y lo vi. Estaba en Leiden, en casa de mi abuela, en su habitación y delante mía. Tenía la espalda apoyada en la puerta, su cara y sus ojos reflejaban la tristeza que sentía, pero en sus labios apareció una tierna sonrisa, esa que había extrañado hacía unos pocos minutos.

Salté de la cama y brinqué encima suya, abracé sus caderas con mis piernas y su nuca con mis brazos. Escondí mi cara en su cuello y lloré lo que no había llorado hasta ahora, con él abrazándome fuertemente, mientras me susurraba palabras de cariño y acariciaba mi pelo. Regresó a la cama conmigo aún en brazos, me tumbó en ella, se colocó a mi lado y volvió abrazarme. Zelda celosa de los cariños que me estaba dando se colocó al otro lado, apoyó la cabeza en la

barriga de Ethan y se dejó acariciar, igual que hacía yo.

Al día siguiente pude salir de la cama a duras penas, Ethan tuvo que amenazarme un millón de veces para conseguir que saliera. Bajé las escaleras de la casa y a los pies me encontré con Enzo, no sabía si, ahora que había empezado, no podía parar, o porque era más real que mi abuela se había ido, el caso es que tuve que abrazarme a él y llorar.

Mis amigas habían ido a comprar el desayuno, prepararon café y té, y los chicos habían sacado a Zelda. Lo único que tuve que hacer fue sentarme en la cocina e intentar comer algo. Manteníamos una conversación amena, que me tenía distraída, pero a la vez me permitía notar que no querían que leyera el periódico. No tuve que preguntar por qué lo hacían, la noticia seguramente estaría publicada en primera plana, era la mujer del gran Aleksandar Donovan y la abuela de una médica reconocida.

En el tanatorio, Ethan no me dejaba ni un solo segundo y yo intentaba agradecersele cada vez que podía. El vecindario al completo vino a despedir a mi abuela que, según ellos, eran la mejor persona que hubieran conocido. Normal que quisieran reunirse a su alrededor y darle el último adiós. Lo peor vino cuando apareció mi supuesto padre, que montó una escena y reclamó el dinero, las propiedades y aquello que pudiera pertenecerle.

Tres días después y con Ethan a mi lado, estaba sentada frente al notario y con mi padre al otro lado. Ese día se abría el testamento y ambos debíamos estar presente. Un hombre no muy mayor, con cara amigable y ojos verdes claro, me miraba con una dulce sonrisa y sentía que me estaba dando fuerzas para lo que iba a venir a continuación. Me agarré a Ethan con ambas manos y respiré tranquila, me daba igual el dinero o la casa, solo esperaba que no fuera desperdiciado por su único hijo.

El notario comenzó a leer el testamento de mi abuela que, para mi sorpresa, no solo era más corto de lo normal, sino que declaraba

expresamente que sus bienes iban para su hija, Rebeca Donovan.

—¿Cómo que su hija Rebeca? —gritó mi padre, que tiró su silla hacia atrás. Unos minutos antes parecía estarse frotando las manos ante la posible herencia y al otro estaba rojo de la ira —Ella es mi hija, su hijo soy yo y por tanto único heredero.

—Me temo que no puede estar más errado —comentó el notario de forma tranquila y me volvió a dedicar una tierna mirada. Ahora entendía lo que significaba la anterior, debía estar preparada a la furia de un hombre que había abandonado a su hija y solo quería a sus padres por el dinero —Hace años usted firmó estos escritos ante notario —le entregó unos papeles con una calma increíble para lo que se vivió en esa sala —en concreto ante mí. En ellos usted y la que era madre de Rebeca renuncian a la patria potestad de su hija y aceptan que sus padres, Aleksandar y Helen Donovan, adopten a Rebeca, convirtiéndose desde ese momento en hija de ellos y no suya.

Mi boca se abrió de golpe, mis dos granujas no dejaban de sorprenderme ni después de irse, siempre tenían un as guardado bajo la manga y este era un ejemplo claro.

—¿Sabías algo? —preguntó Ethan en mi oído. Negué con la cabeza y cuando lo miré no pude evitar reír de pura felicidad. Era lo que hacían las familias, amarse, intentar proteger a los suyos y permanecer a su lado, aunque no fuera de manera literal.

Mis abuelos conocían lo suficiente a su hijo para saber que lo que a ellos les había costado tanto esfuerzo, lo despilfarraría en cuestión de días y que, además, jamás iba a ocuparse de mí. Así que me adoptaron, me criaron, y procuraron que su legado quedara en buenas manos.

—¡Mentira! —gritó mi padre de nuevo. Mis ojos derramaban lágrimas de pura felicidad, mis abuelos siempre iban a estar conmigo. Siempre

—¿Es esta su firma

—Sí, pero...

—No hay más que hablar... —dijo interrumpiendo al señor que me engendró —Rebeca eres la única heredera y por tanto, solo tú debes estar conforme o no con la herencia.

—Lo estoy —afirmé después de sacar todas las fuerzas posibles. En respuesta, el notario volvió a sonreírme y me hizo firmar la aceptación de la herencia.

Salí de la notaría contenta, mis abuelos me acaban de dar otra lección de vida, frente a las adversidades había que agarrar la mano de la persona que querías y afrontar lo que viniera. Era lo mismo que me había dicho mi abuela la mañana antes de morir y era lo mismo que habían hecho ellos conmigo, agarrarme y no soltarme. Y es lo mismo que había estado haciendo Ethan, no dejarme sola ni un segundo y estar a mi lado en el peor momento de mi vida, luchando mis batallas como si fueran suyas. Debía hablar con él, pedirle perdón y no permitir que me soltara, porque yo no tenía intención de hacerlo.

Capítulo 36

Rebeca permanecía dormida en mi lado derecho y Zelda estaba enroscada entre mis piernas. Me levanté lo más sigiloso que pude, la perra se bajó de la cama conmigo, y ambos salimos de la habitación intentando no despertar a Beca. Había pasado por un duro trago y necesitaba descansar.

El día que llegué a Holanda, después del mensaje que me había mandado mi hermana, no hizo falta que hablara para saber lo destrozada que estaba. Me sorprendió que estuviera despierta, y de mis oídos no se iba su desolador llanto al abrazarme. Poco a poco su cara empezó a recomponerse y su mirada fue un poco más clara, me consolaba pensar que había podido ser por mí. No se merecía lo que le estaba pasando, pero desgraciadamente era ley de vida. Lo último que quería, era aumentar ese dolor y por eso me marchaba.

En las escaleras me esperaban Candela, María y Enzo, que también se marchaba. Mi hermana pequeña, que muchas veces ejercía de *mami*, nos había preparado un bocadillo a cada uno y un par de botellas de zumo de naranja. Me dio un beso en la mejilla junto a un abrazo fuerte y me pidió que la llamara en cuanto aterrizara. Candela también se despidió de mí de la misma manera y ambos salimos de la casa. Antes de cerrar la puerta, miré una de las fotos que Helen tenía colgada en la pared cerca de la entrada, en la que salían ella y su marido. En silencio me despedí de la abuela de Beca, como hice estos días, y cerré la puerta con un dolor que me desgarraba el alma y me mataba por dentro.

En mi cabeza se había formada una gran odisea, ¿adónde ir ahora? Si iba a Irlanda, aunque fuera a casa de mis padres, me iba a torturar con la imagen de ella en la cocina, de cómo pronunciaba mi

nombre y yo me rendía al efecto que me causaba. En Holanda la cosa no iba a ser mucho mejor, la iba a tener a poco más de media hora en tren y no soportaría no ir a verla, lo que provocaría más dolor del necesario. Y, por supuesto, Fuerteventura quedaba descartado, como poder ir allí después de la semana que pasamos juntos. Hicimos el amor en cada una de las estancias de esa casa, en las playas, en el agua, practicando paddle surf..., ni de coña podría ir allí. La única opción que me quedaba era regresar a Mykonos, lo podría utilizar para despejarme, tomármelo como unas vacaciones hasta que fuera el lanzamiento de la canción y después enfrascarme en el trabajo, lo que sea con tal de no pensar en Beca.

Me estaba autoengañando, iba a pensar en ella, ya podría estar en el culo del mundo, que iba a pensar en ella. Su dulce mirada al verme, la necesidad que parecía tener de mí al no soltarme la mano ni un solo segundo, su tierna sonrisa, la luz que solo ella desprendía e iluminaba mi vida entera. Ni en un millón de años iba a olvidarla y lo peor era que así viviera mil vidas, nunca intentaría hacerlo, sería perder una parte de mí mismo, mi mejor parte.

Hacía un rato que habíamos llegado al aeropuerto y ambos nos manteníamos en silencio. Bastante había en nuestras incomprensibles cabezas, cosas que era imposible de expresar en alto porque ni uno mismo lo entendía. Para otra de las cosas que me sirvieron estos días, fue para comprobar como mi amigo continúa completamente loco por mi hermana.

—¿Por qué no te despediste de ella? —Enzo rompió el silencio. Sacó de la bolsa que nos había dado mi hermana su bocadillo y comenzó a desenvolverlo. —Seguramente no le siente bien tu huida después de lo que pasó.

—Precisamente por eso me fui sin despedirme, no quiero hacerle más daño —contesté, y saqué mi bocadillo también.

—Ethan solo fue un pico —Enzo parecía agotado —No le has fallado, ni le has sido desleal y antes que pasara nada te marchaste

—Quería hacerlo

—Pero no lo hiciste y es lo que importa.

—Me dejó porque no confiaba en mí, porque estaba segura que lo nuestro no era más que un juego para mí, y en vez de demostrarle lo equivocada que estaba le di la razón

—¿Por qué no se lo cuentas? Que sea ella la que decida si le has sido infiel o no.

—¿Después de lo que ha vivido? —estaba atónito —¿Cómo voy a mirarle a la cara y decirle que una chica me besó tras la muerte de su abuela?

—Porque ahora más que nunca te necesita. Los dos sois unos orgullosos, ella por no sufrir se alejó de ti, igual que hiciste tú en su día. Y ahora tú te engañas y dices que es para protegerla, cuando es a ti a quien proteges porque tienes miedo a que te diga que no quiere saber más de ti.

—Necesito pensar y aclararme un poco —me sentía frustrado.

—No tardes mucho o puede que no haya vuelta atrás.

—¿Y tú qué? ¿Por qué no te aplicas lo que predices?

—Tu hermana me tiene loco y también necesito pensar.

Los días en Mykonos me vinieron mejor de lo que pensaba en un principio. Enzo y yo dejamos aparcadas las marchas, que ningún bien nos hacía, y disfrutamos de la isla como dos enanos. Practicamos deportes acuáticos, día sí y día también hacíamos submarinismo o snorkel, era una maravilla contemplar el mundo marino, y solíamos alquilar un barco e irnos a calas de difícil acceso para estar solos y poder pensar con claridad.

Un día en el que caminábamos por las estrechas y adoquinadas calles de la isla, llegamos hasta sus famosos molinos. Me senté cerca de ellos, con Enzo a mi lado, y estuve un buen rato contemplando lo que había a mi alrededor. A la preciosa Mykonos con sus aguas transparentes, sus característicos colores y sus pulcras calles, a las personas que caminaban sin dejar de reír, y supe que había llegado la

hora.

No quería vivir sin ella a mi lado, disfrutar de su contagiosa risa al descubrir cosas nuevas y que le fascinaban, como movía la cabeza de un lado para otro para no perderse nada, y como se enganchaba a mí con temor a que desapareciera de su lado. Me gustaba llegar a casa y saber que estaba esperándome para ver juntos una película, escucharla cantar mientras cocinaba, aunque nunca llevara el ritmo de la canción que sonaba, terminar de trabajar y saber que me iba a recibir con sus cálidos abrazos y ardientes besos. Las pequeñas cosas de la vida cobraban sentido a su lado.

Era hora de hacer algo por recuperarla, para no perderla, se merecía algo especial y sentirse especial, porque sin duda para mí lo era. Tenía que serle sincero, no solo confesarle lo que sentía por ella, también debía decirle lo que ocurrió en la discoteca. No quería ese peso sobre mi espalda cada vez que la viera. Quería que nuestra relación fuera sana, sincera, verdadera y en la que hubiera confianza. Si una vez y supiera la verdad decidía no verme, apechugaría con la decisión, prefería eso a mentirle, con la mentira sí que no podría convivir.

—Es hora de regresar —le dije a Enzo, sin dejar de mirar el mar.

—Menos mal, pensé que nunca te ibas a dar cuenta —contestó —
¿Tienes pensado algo?

—No, solo recuperarla —dije con un suspiro — ¿Tú que vas hacer?

—Me quedo —respondió. Ahora los dos nos mirábamos a los ojos y vi el dolor que había en los suyos. En ese momento supe que había pasado algo que todavía no estaba dispuesto a contar.

—¿No prefieres ir a casa? —pregunté preocupado.

—No, parecerá una tontería, pero me siento libre. No tengo ningún problema, he tenido varias ideas para crear nuevas canciones, no existe nadie más que yo y aunque suene egoísta, es lo que más necesito.

—Te entiendo —nos quedamos varios minutos en silencio, hasta

que volví a preguntar. —¿A ti también te adelantaron la venta del nuevo tema?

—Sí, sale en dos semanas —estaba entusiasmado con la idea. — Aprovecharé estos últimos días antes de empezar con las giras, las promociones y festivales. ¿El tuyo?

—En una semana —dije más excitado que él —Tengo ganas de que lo escuche, quizás consiga que me perdone.

—Si no lo hace con lo que has hecho por ella, nunca lo hará —sonrió por primera vez —Se la has dedicado de principio a fin y tanto la canción como el nombre, lo has escogido por ella. A mí se me caerían los calzoncillos

—Qué bruto eres —solté una fortísima carcajada.

Retomamos el paso hasta llegar a la costa y nos sentamos en un restaurante típico griego para comer. Durante la cena, escuchaba el ruido que hacían las olas al romper y como el mar se mecía lentamente hasta llegar a la orilla, ese sonido conseguía relajarme.

Desde muy pequeño tenía esa extraña conexión con el mar, lo necesitaba en mis días buenos y en los malos, el simple olor a sal hacía que me sintiera en casa y se me olvidaran las penas, y ahora también me recordaba a ella. A su risa cantarina al caerse de la tabla, los gritos que daba al correr por la playa para que no la tirase al agua, a su rojizo pelo bailando al compás del viento llevando el salitre a mis sentidos. Sin ella saberlo y seguramente sin pretenderlo, había logrado meterse dentro de mí.

En el hotel encendí el portátil y me puse a buscar billetes como un loco, no había vuelos hasta dentro dos días y por mucho que buscara ninguno salía antes. Desesperado, fui al aeropuerto por si las compañías de viaje tenían otros horarios distintos al que salía en las webs, pero el primero en salir seguía siendo dentro de dos días.

Con la ayuda de Enzo, los días se me pasaron volando y cuando me quise dar cuenta estaba de nuevo en un avión rumbo a Holanda. El trayecto no lo pasé bien, tenía ganas de verla, de abrazarla, de

sentirme de nuevo en casa, pero antes de conseguirlo, teníamos que hablar. Temía cómo podría recibirme, no la culparía si estaba tan enfadada que no me abriese la puerta, sería lo más normal del mundo.

Los días que pasé cuidando de ella la culpa me comía vivo, cuando la abrazaba sabía que no me lo merecía, cuando me dedicaba sus sonrisas sabía que se borrarían en cuanto supiera la verdad, y cuando susurraba mi nombre en sueños sabía que solo eran eso, sueños.

Antes de pasar por su casa, fui primero a la mía para intentar relajarme y poder enfrentarme con fuerza a lo que estaba por venir. Entré en el piso, dejé la maleta al lado de la puerta y me senté en el sofá del salón. Estaba en un debate interno sobre qué hacer o qué decir cuando la viera, quería abrazarla, pero iba a querer una explicación y no sabía por dónde empezar.

Me puse a practicar ante mi ordenador y me grabé en video para saber cómo sonaba, la verdad que era un poco patético. Cogí la base de la canción de Always de Bon Jovi y la canté, si pudiera simplemente cantarle, tendría más posibilidades que si le hablase. No sabía cómo expresarme y muchas veces las canciones servían para exclamar lo que con palabras era imposible. Guardé el pen drive en mi bolsillo y me tumbé en el sofá agobiado. Tenía miedos e incertidumbre, pero también sentía alegría al imaginarla en mis brazos.

Saqué el móvil del bolsillo trasero de mi pantalón y le mandé un WhatsApp a Enzo para saber si estaba despierto, en cuanto me respondió le di a la tecla de llamada. Quería desahogarme con mi amigo, que me diera palabras de ánimo y aliento, que me contase que haría en mi lugar

—Espero que ya estés con ella —soltó nada más descolgar el teléfono.

—Aún no, acabo de llegar a casa —estaba realmente agotado y,

aunque me moría por ir en su busca, mis piernas se negaban a moverse

—¿Y qué haces ahí todavía

—No sé dónde buscarla.

—Hablando conmigo no la vas a encontrar —Enzo y sus respuestas irónicas en los peores momentos.

—Estoy agotado, por mucho que intento levantarme del sofá, es imposible.

—Es normal—su tono era de risa en su voz —esta semana hemos estado más en el avión que en cualquier otro lugar.

—Tampoco quiero que me vea como una piltrafa. Ahora mismo tengo más ojeras que cara, me parezco a estos hípsters modernos con la barba que llevo y por no hablar de mis greñas.

—Sí, deberías arreglarte un poco o será muy fácil rechazarte —contestó con burla.

—¿Crees que nuestro final ya estará escrito?

—¿Quieres que sea sincero? —preguntó Enzo, aunque no hizo falta que respondiera, lo hizo él solo —Para mí que os queda mucho por escribir

—Gracias —mi corazón latía a mil por hora, deseaba que así fuera.

—No temas Ethan, es ella

—Por eso temo, por perderla —contesté sincero.

Estuve un rato más al teléfono, Enzo me animó en lo que pudo y, tras colgar, decidí mandarlo todo a la mierda, cogí las llaves del piso y me acerqué hasta el hospital en el que trabajaba Beca.

Capítulo 37

Resumen actual de mi vida: Una mierda pinchada en un palo. Mi abuela había fallecido, Ethan desapareció en mitad de la noche y Christian quiso volver a mi vida. La cabeza me dolía de tantas vueltas que daba a las cosas y, aunque Candela intentara despejarme las dudas, no funcionaba.

El vacío que me dejó la marcha de mi abuela poco a poco se fue cerrando y después de saber que iba a caminar a mi lado siempre. Su marcha fue inesperada e hizo que doliera más, pero saber que volvía a estar con mi abuelo y que iban a protegerme me consolaba. Para algunos podría ser un consuelo de tontos, para mí lo era todo.

Además, tras la lectura del testamento y la marcha de Ethan, mi padre apareció en casa borracho como una cuba exigiendo lo que le correspondía y que con mis artimañas logré arrebatárselo. Después de ese día apareció tres noches más hasta que, armada de valor, fui a la comisaría y lo denuncié. Tras un juicio rápido, se le impuso un orden de alejamiento que había cumplido para mi suerte, esperaba que no volviera a mi vida.

En el proceso de luto, de apertura de testamento e imposición de orden de alejamiento, Christian no dejó de llamarme y enviarme mensajes en los que me ofrecía su apoyo. Era de lo más extraño, ni una sola vez en nuestra relación había estado tan pegado a mí como ahora. Al volver al trabajo fue a peor, me llevaba el café, me daba abrazos repentinos, me decía lo que me echaba de menos y que se arrepentía no haber estado a mi lado en los duros momentos, y ni una sola vez logró remover nada en mí.

La peor parte de mí, esa que tenemos la mayoría, aunque ninguno lo confiese, creía que se había vuelto a acercarme porque mi nombre

volvía a salir en los periódicos. Le encantaría que nuestro compromiso se reanudara y que su nombre saliera también, que le diera prestigio, importancia y relevancia, pero no iba a ser a mi costa y menos a la de mis abuelos.

Además, había que sumarle que echaba de menos a Ethan y a la vez lo odiaba por haberse ido sin despedirse, en el fondo sabía que era mi culpa, le había dejado en medio del aeropuerto y le decía que por mucho que lo intentara jamás iba a confiar en él. Me arrepentía a diario. Encima, se atrevió a venir a Holanda y estar a mi lado en uno de los momentos más difíciles de mi vida. Tenía que hablar con él, cada mañana me levantaba con el propósito de llamarlo y cada noche me acostaba sin hacerlo. Mi actitud me avergonzaba, no sabía que decirle y aunque me preparase un buen discurso, era pensar en llamarlo y se me iba de la mente.

Candela y yo salíamos de nuestro turno en el Hospital, agradecía días como este en los que no paraba ni para coger aire porque tenía la mente tan ocupada que no se perdía recreando el cuerpo desnudo de Ethan, o sus besos, o nada que tuviera que ver con él. Y tampoco podía sentir el pinchazo de dolor al recordar que no estaba a mi lado, y que ya no me quedaba nadie salvo mis dos mejores amigas.

—¿Comemos juntas? —Candela interrumpió mis pensamientos.

—Te importa que sea en mi casa, puedes quedarte a dormir. Me gustaría ir para sacar de paseo a Zelda y que no esté tanto tiempo sola

—Perfecto, cojo tres boberías de la mía y vamos.

Desde el fallecimiento de Helen, Candela no me dejaba ni a sol ni a sombras. Siempre me invitaba a comer, o se plantaba en mi casa para cenar juntas y con la excusa, pasaba la noche conmigo. Lo agradecía enormemente, lo último que quería era quedarme sola y pensar en lo que había perdido. Algunas personas se iban para siempre, en cambio a otras podría recuperarlas, salvo que mi maldito miedo continuase sin dejarme pulsar el botón de llamada. María

también estaba muy pendiente de mí, lo que por su trabajo en España no podía estar a mi lado, pero siempre tenía un mensaje de ella, o una llamada, y en todos me decía que me pagaba el billete para que fuera a verla.

Me senté a esperar a Candela en la terraza de una cafetería cerca del Hospital, observaba la vida pasar antes mis ojos, y me tomaba un Nestea de limón bien fresquito. Saqué del bolso mi e-book y busqué entre los títulos que tenía algo que leer. Entre mudanza y mudanza apenas había colocado las cajas y mis libros estaban dentro de una de ellas.

—¿Cómo te encuentras? —una conocida voz sonó a mi lado. Levanté los ojos del e-book y vi a Christian sentado en la silla que estaba a mi derecha.

—Estoy bien. A medida que los días pasan, me encuentro mejor. Será cierto el dicho que dice que el tiempo lo cura todo

—Claro, es cuestión de acostumbrarse.

—Supongo —levanté mis hombros. Intenté sonreír, pero por su mirada me dio la sensación de haber fracasado.

—Rebeca siento ser tan directo, pero ¿has pensado que vas hacer?

—¿Con qué?

—Bueno, ahora que tu abuela no está tendrás que tener a alguien que te cuide y ya sabes que estoy dispuesto a ello —no fijaba su mirada en mí. Cada vez que vez que nuestras miradas se cruzaban, desviaba la suya a cualquier otro punto del local.

—¿Estás diciendo que como mi abuela murió estoy obligada a casarme? —estaba perpleja y molesta —¿En qué época te crees que vivimos?

—No me refiero a eso, es solo... —continuaba nervioso y sin mirarme —Rebeca no te he olvidado y estoy dispuesto a perdonarte el berrinche y volver a comprometerme contigo.

—¿Lo que yo quiera sirve de algo?

—Me estoy explicando fatal —se le veía incómodo —Lo que

quiero decir es... —se levantó de la silla e hincó una de sus rodillas en el suelo, me cogió la mano y me miró fijamente —Rebeca Donovan... cástate conmigo —Lo miré fijamente, alucinada con su actitud y su manera de pedirme matrimonio. Ni una sola palabra de amor, nada sobre el sentimiento desgarrador que tiene cuando no estamos juntos y ni una palabra bonita sobre lo nuestro. Ni que decir que su declaración no ha provocado nada en mi salvo vergüenza porque nos estaban mirando, pendientes a mi respuesta

—No —dije lo más tranquila que pude.

—¿Cómo? —no se creía lo que escuchaba —Te lo dije la primera vez que rompiste conmigo y te lo repito de nuevo, es un error

—¿Por qué? —aparté mi mano de entre las suyas.

—¿Otra vez? Los dos somos médicos, tenemos dinero, a ti ya no te queda familia... —escuchar esa última frase me dolió muchísimo, pero con tranquilidad me levanté y lo dejé plantado, hablando solo y con una cuenta que pagar.

Pocos minutos después apareció Candela, que no podía creerse lo que había hecho Christian, y tenía ganas de partirle la cara para que espabilara de una vez. En mi caso, no dejaba de pensar en que la respuesta hubiera sido distinta si me la hubiera formulado un guapo DJ que no salía de mi cabeza, y mucho menos de mi corazón

—¿Vas a llamarlo? —inquirió Candela una vez que el tren se puso en marcha

—¿A quién?

—A mi hermano que quiere conocerte

—¿Qué? —ahora sí que estaba confusa y Candela no dejaba de reírse.

—A Ethan, Beca ¿a quién va a ser

—Ah... No sé qué decirle. —confesé

—¿Por qué no empiezas por ser sincera?

—¿Alguna vez te he dicho que eres la mejor consejera del mundo?

—Muchas veces, aunque hubo una época que pensé que María me iba arrebatarse el puesto, pero me alegra saber que no ha sido así.

—¡Qué tonta eres! —dije cariñosa.

—Llámalo —exigió. Sacó mi móvil de mi mochila y lo puso ante mis ojos.

—No puedo. Cuando esté preparada lo haré

—¿Y para perderlo? ¿Estás preparada para no verlo más?

—No

—Pues no sigas malgastando el tiempo.

Nos quedamos calladas hasta que el tren paró en nuestra estación, llegamos a casa y en cuanto abrí la puerta Zelda salió disparada a la calle, saltaba y brincaba como una loca, sabía que era hora de su paseo. Me fijé que en el buzón había cartas y fui abrirlo.

—Por qué no las coges después de caminar? ¿Vas a cargar con ellas?

—¿Y si es algo importante relacionado con lo de mi abuela?

—Rebeca vamos a caminar y despéjate.

—Está bien.

Dimos un largo paseo por la ciudad, igual que hacía con mi abuela, y en vez de entrar a casa, almorzamos en el pub de al lado. Nos sentamos en una de las terrazas flotantes que había en el río, y Zelda no paraba de lanzarse al agua para refrescarse.

Regresamos después de unas cuantas cervecitas y un buen almuerzo. Entre las cartas que había cogido del buzón, me sorprendió encontrarme con un pen drive. Me senté en el sofá y lo miré extrañada. ¿Quién me había mandado un pen drive? Coloqué el portátil en mi regazo para saber de qué demonios se trataba, la curiosidad podía conmigo. En cuanto vi su cara solté un grito y me quedé parada, mirando la pantalla, no podía darle al play, me daba pavor lo que me fuera a decir y temía sus palabras de despedida.

—¿Qué pasa? —Candela parecía asustada y se sentó a mi lado.

—Es Ethan —contesté sin parar de llorar. Zelda se subió al sofá y

se colocó en mi regazo para darme el cariño que precisaba.

— ¿Es malo?

— No sé, no lo he visto.

— ¿Y por qué lloras?

— No quiero despedirme de nadie más.

— ¿Y si él decidió dar el paso? Dale al play, va a ser bueno, estoy segura. —sentía un vacío en la boca del estómago y mi cuerpo tenía pequeños espasmos.

— ¿Te importa si vamos al supermercado? Necesito chocolate y kleenex.

— ¿Quieres el kit de las rupturas?

— Lo voy a necesitar, aunque me diga las cosas más maravillosas que puedan existir.

— Están bien, pero en cuanto volvamos nada de escaqueo barato —su mirada era seria y tenía una de sus cejas levantada en modo amenazador.

— Prometido —respondí con mi mano en el corazón.

Después de comprar, fui al baño a darme una ducha y relajar los nervios que amenazaban con asfixiarme. Me quedé contemplando mi reflejo en el espejo, intentaba controlar la respiración y me lavaba la cara cada vez que mis lágrimas brotaban descontroladas. Me puse la ropa más cómoda que pillé y me fui en busca de Candela para hacer frente a lo que estaba por venir.

El vídeo mostraba a un Ethan inquieto, antes de hablar se levantó y sentó varias veces, y se frotaba sus manos sobre los muslos. Soltó un suspiro frustrado, tosió varias veces y comenzó hablar con la voz rota.

“Beca, no sé cómo cojones lo has hecho, pero llegaste a mi vida para quedarte y no para irte lejos. Sé que me dijiste que no querías estar conmigo porque estabas enamorada y es la mayor gilipollez que he escuchado nunca. Debería respetar tú decisión, pero no puedo. ¡Joder! ¿Cómo voy hacerlo con

lo que te quiero? Quizás nos conocimos cuando no debimos hacerlo, o quizás fue para que no cometieras el error de tu vida. Quizás fue una locura lo que pasó entre nosotros porque tú estabas prometida, o quizás fue en el momento perfecto. Quizás lo nuestro no debió pasar Beca, pero pasó y jamás me arrepentiré, y lucharé porque vuelva a ocurrir. Antes de conocernos, me reía de los enamorados, prefería centrarme en otras cosas y me creía feliz, pero tuviste que aparecer tú para darme cuenta de lo equivocado que estaba. Gracias a ti lo mejor de mí salió a la luz y supe que me importaba una mierda el resto porque solo te necesito a ti. ¿Y tú, Beca? Eras incapaz de saltarte las reglas, te ofuscabas si te proponían un plan loco y en tu cabeza había una lista de los requisitos que debía tener tu príncipe azul. Espero que con mi llegada haya cambiado, espero que te hayas dado cuenta de que eso no vale una mierda y que sepas que este príncipe azul imperfecto te llevaría al fin del mundo y te quiere con locura.

¿Sabes? A lo mejor la vida supo cuando juntarnos, no creía en el destino, he de reconocerlo, pero con tu llegada y lo que ha sucedido después de nuestro primer encuentro he creído un poco. Tú me necesitabas para que la verdadera Beca saliera a la luz, me necesitabas para poder salir de tú cascarón y ser tú. Incumplir las reglas, ser alocada y disfrutar. Y yo, yo te necesitaba porque estaba perdido en mí mismo, y si no llegas aparecer probablemente seguiría así y la vida de ese Ethan era una mierda, era una mierda porque no estabas, Beca.

No sé cómo lo estoy haciendo, señor, debo de sonar patético. Perdóname, sea lo que fuera lo que hice para que creyeras que estábamos mejor separados perdóname. He cometido errores, cuando me dejas solo es lo que pasa, me vuelvo loco, me siento perdido y la cago.

—La voz de Ethan estaba tomada y las lágrimas recorrían su cara, y era el hombre más guapo que Beca hubiera visto. Ella y Candela estaban igual que él, lloraban sin control.

He de decirte algo y soy consciente que pueda que no me perdones nunca,

pero no puedo mentirte, a ti no. Antes de que falleciera Helen estuve con Enzo en Mykonos, me emborraché hasta morir y no era consciente de lo que hacía, solo quería borrar el dolor que me habían causado tus palabras y tu marcha. Una chica se acercó a mí y me apartó de Enzo, yo me dejé guiar hasta que me dio un beso. En el momento que sentí sus labios la tuve que apartar, a pesar de la borrachera sabía que no eras tú y era a ti a quien quería. Por eso cuando volví sólo me quedé a tu lado para consolarte, pero me sentía culpable por lo que hice.

—¿Qué se supone que hizo? —Candela estaba asombrada, giré la cabeza para mirarla y levanté mis hombros, era incapaz de decir nada, solo de llorar.

Soy consciente que te fallé, me dijiste que no podías confiar en mí porque iba a volver a las andadas y en vez de demostrarte que te equivocabas te di la razón.

—Se cree que te fue infiel? —volvió a preguntar Candela.

—Parece ser que sí.

—¡Es tan tierno! —exclamó mi amiga.

Puf, ¿qué más puedo decir? No quiero obligarte a quererme, ni que estés a mi lado por estar, quiero que estés porque lo deseas y para dejar atrás tus miedos. Yo estoy dispuesto hacerlo Beca, porque para mí solo eres Tú, así de simple. No lo olvides Beca, siempre.

Eso me recuerda a que el tiempo que he estado contigo me ha servido de gran inspiración y he hecho una mezcla de una canción que quizás te suene. Se llama "Always" y como ya te imaginarás está hecha para ti.

—¡Dios mío Beca! —gritó mi amiga al lado de mi oreja —Vete a por él.

Es la de Bon Jovi, fue escucharla y pensar en ti. ¿La conoces? Espero que sí, bueno, te la voy a cantar para que sepas lo que me pasa a tu lado, me

expreso mejor con las canciones que con las palabras.

Tosió un par de veces y sonó la melodía de la canción. Ethan cerró los ojos y movía su cuerpo al ritmo de la música.

—Está roto de dolor —me susurró Candela antes de que empezara con la canción —ojalá un hombre como ese en mi vida. Te envidio, mucho —No podía hablar, mis ojos estaban fijos en Ethan y estaba centrada en lo que decía.

*This Romeo is bleeding
But you can't see his blood
He's nothing but some feelings
That this old dog kicked up
It's been raining since you left me
Now I'm drowning in the flood
You see I've always been a fighter
But without you I give up
Now I can't sing a love song
Like the way it's meant to be
Well, I guess I'm not that good anymore
But baby, that's just me
And I will love you, baby, always
And I'll be there forever and a day, always
I'll be there till the stars don't shine
Till the heavens burst and
The words don't rhyme
And I know when I die
You'll be on my mind
And I'll love you, always
Now your pictures that you left behind
Are just memories of a different life
Some that made us laugh, some that made us cry*

*One that made you have to say goodbye
What I'd give to run my fingers through your hair
To touch your lips, to hold you near
When you say your prayers try to understand
I've made mistakes
I'm just a man
When he holds you close, when he pulls you near
When he says the words you've been needing to hear
I'll wish I was him because those words are mine
To say to you till the end of time
And I will love you, baby, always
And I'll be there forever and a day, always
If you told me to cry for you
I could
If you told me to die for you
I would
Take a look at my face
There's no price I won't pay
To say these words to you
Well, there ain't no luck
In these loaded dice
But baby if you give me just one more try
We can pack up our old dreams and our old lives
We'll find a place where the sun still shines
And I will love you, baby, always
And I'll be there forever and a day, always
I'll be there till the stars don't shine
Till the heavens burst
And the words don't rhyme
And I know when I die
You'll be on my mind
And I'll love you, always.*

Ethan cantaba como los dioses, o será que estaba tan enamorada que no le veía fallos. Mantuvo los ojos cerrados durante la canción, pero se expresaba con las manos y con los gestos que hacía su cara, probablemente de manera inconsciente y, como el predijo, la letra cantada por él me dijo muchísimo.

La escuché con una sonrisa de enamorada en los labios, al fin las cosas volvían a su lugar. Ethan se creía que me había fallado, pero lo que había conseguido con ese gesto fue ganarse mi confianza ciegamente.

—Hay una cosa que no entiendo —dijo Candela, y el sonido de su voz me sacó de mi dulce estupor. —¿Por qué no te lo ha dicho a la cara?

Su pregunta activó la señal de alarma y supe que no estaba bien. ¿Por qué un video? Millones de ideas se amontonaron en mi loca cabeza, ir a buscarlo y gritarle que le quería, llamarlo para decirle cuánto lo amaba y preguntarle por qué no estaba a mi lado, pero se merecía un gran gesto de amor como el que él había tenido conmigo. Me daba igual que narices pensó para no decírmelo a la cara, pero no iba a tirar la toalla, tal y como dijo él lo nuestro ocurrió por algún motivo y lucharé porque vuelva a pasar.

—Necesito tu ayuda. —le comenté a mi amiga.

—Cuenta conmigo para lo que sea.

Capítulo 38

Hacía una semana que contemplé la preciosa escena en la cafetería. Esa en la que Christian, el príncipe perfecto, le pedía matrimonio a Beca, la mujer de mi vida. Los aguijonazos de dolor que sentía no eran comparables con nada. La losa de la soledad me hundía a cada paso que daba, pesaba como un maldito elefante la condenada, y un gran vacío hacía que me doliera el pecho. A cada paso que daba, era más consciente de que sin ella mi vida iba a ser así para siempre. Por mucho que Rebeca hubiera conseguido sustituirme, ella para mí era insustituible.

Me torturaba imaginármela con otro, yendo a comer, de viaje, haciéndola reír o peor aún, haciendo el amor. Pero la amaba y me obligaba a dejarla marchar si era lo que Rebeca quería y, por lo que pude comprobar, así era.

Anduve por Holanda hasta llegar a la estación de trenes y cogí uno con destino a Leiden. Mi cuerpo parecía tenerlo planeado o mecanizado porque yo no sabía lo que estaba haciendo, al darme cuenta estaba frente a la puerta de la casa de Helen, quieto, mirándola y sin llegar a tocarla.

Cogí el pen drive que llevaba en mi bolsillo y lo eché en el buzón. En ese video le decía lo que pensaba, lo había grabado para practicar, pero la verdad de lo que sentía se encontraba en ese pen drive, y en vista de que no nos íbamos a ver más, no me pareció una mala solución.

Me hubiera encantado ser yo quien se casaba con ella, pero lo primero era su felicidad y si no estaba a mi lado debía asumirlo, aunque nada me impedía decírselo de una manera u otra. Una pequeña, bueno una gran parte de mí, quería llegar a su corazón y

volverme hacer un hueco en el, si es que algún día lo tuve. Por nada del mundo quería estar separado de ella sin haber intentado lo que estuviera en mi mano para que no fuera así.

Estuve en Holanda un par de días, creí que tras conocer mis sentimientos regresaría a mi lado, pero nada pasó. Harto de levantarme por las mañanas e ir a correr hasta que me faltase la respiración para después quedarme en casa sentado, sin dejar de mirar la puerta, cogí mi maleta y me marché. Era hora de regresar a casa, hacer mi vida sin ella y sobrevivir a lo que el futuro tenía preparado para mí.

No regresé a Mykonos con Enzo, ni a Howth con mis padres, ni tampoco a Dublín, quería ir a mi casa, a esa que después de que Rebeca la llenara de risas, alegrías y besos se convirtió en mi hogar. Me costó conseguir un billete a Fuerteventura, tanto, que primero tuve que pillar uno a Irlanda para dos días después salir hacia mi ansiado destino.

Aproveché los días que estuve en Dublín para poner en alquiler mi piso de Holanda, no necesitaba el dinero, me había ido demasiado bien estos años para poder permitírmelo, pero tampoco quería tenerla vacía y nunca venía mal un ingreso extra.

La casa de Dublín era intocable, en ella tenía mi estudio, donde había grabado más de una canción, muchas de ellas con Enzo, y en donde tenía pensado grabar más. Le di órdenes a mi madre para que le echara un vistazo de vez en cuando y comprobase que estaba en su sitio y que la gente viera que no estaba desocupada.

Pasados los días me subí al avión con rumbo a Fuerteventura y respiré tranquilo, sea lo que fuere lo que estuviera por venir, en mi casa iba a ser mucho mejor. Había tomado la decisión de bajar el ritmo de mis festivales y bolos, iba a seguir publicando temas y continuaría con la promoción, pero no al ritmo frenético que llevaba. Si seguía con esa vida no podría volver a enamorarme, o intentarlo al menos, ni casarme, y mucho menos montar una familia.

No me costó acostumbrarme a la isla, era lo que siempre había deseado, aunque sintiera y supiera que me faltaba algo, se hacía más llevadero. Me levantaba temprano, salía a correr y desayunaba con calma, a veces me quedaba un rato leyendo o hacía videoconferencias con los jefes para cerrar unos cuantos festivales y promocionar el nuevo tema que estaba siendo un pelotazo. Después tenía el día para mí, solía coger la tabla y la cometa, salía en busca del viento y me tiraba al agua a navegar.

Esa noche, cansado del día y con las piernas molidas, me tumbé en el sofá, encendí la televisión y busqué algo que ver. Acabé conectando Netflix y puse la serie Narcos que me habían comentado que estaba muy bien, pero entre una cosa y otra nunca me había puesto a verla. En medio de una trama que me mantenía en vilo, mi móvil comenzó a sonar. La puse en pausa, miré de quien se trataba y sonreí al descolgar, me pasaba lo mismo cuando hablaba con la pequeña de la casa.

—¿Cómo estás enana?

—¿Me puedes decir dónde coño está? —se la notaba inquieta — He intentado localizarlo de mil maneras y nada da resultado.

—Yo bien, gracias —contesté para mortificarla. Llevaba horas, días, semanas, en busca de Enzo.

—Ethan... ¿quieres que hablemos de algo? —se sintió mal por mi comentario —¿Estás bien?

—Solo te molestaba. Estoy bien.

—Pues entonces no me hagas perder más el tiempo y dime dónde está. —Conocía a mi hermana lo suficiente para saber que no estaba bien, estaba molesta y se sentía impotente. La entendía muy bien, yo no estaba mucho mejor, y me apiadé un poco de ella

—¿Por qué quieres saberlo?

—Para hacerle entrar en razón y traerlo de vuelta de una jodida vez

—¿Cansada de vivir sin él?

—Mucho —dijo en modo infantil —La vida no es lo mismo sin él, incluso sus enfados me hacían felices, lo echo de menos

—Está en Grecia.

—¡Lo mato! —exclamó —¿Qué hace allí

—Fuimos a trabajar y él decidió quedarse un poco más

—¿Me vas a decir algo más? —esperaba que le diera la dirección del hotel.

—María no voy a traicionar más a mi amigo, te he dicho dónde encontrarlo, tu solo tienes que pensar como dar con él. Le conoces lo suficiente como para hacerlo y aunque él crea que no, te va dejando miguitas de pan para que lo encuentres

—Te quiero.

—Y yo a ti —respondí —Cuídalo, se lo merece —le pedí porque sabía lo mal que estaba Enzo por no estar con mi hermana.

—Sí me deja lo haré—confesó —¿Tú cómo lo llevas?

—No me he muerto —estaba abatido —es algo, aunque sin ella parezca estarlo. ¿Tú sabes algo? ¿Se va a casar?

—No sé nada, solo tienes que esperar —contestó —a que se dé cuenta de lo tonta que ha sido y que a tu lado está mejor que en cualquier parte del mundo —mi hermana pretendía subirme los ánimos, pero su respuesta me hundió un poco. La culpa era mía por querer una confesión en la que me dijera lo mal que estaba Beca sin mí, que no levantaba cabeza y lloraba por los rincones.

—Ya —dije sin ganas —esperar.

—Ethan sé que ahora mismo lo ves negro, que piensas que jamás la podrás olvidar ni volverás a enamorarte, pero un día te despertarás y solo quedará un recuerdo bonito

—A ti no te ha pasado

—Hay casos excepcionales

—¿Por qué el mío no puede ser así? —me puse a la defensiva

—Si está para ti, lo sabrás antes de lo que crees, y si no tendrás que olvidarla

—Que misteriosa estás —me rendí a la risa por los extraños consejos de mi hermana.

Me quedé dormido en cuanto terminé de hablar con María, estaba reventado de la playa, no sabía cómo algo tan relajante y necesario conseguía agotarme. Amanecí con la noticia de que la mezcla que había preparado para Rebeca estaba en el número uno en iTunes. Salí a correr con una gran sonrisa en la boca, de regreso a casa me paré en una panadería y, además de un pan, pillé una caña de chocolate en su honor.

Terminé de ver el capítulo por el que me quedé anoche de Narcos mientras desayunaba, preparé un par de bocatas y cogí una bolsa de frutos secos de la cocina. Lo metí en mi mochila, junto con una botella de agua, cogí los bártulos de kite surf y salí de casa dispuesto a disfrutar de un día más de playa.

Una guapísima chica a la que sin duda le habría entrado antes de conocer a Beca, no dejaba de ojearme y sonreía cada vez que le devolvía la mirada. Había ligado muchas veces para saber que estaba dispuesta a que me sentara a su lado, pero a mí no me apetecía. Estuve un par de horas en el agua y salí a descansar un rato, antes de entrar de nuevo a navegar.

—Hola —dijo la chica guapa —Llevo tiempo mirándote y no he podido evitar hablarte

—Deberías haberlo conseguido —repliqué molesto

—¿Perdón? —se hacía asombrada y enredó un mechón de su pelo en uno de sus dedos.

—Que deberías haber evitado acercarte a mí.

—¿Tienes novia? —se sentía ridícula y aun así se pavoneaba delante de sus amigas que estaban observando la escena

—No —en su mirada aprecié clara determinación y para no acabar peor añadí —Estoy casado —y antes de que dijera nada más aclaré. —la quiero.

Se marchó como alma que llevaba el diablo y dejó patente su

enfado, era el tipo de chica que no admitía que le rechazaran. Cuando esto ocurría montaba en cólera y despreciaba a quien lo había hecho, aunque fuera ella quien hubiera dejado claro su interés por mí, no podía soportar mi negación.

Después de comerme un par de bocadillos de calamares regresé al agua, esta vez no navegué, estaba muy cansado, solo me metí para disfrutar del mar. A las siete de la tarde recogí y fui a mi casa. Mis días pasaban de este modo, me agotaba lo suficiente para intentar dormir por las noches sin sentir ese agudo dolor que me retorció el pecho, o sin soñar con ella.

Al introducir la llave en la cerradura de la puerta de casa, los pelos de la nuca se me erizaron al instante, una corriente eléctrica sacudió mi cuerpo y lo dejó temblando durante unos largos segundos. Estaba ahí, no sabía cómo, pero estaba dentro de mi casa, solo ella provocaba esa reacción en mi cuerpo.

Entré y mi mezcla de Always inundaba la casa, una preciosa cachorra de bóxer fue a recibirme a la entrada y confirmó mis sospechas. La busqué con la mirada, pero las habitaciones permanecían cerradas, excepto la del salón. Cogí a Zelda, la abracé fuerte y le di millones de besos por su cabeza. Estaba nervioso e intentaba relajarme, por lo que centraba mi atención en Zelda. Con piernas aún temblorosas por la fuerte sacudida que recibieron unos minutos antes, entré en el salón.

Una foto enorme de Beca y mía del día en el que estuvimos en el mercado de Albert Cuyp me esperaba en el sofá del salón, nos hicimos un selfie con los bombones de chocolate que tanto la hicieron sonrojar y que al verla reí como un loco enamorado. En ella había escrito un par de frases, la cogí y la puse en mi regazo para poder leerla.

“He pensado mil cosas para decirte, llevo delante de esta foto un buen rato sin saber por dónde empezar. ¿Qué debo decirte primero? ¿Qué te amo?”

¿Qué no voy a casarme con nadie que no seas tú? ¿Qué no creo que me hayas fallado nunca? ¿Qué he sido una imbécil por haberme separado de ti? ¿Todo a la vez?

Me encantó la canción, sé que en su primer día en venta alcanzó los primeros puestos y me enorgullece, aunque parezca un poco pedante, saber que yo te inspiré para ello."

Me levanté lo más rápido que pude para abrir las puertas de las habitaciones y buscarla, ¿dónde diablos estaba? Abrí la cocina, y otra foto me esperaba en el pollo, junto a un queque de chocolate. Esa foto nos la hicimos en Irlanda, en la calzada de los gigantes, Beca estaba encima de mi espalda, me daba un tierno beso en la cara y yo sacaba la foto sin parar de sonreír.

"Siempre tú, Ethan. A pesar de no saber que alguien como tú existía ni que iba a ser tan afortunada de encontrarlo, sabía que me faltabas para darle color a mi vida. No era tan feliz como quería aparentar, mi relación era una mierda y sobra decir que, hasta que tú no apareciste, no supe lo que era amar ni ser amada. Ninguno de los dos hemos actuado bien en algunos momentos, pero si me dejas pienso recompensártelo. A partir de ahora, cuando te caigas estaré a tu lado, dándote la mano para ayudarte a levantar. Siempre juntos, Ethan."

Releí la foto un par de veces emocionado y seguí abriendo las habitaciones hasta que llegué a la mía. Lo que vi me dejó paralizado, Beca había encendido unas cuentas velas con olor a manzana, había esparcido pétalos de rosas por la habitación que formaban el dibujo de un corazón y dentro estaba ella.

Estaba radiante, su precioso pelo rojo suelto brillaba a la luz de las velas, sus hermosos ojos verdes estaban llenos de lágrimas no derramadas y su sonrisa le iluminaba la cara y mi corazón. Iba a ir a tirarme en sus brazos, a cogerla y depositarla en la cama y hacerle el

amor, pero levantó la mano y me enseñó otra foto. La cogí con manos temblorosas y respiré profundamente para concentrarme en lo que decía en ella y no en lanzarme a besar a Beca. La foto correspondía a los días fantásticos que pasamos aquí, en la isla, los dos estábamos en el agua, con las gafas de buceo colocadas en nuestras cabezas y nos mirábamos sonrientes.

—Te amo. —le dije al ver la foto. Ella se secó las mejillas sin dejar de sonreír y movió la cabeza para animarme a que leyera lo que había escrito.

“Te amo Etahn, no tengo palabras para agradecerte lo que hiciste por mí cuando perdí a mi abuela ni las tengo para describir lo que siento. Solo puedo decir que mis días sin ti han sido negros y vacíos de sentimientos, salvo por la tristeza. Ese prevalecía por encima de todo y tengo claro que no quiero pasar ni un solo día más alejada de ti. No sé dónde vamos a vivir, ni de que trabajaré, tampoco sé que será de nosotros, pero a día de hoy solo sé que te necesito para poder afrontar lo que venga, para ser feliz de nuevo. Por eso tengo algo muy importante que decir...”

No había nada más escrito. Levanté la vista para pedirle una explicación y ella me la dio antes de que lo hiciera.

—¿Te gustaría que pasásemos juntos toda la vida? —dijo con la voz tomada por el llanto.

Me acerqué a ella, me agaché para estar a su altura, y le cogí su dulce cara entre mis manos.

—Siempre —dije con un nudo en la garganta por culpa de las lágrimas, y la besé.

La cogí entre mis brazos y la llevé a la cama para cumplir con los sueños que me torturaban desde su marcha. Pensaba hacerle el amor de mil maneras, lentamente y con cariño, salvaje y rápido, y pensaba disfrutar como nunca. Le quité la ropa desesperado, ella me la quitó de la misma manera y me sumergí en su interior con un auténtico

gruñido de placer.

—Abre los ojos Beca, por favor —le susurré en su oído —Necesito que me mires.

—Jamás dejaría de mirarte —soltó con un suspiro de placer.

Las luces de las velas bailaban por su cuerpo desnudo, cuerpo que no podía dejar de acariciar. Estaba boca abajo y no podía ser más preciosa con su pelo alborotado derramado por la almohada, en su cara había dibujada una sonrisa y mantenía los ojos cerrados. Mis manos recorrían su espalda, sus brazos, sus piernas y me quedaba embobado viendo como su piel se ponía de gallina.

—¿Cómo pudiste entrar? —pregunté una vez que tomé el control de mí mismo.

—Tu hermana me dejó las llaves —dijo, y abrió un ojo para mirarme. Al ver mi cara su risa adorable inundó mis oídos.

—La muy.. —contuve lo que estuve a punto de decir —No me dijo nada.

—Le pedí que no te lo dijera, quería sorprenderte —se sonrojó un poco.

—¿Y ahora qué? —no dejaba de acariciarla —¿Volvemos a Holanda? Tendría que ser a tu casa, la mía la tengo alquilada.

—Ethan, me da igual dónde vivir, siempre que sea contigo. Dejé mi trabajo, hacía tiempo que estaba quemada de los horarios y el estrés del Hospital, quiero centrarme en mí y poder disfrutar de la vida. Mi intención es montar una consulta privada y puede ser aquí o en Irlanda, o donde quieras.

—Te amo —estaba atontado al verla y sin cansarme de repetirlo —Siempre

—Y yo a ti... —respondió acariciando mi cara —Siempre.

Fin

[\[1\]](#) La traducción es «Siempre»



©Beatriz Saiz

Red Apple Ediciones 2018
www.redappleediciones.com